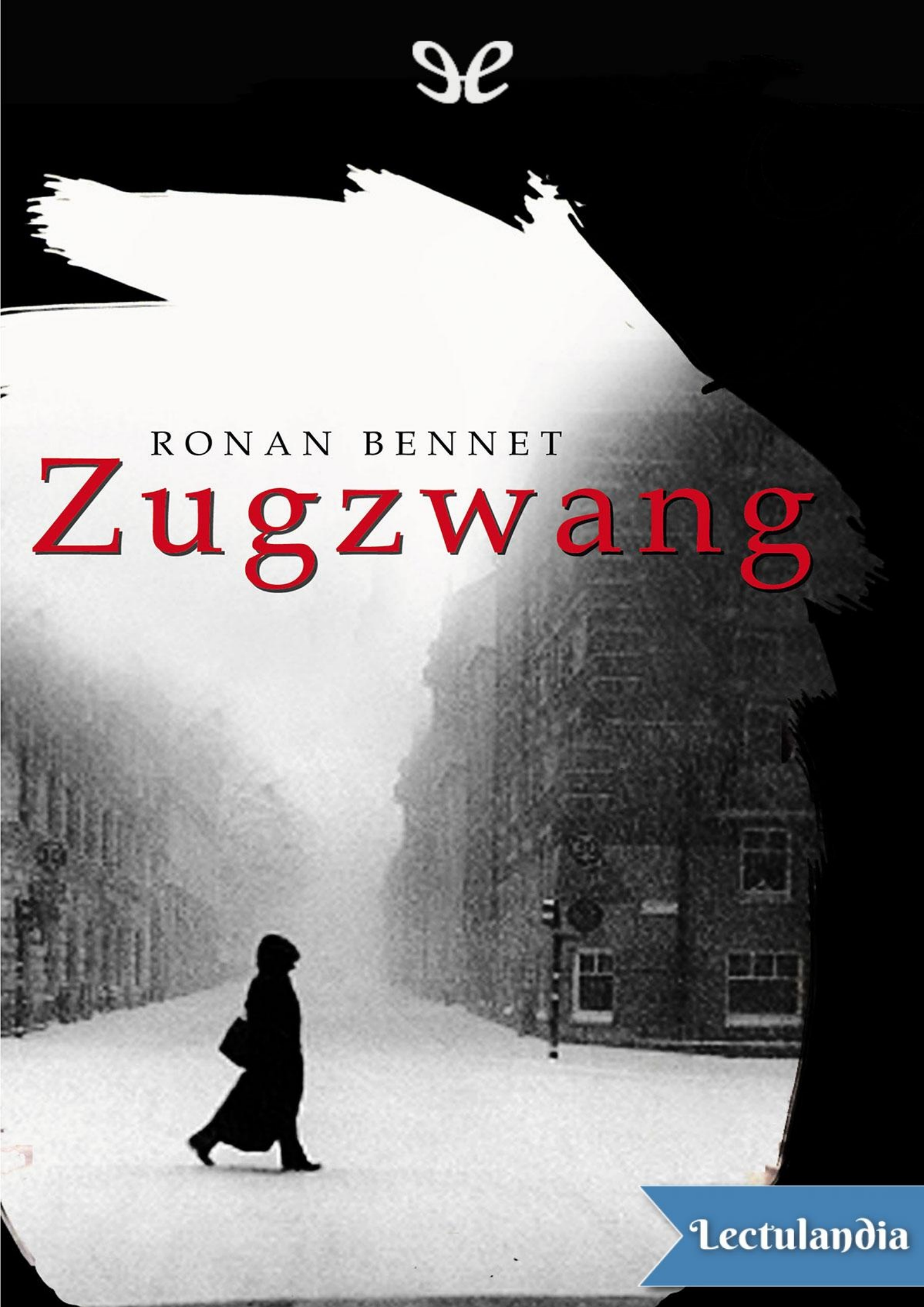
RONAN BENNET

Zugzwang



Lectulandia

En la vida, como en el ajedrez, hay veces en que cualquier movimiento sería una mala jugada.

San Petersburgo, 1914. Un respetado periodista es asesinado en San Petersburgo durante el campeonato de ajedrez más importante de la historia. Sin saber por qué, el psicoanalista Otto Spethmann resulta involucrado en el crimen y, peor aún, en una conspiración para acabar con la vida del zar. Spethmann es judío (en una época en que empieza a despertarse el sentimiento antisemita) y sin darse apenas cuenta pasa a formar parte del movimiento revolucionario. Con todo en su contra, deberá decidir cuál será su siguiente jugada en la partida por su propia vida.

Compartiendo tablero de juego se encuentran una hermosa estudiante envuelta en actividades políticas radicales, una gran dama con un pasado doloroso y un presente sensual, un complejo detective de policía, un brillante violinista polaco-judío, un portentoso ajedrecista del *shtetl*, el líder de los bolcheviques, un siniestro plutócrata de derechas y varios cosacos, agentes secretos y mafiosos bolcheviques… Y, de fondo, la final de ajedrez más importante del siglo.

Zugzwang es un *thriller* trepidante repleto de asesinatos, intrigas políticas y dilemas morales.

Ronan Bennett

Zugzwang

ePub r1.0
Titivillus 18-04-2023

Título original: *Zugzwang*
Ronan Bennett, 2007
Traducción: Marc Viaplana

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

Para Molly

Zugzwang

Del alemán *Zug* («movimiento») + *Zwang* («exigencia, obligación»). En ajedrez se emplea para describir una posición en que uno de los jugadores queda reducido a un estado de total impotencia: está obligado a mover, pero cualquier movimiento solo empeora su situación.

SAN PETERSBURGO, MARZO DE 1914

1

En una cruda mañana de marzo, en el dique Moika, cerca del puente Politseiski, dos hombres abordaron a O. V. Gulko, director de un respetable periódico liberal. Unos testigos contaron después a la policía que el más alto de los dos pareció reprender a este con brusquedad, y Gulko, viéndose físicamente amenazado, se mostró angustiado y trató de eludir aquella atención no deseada. El mismo joven sacó entonces un cuchillo, y su comparsa, un revólver. Sonó un disparo.

Gulko no se desplomó de forma aparatosa, sino que, según la versión de los mismos testigos, se fue doblando lentamente hasta quedar sentado, como alguien que repentinamente se siente desfallecer y se deja caer al suelo para recuperar el aliento, solo que, en este caso, el vientre de Gulko tenía un considerable agujero y había sangre salpicando la gélida nieve donde se cayó.

El agresor del revólver echó a correr, tal vez pensando que su trabajo había acabado o, más probablemente, porque perdió los nervios. Su compañero debía de estar hecho de un material más duro o, cuando menos, más despiadado. Llevaba botas de obrero, un largo abrigo de piel y un sombrero de astracán, una indumentaria habitual entre algunos estudiantes de la ciudad que gustaban aparentar cierto aire revolucionario. Ahora los transeúntes empezaban a recuperarse de la conmoción inicial, pero antes de que pudieran acudir en ayuda del herido, su asaltante le asestó varias puñaladas. A continuación se dio a la fuga, valiéndose de su juventud y su complexión atlética, pero también del gentío que llenaba el Nevski y de la timorata naturaleza que en general muestra la humanidad en tales circunstancias.

La afectada indumentaria de los asesinos llevó a especular que Gulko había sido asesinado por uno de los llamados escuadrones de combatientes del Partido Socialista Revolucionario. Pero, en tal caso, ¿por qué? Era cierto que los escuadrones de combatientes estaban en activo y eran imprevisibles, pero hubiera hecho falta un razonamiento más que retorcido, incluso para aquellos espíritus fanáticos, para poner en su punto de mira a Gulko, que no era nada partidario de la autocracia, como un enemigo que debiera combatirse a la manera de los amalequitas. Las sospechas también se dirigieron hacia aquella otra potencia imprevisible y fanática que formaban las Centurias Negras, pero

a pesar de que Gulko era judío, como yo mismo, apenas se comportaba como tal. Otros murmuraban que había muerto en manos de agentes alemanes o de un marido celoso. En realidad, nadie tenía la menor idea sobre la identidad o móviles de los asesinos, y así, por ser la incertidumbre a la fuente de rumores lo que el aroma de la comida es a un estómago hambriento, en todo San Petersburgo no se hablaba de otra cosa, por lo menos hasta que llegara el siguiente acontecimiento en el que centrar la atención.

Como era de esperar, este llegó con el sensacional torneo de ajedrez de San Petersburgo, un rutilante evento que se iba a celebrar en el salón de baile de la magnífica mansión que P. A. Saburov poseía en la avenida Liteini. Entre los distinguidos patrocinadores de la competición, cuya generosidad proporcionaba espléndidos honorarios de asistencia y premios aún más espléndidos, estaba el mismo zar, que contribuía con mil rublos al total de premios en efectivo. Miles de espectadores pagaban por asistir y observar a sus héroes. Como entusiasta jugador aficionado que era, yo mismo habría ido a contemplar las partidas en caso de que hubiera dispuesto del tiempo necesario. Pero tenía otra razón. Hacía poco que trataba al gran Avrom Chilowicz Rozental, ese hombre tímido y afligido. Con treinta y dos años de edad y en el apogeo de sus fuerzas, Rozental era el claro favorito. Había derrotado a Lasker en 1909 y a Capablanca en 1911. El año 1912 le perteneció por entero: su espectacular sucesión de victorias en San Sebastián, Bad Pistyan, Breslau y Varsovia lo habían convertido en una de las celebridades más comentadas de la época. Su carácter introvertido no hizo más que aumentar el aire de misterio que lo rodeaba. Príncipes de toda Europa lo invitaban a sus palacios, aristócratas a sus clubes e ilustres anfitrionas a sus banquetes. Por aquel entonces, su juego poseía algo —sé que esto sonará exagerado para cualquiera que no adore este juego, pero hablo a título personal— de la naturalidad orgánica de un concierto para clarinete de Mozart, las líneas clásicas de Quarenghi, o el estilizado vuelo del cisne de la tundra al cruzar el lago Ladoga en su migración de verano hacia el sur.

Pero, desgraciadamente, el talento de Rozental estaba aquejado de una profunda inestabilidad emocional. Ya en nuestro primer encuentro, concertado por un amigo común, el renombrado violinista polaco R. M. Kopelzon, Rozental se disculpó por su mera presencia en mi despacho y declaró que se consideraba completamente insoportable para el resto de los humanos. Incapaz de mirarme a los ojos, se rascaba la cabeza obsesivamente con movimientos apresurados y neuróticos, y escudriñaba el aire por encima de su cabeza.

—¿Ve usted algo? —le pregunté.

Me dirigió una mirada fugaz, como si no estuviera seguro de dónde estaba, y sus ojos se pusieron otra vez a revolotear de un lado a otro.

Kopelzon me suplicó que ayudara a Rozental a recuperar el suficiente equilibrio emocional para poder participar en la competición. Vacilé, porque era obvio que mi nuevo paciente estaba al borde de una crisis nerviosa aguda, y tenía mis dudas de poder conseguir algo en tan poco tiempo (nuestra primera reunión fue el 3 de marzo; el inicio del torneo estaba fijado para el 21 de abril). Aconsejé a Rozental que renunciara, pero se negó en redondo. Había demasiado en juego. El ajedrez era su vida. De vencer, o incluso quedando segundo detrás del actual campeón del mundo, el doctor Lasker, Rozental reclamaría el derecho de batirse por la corona. No había duda sobre el resultado, teniendo en cuenta las capacidades de cada uno en aquellos tiempos: Lasker era un digno gran campeón, pero su época de máximo esplendor ya había pasado, mientras que la de Rozental aún estaba por llegar. Era el menor de doce hermanos de una familia sin recursos, originaria de una remota aldea de Choroszcz, en Polonia; habló exclusivamente yiddish y hebreo hasta casi los veinte años, pero parecía predestinado a convertirse en el tercer campeón mundial de ajedrez y ser agasajado en todo el mundo, de Berlín a Nueva York, de Tokio a Buenos Aires. El torneo de San Petersburgo de 1914 iba a ser la competición más importante de su vida, y yo no podía negarme a ofrecerle todo mi apoyo.

En el trabajo de un psicoanalista nada es común o rutinario. Cada paciente llega con una historia personal —exactamente esto: personal, individual por completo— y sus necesidades son particulares y específicas. Aun así, cuando conocí a Rozental me figuré que me encontraría esa clase de trastornos reprimidos tan habituales en mi profesión. Al empezar nuestras sesiones no tenía ni idea de que los dos sucesos en que los habitantes de San Petersburgo ocupaban su febril imaginación —el asesinato de Gulko y la serie de geniales matanzas que a diario tenían lugar en el salón de baile de la mansión de Saburov— estaban íntimamente relacionadas con la persona que tenía delante. El mundo del ajedrez puede llegar a ser despiadado y desagradablemente mezquino, pero rara vez es el escenario de intrigas, si no se tienen en cuenta la rivalidad entre los jugadores y las inacabables discusiones sobre las condiciones en que deberían disputarse las partidas de un campeonato del mundo. Pero a medida que mi estudio de Rozental avanzaba, empecé a comprender que había mucho más en juego que la simple victoria en un torneo, por prestigioso que este fuera.

No es que los contendientes que acudieron a San Petersburgo para jugar al ajedrez fueran conscientes de ello. Aquellos profesionales, acostumbrados a realizar largos trayectos en tren o en barco de un país a otro y de una ciudad a la siguiente para ejercer su oficio, disponían, en cualquier parte donde se encontraran, de muy pocas oportunidades para salir del triángulo del jugador de ajedrez itinerante que formaban el hotel, la sala de juego y el restaurante. Puesto que en San Petersburgo todos estos locales eran del más alto nivel, se les podía disculpar si pensaban que el fundador de la ciudad solo exageraba un poco cuando afirmaba que aquella era la tierra prometida. San Petersburgo es una ciudad espléndida y monumental, pero también misérrima, y allí donde lo espléndido y lo miserable se encuentran siempre habrá rencor, rabia, crueldad, paranoia y violencia. De la misma manera que una mirada superficial sobre un tablero de ajedrez donde se está jugando una partida revelará muy poco de la encarnizada batalla que entraña la situación de las piezas, el turista cautivado por los tesoros del Hermitage, los encantos del Jardín de Verano o las exóticas mercancías expuestas en Gostinni Dvor será probablemente ajeno a los malsanos efluvios que recorren cada calle por la que deambula, impregnado de inocente admiración. De los once jugadores que tomaron parte en el gran torneo de 1914, Rozental fue el único que comprendió plenamente que la crueldad y la muerte violenta no eran solo parte de la vida en San Petersburgo, a la manera de cualquier gran capital, sino que constituían la esencia misma de una ciudad acechada por la revolución.

Rozental llegó con la única intención de jugar al ajedrez pero, aunque no puede culpársele por ello, se vio implicado en un complot, una traición y, en última instancia, un asesinato. O, mejor dicho, asesinatos, porque el de Gulko no fue el último. Hice lo que pude por ayudar pero no fue suficiente. El temperamento ingenuo de Rozental lo predispuso a caer en las maquinaciones de amigos con pocos escrúpulos, y el instigador de la muerte de Gulko resultó ser tan poderoso como un señor de la guerra tártaro, e igual de despiadado. No le importaban lo más mínimo los inocentes que se cruzaban en su camino, y los aplastó de la misma forma fría y calculadora con que los maestros de ajedrez cambian aquellos peones que entorpecen su juego.

Rozental no acabó muerto en la calle como Gulko; su final no fue dramático ni violento, pero sí igual de lamentable. En San Petersburgo la historia dejó de lado al gran Avrom Chilowicz, y la vida acabó haciéndolo añicos. Terminó sus días de la misma forma que había empezado, sumido en la pobreza y la amargura, y todo a causa de media docena de maniobras flojas

con un puñado de piezas talladas en madera de ébano y boj sobre un tablero escaqueado con sesenta y cuatro casillas.

2

Gulko fue asesinado la mañana del 14 de marzo. Cinco días después, mi secretaria entró en mi oficina. Estaba a punto de marcharse a casa y ya nos habíamos deseado las buenas noches. Yo estaba esperando a uno de mis pacientes habituales, que debía llegar a las siete, y empleaba el tiempo en actualizar mis notas de la visita de Rozental, efectuada aquel mismo día.

Minna murmuró una disculpa por la interrupción; enseguida vi que algo andaba mal.

—Hay una persona que quiere verlo, doctor. Un policía.

Minna pronunció la palabra con desdén. No era de clase acomodada pero se comportaba con una arrogancia terrible.

En la pequeña oficina exterior donde Minna trabajaba encontré a un hombre menudo de unos treinta y cinco años. Sostenía el sombrero ante él, sobre sus ojos le caía el cabello oscuro de su flequillo despeinado.

—¿Doctor Spethmann? —preguntó con voz débil y ligeramente nasal.

—Sí —contesté con educación, aunque no sin cierto recelo.

—Soy el inspector Lychev. ¿Podría hablar con usted en privado?

Sentí curiosidad. El trabajo de un psicoanalista no es muy diferente al de un detective. En ambos casos se trata de sacar a la superficie algo escondido, con la diferencia obvia de que el primero se ocupa de inhibiciones del inconsciente, y el otro, de estratagemas y ocultamientos intencionados.

—Por supuesto —dije volviéndome hacia mi secretaria—. Nos veremos por la mañana, Minna.

Minna vaciló un momento, como si se resistiera a dejarme solo en compañía de aquel hombre, y luego salió bordeando a Lychev, tratando de poner tanta distancia entre ellos como fuera posible en aquel espacio restringido. Al salir cerró con cuidado la puerta: a Minna le resultaba odioso cualquier ruido o alteración, por pequeño que fuera.

—Entre, por favor —dije a Lychev, haciéndolo pasar a mi despacho.

Me senté detrás de mi escritorio. Él se acomodó frente a mí, en el sillón que había delante del diván.

Miró a su alrededor de forma rápida y experta, como un observador avezado. Vi que su mirada se detenía en los marcos dorados con fotografías de Catherine y Elena que colgaban de la pared a mi derecha. Luego recorrió

con la vista los títulos de los libros de la estantería, y los objetos incas y mochicas situados entre ellos. Sopesaba y valoraba todas esas cosas para extraer conclusiones sobre su dueño.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector? —pregunté.

—Para empezar, puede explicarme cómo conoció a Alexander Yastrebov.

La brusquedad con que habló me irritó y tardé en responder; mi indecisión pareció despertar en él cierto recelo.

—¿Le resulta incómoda la pregunta?

—De ninguna manera —contesté—, pero temo no poder ayudarle. No conozco a ningún… ¿Yastrebov, ha dicho?

—Según los documentos que encontramos en su poder, Yastrebov era alumno de la Escuela Técnica —dijo.

Esa información no me decía nada.

—¿Está seguro de que no lo conoce?

—Completamente.

—¿Cómo explica usted esto? —dijo Lychev mientras introducía lentamente la mano en su abrigo.

Del bolsillo interior extrajo un sobre corriente y nuevo, y lo abrió. Yo esperaba ver una fotografía de Yastrebov pero, en lugar de eso, sacó una tarjeta de visita. La tinta parecía corrida por una mancha de agua, pero las palabras aún se podían leer.

—¿La reconoce?

—Por supuesto —contesté—. Es mi tarjeta de visita.

—¿Cómo explica que su tarjeta estuviera en manos de Yastrebov?

—Doy mi tarjeta a mis pacientes —contesté—, pero también a mis colegas y conocidos, y a gente que conozco en congresos médicos o en recepciones y cenas de gala. A veces pasan de sus manos a otras. Estoy seguro de que no conozco a la mitad de la gente que acaba teniendo mi tarjeta.

—¿Es posible que le diera la tarjeta directamente a Yastrebov?

—Si lo hice, fue sin saber de quién se trataba. ¿Quién es Yastrebov, de todas formas? ¿Acaso dice él que lo conozco?

Lychev me miró detenidamente, juzgando sin ningún disimulo mi sinceridad.

—Yastrebov ha muerto —dijo. Y luego añadió, con tan poco dramatismo y emoción como el que habría empleado para comentar el tiempo que hacía el martes anterior—: Fue asesinado.

Esperé a que me diera más detalles de su muerte, pero, en cambio, se levantó y echó otra mirada a la habitación.

—Tiene un despacho muy agradable —comentó.

Yo no sabía qué decir. ¿Qué esperaba aquel hombre de mí? Se acercó al tablero de ajedrez, que yo tenía junto a la ventana más cercana a mi escritorio, y cogió el rey blanco. Comprobó su peso, que pareció encontrar adecuado.

—Magnífico juego de ajedrez —dijo examinando la base. En ella, grabado en pequeñas letras de color rojo sangre, se leía: «Jaques London»—. ¿Es inglés?

—Sí —contesté.

—El Staunton es un buen diseño. Más simple y depurado que el ruso que tenemos aquí. —Tras dejar el rey, examinó los caballos barbados, de pecho orgulloso—. Son preciosos —observó—. Es obvio que usted juega al ajedrez, ¿no es así?

—Cuando tengo tiempo, lo cual no ocurre a menudo —contesté—. Por lo demás, no soy un buen jugador.

—¿Quién cree usted que ganará el torneo? —preguntó.

En vista de lo que había venido a decir, encontré su giro de la conversación algo ridículo, pero respondí de todas formas.

—Capablanca tiene muchas posibilidades.

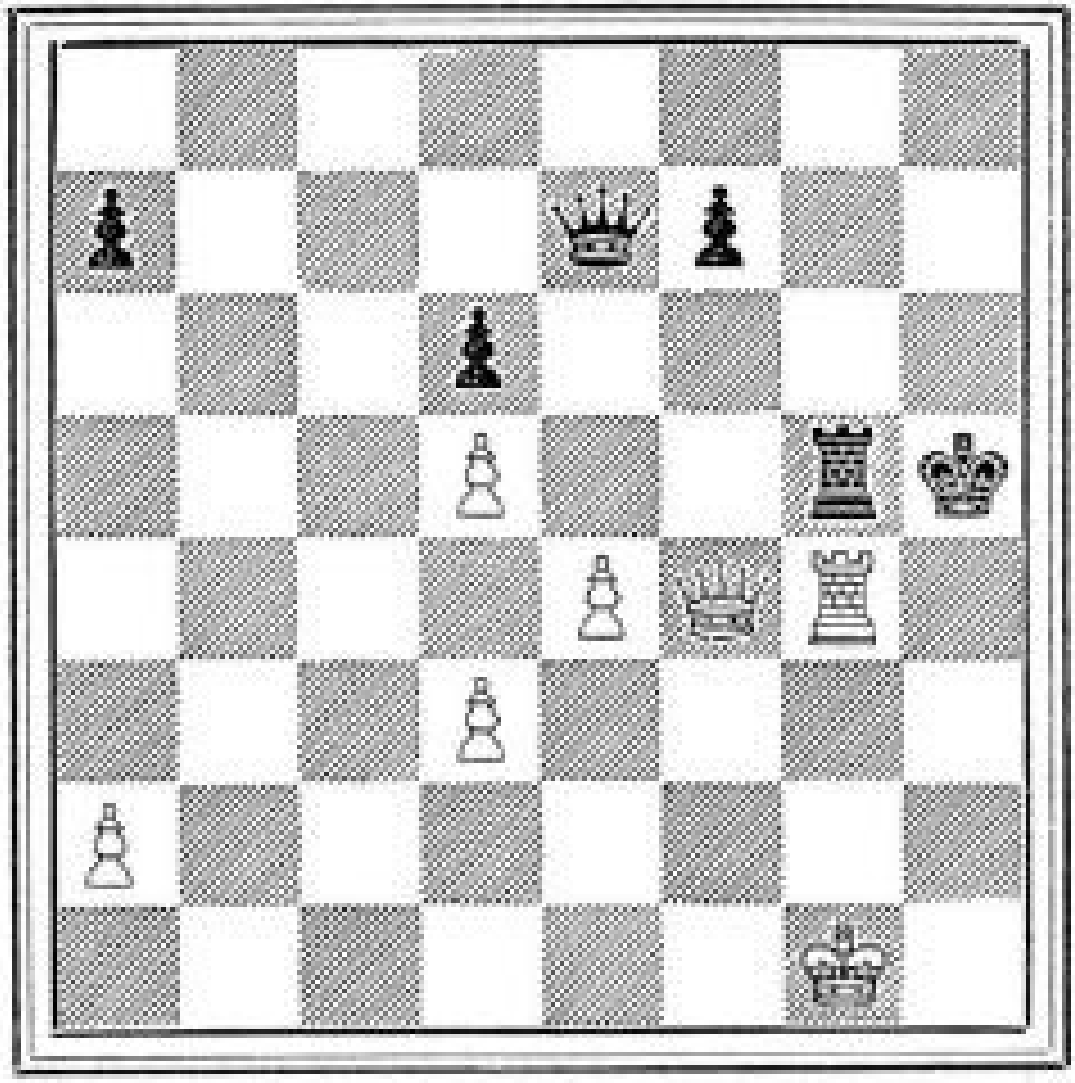
—Me sorprende que diga eso —dijo en tono dubitativo—, Rozental es el claro favorito. En los últimos dos o tres años ha sido prácticamente imbatible.

Presentí que la pregunta escondía algo. ¿Estaba enterado de que Rozental era paciente mío? En Rusia, la policía sabía muchas cosas.

—Rozental también tiene muchas posibilidades —concedí.

Lychev colocó el rey donde estaba, en el centro exacto de la casilla.

—¿Qué posición es esta? —preguntó.



Spethmann-Kopelzon

Kopelzon ha jugado 34… Rh5, amenazando la torre blanca.

El cambio de pieza en g5 no da ninguna ventaja a las blancas. ¿Qué debería jugar Spethmann para mantener intactas sus posibilidades de victoria?

Spethmann-Kopelzon

San Petersburgo, 1913-1914

Movimientos jugados hasta la presente posición:

1. e4 c5; 2. Cc3 Cc6; 3. g3 g6; 4. Ag2 Ag7; 5. d3 d6; 6. Cge2 e5; 7. h4 h5; 8. Cd5 Cce7; 9. Cec3 C×d5; 10. C×d5 Ae6; 11. c4 A×d5; 12. c×d5 Ah6; 13. b4 A×c1; 14. T×c1 b6; 15. Ah3 Ch6; 16. Dd2 Rf8; 17. 0–0 Rg7; 18. f4 e×f4; 19. T×f4 Te8; 20. Db2+ Te5; 21. b×c5 b×c5; 22. T×c5 g5; 23. h×g5 D×g5; 24. Tc2 Rh7; 25. Tg2 Tg8; 26. Df2 De7; 27. Tf6 Rg7; 28. Tf4 Rh7; 29. Af5+ C×f5; 30. T×f5 T×f5; 31. D×f5+ Rh6; 32. Df4+ Tg5; 33. g4 h×g4; 34. T×g4 Rh5.

Le expliqué que era una partida por correspondencia que estaba jugando con mi amigo Kopelzon. Al oír el nombre de Reuven Moiseievich, Lychev frunció el ceño. ¿Un policía que apreciaba la buena música? ¿O un policía con un interés profesional por uno de mis amigos más antiguos?

Lychev parecía profundamente absorto en la posición.

—¿A quién le toca jugar?

—A mí. Juego con blancas.

—¿Cuál fue el último movimiento de las negras?

—34… Rh5.

—El cambio de pieza en g5 no le proporciona ninguna ventaja —dijo, haciendo una mueca—. ¿Qué piensa usted jugar?

En todos los años que llevábamos jugando juntos al ajedrez, yo nunca había vencido a Kopelzon, pero en esa ocasión había salido de la apertura con una ligera ventaja. Mi asombrado contrincante decidió entonces sacrificar un peón a cambio de un ataque. Defendiendo con precisión, no solo conseguí capear el temporal sino que mantuve la ventaja del peón. Aun así, al llegar a la presente posición, se me habían agotado las ideas, y mis esperanzas de lograr una primera victoria sobre Kopelzon se estaban evaporando. Estaba a punto de ofrecer tablas.

—No lo sé —contesté.

A pesar de sentirme como si estuviera casi infringiendo las normas —lo cual era absurdo, dadas las circunstancias—, la curiosidad se apoderó de mí y pregunté:

—¿Cómo fue asesinado Yastrebov?

Lychev volvió sus claros ojos hacia mí.

—Lo apalearon hasta la muerte. Los asesinos pusieron el cuerpo en un carro y lo empujaron al canal que hay cerca del restaurante Bear.

—He leído algo sobre ello.

Fui a buscar en una pila de periódicos viejos que guardaba en el recibidor y enseguida encontré lo que buscaba, en el *Russkie Vedomosti*, que resultó ser el periódico de Gulko. La historia apareció en el mismo número que la crónica de la muerte de Gulko, aunque de forma mucho más sucinta. La noticia refería el rescate del cuerpo de un joven tras un accidente de automóvil en el dique Moika. Según la versión del periódico, la desafortunada víctima había perdido el control de su coche en un tramo cubierto de hielo cerca del Bear y derrapado hasta el canal.

—Aquí no se habla de asesinato —le dije.

—Los criminales intentaron encubrir el asesinato haciéndolo pasar por un accidente. Obviamente consiguieron engañar a la prensa. —Señaló el periódico y dijo—: ¿Conocía usted a Gulko?

—No —contesté.

—¿Nunca fueron presentados?

—No —repetí—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Hay alguna relación entre los dos asesinatos?

—Es posible —repuso con indiferencia.

—¿Por qué asesinaron a Yastrebov?

—Igual que en el caso de Gulko, aún no está claro —respondió con la misma falta de énfasis.

Observé, no sin alivio, que se dirigía hacia la puerta.

—Realmente, no tengo ni idea de cómo llegó mi tarjeta a sus manos —repetí—. Siento no haberle sido de gran ayuda.

—Lo espero mañana por la tarde en la comisaría de policía —anunció con total naturalidad—. A las cinco.

—¿Para qué? —objeté—. Ya se lo he dicho. No sé nada sobre este tal Yastrebov.

—Quizá descubramos que sabe más de lo que usted cree que sabe. Seguro que como psicoanalista que es lo entenderá.

—Me es imposible ir. Mañana tengo varias visitas que atender.

—¿Prefiere venir conmigo ahora?

No contesté. Lychev me miró directamente a los ojos.

—Mañana a las cinco, entonces.

Aún no había salido del estado de trance en que me hallaba cuando Lychev señaló las fotografías en la pared.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó, dando golpecitos en la más grande de las dos.

—Mi esposa Elena —contesté.

—¿No debería más bien decir «mi difunta esposa Elena»?

—Eso es —contesté, tras digerir tan poco delicada provocación—. Mi difunta esposa Elena.

—Y esta debe de ser su hija Catherine, ¿no es así? —agregó, golpeteando la segunda fotografía.

La sola idea de que ese hombre odioso, astuto y amenazador conociera la existencia de Catherine me sumió en el abatimiento.

—Sí —susurré, como si esperara que no me oyera.

—Traiga a su hija con usted mañana.

Durante un minuto o más no pude pronunciar palabra. Me quedé mirando, atónito, a mi inoportuno visitante; y él me devolvió la mirada. Incluso cuando el estado de *shock* pasó, no pregunté por qué quería ver a Catherine, o qué relación pensaba que podía tener Catherine con Gulko o Yastrebov, o con el asunto del accidente o asesinato, fuera lo que fuese.

Lychev volvió los ojos hacia el tablero de ajedrez.

—Su posición no es nada mala —comentó—. De momento, por lo menos.

Seguí su mirada. Cuando volví a fijarme en él, Lychev se estaba apartando el lacio flequillo que le tapaba los ojos. Se arregló el pelo con cuidado y se colocó el sombrero.

—Lo veré mañana, doctor Spethmann —dijo Lychev, y acto seguido salió del despacho.

3

Para mis pacientes soy como un padre comprensivo: atento, amable, sereno, justo, estricto, irreprochable y entregado. Se quedarían consternados si descubrieran que la persona a quien atribuyen una entereza y sabiduría casi sobrenaturales es, en realidad, tan vulnerable como ellos mismos e igual de propenso a sufrir estados de ansiedad o desasosiego o incluso otras emociones no menos violentas y turbadoras. Pero es la verdad.

Entonces mi paciente más enigmático (incluyo a Rozental) era Anna Petrovna Ziatdinov. Nos presentaron en la primavera de 1913, en una recepción organizada en honor del embajador alemán. Ella tenía entonces treinta y siete años y era una de las bellezas más célebres de San Petersburgo.

Mi presencia allí se debía únicamente a que me lo había pedido Kopelzon.

—Tienes que hacer más vida social, Otto —me había dicho, con la sensatez y la energía que le caracterizaban—. Sé que aún estás de duelo, pero ya ha pasado un año. Nadie te lo reprochará. Además, irá una mujer a la que estoy tratando de seducir, y necesito que me des tu opinión.

—Debería quedarme en casa con Catherine. Se sentirá sola sin mí.

—Catherine tiene una legión de amigos; un batallón entero. ¡Coge el abrigo!

El edificio de la embajada era gigantesco y monolítico; prácticamente parecía esculpido a partir de un solo bloque de granito finlandés. Todo en él era proporción, fuerza y autoridad: los arquitrabes macizos, las paredes colosales y, en el tejado del edificio, los gigantes de bronce que sostenían las bridas de dos enormes caballos de largas crines, con las fosas nasales dilatadas. La guerra se avecinaba y había mucha tensión en el aire.

—¿Cómo puedes sentirte cómodo en un sitio como este? —le susurré a Kopelzon mientras aceptábamos la primera copa de la noche.

—Porque solo aquí puedo hablar a mi verdadero amor —dijo, echando una ojeada a la sala—. Ahí está. Ven conmigo. Si su marido la ve a solas conmigo se descubrirá el pastel. —Me cogió del brazo y me condujo hacia ella—. ¿No es la mujer más hermosa que hayas visto jamás?

Anna Petrovna era de estatura mediana y tenía la tez clara, labios carnosos y unos ojos color miel grandes y luminosos. Su cabellera era negra y resplandeciente, y el pelo le nacía más abajo de lo normal, procurándole una

belleza bastante singular, efecto que acentuaba un diente incisivo que parecía salir ligeramente desviado de la encía y que constituía la única peculiaridad en una, por lo demás, dentadura impecablemente simétrica. Quedé inmediatamente prendado por estas dos imperfecciones —el nacimiento del pelo y el diente incisivo—, que sugerían una personalidad oculta y ligeramente pirática, como si detrás del decoro hubiera algo secreto y misterioso. Tal vez se debiera simplemente a mi costumbre de encontrar alivio reparando en las imperfecciones de los demás, siendo tan consciente de mis propios defectos como era.

Pareció contenta de ver a Kopelzon, pero también, en mi opinión, más desconcertada que halagada por los cumplidos que mi amigo le prodigaba. Kopelzon ponía tanto entusiasmo en sus seducciones como en sus recitales, pero no puede negarse que sus interpretaciones musicales eran infinitamente más sutiles. Al cabo de un rato, Anna Petrovna nos pidió disculpas y se marchó.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Kopelzon—. ¿Verdad que merece correr el riesgo?

—¿Lo dices por el marido?

—¡No, por Dios! —exclamó Kopelzon, con un ademán desdeñoso—, Boris Ziatdinov es un miserable, pero no es más que un abogaducho con mal genio. El riesgo está en el padre.

—¿Quién es el padre?

—La Montaña —dijo Kopelzon en voz baja.

Tenía el semblante serio, y con razón. Piotr Arseneievich Zinnurov era uno de los industriales más ricos de San Petersburgo, y se sospechaba que financiaba en secreto las Centurias Negras. Lo cierto era que apoyaba abiertamente los ataques de estas contra los judíos o los intereses judíos, y no le haría ninguna gracia descubrir que su única hija era objeto de los favores sexuales de un violinista judío.

—Desgraciadamente —suspiró Kopelzon—, no parece que Anna Petrovna tenga intención, por lo menos esta noche, de acostarse en mi cama, y ya sabes que yo, a diferencia de ti, pienso que una noche sin compañía es una noche desperdiciada…

Kopelzon ya tenía la mirada puesta en una mujer de generosas carnes y unos cuarenta años. Di unas palmaditas en la espalda a mi pícaro amigo y me despedí deseándole suerte.

Estaba a punto de salir cuando oí una voz a mi espalda:

—¿Cómo se va usted tan pronto, doctor Spethmann?

Era Anna. Me presentó a sus acompañantes, todos ellos personas amables y cordiales, además de ser admiradores incondicionales de Blok.

—Lo veo inquieto, doctor Spethmann —dijo Anna al cabo de un rato. Se había ido girando paulatinamente hasta dar la espalda a sus amigos de modo que quedamos apartados de ellos y sus especulaciones sobre poesía lírica.

—Disculpe —le dije—, debo volver a casa con mi hija.

—Espero que no esté enferma.

—En absoluto, gracias, pero es joven y ha perdido a su madre recientemente.

—Cuánto lo siento —dijo Anna tocándome el brazo—. Qué desgracia para ambos. ¿Qué edad tiene su hija?

—Cumplirá dieciocho años en agosto. No le gusta que me separe de ella y le prometí que estaría de vuelta a las nueve.

—Entonces debe marcharse sin más demora —dijo ella.

Antes, su conversación me había parecido ocurrente y articulada, pero a la vez noté que ocultaba algo ensayado, estudiado, o algo que pusiera a punto para la siguiente interpretación. Sin embargo, en ese momento, sus intereses parecían más cercanos a la realidad.

—Ha sido un placer conocerlo, doctor Spethmann —dijo tendiéndome la mano—, he oído hablar mucho de usted.

—¿Kopelzon le ha hablado de mí?

Anna sonrió.

—Su amigo es infatigable. Dígame, ¿tiene alguna vez éxito en sus asedios?

—Por lo que sé, no fracasa nunca.

Una expresión de socarronería se le dibujó en el rostro. Dejé que su mano descansara sobre la mía. Casi siempre encontramos una manera de obtener la información que queremos, y lo que yo quería saber era que Anna no se iba a ir con Kopelzon a la cama. No me di cuenta de ello, por lo menos no del todo, mientras la tuve delante, y solo después admití —para mis adentros— que si yo había mencionado a Kopelzon como la fuente de la información que ella tenía de mí, fue solo para hacerle hablar de su aventura con él, si es que existía. Desde la muerte de Elena, un año atrás, yo no había sentido nada, a menos que consideremos el cansancio una emoción. Lo único que me hacía seguir adelante era la contradictoria necesidad que Catherine sentía por mí, reclamando mi presencia a la vez que me acusaba de estar oprimiéndola. Unas veces se arrojaba en mis brazos diciendo que me quería, otras gritaba que yo era el padre más cruel desde Abraham o el peor marido desde Adán. No tengo

intención alguna de parecer trágico ni de sugerir que en algún momento de desazón pensara en acabar con mi vida, pero si la muerte hubiera venido a buscarme, no estoy seguro de que hubiera presentado batalla o hubiese intentado huir.

Y en ese momento estaba contemplando a una mujer y pensando que me gustaría conocerla mejor. Al despedirme de ella me sentí confuso y también avergonzado.

La siguiente vez que vi a Anna fue cinco o seis meses más tarde, cuando nos encontramos en el teatro Mariinski, en el intermedio de una representación de *Don Quijote* interpretada por Vaganova. Iba acompañado de Catherine, que aquella noche se mostraba animada y conversadora. Aquella noche yo era el mejor padre desde Abraham.

—Hola, doctor Spethmann —saludó Anna y se acercó. Parecía cansada y era evidente que había perdido peso—. Me alegro de volver a verlo.

Yo estaba secretamente encantado de que Anna conociera a Catherine en aquellas circunstancias, pues mi hija no solo destacaba por su deslumbrante belleza sino también por su buen humor. Pero una vez concluidas las formalidades, Catherine se sumió en un hosco silencio y durante el resto de nuestra corta conversación se mantuvo pegada a mí con la misma vehemencia con que un guardia agarrara a su prisionero. Me di cuenta de que la mirada de Anna se desviaba hacia los rígidos dedos de Catherine, clavados en mi brazo. Su expresión no la delataba pero yo sabía que se daba perfecta cuenta de lo que estaba pasando. Se despidió con elegancia, expresando su deseo de volver a encontrarnos pronto.

—¿Quién era esa mujer tan horrible? —preguntó Catherine cuando Anna se hubo ido.

—¿Te parece horrible? —pregunté con tacto.

—Sí, mucho. ¿Quién es?

—Anna Ziatdinov. Su marido —me aseguré de mencionar a su marido— es el abogado Ziatdinov.

—¿Cómo la conociste?

—En realidad, no la conozco de nada.

—¿De verdad? Me pareció excepcionalmente amistosa para ser una desconocida.

—A mí no me lo pareció tanto —repliqué con suavidad.

—Así es como acostumbrabas a desviar la conversación con mamá —replicó con ira y una vehemencia que no me esperaba—, fingiendo que no tenías ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Volvemos a nuestros asientos?

Pero Catherine no se daba por vencida.

—Le rompías el corazón cuando te ponías a coquetear delante de ella con otras mujeres.

Los que estaban más cerca dejaron de hablar y bajaron la vista, mostrando un repentino interés por sus zapatos.

—No tienes vergüenza. Me das asco.

—Catherine, por favor…

Catherine dio media vuelta y se marchó. Fui tras ella bajando por la escalera cubierta por una alfombra roja y crucé el vestíbulo donde se despachaban las localidades, hasta salir a la plaza desierta, donde la encontré, de pie e inmóvil, de espaldas al teatro y con la mirada perdida. Me acerqué a ella por detrás. Estábamos a principios de septiembre, pero algunos copos de nieve medio derretidos ya salpicaban su rubia cabeza. «Sé amable —me dije —. Debes ser paciente y comprensivo. Esto es lo que una hija angustiada necesita de un padre».

Se giró hacia mí y dijo:

—Prométeme que jamás volverás a ver a esa mujer.

No lo pensé dos veces.

—Te lo prometo —contesté.

—¡Júralo! Júralo por tu vida.

—Te juro que nunca volveré a verla.

Volvimos adentro para recoger nuestros abrigos, caminamos hasta mi automóvil y nos dirigimos a casa.

A la mañana siguiente, un mensajero de librea trajo una nota de Anna Petrovna preguntándome si la aceptaría como paciente.

4

Diez minutos después de marcharse el inspector Lychev, Anna entró en mi despacho y se instaló en el diván. Yo me senté, tal como se estilaba, cerca de la cabeza de mi paciente.

Al contemplarla, uno nunca imaginaría que Anna no fuera sino una persona satisfecha y segura de sí misma, tanto en el plano personal como en el social. En nuestras primeras reuniones me contó que durante los últimos años de su adolescencia había padecido regularmente cierto entumecimiento parcial en la mano derecha, que tanto podía durar horas como semanas. Los eminentes y carísimos médicos de la alta sociedad a los que su padre consultó fueron incapaces de encontrar una causa física, pero notaron que la insensibilidad tenía tendencia a mostrarse uno o dos días antes de unas pesadillas aterradoras que impedían dormir a la joven. Llegaron a la conclusión de que su dolencia era de tipo histérico, pero, por ser entonces poco conocida tal afección, no pudieron prescribirle un tratamiento adecuado.

Anna no recordaba ningún incidente en particular que pudiera haber provocado la parálisis o las pesadillas, ni sabía por qué, poco después de cumplir los veinte años, las dos molestias habían desaparecido tan súbitamente como habían empezado. Durante los últimos diez años no le habían perturbado ni una sola vez y, recuperada la salud, no había vuelto a pensar en ello. Sin embargo, últimamente las pesadillas y la insensibilidad en la mano derecha habían reaparecido y Anna sufría ansiedad y fatiga.

Es sabido que los sueños proporcionan la clave de la enfermedad, a pesar de que el paciente se resiste a menudo a enfrentarse a su descubrimiento. Anna y yo hablamos largo y tendido sobre sus pesadillas, que parecían contener tanto elementos literales como simbólicos. Sin embargo, Anna aseguraba no recordar mucho más que el hecho de que, por lo general, en sus pesadillas aparecía una gran casa con aspecto de laberinto, una casa bonita pero en ruinas. También recordaba estar muriéndose de sed. Analizamos la posibilidad de que la casa simbolizara su propio cuerpo y que su estado ruinoso fuese la representación de la ansiedad natural que sentimos con respecto a la integridad, la salud y el atractivo de nuestro cuerpo cuando nos hacemos mayores. Ella no descartaba mi interpretación, pero yo me daba perfecta cuenta de que no la convencía. Un poco más adelante me contó que

al sentirse tan sedienta había empezado a explorar la casa en busca de agua. No obstante, cuantas más habitaciones recorría más convencida estaba de que alguien la estaba acechando. Se acercaba a cada puerta con creciente espanto, hasta que se puso a temblar violentamente, aterrorizada por lo que podía encontrar al otro lado. En sus sueños no siempre abría la puerta, pero, cuando lo hacía, lo que encontraba no era un demonio sino comida: salmón ahumado, pan, caviar, fruta y vodka, todo ello dispuesto en una mesa. Al llegar a este punto, Anna se despertaba chillando.

Anna tenía tanto terror a enfrentarse con lo que yo debía enfrentarla y su resistencia a la hipnosis y a la asociación eran tales, que hicimos menos progresos de lo que había esperado en un principio. Tras consultar con mis colegas, decidí dejar de lado sus sueños y volver a la historia de su vida. El psicoanálisis se parece mucho a buscar oro, y en una de las sesiones anteriores había llegado a creer que había encontrado un filón. Se trataba de un viaje casi olvidado que Anna había hecho de pequeña a Kazan para visitar a su abuela. Anna mencionó el viaje de pasada, pero cuando después la apremié para que me diera más detalles, empezó a mostrarse ansiosa. Entonces comencé a sospechar que algo significativo había ocurrido durante aquel viaje.

La visita de Lychev me había perturbado y no estaba seguro de poder lograr la concentración necesaria para la sesión, pero Anna parecía tan exhausta que pensé que era imperdonable pedirle que volviera otro día.

Anna se estremeció ante la sola mención del viaje.

—¿Por qué me pregunta esto? No tuvo ninguna importancia. No fue más que un viaje que hice de pequeña.

—La regla básica del psicoanálisis es que no hay que obviar nada, por insignificante que parezca.

—Ocurrió años antes de que empezaran las pesadillas.

—Dígame lo que recuerda.

—No creo que me acuerde de gran cosa, la verdad.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Trece años y dos meses.

—Veo que recuerda su edad con precisión. ¿Pasó algo importante?

Titubeó, pero solo por un momento.

—Tuve mi primera menstruación.

—¿Cómo reaccionó?

—Sentí curiosidad.

—¿Por qué sintió curiosidad?

—Por convertirme en mujer.

—¿Viajó sola, a Kazan?

—No. Fui con mi padre.

—¿Dónde estaba su madre?

—Ella no nos acompañó. No sé por qué. Solo fuimos nosotros dos.

—¿Cómo se sintió respecto a estar a solas con él?

Anna hizo una pausa para reflexionar.

—En casa, papá estaba siempre ocupado —empezó a explicar, lentamente —. A veces no le veía en varios días. Ahora lo tenía para mí sola y estaba entusiasmada. Recuerdo que cuando subíamos al tren en la estación Nicholas la gente nos miraba con admiración. Casi como si fuésemos… —Se paró, y añadió rápidamente—: Él estaba en la flor de la vida y era muy atractivo.

—Casi como si fueran… ¿qué? —apunté—. Continúe con lo que estaba diciendo.

—Es una tontería —protestó—. No sé por qué lo he dicho.

—Aún no lo ha dicho.

—Como si fuéramos marido y mujer, más que padre e hija. —Soltó una risita nerviosa, como si se reprochara lo que acababa de decir—. Por supuesto que nadie lo pensó. Yo tenía trece años y él entonces tenía… cuarenta y cuatro. Pero el simple hecho de que tal posibilidad me pasara por la cabeza (o eso pensaba yo) me llenaba de orgullo. Por esto y por mi secreto (que me había venido la regla) sentía que ya era una persona mayor.

—¿Qué más recuerda de aquel viaje?

—Nada especial, excepto que fue largo: primero viajamos a Moscú, y desde allí, a Kazan.

Yo no creía que ella no recordara algo más y, cuando insistí, resultó que Anna era capaz de rememorar algunos detalles sobre otros pasajeros —una elegante mujer que vestía un abrigo azul y no paraba de sonreírle, y un veterano oficial de caballería que trató de entablar conversación con su padre —, pero nada que me fuera de gran ayuda. Sin embargo, noté cierta reticencia por su parte a llegar a su destino, por decirlo de algún modo.

—Háble me de Kazan y de la casa de su abuela.

Anna me miró con recelo, como si sospechara que le estuviera tendiendo una trampa.

—Esta no es la casa que aparece en mis pesadillas, si es esto lo que está pensando.

—¿Por qué lo dice?

—La casa que aparece en mis pesadillas es muy grande y está llena de recovecos; y la de mi abuela no tenía nada de aterrador: era sencilla y acogedora. Recuerdo un pequeño huerto en la parte de atrás, y una pequeña cocina con un horno de petróleo y una mesita.

—¿Dónde dormía?

—En un dormitorio del segundo piso.

—¿Sola?

—No. Debía compartir habitación con mi padre.

—¿Ha dicho que *debía* compartir la habitación? ¿Al final la compartió o no?

Anna parecía desconcertada.

—Supongo que sí. No creo que hubiera otra habitación libre en toda la casa.

Tomé unas notas y proseguí.

—¿Cómo llegaron a la casa, desde la estación?

—Con un carruaje, posiblemente, pero la verdad es que no me acuerdo.

—¿Qué hicieron al llegar?

Anna frunció el ceño y se quedó en silencio durante unos momentos.

—Estuvimos allí una semana entera, pero mi mente se ha quedado completamente en blanco.

—Intente recordar. Cualquier cosa. ¿Qué les cocinaba su abuela?

—Ahora que lo pienso, no creo que nos quedáramos toda una semana —dijo lentamente—. Esos eran los planes al principio. Recuerdo a mi madre besándome en la estación, y diciéndome que no sabía cómo iba a vivir una semana entera sin mí. —Su voz se iba apagando mientras buceaba en su memoria—. Estoy segura de que fuimos para quedarnos una semana, pero…

—Continúe —la animé.

—En realidad, no recuerdo nada en absoluto —prosiguió, con cierto deje de desesperación aflorando en su voz. Traté de apremiarla para que siguiera, pero me interrumpió suplicando—: Por favor. De verdad, estamos perdiendo el tiempo. No pasó nada.

Su vehemencia solo reforzó mi convicción de que lo que buscábamos estaba allí precisamente, pero al mismo tiempo albergaba dudas sobre la conveniencia de dejarle seguir contando historias, o de adentrarnos en el impredecible terreno del inconsciente. No quería arriesgarme a provocar una crisis, pero yo era su médico y tenía la responsabilidad de llegar al fondo de su dolencia, algo que solo se podía conseguir arrancándola del rígido estado que se negaba a abandonar.

—¿Había alguien más en la casa?

—¡Por favor! —exclamó.

Se llevó las manos a la cara, presionando los pómulos con los pulgares y extendiendo los dedos hacia arriba para cubrirse los ojos, y permaneció en silencio durante algunos minutos.

—No quiero hablar más de esto.

Nada que yo pudiera decir iba a hacerle cambiar de idea.

Al final de la sesión, le preparé un poco de té. Entonces Anna preguntó por Catherine.

—Catherine está bien, gracias. Por lo menos, eso creo. Desde que empezó sus estudios en la universidad la veo muy poco.

—Es una chica estupenda. Ojalá yo no le desagradara tanto.

—Usted no le desagrada en absoluto.

Anna sonrió con aire de complicidad y soltó:

—¿Nunca ha pensado en casarse otra vez?

—No —respondí inmediatamente, sorprendido por la pregunta.

—¿Debido a Catherine?

—No solo a causa de Catherine —repliqué.

—¿Por qué, entonces?

—Raramente salgo —contesté—, y al tener tan pocas oportunidades de conocer gente… —Sonreí, encogiéndome de hombros en un gesto de impotencia.

—Esto me suena a excusa —respondió.

—Puede ser —concedí.

—¿Tiene miedo?

—¿Miedo de qué?

—De conocer a alguien. De volver a enamorarse.

Por alguna razón, la pregunta me molestó. Me levanté y me acerqué a la ventana.

—Otto, lo lamento muchísimo —oí que decía—: Qué estupidez acabo de decir.

Me quedé mirando la calle, oscura y casi desierta. Ella se acercó por detrás y me rozó el brazo.

—¿Me perdonará? —preguntó en voz baja.

Me giré. Ella estaba tan cerca que casi nos tocábamos. Nos quedamos mirándonos el uno al otro en silencio unos momentos. De haber sido yo Kopelzon, la habría besado. En lugar de ello, me aparté de Anna, buscando

refugio detrás de la mesa de ajedrez, y el beso que no di se quedó flotando en el aire que nos separaba.

—Parece usted preocupado —murmuró tras una pausa.

—Lo lamento.

—¿Puede decirme por qué?

Nunca debí contestar. Era poco profesional y, seguramente, contrario a la ética.

Me escuchó, primero incrédula, después indignada.

—¿Qué derecho tiene este Lychev a reclamar su presencia en la comisaría? Usted no ha hecho nada malo. Es un ultraje.

—No tengo miedo de ir —continué—, pero temo por Catherine.

—Tiene que conseguir que alguien interceda por usted. Una persona influyente. Alguien que ponga a Lychev en su sitio. Y debe hacerlo antes de ir a la comisaría mañana. Una vez empezado el trámite policial, será imposible pararlo.

—No conozco a nadie con este tipo de influencia —dije.

Se quedó en silencio unos instantes, como si intentara tomar una decisión. Me preguntó si podía usar el teléfono del recibidor.

Un par de minutos después, regresó.

—Acabo de hablar con mi padre —me dijo.

La Montaña. Me dio un vuelco el corazón.

—Le he explicado la situación —continuó—. Le gustaría verle a usted esta noche para hablar de ello.

—No debería habérselo dicho.

—No sea estúpido, Otto. Es lo mínimo que puedo hacer por usted. Vaya a ver a mi padre. Si alguien puede ayudarlo, es él.

Yo sabía, por lo que ella me había contado en anteriores sesiones, que los estrechos lazos que antes unían a Zinnurov y su hija no habían aguantado el paso del tiempo, pero ella nunca reveló a qué se debía ese distanciamiento.

—Mi padre lo espera a medianoche en el Club Náutico Imperial —informó.

Agradecido y al mismo tiempo avergonzado, la ayudé a ponerse el abrigo. Suavemente, apoyé las manos en su espalda. Anna no se movió. Sin pensar, moví un poco el pulgar derecho para acariciar un rizo de su tupida cabellera, allí donde caía sobre su blanco cuello. Anna volvió ligeramente la cabeza, no sé si para incitarme a hacer algo o para prevenirme de que no lo hiciera.

Retiré las manos de sus hombros.

Salimos juntos de la oficina hasta el amplio rellano de mármol, donde llamé el ascensor. Anna se subió al coche, y un encargado uniformado levantó la barrera.

Desde detrás de la reja, Anna dijo:

—Llámeme después de hablar con mi padre.

Me quedé allí, escuchando el zumbido eléctrico y los chasquidos y traqueteos del coche que se alejaba, y luego volví a mi despacho. Justo cuando llegué a la puerta, me pareció que había alguien en la escalera. Oí el sonido de unos pasos lentos y pesados.

—¿Quién es? —pregunté.

Como única respuesta, los pasos prosiguieron arrastrándose sin prisa. Dos figuras aparecieron en lo alto de la escalera. Una de ellas, un joven alto, sonreía de forma desagradable. Su compañero tenía un aspecto adusto y sujetaba un revólver.

—Hola, judío —dijo.

5

Dos semanas antes del asesinato de Gulko, Kopelzon me invitó a un recital privado que se celebró en casa del magnate naviero S. I. Raetski. Luego cenamos juntos en el A l'Ours. Por lo general, después de un concierto, Kopelzon se mostraba comunicativo y excitado, completamente satisfecho de sí mismo, pero aquella noche parecía preocupado y presa de la agitación.

—¿No estás contento de tu actuación, o es que tienes problemas con alguna mujer? —pregunté tratando de animarlo.

—¿Es cierto que tratas a Anna Petrovna?

—Sí —contesté cautelosamente.

—¿Te has ido a la cama con ella?

—No —respondí, fingiendo estar más sorprendido de lo que realmente estaba.

—¿Te has enamorado de ella?

—¿Por esto estás tan melancólico esta noche? ¿Porque no has conseguido seducirla?

—¿Quién ha dicho que no lo he conseguido?

Kopelzon sonrió con visible esfuerzo.

—De acuerdo —asintió—. No lo he conseguido.

—¿Por qué no dejas que te trate? —le pregunté.

—¿Tratarme? —exclamó en un tono belicoso. A veces he llegado a pensar que Kopelzon me desprecia—. ¿Por qué?

—Por el preocupante priapismo que padeces.

La expresión de hostilidad desapareció de su cara.

—Es mucho más preocupante la falta de interés que muestras en estos asuntos —replicó, sonriendo.

Terminamos la comida y el vino. Luego Kopelzon pidió champán y *brandy*.

—Tengo un nuevo paciente para ti, Avrom Rozental —anunció—. Y te lo digo en serio, está completamente loco.

—No sabía que conocieras a Rozental.

—De hecho, somos buenos amigos —continuó vagamente—, pero va a necesitar tu ayuda si quiere participar en el torneo.

—¿Quiere Rozental que le ayude?

—Le he hablado de ti —dijo de nuevo en tono vago y evasivo—. ¿Cuando puedes verle? ¿Mañana?

—¿Cuáles son los síntomas? ¿Por qué dices que está loco?

—Lo verás por ti mismo. Por otro lado, Rozental no dispone de dinero, pero yo pagaré parte de los gastos de su tratamiento.

—Quizá no haya tratamiento posible —lo interrumpí—, pero si lo hay, me deberás una cena, nada más.

Kopelzon me cogió la mano y le dio un apretón.

—Gracias, Otto —dijo—. No sabes lo importante que es esto.

Al día siguiente, Minna hizo pasar a mi despacho a Kopelzon y al famoso Avrom Chilowicz Rozental. Nunca había visto a Rozental en persona, aunque, como miles de personas, había seguido en la prensa sus aplastantes triunfos por toda Europa. Su partida contra Rotlewi en Lodz, en 1907, era su obra maestra, y yo la había estudiado con el mismo interés que los casos de Anna O., Dora y del pequeño Hans. Un examen minucioso de la partida revelaba su lógica perfecta, pero a la vez parecía la obra de un prestidigitador por la mareante imaginación de la que hacía gala.

Kopelzon y yo intercambiamos algunos tópicos y formalidades. Señalando el tablero de ajedrez, me preguntó si tenía preparada mi jugada. Me disculpé una vez más y apelé a su benevolencia.

—¿Me estás proponiendo tablas? —preguntó.

—¿Te importa si me tomo uno o dos días más para pensarlo?

—Por supuesto que no —contestó mirando de reojo a Rozental—, pero creo que convendrás en que es tablas.

Kopelzon estaba actuando en beneficio de Rozental, para conseguir que el gran maestro se sintiera lo más cómodo posible. La mirada taciturna de Rozental fue vagando sin rumbo hasta posarse en las piezas Jaques, y se detuvo allí. Sus facciones permanecían imperturbables. Yo me sentía algo azorado por su examen de nuestros débiles esfuerzos.

—¿Puedo ofrecerle un poco de té? —le pregunté.

Pareció como si no me oyera. Repetí la pregunta.

—No. No, gracias —contestó en yiddish.

Enseguida masculló una disculpa, tanto por la negativa como por contestar en yiddish. Su ruso era típico del gueto, bastante fluido pero gutural y gangoso.

—¿Cuánto tiempo lleva en San Petersburgo? —pregunté.

Rozental desvió nerviosamente la mirada hacia Kopelzon.

—Dos semanas, Avrom Chilowicz —dijo Kopelzon, dirigiéndose a él como si se tratara de un crío a su cuidado. Se volvió hacia mí y añadió—: Avrom se aloja en el Astoria.

En aquel momento, Rozental sacudió la cabeza de una forma que me recordó un pequeño animal alertado por la presencia de un depredador. Empezó a rascarse furiosamente el cuero cabelludo mientras Kopelzon y yo lo observábamos en silencio.

Pasados unos instantes, me volví hacia Kopelzon y dije:

—Gracias, Reuven. Minna te acompañará a la puerta.

—¿No debería quedarme? —preguntó sin duda sorprendido.

—Lo que se trata entre un analista y un paciente es un asunto completamente privado.

—Por supuesto. Pero aquí estamos entre amigos. Avrom es mi amigo. Soy el único amigo que tiene en San Petersburgo. Fui yo quien sugirió que viniera a verte. Debo quedarme.

—Es del todo imposible, Reuven. Por favor.

—No lo entiendes. Debo quedarme.

—Mi respuesta sigue siendo que no —insistí.

Rozental, preocupado por lo que fuera que irritaba su cuero cabelludo, parecía no oír nada de lo que decíamos. Logré llevar a Kopelzon al recibidor. Estaba realmente enfadado.

—Si quieres que trate a Rozental —le dije— tendrás que consentir que lo haga en privado.

Kopelzon hizo un dramático gesto de desesperación.

—¿No podrías, por una vez, hacer una excepción?

—¿Por qué tienes que estar presente?

—Para ahorrarte tiempo. Avrom desvaría. Por Dios, no sabes cómo desvaría.

—Un psicoanalista no debe dejar escapar nada de lo que un paciente pueda decir. Y tú lo sabes.

—Créeme: harías bien en pasar por alto ciertas cosas.

—Si yo te pidiera que solo usaras tres de las cuatro cuerdas de tu violín, ¿qué me dirías?

Kopelzon se puso una mano por encima de la ceja, como quien sufre horrores a causa de la incapacidad de los otros para hacerse cargo de sus preocupaciones.

—El tiempo se nos echa encima —rezongó—. Nos queda muy poco tiempo. ¿Crees que puedes curarlo?

—Depende de su colaboración —contesté—. De si está preparado para reflexionar sobre su mundo interior y soportar cierto dolor psíquico. Depende, por lo menos, de que su dolencia sea curable mediante el psicoanálisis.

—El torneo comienza el veintiuno de abril. Para entonces tiene que estar en condiciones de jugar.

—Solo se trata de un campeonato de ajedrez, Reuven —le dije—. Habrá otros.

—¡No los habrá! —dijo con brusquedad—. Esta es la oportunidad de Rozental para demostrarse a sí mismo que es el legítimo aspirante al título de campeón del mundo. Debe jugar.

Kopelzon era una persona exigente e impaciente. La mayoría de las personas lo consideraban insoportable. Yo estaba acostumbrado a su intolerancia, pero, esta vez, encontré innecesaria y de mal gusto su insistencia.

—Rozental no es solo jugador de ajedrez: es polaco —continuó. Y con un inequívoco tono acusador añadió—: Y judío, por si no te habías dado cuenta.

Algunas personas de éxito con un pasado humilde se adaptan con tanta facilidad a todo lo que conlleva su nueva vida que nadie adivinaría cuáles fueron sus inicios. Otros, por el contrario, solo saben hablar del sastre y el panadero; del rabino y el posadero; de los principios de la Torá y del valle de lágrimas; y si se los aparta de ese mundo, no saben qué decir ni qué hacer. Supongo que yo esperaba encontrarme con un mago de fuerzas secretas y espectaculares fuera del alcance de la mayoría de los mortales, pero, en su lugar, apareció Avrom Chilowicz Rozental, un pobre judío originario del *shtetl*. Sí, me di cuenta enseguida.

—No puedo tratarlo si insistes en estar presente —insistí.

Me lanzó una mirada desafiante, pero al darse cuenta de que no iba a convencerme, se rindió y dijo:

—¿Me mantendrás, al menos, informado de los progresos?

—En términos generales, sí —contesté. Estaba claro que esta respuesta le gustó tan poco como mi negativa anterior a permitir su presencia en la sesión. Añadí—: Llamaré ahora mismo a otro doctor… Bekhterev, si te parece, pero puedes estar seguro de que, llame a quien llame, todos pensarán exactamente igual que yo.

Volví con mi paciente para comenzar con la primera de nuestras muchas sesiones. Rozental no desvariaba; al menos, no lo hacía al principio.

El intruso más alto se quitó el sombrero y se dejó caer en la silla que hay detrás de mi escritorio. Colocó sobre la mesa, delante de él, un cuchillo de color ámbar con empuñadura de hueso.

—¿Estás solo? —preguntó—. Esperaba ver a Minna. He oído decir que es muy guapa. —Se giró hacia su cómplice y dijo—: Registra el cuarto de baño.

El joven que sostenía el revólver pasó por detrás de mí. Oí cómo abría la puerta y el chasquido del interruptor de la luz.

—¡No hay nadie, Kavi!

Miré a los ojos al hombre sentado en la silla. Kavi, se suponía. Parecía un oso: ancho de cara y con grandes espaldas. Debía de ser cosaco a juzgar por su pinta y su forma de hablar.

—Tal vez ese sea mi nombre —dijo leyendo en mi mente—, y tal vez no…

Hizo una señal con la cabeza a su cómplice; una señal para emprender aquello que habían venido a hacer. Oí el sonido de cajones al abrirse, de papeles revueltos, y el ruido de los archivadores al golpear el suelo.

—¿Qué buscan? —pregunté.

Kavi tenía la mirada puesta en el tablero de ajedrez, que mostraba la posición de mi partida con Kopelzon.

—¿Eres un revolucionario, Otto? ¿Un socialista revolucionario? ¿Un bolchevique, tal vez? ¿O un miembro de la Federación Judía?

—No —protesté—. No soy nada de esto.

—Entonces, ¿estás a favor de la autocracia?

—Carezco de filiación política.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible?

—Mi trabajo exige mucha dedicación. Simplemente, no tengo tiempo para preocuparme por la política.

—Nuestro trabajo también exige mucha dedicación. ¿No es así, Tolya?

—¡Nada más cierto que esto! —fue la respuesta, acompañada de una risotada.

Kavi me miró directamente a la cara.

—Y él podría ser Tolya, pero también podría no serlo. No hay manera de saberlo. De todas formas, Otto, lo que sí te puedo asegurar es que el nuestro es un trabajo duro y a menudo muy difícil.

—Por lo que he visto —contesté—, no tengo razones para dudar de ello.

Kavi se rio.

—¿Lo ves, Tolya? —gritó a su colega—. Ya te dije que me parecía que el judío tenía pelotas.

Tolya, que seguía registrando mi archivo, soltó una risita.

—Sabes reconocer el carácter de la gente, Kavi. Tengo que admitirlo.

—¿Apoyas a los alemanes o a los franceses? —continuó Kavi.

—Están saqueando mi despacho, ¿y pretenden que me ponga a debatir asuntos de política internacional? —contesté.

—¡Estamos a punto de entrar en guerra, Otto! —exclamó con fingida indignación—. ¿No te importa contra quién vamos a luchar? ¡Piensa en nuestros soldados! ¿Contra quién deberían disparar? Alemanes, franceses, austríacos, ingleses… ¿Contra quiénes?

—Si solo han venido a hablar sobre la guerra —dije—, podríamos haber quedado para tomar café en Filippov.

Kavi sonrió.

—Solo quería que supieras que, por muy agotador que sea nuestro trabajo, siempre encontramos tiempo para hablar de política.

—No sé cómo lo hacen —respondí—, pero les felicito.

—¡Lo encontré! —gritó Tolya desde el recibidor.

Me giré y alcancé a ver que mantenía en alto un expediente. No pude distinguir cuál.

—Muy bien, ya puedes irte —dijo Kavi—. Te veré más tarde.

—¿Quieres que corte la línea del teléfono? —preguntó Tolya.

—No hará falta —replicó Kavi.

Me pregunté qué significaría esa respuesta. ¿Por qué le era indiferente a Kavi que cortara o no la línea del teléfono? ¿Es que pensaba matarme?

Esperó a que Tolya se marchara y entonces preguntó:

—Eres judío, ¿verdad?

¿Hasta qué punto podía considerarme judío? Estaba circuncidado y había seguido el rito del *bar mitzvah*, pero no sabía hebreo y mi padre nos había prohibido hablar yiddish en casa. Tampoco iba a la sinagoga, y había juzgado a Rozental por primera vez como lo habría hecho un gentil.

—¿Por qué odias Rusia? —preguntó.

—No la odio.

—A mí no me engañas, Otto. Admítelo: tú odias nuestra civilización; odias nuestra religión y nuestros valores. Quieres dominar el mundo y, a la vez, destruirnos.

—Esto es absolutamente ridículo —objeté.

—Así que eres la excepción… Judío y buen ruso.

Yo tenía la boca seca. Pensaba en Gulko y la forma en que acabó, en el puente Politseiski.

—¿Vas a matarme? —pregunté.

—Otto, Otto —replicó como si estuviera profundamente dolido—, ¿qué te hace pensar que voy a hacer tal cosa?

Podía haberle señalado el cuchillo que descansaba sobre la mesa. Podía haber mencionado los detalles del asesinato de Gulko. Podía haberle preguntado si había oído el grito *Bei zhidov!*, «¡Muerte a los judíos!», o el nombre de Mendel Beilis.

La expresión de su cara cambió, y pasó del regocijo al desdén y el resentimiento. Cogió el cuchillo y se levantó: era mucho más alto que yo. Percibí el olor del cuero de su abrigo; olí las calles de la ciudad en sus botas de obrero; el petróleo y el estiércol de caballo, el tabaco y la nieve sucia. Levantó el cuchillo.

Cerré los ojos y empecé a mecerme lentamente hacia delante y hacia atrás, de la misma manera que harían Rozental, el panadero, el sastre o el posadero si contemplaran a su Dios. Evoqué a Catherine. Vislumbré su cara tal como la recordaba de una vez que se me acercó corriendo con los brazos extendidos por el bosque nevado, gritando «Papá, papá». Nunca fui su favorito, ella adoraba a su madre. Esta fue una de las raras ocasiones en que me demostró un cariño desinhibido e inconsciente. Tenía siete años. Estábamos los tres de vacaciones en Finlandia, esquiando. Sus rasgos delicados expresaban tanta felicidad, tanto entusiasmo… Pensé que aquel era el aspecto de una criatura que se sentía completamente segura y querida.

Oí que la puerta exterior se cerraba suavemente.

Abrí los ojos. Kavi había desaparecido. Su cuchillo también.

Durante diez minutos o más no pude moverme; no confiaba en que mis piernas me sostuvieran o que mis ojos me guiaran.

Nunca he sido muy sistemático tomando apuntes. Durante los análisis garabateaba a veces alguna que otra palabra aquí o allá, pero, por lo general, prefería no tomar notas de las sesiones por miedo a cohibir mi proceso mental o interrumpir la receptividad con mis pacientes. Acostumbraba completar los apuntes durante los intervalos entre sesiones o al final del día. También tomaba notas en pedazos de papel en casa, en el tranvía, en Filippov o en el Café Central. Luego se las pasaba a Minna, quien, como toda buena secretaria, poseía un conocimiento instintivo de las intenciones de su jefe. Su sistema de archivar expedientes funcionaba a la perfección, y era capaz de lograr que apareciera al instante cualquier documento que yo necesitara. Al

mismo tiempo, su método era completamente personal, y nadie más que ella conocía su funcionamiento. Esta fue la razón por la que tardé tanto tiempo en descubrir qué expediente se habían llevado.

Lo que no pude aclarar fue el motivo por el cual se lo habían llevado. ¿Qué interés podían tener los asesinos de Gulko en Avrom Chilowicz Rozental?

6

Al franquearme el paso hacia la salida del edificio, el portero me sonrió servicial. No lo reconocí. Supuse que sería nuevo. Se ofreció a buscarme un taxi en la parada. Yo había pensado coger el tranvía hasta el Almirantazgo y luego andar hasta la calle Morskaya, pero al perder casi dos horas ordenando los archivos no quería llegar tarde a mi cita con el padre de Anna.

—¿Qué dirección debo indicarle al conductor, su señoría? —preguntó.

La pregunta era perfectamente normal, y en circunstancias normales habría contestado sin vacilar un solo momento.

—¿Es usted nuevo? —pregunté.

—Sí, su señoría.

Era un hombre alto y más bien delgado.

—¿Cómo se llama?

—Semevski, señor. Iré a buscar un taxi para su señoría. ¿Adonde dijo su señoría que iba?

—No se preocupe —dije, y me marché.

El día había amanecido frío y despejado, pero no había parado de nevar desde el mediodía y las luces de gas parpadeaban entre la multitud. A punto de cruzar la calle, miré de reojo por encima del hombro: Semevski estaba aún en el exterior del edificio, observándome. Sin mirar a dónde iba, atravesé la calle. Un pequeño automóvil de color azul oscuro frenó en seco y patinó por la calzada hasta casi chocar con un *droshky*.

Crucé el Nevski y llegué a la parada de taxis, en el exterior del Gostinni Dvor. Había un chófer aguardando pasajeros.

Una vez dentro del taxi, me puse a pensar en la coincidencia de la visita de Lychev con la llegada de Kavi y Tolya. ¿Qué relación había entre ellos? Mi primera idea fue llamar a la policía, pero hasta que no supiera qué quería Lychev no estaba seguro de poder confiar en las autoridades. El conductor parecía tener ganas de hablar. Aquella tarde se habían producido enfrentamientos violentos en el barrio de Vyborg entre obreros en huelga y la policía, me informó.

—Todo ha sido promovido por agentes alemanes —continuó con aire de confianza—. Es parte del plan del káiser. Intenta arruinar nuestra industria y

levantar al pueblo contra el zar. Y cuando nos tenga a todos de rodillas, nos invadirá. Los judíos también forman parte de la conjura.

—¿De verdad? —pregunté.

—¿Su señoría no ha escuchado las noticias esta tarde? La policía ha efectuado redadas en toda la ciudad, y ha arrestado a más de treinta judíos. Han encontrado bombas, armas de fuego y de todo. Estaban planeando una masacre. Gracias a Dios que alguien les tiene echado el ojo.

Me pregunté si la visita de Lychev estaría relacionada de algún modo con las detenciones.

Al pasar por delante del palacio Stroganov me giré casualmente para mirar por la ventana trasera. Me fijé en un pequeño automóvil que venía detrás. Aparte del conductor, solo divisé a otro pasajero, que también iba delante. Giramos hacia la calle Morskaya. El pequeño coche hizo lo mismo. ¿Me estaban siguiendo?

El taxista se detuvo delante del Club Náutico Imperial.

—Son cincuenta *kopecs* —me dijo.

Mantuve la mirada fija en el coche de detrás. Al rebasarnos vi que era azul. ¿No era el mismo coche que casi había atropellado a aquel *droshky* cerca de Gostinni Dvor? Vi fugazmente al conductor y a su acompañante, pero el sombrero les tapaba la cara. Pasaron sin mirar hacia donde yo estaba. Quizá eran todo imaginaciones mías. Mientras pagaba al conductor se oyó una explosión sorda a lo lejos. Una nube de pájaros echó a volar, graznando hacia el cielo oscuro por encima de nosotros. El conductor y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Parece que la policía no detuvo a todos los de las bombas —me dijo.

Me arreglé la corbata, me acerqué a la puerta y toqué el timbre. Un sirviente enfundado en un traje verde oscuro ribeteado de rojo me examinó.

—Tengo una cita con su señoría Piotr Arseneievich Zinnurov —dije—. Soy el doctor Otto Spethmann —dije.

Una vez dentro, dos sirvientes de atuendo similar al primero se encargaron de mi sombrero y mi abrigo y me condujeron arriba a través de una amplia y fastuosa escalera que conducía a un rellano lujosamente enmoquetado. Continué con la misma escolta hasta llegar a la puerta más lejana, que daba a un salón privado. En su interior había butacas de cuero y un par de sofás de color crema y respaldo en forma de mariposa, de estilo rústico italiano. Había dos plantas colocadas en sendas macetas a ambos lados de una estantería de caoba con frontal de vidrio, y encima de un velador de estilo

imperial francés descansaba una copia cuidadosamente doblada del *Petersburg Zeitung*.

Uno de los sirvientes me pidió que tomara asiento y anunció que Zinnurov no tardaría en llegar. Me ofreció un cigarro y me preguntó si deseaba beber algo. Pedí un café.

Hacía un calor espantoso. Me acerqué a las pesadas cortinas de color verde oscuro y las separé. La vista a la carabela dorada del Almirantazgo y la plaza del Palacio de Invierno era grandiosa. Las campanas de la iglesia dieron las doce, y cuando sonó el disparo de cañón tardé unos instantes en darme cuenta de que era la habitual descarga procedente de la fortaleza de Pedro y Pablo, y no otra explosión.

Me senté para leer el *Petersburg Zeitung*, un periódico proalemán que muy raramente veía. Un editorial de primera página elogiaba al gran duque Mijáil Alexandrovich, hermano del zar, por su reciente discurso en que alababa la postura del káiser y el pueblo alemán ante las provocaciones de franceses y británicos. Alemania no albergaba ninguna animadversión respecto a Rusia, y el artículo proseguía advirtiendo que el triunfo del conciliábulo profrancés en San Petersburgo significaría la ruina para el zar y para Rusia.

La resistencia de Anna evidenciaba que le había pasado algo traumático durante el viaje a Kazan con su padre, años antes. Cabía la odiosa posibilidad de que Zinnurov hubiera tenido intenciones deshonestas para con su afectuosa hija de trece años. Solo por esta razón, por no hablar de su reputación, sentía recelo e incertidumbre ante la perspectiva de conocer a la Montaña.

El hombre que apareció ante mí en aquella sofocante habitación y me extendió la mano era alto, esbelto y erguido a pesar de tener, según mis cálculos, casi setenta años. Era posible que su cabello raleara un poco más que antaño, pero seguía siendo abundante y no del todo cano, y, pese a la pericia de su peluquero, un poco rebelde. Hablaba con voz fuerte, como quien está acostumbrado a que le escuchen y le respeten. Me imaginé que debía de abrumar a aquellos que le escuchaban. ¿Y por qué no? Después de todo, él era la Montaña, un empresario que no debía a nadie la posición a la que había llegado, además de la persona de confianza de varios príncipes. La semana anterior, la prensa había publicado por entero un discurso suyo en el que denunciaba a los enemigos de Rusia como una «asociación de malhechores»; en ella incluía a liberales, obreros, estudiantes, artistas, socialdemócratas,

anarquistas, terroristas y «cierta raza que no hace falta nombrar porque todo ruso decente sabe quiénes son». ¿Era yo a su juicio —algo que ni yo mismo estaba seguro de poder responder— un miembro de aquella cierta raza?

Un camarero entró con una jarra de vino tinto y dos copas de cristal dispuestas en una bandeja de plata. El vino era francés, me informó Zinnurov con un deje de ironía (el Club Náutico Imperial era famoso por ser un lugar frecuentado por unos nobles alemanes conocidos como los Barones del Báltico y sus amigos).

—Estos franceses son insoportables, ¿no cree? —dijo Zinnurov en un tono medio en broma medio en serio—. La alianza con Francia es inmoral. No deberíamos mezclarnos para nada con los franceses: son cínicos y frívolos. —Metió la nariz dentro de la copa, aspiró profundamente y dijo, con una sonrisa de impotencia—: Afortunadamente, no se puede decir lo mismo de sus vinos.

Brindamos. El vino era fuerte, intenso, y tenía mucho cuerpo; Zinnurov disfrutaba de esas cualidades, en las que debía de verse reflejado.

—Mi hija me ha contado que ha tenido usted algunas dificultades con la policía —dijo, yendo al grano.

—Esta misma tarde y sin previo aviso —empecé—, un inspector de policía llamado Lychev ha venido a mi despacho a visitarme. Ha dicho que estaba investigando los asesinatos del director de periódico Gulko y de un joven llamado Yastrebov.

Zinnurov frunció el ceño como si le picara la curiosidad.

—Debo dejar bien claro —continué— que no sé nada en absoluto de estos crímenes, y que nunca me había ocurrido nada parecido hasta la fecha.

Zinnurov asintió solemnemente con la cabeza.

—¿Conocía usted a Gulko?

—No conocía a ninguna de las dos víctimas, aunque, al parecer, Yastrebov llevaba encima una de mis tarjetas de visita.

—¿No se la dio usted?

—No.

—Las tarjetas de visita pasan de mano en mano a menudo.

—Esto es lo que le he dicho a Lychev, pero aun así ha insistido en que me presente mañana, con mi hija, en la comisaría.

—¿Le ha dicho si sospechan de su hija?

—No. Catherine solo tiene dieciocho años. Es una joven respetable, y es absolutamente inconcebible que ella sepa algo de estos asesinatos.

—¿Está usted seguro de ello? Con los hijos —dijo en un tono afligido y a la vez mundano— uno nunca sabe de lo que son capaces.

—Sé que mi hija jamás estaría complicada en un asesinato.

Aceptó mi afirmación con una sonrisa.

—¿Hay alguna cosa más?

Yo había decidido no contarle nada de la intrusión de Kavi y Tolya, ni de la sustracción del expediente de Rozental. No quería dar la impresión de que mis asuntos eran más complicados de lo que dejaba entrever y, por ende, más sospechosos.

—No —respondí—, pero me gustaría insistir en que no tengo ninguna forma de ayudar a la policía en este asunto.

—Si es usted inocente, no debe preocuparse por nada.

—Lo que dice es muy cierto —repliqué—, pero algunas veces se cometen errores. La sospecha puede recaer, y a veces recae, en personas inocentes.

Zinnurov le dio un sorbo a su copa y se quedó en silencio, como si siguiera una pista dentro de su cabeza. El intenso aroma del vino flotaba en el aire que nos separaba.

—¿Qué quiere que haga por usted, entonces? —preguntó.

—Si hay alguien con la suficiente autoridad a quien pueda usted explicar este error, le estaría muy agradecido.

Zinnurov entrecruzó los dedos de las manos y se arrellanó en el sofá.

—Mi hija lo considera una persona honorable, Spethmann, y no tengo razones para dudar de ello, pero mi problema es que no le conozco a usted. ¿Entiende mi posición? No puedo dirigirme, digamos, a Maklakov, que es el ministro del Interior, en defensa de alguien de quien no puedo responder personalmente. Por lo que sé, usted podría ser un bolchevique o… —en este punto de la conversación me pareció ver una mirada maliciosa— un sedicioso judío. Lo siento, Spethmann —dijo, con un gesto de impotencia—. No me gusta decepcionar a mi hija, pero, en esta ocasión, me temo que no voy a poder ayudarlo.

Me puse en pie.

—Gracias por dedicarme su tiempo —le dije con formalidad.

Más que decepción, sentía desagrado, no solo por la persona que tenía delante, sino también por mí mismo. ¿En qué estaba pensando al ir allí y esperar algo de un hombre como aquel?

Su sonrisa fue igualmente formal, un ligero estiramiento de las comisuras de los labios. Caminamos hasta la puerta.

—¿Cómo conoció a mi hija? —preguntó como si tratara de entablar conversación.

—Soy su médico.

Echó la cabeza hacia atrás y me miró con los ojos entornados.

—Pensaba que era Dautov.

—Yo soy neurólogo —le dije—. Y psicoanalista.

—Entiendo —dijo con aire vacilante. Sus facciones adoptaron un gesto más amable—. Escúcheme —siguió—, quizá me haya precipitado. —Señaló el sofá—. Tome asiento, por favor…

Mi orgullo y mis principios me decían que rechazara la invitación, pero mis temores por Catherine me aconsejaron lo contrario. Me instalé nuevamente en el sofá mientras él me llenaba la copa.

—¿Spethmann…? —murmuró—. No conozco este apellido. ¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo en San Petersburgo?

—Nací aquí.

—¿De verdad?

Los orígenes de la Montaña eran inciertos. Se rumoreaba que su abuelo había sido siervo, y su padre recluta en la guerra de Crimea. Lo cierto era que todo lo que poseía, que era mucho, lo había conseguido con su propio esfuerzo. Su espectacular ascensión se debía al esfuerzo de una personalidad especialmente poderosa. Todo el mundo sabía que durante los caóticos días que siguieron a la revolución de 1905 dio un discurso en la primera Duma proclamando que aquellos que pretendían acabar con el zarismo tenían tantas posibilidades de éxito como si trataran de derribar el monte Narodnaya con cucharas de madera. Esto le valió el sobrenombre de la Montaña.

—¿Psicoanalista, ha dicho? ¿Le pasa algo a Anna? ¿Tiene algún problema… mental?

—En absoluto —me apresuré a asegurarle—, Anna está perfectamente sana.

—Se trata de las pesadillas, ¿verdad? —preguntó Zinnurov, con una expresión de astucia dibujándose en su cara. Al no obtener ninguna respuesta, añadió—: ¿Vuelve a padecer aquellos entumecimientos?

—No estoy autorizado a debatir las circunstancias particulares de mis pacientes —contesté.

—¿Ni siquiera con un padre?

—Me temo que no.

—Espero que comprenda que Anna es, desgraciadamente, una mujer confusa e inestable.

Permanecí en silencio. Zinnurov se quedó absorto, con la mirada perdida.

—Era una chica tan guapa… —dijo nostálgico—. Todos la adoraban. Cuando una criatura es feliz, cuando no hay nada en el mundo ni, por supuesto, en ella misma que la preocupe, es como si la rodeara un resplandor. Usted es padre, Spethmann, y sabe de qué le hablo. Un resplandor real y tangible que los adultos pueden apreciar a simple vista. Ojalá hubiera podido usted ver su cara entonces, Spethmann. Estando con Anna uno se sentía como tocado por algo mágico.

Hizo una pausa para respirar hondo.

—Fue al morir su madre —continuó— cuando empezó todo. Ese fue el principio de sus preocupaciones.

—Pensaba que las pesadillas aparecieron antes de la muerte de su madre —aventuré.

—¿Es esto lo que dice ella?

—Al menos esto es lo que yo he entendido —contesté.

—No —dijo con firmeza—. Anna lo está engañando deliberadamente (y no tengo la más mínima idea de por qué) o está realmente confundida y no se acuerda de nada. Anna tenía dieciséis años cuando su madre murió, y, de la noche a la mañana, dejó de ser una chiquilla despreocupada para convertirse en una joven llena de problemas y con una imaginación trastornada.

—Debo aclarar que no he visto ninguna prueba de que posea una «imaginación trastornada».

—¿No la ha visto? —preguntó—. Pues yo sí. —Dio otro sorbo a la copa y continuó—. Y después, por supuesto, se casó. ¿Conoce usted a su marido?

—Solo he coincidido con Boris Vasilevich un par de veces.

Zinnurov negó desdeñosamente con la cabeza.

—Un hombrecillo odioso… pedante, vanidoso, cargado de ambiciones. Y para colmo con mal genio. Nunca entenderé qué vio mi hija en él. Ni siquiera se puede decir que sea bien parecido. Y no tienen hijos, lo cual dice mucho de un matrimonio, ¿no cree?

—¿Quién sabe realmente qué pasa entre marido y mujer? —comenté de forma insulsa.

—¿Le ha contado ella algo de su matrimonio?

Al no obtener contestación alguna, preguntó con brutal y sorprendente franqueza:

—¿Diría usted que el matrimonio ha sido consumado?

Se quedó mirándome fijamente. Una vez más, no respondí. En una de nuestras primeras sesiones le pregunté a Anna, igual que haría con cualquier

otro paciente, sobre el estado de las relaciones con su marido. Su respuesta no me dio ninguna razón para sospechar que su matrimonio no hubiera sido consumado.

Entonces pregunté:

—¿Cómo describiría su relación con Anna?

Zinnurov dejó escapar una sonrisa afligida y, a la vez, juiciosa.

—Desde septiembre pasado no la he visto ni he hablado con ella. Pero no ha sido decisión mía. He intentado mantener el contacto de todas las maneras posibles. Cuando me ha llamado esta mañana he pensado que quizá me había perdonado, fuera lo que fuese que hice mal. Pensé que quería verme.

Zinnurov buscó en mi rostro alguna señal de comprensión y simpatía. No me costó nada proporcionársela. Detestaba a la Montaña, pero no a un padre como yo.

—¿Tiene alguna idea de por qué cortó Anna sus relaciones con usted? —pregunté.

—Nunca hay una razón. Nunca me acusa de nada, ni me chilla o culpa de esto o aquello. Simplemente… se aleja de mí. Cuando una hija rechaza a su padre, el dolor es insoportable. No pasa un solo día sin que piense en Anna.

—Al parecer ha habido otros distanciamientos en el pasado.

—Ha habido muchos —contestó—. Cada cierto tiempo ella viene a verme y, de repente, vuelve a ser la adorable hija que yo conocía. Como si nada hubiera pasado. —Volvió a llenar las copas y encendió un cigarro—. ¿Le ha hablado ella de mí?

—El psicoanálisis requiere una profunda investigación del pasado y el presente de una persona. El padre de un paciente es, por supuesto, tema de conversación en este proceso.

Sonrió, pero sus ojos expresaban firmeza.

—¿Una profunda investigación? ¿Qué quiere decir?

—Cuando un cuerpo está enfermo, el médico debe practicar un reconocimiento físico exhaustivo.

—Y usted hace lo mismo con la mente, ¿no es así?

—Exacto.

En mi profesión, a muy pocos les gusta ser interpelados de la forma metódica que mi formulación había sugerido a Zinnurov.

—¿En qué términos habla Anna de mí? —preguntó pausadamente.

Por un instante, Zinnurov pareció tan desamparado que, de no haber estado yo obligado por las normas de ética profesional, habría hecho un esfuerzo por contestarle.

—La expresión de su cara lo delata, Spethmann —observó. Se enderezó en la silla y carraspeó, recuperando el control de la situación—. Dígame otra vez el nombre de ese inspector de policía —dijo sacando de su bolsillo una pluma y una libreta.

—Lychev —contesté.

Zinnurov garabateó el nombre en su libreta.

—Y dice usted que Lychev está investigando los asesinatos de Gulko y… ¿quién más?

—Yastrebov.

—¿Quién es Yastrebov?

—Lychev afirmó que todo lo que sabía de él era el nombre.

—Y su hija se llama Catherine, ¿verdad?

—Sí.

Zinnurov cerró su libreta, enroscó el capuchón en la pluma y se levantó.

—Mañana a primera hora llamaré a Maklakov —dijo—. No puedo prometerle nada, pero estoy seguro de que, cuando le explique el asunto, el ministro lo comprenderá.

—Muchas gracias —respondí.

Ya en el vestíbulo, cuando los sirvientes me estaban ayudando a enfundar las galochas y el abrigo, entró un hombre delgado y ligeramente encorvado, vestido con el uniforme de la Caballería Real. Su pelo blanco bien peinado y sus ojos carentes de brillo le daban un aire provecto y experimentado, una impresión que no contradecía la pálida cicatriz que le cruzaba, desde el ojo a la mandíbula, la mejilla izquierda o su condición de jefe de la policía secreta. Lo reconocí al momento: el coronel Maximilian Gan, famoso director de la Okhrana, era tan conocido por los habitantes de San Petersburgo como el zar mismo. La atmósfera se enfrió visiblemente, como si la puerta que Gan había atravesado no pudiera contener el frío cortante del exterior. Los sirvientes, con un aire de sumisión e inseguridad, mantenían ahora la cabeza baja y miraban al suelo. Con un movimiento seco de la cabeza, Gan hizo una señal a Zinnurov y entró en la sala de fumadores.

Zinnurov me dirigió una sonrisa forzada.

—Spethmann, le agradecería muchísimo que le transmitiera a Anna mis enormes deseos de verla otra vez. Dígale que la veré donde quiera y en las condiciones que ella crea convenientes.

Un hombre pequeño y calvo vestido de levita se acercó sin poder disimular su apresuramiento. Se agachó para susurrarle algo a Zinnurov. La

expresión de la Montaña se ensombreció. Tras despedir al mensajero, se volvió hacia mí y dijo:

—Los terroristas han vuelto a atacar. Dos bombas de dinamita: una, contra el restaurante del Angleterre; otra, en la estación Irinovka.

—He oído una explosión al llegar —le dije—, pero no tenía ni idea de lo que era. ¿Ha habido víctimas?

—Se habla de cuatro muertos. Todos ellos en el Angleterre. Vivimos tiempos peligrosos, Spethmann.

Al estrecharnos la mano, me clavó la mirada y dijo:

—Tengo la sensación de que si habla con Anna influirá poderosamente en su decisión. Sé que no me decepcionará.

Intentó hacerme comprender en términos inequívocos que habíamos cerrado un trato: él hablaría con el ministro del Interior en mi favor mientras yo intercedía por él ante Anna.

—Haré lo que pueda —contesté.

Un chófer del club me llevó a casa. El pequeño coche azul oscuro nos siguió todo el camino. Esta vez reconocí al pasajero. Lychev tenía mala cara. También parecía estar pasando frío. Casi sentí lástima por él.

7

Catherine me dio un beso en la frente y se sentó a la mesa. Lidiya le preguntó qué quería para desayunar, y, como siempre, Catherine dijo que no tenía hambre. Un poco de té le bastaría. Lidiya chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Deberías comer algo, criatura —dijo Lidiya.

—Comeré cuando tenga hambre —replicó Catherine—. Si no tengo hambre, no como.

—El desayuno es la comida más importante del día —insistió Lidiya.

Le hice un gesto para que desistiera. Pero no iba a servir de nada. A pesar de llevar once años con nosotros, Lidiya seguía sin aceptar las costumbres de Catherine en cuanto a comida y muchas otras cosas. Elena hacía lo mismo; siempre trataba de convencer a Catherine para que comiera, se vistiera de una forma u otra, o hiciera esto o aquello, y se enfadaba cuando ella no hacía caso. Desde muy pequeña, desde el momento en que aprendió a decir «sí» o «no», Catherine ya sabía lo que quería. Era un torbellino, y cuando decía «no», nada en el mundo le hacía cambiar de opinión. En este sentido, no había nada que hacer.

Lidiya aceptó mis instrucciones con una mirada de desesperación, tanto por Catherine, la terca mujercita imposible de domar, como por su padre, que era incapaz de dominarla. Sirvió el té y se marchó.

—Ayer estuviste fuera hasta muy tarde —me dijo Catherine.

—Lo siento —contesté—. ¿Te desperté al volver?

—No podía dormir. Estaba preocupada por ti.

—¿Desde cuándo se preocupan las hijas por sus padres?

—Desde que sus padres se hacen mayores.

Le lancé una de aquellas sonrisas de desaliento y sabiduría que los padres emplean con sus retoños cuando estos se creen inmunes al paso del tiempo.

—¿Dónde estabas?

—Ordenando papeles en la oficina —respondí.

—¿De verdad? Anoche llamé tres veces a tu despacho.

—Luego me fui a cenar con Kopelzon.

Me dirigió una mirada escéptica.

—¿Estás seguro de que fuiste con Kopelzon?

—¿Qué es esto? ¿Un tribunal? —pregunté con suavidad—. ¿Me estás interrogando?

—¿Estuviste con aquella mujer?

—¿Qué mujer?

—Ya sabes cuál.

—¿Por qué la tienes tomada con Anna Petrovna?

—Conozco a las de su clase —contestó.

—¿De verdad?

—Es una de esas mujeres frívolas de la alta sociedad que solo sabe hablar de zapatos y vestidos, de quién tiene una aventura con quién, o quién ha sido invitado a tomar té con la zarina en el palacio de Peterhof. ¿Sabes quién es su padre? La Montaña. ¿Has leído su artículo de esta mañana? —Tiró el periódico encima de la mesa, y empezó a recitar—: «Primero disparad contra los socialistas, cortadles la cabeza y neutralizadlos. Que haya un baño de sangre, si es necesario». Este es el padre de tu encantadora amiga.

Me pasó por la cabeza explicarle a Catherine que gracias a los buenos oficios de la Montaña, ella se iba a librar del engorro de tener que presentarse aquel día en la comisaría de policía.

—Anoche no cené con Anna Petrovna —dije.

—¿Lo juras?

—Ya te he dicho antes con quién estuve anoche y con quién cené —insistí.

—Me prometiste que nunca la volverías a ver.

—Sé muy bien lo que prometí —respondí.

Advertí que dudaba si seguir insistiendo o dejarlo. Tomó un sorbo de té. En el momento en que su taza volvió a la mesa, Catherine ya había decidido que el tema estaba agotado.

—No puedo comer nada más —concluyó.

Catherine poseía, por naturaleza, una figura esbelta, al contrario de su madre, que era una belleza voluptuosa. Tenía un rostro pequeño y ovalado, y llevaba el cabello rubio claro bastante corto. Sus ojos eran enormes, sinceros y nada afectados, de un azul muy vivo, bordeados de largas pestañas oscuras, y los dientes, pequeños y blancos. En conjunto parecía una muñeca, si no fuera por el temperamento independiente y reservado que también reflejaban sus delicados rasgos: la línea que unía sus oscuras cejas, una sólida mandíbula, y la boca expresiva, tan capaz de revelar tanto intensa compasión como sarcástico desdén. Catherine había madurado mucho desde la muerte de Elena. Yo estaba muy orgulloso de ella y no habría cambiado nada de su

personalidad aunque hubiera podido, incluso sabiendo que Catherine sería más cariñosa conmigo o me permitiría participar un poco más de su existencia. Ella vivía su vida y, la mayor parte del tiempo, yo ignoraba lo que hacía, tanto en la universidad como en compañía de sus amigos. Tampoco conocía a sus amigos, no sabía nada de sus familias, o si salía con alguien. Preguntarle a ella no habría servido de nada. De la misma manera que antes me lo contaba todo, ahora solo me explicaba lo que ella quería que yo supiera, que apenas era nada.

—Me voy —dijo, pasándose una servilleta por los labios mecánicamente.

—¿Va todo bien en la universidad? —pregunté.

—Sí —contestó despreocupadamente y encogiéndose de hombros.

—Si tuvieras algún problema me lo dirías, ¿verdad?

Supongo que la mayoría de los hijos contestarían con un sí a tal pregunta solo para librarse lo más rápidamente posible de sus entrometidos padres, pero Catherine, por ser quien era, pareció considerar seriamente la cuestión. Apretó los labios y luego frunció la línea oscura que formaba su entrecejo.

—No lo sé —respondió—. Quizá sí; pero, en cualquier caso, no hay ningún problema.

Catherine ya estaba en la puerta cuando le pregunté:

—¿Conoces a alguien llamado Yastrebov?

—No —contestó.

Observé su cara detenidamente. Estaba diciendo la verdad. Conocía a mi hija lo suficiente para saberlo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por nada.

Cuando ya se había ido, sonreí para mis adentros. Me sentía intimidado por ella, y tras la promesa que me hizo Zinnurov la noche anterior, podía permitirme un poco de sensiblería respecto a mi hija.

Cogí el periódico. En su artículo, la Montaña condenaba la reciente oleada de atentados con explosivos. El número de víctimas mortales de la noche anterior en el Angleterre y la estación Irinovka se elevaba a siete, pero muchos más habían sufrido terribles heridas. También había una entrevista con Maklakov, que parecía adoptar una actitud defensiva. A pesar de los atentados recientes, insistía el ministro del Interior, la policía estaba haciendo grandes progresos en la desarticulación de los grupos terroristas. El día anterior había sido capturado en la capital un georgiano llamado Dzhugashvili, veterano miembro de las células clandestinas bolcheviques. Aunque tal extremo no fue confirmado por Maklakov, el periódico atribuía

esta detención al espía de la Okhrana conocido por su nombre en clave —King—, que se había infiltrado en las esferas más altas del Partido.

Dejé el periódico sobre la mesa y me fui al estudio a recoger algunos libros. Sonó el teléfono.

—Acabo de hablar con Maklakov —dijo Zinnurov con voz enérgica—. Tras explicarle su problema y decirle que yo respondía por usted, se ha mostrado muy comprensivo. El inspector Lychev no volverá a molestarle.

—Muchísimas gracias —respondí.

—Dígale a Anna que la veré donde y cuando ella quiera.

Me dejó un número de teléfono donde podía localizarle. Dejé pasar un minuto antes de coger el teléfono otra vez. Pedí que me pusieran con la señora Ziatdinov.

—Quería darle las gracias por concertar la cita con su padre —dije al ponerse Anna al teléfono.

—¿Le fue de alguna ayuda?

—Más de lo que esperaba.

—Cuánto me alegro. He pasado en vela la mitad de la noche, preocupada por usted y Catherine.

Por unos largos instantes solo se oyó el zumbido y el crepitar de la línea telefónica.

Aunque disimulen sus ilusiones con significados ambiguos, un hombre y una mujer siempre saben cuándo están realmente hablando de lo que hay entre un hombre y una mujer.

—Me gustaría verla —le dije.

Otra pausa. La cabeza de Anna debía de estar bullendo con todo tipo de cuestiones que en estos casos atañen a un hombre o a una mujer, y sus posibles consecuencias.

—Hoy estoy bastante ocupada —contestó—, pero estaré libre a las seis de la tarde.

Nos citamos en la avenida del Almirantazgo. Al despedirnos noté una sensación de placer recorriendo mi entrepierna, como si, inadvertidamente, alguien me hubiera rozado justo allí ese estímulo, ese estímulo tan profundamente dominante y perturbador. Estaba a punto de cumplir cincuenta años. Cuán poco crecemos, y qué maravilloso es que sea así en este aspecto de nuestras vidas, al menos.

Me acerqué a la ventana. Más allá del río, el humo empezaba a elevarse desde las chimeneas de las grandes fabricas grises del Vyborg. La nieve caía suavemente. Decidí conducir hasta mi despacho.

Mi primera cita de la mañana era ni más ni menos que con Grigori Vasilevich Petrov. Por ser el defensor de los pobres de la ciudad (para Catherine era un héroe), Petrov era vilipendiado como un demagogo oportunista por los partidarios de la autocracia como Zinnurov o los Barones del Báltico. En la ciudad había un buen número de agitadores, pero lo que hacía a Petrov especialmente odiado era su mezcla de oratoria, impertinencia y cáustico ingenio; era, con diferencia, el diputado más ameno de la Duma. El reiterado desprecio que sus enemigos le profesaban no hacía más que incrementar su reputación entre los trabajadores y los estudiantes, a pesar de las manifiestas (y, para algunos, preocupantes) contradicciones que su actitud mostraba. Proclamaba ser la verdadera voz de los menesterosos y los oprimidos pero se comportaba como un adicto a los restaurantes caros, el teatro y la ópera. Vestía siempre suntuosamente, era en extremo escrupuloso en el aseo personal y solo parecía disfrutar cuando iba acompañado de sofisticadas jovencitas. No le faltaba ímpetu ni imaginación, y se regía por sus propias leyes. Lucía un buen mostacho y era presumido, arrogante e inteligente. Casi nunca era puntual y a menudo no aparecía en sus citas. Me sorprendió un poco que Minna me anunciara su llegada, pero también me complació, ya que Petrov nunca había sido tan interesante como ahora.

Se dejó caer en el diván como quien ha estado nadando desde un barco naufragado hasta la orilla. Aunque en público demostraba tener la energía de un poseso, cuando me visitaba estaba siempre exhausto. Parecía que no descansara nunca. Cuando no daba discursos en la Duma dirigía a los trabajadores contra la policía. Cuando no estaba encerrado en cubículos llenos de humo discutiendo con sus camaradas acerca de su último manifiesto, línea por línea, estaba en brazos de alguna joven amante. Estaba perpetuamente en movimiento, como si, igual que un ciclista, solo el movimiento fuera capaz de mantenerlo derecho.

—Faltó usted a las últimas tres citas —le comenté.

—Estaba en Cracovia —respondió—. En una reunión.

—¿Con quién?

—Una reunión del Partido. No le puedo contar más, excepto que era importante y que no podía dejar de ir. Ya sabe que hay partes de mi vida sobre las cuales no puedo entrar en detalles.

Petrov era miembro de la facción bolchevique del Partido Socialdemócrata. Su partido era bien conocido, prácticamente ilegal en Rusia y sometido a la vigilancia y represión de la policía. La ausencia de Lenin, el

líder en el exilio, convertía a Petrov en jefe *de facto*. La presión de todo ello justificaba su extenuación mental y psíquica, pero en el caso de Petrov había algo más. Algo le atormentaba el alma. Petrov quería explicármelo, o explicárselo a alguien, pero no podía. Yo, igual que hacía con Anna y con mis pacientes más pertinaces, había recurrido al aliado más poderoso de cualquier psicoanalista: el tiempo. Nunca tenía prisa.

—La última vez que nos vimos —le recordé— me dijo que se sentía amarrado al extremo de una correa, que no podía seguir adelante. ¿Cómo se siente hoy?

—Igual.

Se hizo un largo silencio, que él se negó a romper.

—¿Come usted como es debido? ¿Duerme bien?

—No tiene nada que ver con comer o dormir —respondió con impaciencia.

—¿Con qué tiene que ver, entonces?

Me señaló con el dedo y dijo:

—¿Qué pasaría si me dirigiera a la gente que represento y tuviera que escuchar cada uno de sus problema: lo que les cuesta sobrevivir con el sueldo que les pagan, cómo se ven obligados a vivir veinte personas en una misma habitación sin agua potable, con ratas trepando por encima de sus hijos por la noche…? ¿Qué ocurriría si me contaran todo esto y lo único que yo pudiera responder fuera «De qué color son las ratas»?

—Aún no me ha contado su problema.

—¿Es usted sordo? Estoy agotado y deprimido.

—Esto son síntomas… —empecé a decir.

—¡Basta! ¡Basta!

Tenía los ojos rojos de ira, y las venas de las sienes hinchadas. Por un momento pensé que me iba a pegar. Cada vez que veía a Petrov tenía la sensación de estar forcejeando con una persona violenta cuya agresividad aumentaba por la vergüenza que le causaba encontrarse en el despacho de un psicoanalista. Petrov era un líder nato y despreciaba abiertamente la misma ciencia con la cual esperaba aliviar su sufrimiento. Las personas que han pasado grandes apuros desde la más tierna infancia —como Petrov—, a menudo se blindan contra la infelicidad que representa su propia suerte desarrollando un sentido superior de la propia invulnerabilidad. Siempre había conseguido salir bien parado de las dificultades, luchando a brazo partido con sus adversarios, pero su mayor enemigo estaba en su propio subconsciente, y la batalla que ahora tenía que dirimir era consigo mismo.

Me quedé mirándolo durante un momento, sin apartar mis ojos de los suyos. Con Petrov tenía que mostrarme más firme que con la mayoría de mis pacientes. Dio un suspiro de cansancio y se dejó caer otra vez en el diván.

—Supongamos… —empezó a decir—, supongamos que… un hombre se casa y tiene niños. Que este hombre ama a su mujer y se siente unido a ella y a sus hijos. Que el suyo es un amor puro, un amor fundado en el apasionamiento y la fascinación pero también en los años de experiencias compartidas y respeto mutuo. Pero, aun así, este hombre siente un amor parecido por otra mujer. Eso supondría un problema para él, ¿verdad?

—Siga.

—Este hombre se sentiría destrozado. Confuso. Deprimido. ¿No cree?

—¿Se encuentra usted en tal situación?

—Me siento como si lo estuviera.

—Usted tiene esposa e hijos.

—¿Y qué importa esto?

—¿Tiene usted una amante?

—Tengo muchas amigas.

—¿Tiene usted relaciones sexuales con sus amigas?

—Esto no es ningún secreto —dijo con actitud desafiante—. ¿Y qué?

—¿Es un secreto que no comparte con su mujer?

—Ella no pregunta y yo no se lo explico.

—¿Cómo cree que se sentiría ella si llegara a saberlo?

—¿Usted qué cree?

—Parece pensar que se enfadaría.

—Por decirlo de una forma suave.

—¿Cómo se siente usted respecto a eso?

Suspiró y se frotó sus cansados ojos.

—Mi sueño es poseer una casita en el campo —me dijo—, cerca de un lago o un río adonde ir a pescar, un lugar donde brillara el sol y los niños pudieran jugar; por la tarde cenaríamos juntos y estaríamos solos, en familia; mi familia. Nada más, nadie más. Una cena frugal, una brisa suave, con ciervos y conejos correteando por el campo. Yo dormiría diez horas seguidas y me levantaría fresco y feliz, y un nuevo día empezaría, con el sol brillante y los niños jugando.

—Lo que usted describe es una ilusión imposible.

—Ya le dije que era un sueño, ¿no? —respondió con brusquedad—. Nunca se realizará. Mi vida es otra. Nunca será así. Pero ¿qué problema hay en tener un sueño inocente?

—¿Lo ayuda ese sueño a resolver los problemas importantes de su vida?

—¿De qué problemas habla?

—No lo sé. Usted no me los explica.

Se quedó mirándome con beligerancia.

—No tiene usted respuestas, ¿verdad? No puede ayudarme.

—No podré ayudarlo hasta que usted no confíe en mí.

—¿Cómo puedo confiar en usted? No puedo confiar absolutamente en nadie.

—¿Qué hay de sus camaradas? ¿No confía usted en ellos?

Petrov lanzó un gruñido.

—¿Habla en serio? El Partido es un nido de víboras. Los camaradas se apuñalan unos a otros por la espalda, propagan rumores, conspiran unos contra otros. Habrá oído hablar de King, supongo.

—¿El espía?

—Ese era el motivo de la reunión en Cracovia: ¿quién es el traidor?, ¿quién es King? Solo Dios sabe a cuánta gente ha traicionado. Dzhugashvili fue arrestado ayer. ¿A cuántos más vamos a perder por culpa de King? Ira, sospecha y resentimiento: esto es lo que hay con mis camaradas. Luego están los propietarios de las fabricas, la policía, el gobierno, los espías de la Okhrana: todos quieren verme muerto. Mi vida es un infierno.

—Entonces debe usted cambiar de vida.

—No puedo. Creo en lo que hago.

—¿Qué es lo que hace?

—¿Qué hago?, pregunta. —Me lanzó una mirada de indignación—. Lucho contra la hipocresía, esto es lo que hago. Rusia es un país cristiano, igual que Alemania, Inglaterra, Francia, España, Holanda y Suecia, que son ortodoxos, católicos o protestantes, pero todos ellos países cristianos. Y aun así, millones de personas viven en la pobreza. ¿Cómo se justifica esto? ¿Cómo lo explicamos? La principal cualidad del cristianismo es que dulcifica el corazón de los humanos. Fomenta en los creyentes la caridad, la armonía y el hacer causa común, pero tolera un sistema político y económico que va en dirección diametralmente opuesta a lo que, en primera instancia, se supone justo o injusto. A mi juicio, esto es absolutamente repugnante. Destruyamos el cristianismo. Destruyamos el capitalismo y la autocracia. Solo habrá justicia cuando hayamos acabado con la hipocresía. Esto es lo que hago, Spethmann.

—Creo que se ha fijado una meta muy alta.

—Usted es médico. Le pido que haga posibles mis vidas.

—¿Sus vidas? —pregunté.

—Vida. Vidas. Me siento como si estuviera obligado a vivir cien vidas en un solo cuerpo, y esto me está matando. Quiero que haga posible mi existencia. ¿Puede usted conseguir esto? ¿Sí o no?

—No, si insiste usted en no cooperar.

Sin darme tiempo para seguir hablando, se sacó un reloj del bolsillo y exhaló un profundo y cansino suspiro.

—Debo irme —dijo levantándose. Se puso la mano en la espalda e hizo una mueca de malestar—. Tengo una reunión con unos trabajadores de los astilleros.

—Minna le dará cita para otro día —dije acompañándolo hasta la puerta.

Me miró con repentina suspicacia.

—Ella no sabe quién soy, ¿verdad?

Desde el primer momento, Petrov había insistido en mantener el más absoluto secreto, temeroso de las burlas de que podía ser objeto si sus enemigos descubrían que visitaba a un psicoanalista. Tanto en la agenda como en mis notas, usábamos el nombre de Grischuk.

—No le he dicho nada a Minna —expliqué—, pero su cara es bien conocida. No puedo garantizarle que ella no lo haya adivinado.

—Pero dijo usted que ella es una chica discreta, ¿no es cierto?

—Minna es la discreción personificada.

El paciente que vino después de Petrov era un joven oficinista, empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Era un adicto al sexo con prostitutas avejentadas, y su diversión consistía en dar batidas en los barrios pobres, al acecho de las mujeres más degradadas que pudiera procurarse y que sirvieran a su propósito. Me narraba sus actividades con detalles que iban del ámbito forense al escatológico, y yo me sentía siempre aliviado cuando acababa la sesión.

Aquella tarde, mientras repasaba mis notas, entró Minna.

—No encuentro el expediente de Rozental —me dijo—. He buscado por todas partes.

—Me lo llevé a casa ayer noche —mentí—. Lo traeré de vuelta mañana.

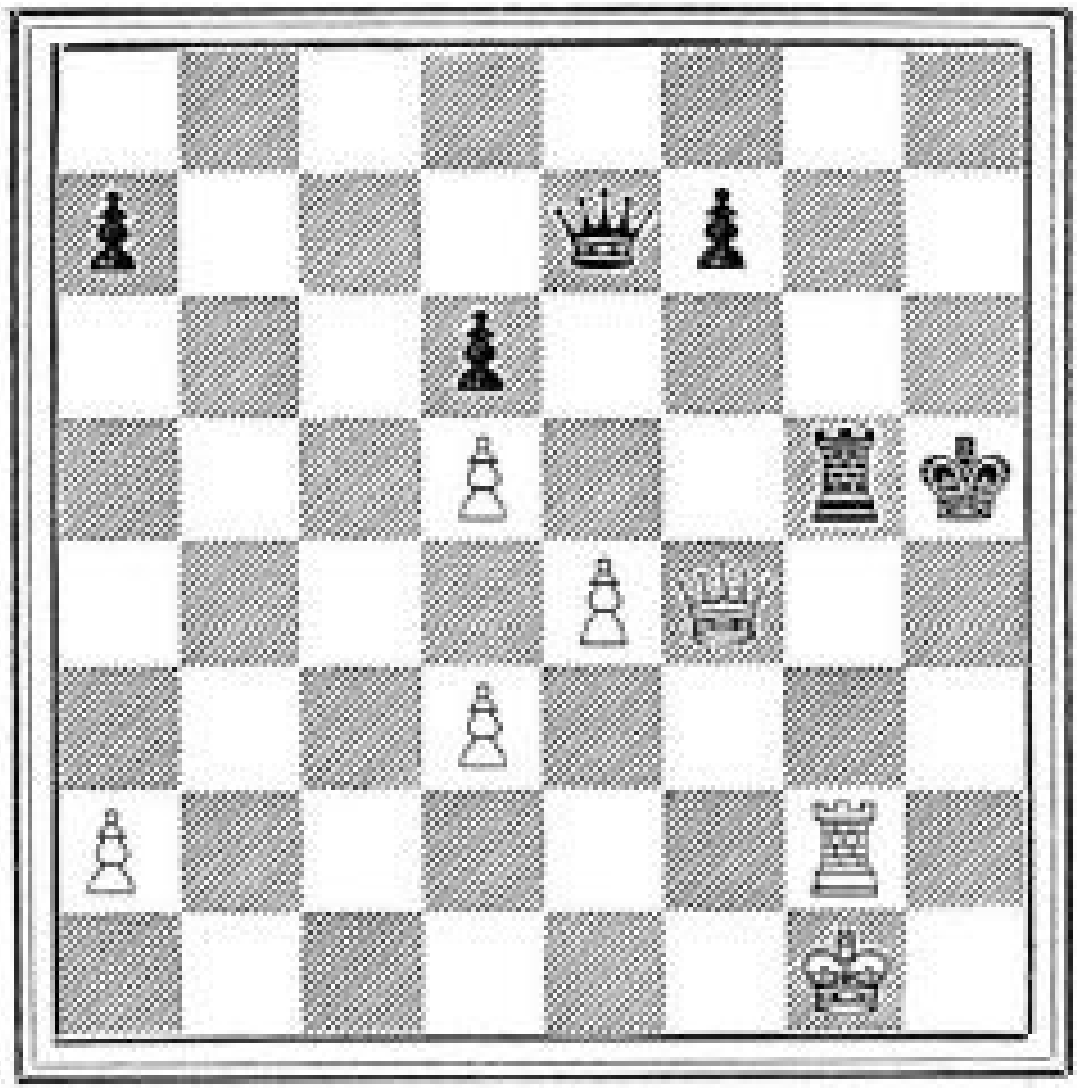
—Todo el archivo está hecho un caos. He pasado el día entero intentando poner orden.

—Lo siento —le contesté—. Me puse a buscar algo y lo desordené todo.

No estaba seguro de que Minna me hubiera creído, y parecía molesta por la idea de que yo le escondiera algo.

Cuando se marchó, mi mirada fue a parar al tablero de ajedrez, y pronto me encontré enganchado por aquella posición. Era una pena luchar sin tratar de conseguir la victoria pero, aun así, no encontraba una continuación satisfactoria. Tal como Lychev había dicho, cambiar una pieza en g5 llevaba inevitablemente a tablas.

Pero ¿qué había pasado?



Spethmann-Kopelzon
Después de 35. Tg2. ¿Es esta una buena jugada?

Esta no era la posición que yo había dejado. ¿Qué hacía la torre en g2? Quizá alguien le había dado un golpe a la mesa y la pieza se movió de su sitio. Iba a colocar la torre en su casilla correcta —g4— cuando me di cuenta

de que su situación no tenía nada de accidental. Enseguida vi que se trataba de una jugada potente.

¿Cómo diablos…? Kavi. Tuvo que ser el cosaco quien moviera la pieza, mientras yo esperaba con los ojos cerrados la estocada de su cuchillo. Mientras yo pensaba que iba a matarme, el tipo en realidad estaba pensando una jugada de ajedrez.

Alguien llamó a la puerta.

—Ha llegado su hija —dijo Minna, mostrándose muy azorada—. Y también…

Catherine apartó a Minna a un lado y entró.

—¡Catherine! ¿Qué haces aquí? —pregunté. Jamás se había presentado en mi despacho sin previo aviso.

—Ha venido porque yo se lo he pedido.

Era la voz de Lychev. El policía apareció detrás de ella, silencioso como la brisa. Y también dos gendarmes, estos más ruidosos, de uniforme y armados.

—He venido para hacerle algunas preguntas a usted y a su hija —dijo Lychev con su voz monótona y nasal.

Alargué la mano para coger el teléfono pero uno de los gendarmes me lo impidió.

—Esta vez no habrá llamadas a sus amigos, Spethmann —dijo Lychev apartándose el flequillo que le cubría los ojos. Llevaba una bolsa de cuero, de la que emanaba un leve olor a productos químicos.

8

Lychev ordenó a los gendarmes que se quedaran con Minna en el recibidor. Luego levantó la bolsa y la depositó encima de mi escritorio. Parecía muy pesada.

—¿Qué tal era el vino en el Club Náutico Imperial? —preguntó con malicia—. He oído que tienen una bodega excelente.

Catherine me miró. ¿El Club Náutico Imperial? ¿Qué hacía yo en un sitio así? Lychev advirtió su reacción y continuó con el mismo tono astuto:

—¿No sabía que su padre tiene amigos en las altas esferas? Solo tiene que chasquear los dedos y archiduques, generales y Barones del Báltico se ponen a su disposición para lo que se le antoje.

—No sea ridículo —le dijo Catherine.

Volviendo sus claros ojos hacia mí, Lychev dijo:

—¿No le contó nada a Catherine sobre su pequeña conversación amistosa con la Montaña?

Catherine se giró para mirarlo. Tenían aproximadamente la misma altura y una complexión delgada parecida pero, entre los dos, Catherine parecía dominar la situación.

—¿La Montaña? —preguntó ella.

—Imagino que el coronel Gan en persona estaba también en el club ayer noche —prosiguió Lychev con el mismo tono irónico—. ¿Estuvieron quizá, usted y el coronel, analizando posibles maneras de acabar con los atentados terroristas? ¿Intentó el coronel contratar sus servicios para trabajar como confidente de la policía secreta?

—¿Saben sus superiores que está usted aquí? —pregunté.

Sin hacerme caso, Lychev fue directo al grano y se dirigió a Catherine.

—Debo preguntarle si conoce a un hombre llamado Yastrebov.

—No le respondas, Catherine —le dije—. No tiene ninguna autoridad para interrogarnos. Cuando sus superiores se enteren de que está aquí, va a tener problemas de verdad.

—¿Conoce a un hombre llamado Yastrebov? —repitió.

Protesté una vez más, pero Catherine se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Es esta la persona por la que preguntabas esta mañana? Porque, si lo es, no lo conozco de nada.

—Era un revolucionario, un terrorista —dijo Lychev—, un joven muy peligroso.

Catherine esbozó una mueca de desdén.

—Para la policía, cualquier trabajador en Rusia es un terrorista, y todo judío, un revolucionario.

—Tengo razones para creer que conocía a Yastrebov —siguió Lychev, pasando por alto su desafío.

—Le aseguro que se equivoca —replicó Catherine.

—Solo para cerciorarnos de que no hay equivocación posible…

Lychev se giró hacia la bolsa de cuero y desató lentamente las dos correas que la cerraban. El olor a productos químicos se hizo más perceptible.

—Con los nombres es fácil equivocarse —dijo Lychev—. Al fin y al rabo, ¿qué es un nombre? Las identificaciones y los documentos son fáciles de falsificar. Las organizaciones revolucionarias tienen secciones especializadas, dedicadas a su fabricación. Los nombres se pueden cambiar, pero el aspecto físico, aunque puede modificarse o disimularse, es difícil de transformar.

Tuvo que usar las dos manos para extraer el contenido. Lychev nos daba la espalda, pero alcancé a ver un gran tarro de cristal llena de un liquido opaco y algo sólido, oscuro e indeterminado. Dejó el tarro sobre el escritorio y se apartó a un lado.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

La cara de Catherine se quedó blanca como la cera. Delante de nosotros había una cabeza humana conservada en formol.

Incluso en un momento como aquel, cuando mis pensamientos y sentidos deberían haberse centrado en lo que estaba ocurriendo, yo era consciente de las sensaciones que provoca el contacto con un cuerpo humano. Si no contaba los apretones de manos con amigos y colegas, o los extravagantes abrazos de Kopelzon, hacía más de dos años que no tocaba a otra persona. De niña, Catherine, más que dar abrazos, los toleraba a regañadientes. Cuando yo la levantaba para estrecharla en mis brazos, la pequeña se ponía rígida y doblaba las rodillas contra mi pecho para separarse. Pero ahora la tenía en mis brazos con la cabeza apoyada en mi pecho. Le besé la coronilla, le acaricié el pelo y cerré los ojos, como si el solo hecho de estar tan juntos pudiera protegernos del horror que Lychev había traído a nuestra vida.

—Fíjese bien, señorita Spethmann —dijo Lychev, depositando la bolsa en el suelo para que pudiéramos ver mejor—. Este es el hombre que conocemos

por el nombre de Alexander Yastrebov. Tengo motivos para creer que no es su nombre real. Es de la máxima importancia que me entere de su verdadera identidad, y debo hacerlo lo antes posible.

Lychev esperó el tiempo que debía considerar prudente y entonces dijo, sin alterarse pero de forma tajante, como si una negativa no fuera una opción válida:

—Debo insistir.

Catherine seguía mirando en la otra dirección pero sentí que empezaba a recuperarse del *shock*.

—¿Reconoce a este hombre? —repitió Lychev, que empezaba a perder la paciencia.

Poco a poco, Catherine volvió la mirada hacia el objeto que había delante de nosotros. La curvatura del cristal deformaba algo los rasgos, haciendo aún más macabra aquella cabeza sin vida.

—No —respondió ella con voz firme—. No sé quién es.

Se giró hacia Lychev, mirándolo a la cara con determinación. Fue el policía quien, finalmente, tuvo que desviar la mirada.

Una vez dentro del ascensor intenté pensar en Catherine no como padre sino como un hombre que tiene que sonsacar la verdad a alguien decidido a ocultarle lo que necesita saber.

—Quiero que seas sincera —le susurré mientras el guarda fingía no escucharlo—. Estamos en peligro. Si no eres completamente sincera no vamos a salir de esta. ¿Quién era el hombre del tarro?

—¿Qué le ocurrió?

—Lo asesinaron hace pocos días, y arrojaron su cuerpo al río.

El ascensor se detuvo con una sacudida. El guarda abrió las puertas que daban al vestíbulo.

A pesar de que se encontraba más o menos recuperada, la terrible experiencia había mermado sus fuerzas. Estaba aún pálida y sus palabras y movimientos eran desacostumbradamente sosegados, pero todavía consiguió clavarme una mirada desafiante.

—Nunca lo había visto —dijo.

Con ayuda del guarda, metí a Catherine en un taxi. Antes de que el chófer arrancara, le advertí que no se moviera de casa ni hablara con nadie bajo ningún concepto, y que esperara mi regreso.

Cuando volví a mi despacho, Lychev había despedido a los gendarmes y estaba colocando el tarro otra vez en la bolsa de cuero.

—¿Era todo esto realmente necesario? —pregunté—. Usted debe de tener fotografías que podría habernos enseñado.

—¿Cree que mi actuación ha sido demasiado teatral? —Sus delgados labios dibujaron una mueca.

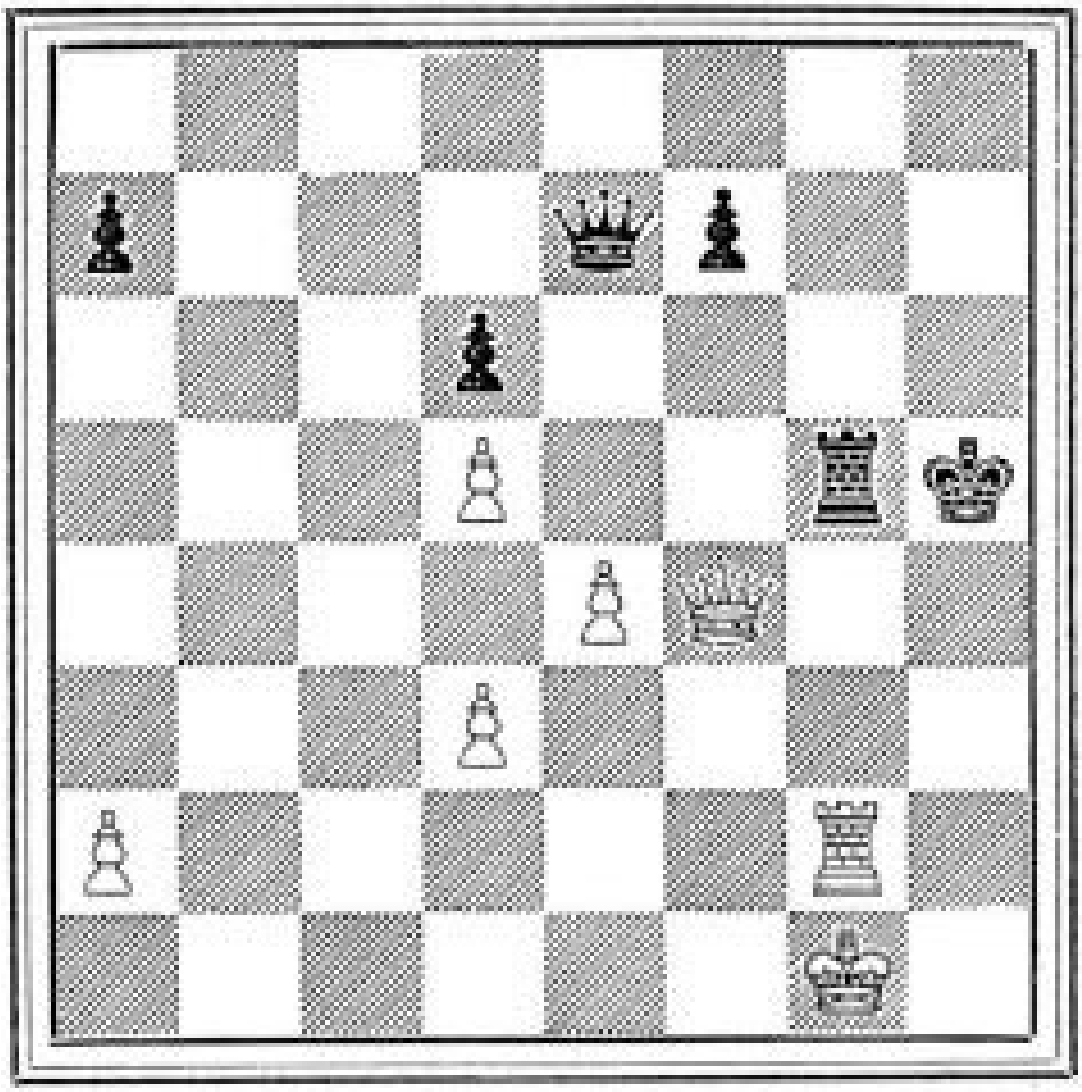
—Creo que no solo ha sido innecesaria sino también cruel.

—Los tiempos en que vivimos también son crueles, ¿no cree? —dijo cerrando la bolsa y ciñendo las correas con una precisión metódica—. El mes pasado arresté a un hombre, un miembro de los llamados destacamentos de combate del Partido Socialista Revolucionario. Había vertido ácido sulfúrico en la cara de uno de sus camaradas, de quien sospechaba que estaba trabajando para la Okhrana. La víctima ha quedado horriblemente desfigurada; ha perdido la nariz y el ojo izquierdo. Tiene la piel de la parte izquierda de la cara completamente quemada. Los ataques con ácido parecen estar de moda entre los revolucionarios.

»Cuando arresté al agresor pensé: “Si creías que tu camarada era una espía, ¿por qué no le pegaste un tiro para acabar de una vez?, ¿qué necesidad había de derramarle ácido en la cara?”. Empleando sus mismas palabras, Spethmann, su acción me pareció innecesaria y cruel. Me encuentro a menudo demostraciones de crueldad, ¿sabe?, y la mayor parte de las veces no acierto a comprender la razón.

—No envidio el mundo en que vive, Lychev.

Se encogió de hombros y, tras dejar la bolsa de cuero en el suelo, señaló el tablero de ajedrez.



Spethmann-Kopelzon

Después de 35. Tg2. Una jugada digna de un maestro, pero ¿es lo suficientemente buena para conseguir la victoria?

—Estas jugadas hacia atrás se ven en raras ocasiones —me dijo, señalando la torre en g2—. Una jugada digna de un maestro. No sabía que fuera usted tan buen jugador.

—No lo soy —contesté.

—¿Le ha ayudado alguien, tal vez? —dijo con una mirada ladina—. ¿Sigue pensando que Capablanca ganará el torneo?

—No tengo ningún interés en discutir esto ahora, Lychev —respondí—. Y tampoco tengo ningún interés en hablar de este asunto ahora que mi hija y yo hemos contestado a sus preguntas. Por supuesto, informaré a las autoridades de su visita.

Lychev sonrió.

—Tiene usted razón, Spethmann. No creo que ni usted ni su hija puedan serme de más ayuda. Espero que entienda que solo estoy cumpliendo con mi deber.

¿Era posible que no volviera a verlo más? Al salir se despidió deseándome que tuviera un buen día. Sentí un gran alivio. Aguardé un minuto o dos para asegurarme de que realmente se había ido antes de llamar al número que Zinnurov me había dado. Me respondió una secretaria que me pidió que esperara. Finalmente, la Montaña se puso al teléfono.

—Lychev ha estado aquí —le expliqué—. Se ha presentado en mi oficina y ha traído a mi hija consigo.

A juzgar por la pausa que siguió, estaba claro que Zinnurov estaba igual de sorprendido que yo.

—¿De verdad ha hecho eso?

—Creía que el ministro Maklakov había ordenado a Lychev que me dejara en paz.

—Su apreciación es correcta, Spethmann —dijo—. Me pondré inmediatamente en contacto con el ministro para saber qué ha ocurrido.

—Lo que ha ocurrido es que ha aparecido en mi despacho y, delante de mi hija, ha sacado la cabeza de Yastrebov conservada en formol. ¡Delante de mi hija!

—Espero de verdad que su hija no haya quedado demasiado afectada por ello.

—Mi hija se ha quedado horrorizada —dije lleno de indignación—, ha sido espantoso.

—Por supuesto, por supuesto —contestó Zinnurov con delicadeza—. Investigaré el asunto. Una de dos: o Lychev está actuando sin la debida autorización, o ha pasado por encima de Maklakov. En cualquier caso, se le pararán los pies. Se lo prometo.

—Muchas gracias —contesté.

—De nada —continuó—. Al fin y al cabo, tenemos muchas cosas en común.

—Sí —respondí con cierta vacilación.

—Ambos somos padres que amamos con locura a nuestras hijas.

—Sí —le dije—, es cierto.

—¿Ha hablado usted con Anna?

—La veré esta misma tarde.

—Muy bien —dijo—. Manténgame informado de todo lo que ella le cuente.

Zinnurov colgó el teléfono. Esperé otros quince minutos antes de llamar a Catherine para que hubiera tenido tiempo de llegar a casa.

—Se ha ido a la cama tan pronto como ha llegado, doctor —informó Lidiya—. Nunca la había visto tan cansada. ¿Llegará usted pronto a casa?

—Tengo una cita —contesté—. Llegaré hacia las diez, Lidiya. Por favor, asegúrese de que Catherine no sale de casa antes de mi regreso.

Minna estaba aún en el recibidor. Era obvio que quería hablar de todo lo que había pasado, pero yo no tenía tiempo y me mostré un poco brusco e impaciente con ella.

Me apresuré a llegar a mi coche, que había dejado en la calle Sadovaya. El Renault estaba cubierto de nieve. Limpié el parabrisas, puse en marcha el motor y me subí al coche. Me soplé un poco de aire en las manos y, tras encajarme los guantes, accioné el estárter. Pero mientras circulaba no pensaba en Anna sino en Catherine. Me había mentido. Había reconocido el rostro de Yastrebov conservado en formol. Yo lo había visto en su reacción. Y Lychev era demasiado buen observador de la naturaleza humana como para no haberse dado cuenta.

9

Anna me esperaba en una esquina de la avenida del Almirantazgo. Vestía un largo abrigo negro de lana y un gorro negro de piel. La nieve danzaba a tenues ráfagas, la postrera celebración del invierno. Me detuve delante de ella y me apeé del Renault para abrir la puerta del pasajero.

—Siento llegar tarde —me disculpé.

Mientras la ayudaba a entrar y le colocaba una manta de viaje sobre el regazo, noté que me miraba.

—Pensé que quizá habías cambiado de opinión —dijo ella— en cuanto a quedar conmigo.

¿Por qué habíamos quedado? La ambigüedad del porqué era realmente desconcertante. Yo me sentía violento ante la franqueza de su mirada, y ella parecía notar mi confusión. Alisé un poco la manta y volví al asiento del conductor.

—¿Adonde vamos? —me preguntó.

Con todo lo que había ocurrido no había tenido tiempo para pensar adonde iríamos. Teníamos que ser precavidos. Como muchas otras grandes ciudades, San Petersburgo era en realidad una población pequeña. Me hallaba con una mujer casada, una paciente. Las posibilidades de tropezar con un vecino o un colega eran siempre enormes.

Se me ocurrió una idea.

—Iremos a mi sitio favorito —dije.

Ella sonrió complacida, creo, pensando que la llevaba a un lugar que tenía algún significado especial para mí.

—¿Dónde es?

—Espero que te guste —le dije.

Conduje hasta el puente Nicholevski.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras nos acercábamos a Basil Island—. Pareces distraído.

—No pasa nada —respondí con una sonrisa forzada—. ¿A qué hora debes volver a casa?

—No muy tarde —contestó—. Lo siento.

—No lo sientas. Yo también tengo que regresar pronto —le dije.

Anna sonrió débilmente, igual que yo; ninguno de los dos tenía suficiente confianza para expresar la decepción que sentía por la brevedad del tiempo que íbamos a pasar juntos.

Seguimos en dirección norte, hacia Apothecary, y luego a Kamenni y Yelagin. En esta época del año, una luz brillante y extraña corretea por encima de sus gélidas tonalidades color gris y azul. Dejamos el coche cerca del palacio y paseamos por una larga y desierta avenida de grandes robles sin hojas. Todo era calma y tranquilidad a excepción de las aguas del golfo de Finlandia, que chapaleaban suavemente contra la orilla. Seguía nevando, pero no hacía viento. Llegamos al final de la avenida de robles. Delante de nosotros solo había el mar, espesado por la nieve.

—Es magnífico —dijo Anna—. Gracias por traerme a este lugar.

—Solía venir aquí tras la muerte de Elena. De hecho, venía cada día —le expliqué. En realidad no pensaba contarle esto, pero la fuerza del lugar me afectaba de una manera especial—. Ella solía llevar un largo abrigo granate. Era tan inusual y llamativo que yo veía su abrigo antes de verla a ella; en la calle, en las tiendas, o en el Nevski. Cuando murió, yo seguía buscando su abrigo por todas partes. En cualquier parte donde hubiera gente, buscaba el abrigo granate de Elena. A veces veía un abrigo parecido y, aun sabiendo que no podía ser ella, seguía a la mujer hasta verle la cara. Solo tras comprobar que no era ella, me giraba y me iba.

—Venías aquí para estar solo —dijo ella—, para evitar la angustia de la visión de una mujer con un abrigo granate.

—Incluso en verano muy poca gente se acerca a este lugar —dije.

Anna me tocó el brazo.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó—. Cuéntamelo, por favor.

—Aquel policía, Lychev, se ha presentado esta tarde en mi despacho y ha venido con Catherine —contesté.

—Pero mi padre te prometió que te dejarían en paz, ¿verdad? —dijo Anna con un deje de culpabilidad, como si me hubiera fallado.

—Creo que lo intentó. Sin embargo, Lychev ha demostrado que no es fácil de contener.

Se lo expliqué todo, incluso la visita de Kavi y Tolya.

Cuando acabé, me preguntó:

—¿Tienes alguna idea de por qué ha pasado todo esto?

—No —respondí.

—¿Por qué querrían el expediente de Rozental?

—No tiene ningún sentido.

—La policía debe de haberte confundido con otra persona. Con todas estas bombas y asesinatos, están arrestando a muchas personas. No creo que la mitad de ellas sea culpable de nada más que de intentar sacar adelante sus asuntos.

—Al marcharse, Lychev dijo que no nos necesitaba más, ni a mí ni a Catherine.

—¿Crees que se acabó, entonces?

—Esto parece —contesté. Pero ninguno de los dos lo creía.

Nos quedamos mirando el mar y cómo se mecían las anchas y lentas olas. Eché varias miradas furtivas a Anna. Tenía unos labios rojos y delicados. Recordé con qué ansiedad besaba yo de joven, con qué insistencia hacía trabajar boca y labios. No me conformaba con el simple roce de un beso; tenía que oprimir, succionar, lamer y lastimar. Anhelaba hasta el último aliento de mi amante, y mis besos eran arrojados, prolongados y exigentes. Ahora quería besar a Anna.

—Tu padre me pidió que te dijera algo —le dije—. Quiere verte. Me dijo que podía ser donde tú quisieras, en cualquier momento y en cualquier parte, que él no pondría ninguna condición.

Anna se quedó callada durante unos momentos.

—¿Le explicaste que soy tu paciente?

—Sí.

—¿Qué más dijo?

—Dijo que no sabe por qué cortaste toda relación con él y que te echa mucho de menos.

Se quedó otra vez silenciosa, con la mirada fija en el mar.

—¿Qué pasó entre tu padre y tú? —pregunté.

—No tiene nada que ver con mis pesadillas.

—Esto tú no puedes saberlo.

Me tocó ligeramente la mano enfundada en el guante y dijo:

—Anoche volví a tener aquel sueño. El mismo de siempre. Me encontraba en casa, sola. Tenía una sed espantosa e iba de habitación en habitación buscando agua. Llegué hasta una puerta. Sabía que había agua al otro lado y me puse a tirar de la empuñadura, pero estaba atrancada y no se abría. Empecé a sentir pánico. Pensaba que me iba a morir de sed si no conseguía franquear aquella puerta. De repente se abrió y allí estaba mi abuela esperándome.

—¿Así que, después de todo, era la casa de tu abuela?

—No lo sé —contestó—. Quizá soñé con ella porque tú me la hiciste recordar.

—¿Qué pasó entonces?

—Babushka sonreía, y su sonrisa era amplia, alegre y desdentada. Después me dio una taza de té, pero no era té: era vodka.

—Continúa.

—Oí un golpe. Un golpe suave, como si alguien, en lugar de llamar a la puerta, estuviera dando golpecitos en el cristal de la ventana. Entonces oí susurrar mi nombre: «Anna, Anna». Era todo tan turbador y espantoso que tuve que despertarme. Aun así, parecía tan real que me quedé en la oscuridad esperando, aterrorizada, a volver a oír aquella voz. Al final tuve que levantarme y acercarme a la ventana para convencerme de que no había nadie.

—¿Estaba tu abuela aún en la habitación?

—No la vi, pero… —hizo una pausa y se mordió los labios— pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que la habían… —hizo una segunda pausa—, de que estaba muerta.

—¿Viste su cuerpo?

—Era una sensación… una sensación profunda. Me sentía culpable, como si hubiera hecho algo realmente malo.

Reflexioné sobre lo que me acababa de decir y pregunté:

—¿Se lo contaste a tu marido?

—¿A mi marido?

—Anoche. ¿No se despertó cuando te levantaste para acercarte a la ventana?

—Ahora te entiendo —contestó—. No, no se despertó. Hace tiempo que dormimos en diferentes habitaciones.

No soy estúpido: sé leer entre líneas, en mi profesión es fundamental en muchos aspectos. Pero seguía sin estar seguro de lo que Anna me estaba diciendo, si es que realmente me estaba diciendo algo. Debí haberme apresurado a decirle algo, algo sincero, sencillo y directo, y casi lo hice, pero ¿qué podía ofrecerle? ¿Cuál era mi proposición? Ella tenía un marido, un hogar, una vida y una reputación en San Petersburgo. Si Anna me hubiera dicho que me amaba, yo no tenía siquiera la seguridad de poder, físicamente, hacer el amor con ella. Me sentía en inferioridad de condiciones, tanto por su belleza frente a mi falta de atractivo como por los años que nos separaban.

El agua henchida de nieve se arrastraba como una gruesa lengua. Las ramas peladas que había encima de nosotros semejaban pálidas extremidades que se fundían con la oscuridad.

—Deberíamos irnos —dijo Anna.

Quería besarla de la misma forma que besaba cuando era joven. Entonces me habría dado igual estar en la calle que en la cama; que me pudiera ver alguien o no. No me hubiera importado que mi amante estuviera casada ni me habría preocupado de la ética profesional. E incapaz de comprender la trascendencia y el significado del sufrimiento, la habría besado aunque con ello hubiera provocado un torrente de lágrimas de dolor en ella, en mí o en cualquier otro. La habría besado de todas formas. De joven yo era de esa clase de hombre. A menudo egoísta y ensimismado y capaz de exhibir indiferencia, insensibilidad, impudicia y falsedad. Y también lleno de vitalidad. Pero yo ya no era aquel hombre.

—Sí —respondí con el corazón oprimido—, supongo que sí.

Estaba tendida de espaldas, con la cabeza ligeramente ladeada hacia la pared, y los brazos hacia arriba, como si se rindiera. No pude menos de sonreír al considerar la improbabilidad de su rendición. ¿Cuándo se había rendido ella? ¿Cuándo había yo siquiera conseguido de ella un acuerdo o una tregua? Qué voluntad la suya. Yo estaba orgulloso de ella, pero al mismo tiempo la temía. Parpadeó un poco. Su sueño había sido siempre profundo, incluso cuando estaba de mal humor o ansiosa, como si dormir fuera para ella un refugio plácido y no la enfurecida tormenta en que se convierte cuando todo se nos pone en contra. Pero nadie, ni siquiera Catherine, podía dormir en semejante situación. Se despertó de golpe, y se quedó sentada en la cama. Sus enormes ojos revelaban perplejidad y agotamiento, y se notaba que había estado llorando antes de caer dormida.

—¿Dónde estoy? —preguntó, parpadeando. Al verme al lado de su cama dijo—: ¿Qué haces aquí? ¿Qué ruido es este?

Afuera alguien volvió a aporrear la puerta. Lidiya apareció a mi lado. Esperaba encontrarla en un estado de pánico, pero, en cambio, parecía resuelta y decidida.

—¿Debo abrirles la puerta?

—No creo que tengamos demasiadas opciones, Lidiya —respondí.

Se encomendó a Dios y a los santos para que protegieran la casa y a todos los que se cobijaban bajo su techo, y descendió por la escalera.

Oí la puerta abriéndose de golpe y el sonido de botas pesadas en el recibidor, de hombres irrumpiendo en casa. Luego, un ruido de cristales rotos. Y la voz de Lidiya, llena de acritud y reproche.

Dos gendarmes, armados con carabinas y enfundados en resplandecientes chaquetones blancos llenos de bordados, entraron en el dormitorio de Catherine. Parecían confusos, avergonzados de encontrarse en la alcoba de una joven respetable. Por un momento casi pensé que iban a disculparse y pedir perdón.

Lychev apareció detrás de ellos blandiendo un gran revólver en la mano izquierda. Nos examinó de arriba abajo con sus torvos ojos claros y dijo:

—Vístase, señorita Spethmann. Y usted también, doctor. Están arrestados.

La puerta de mi celda se abrió y entró Lychev. Se sentó en la pequeña silla de madera que, junto con el catre en que dormía y la mesa donde leía, componía todo mi mobiliario.

—¿Sabe usted en qué día cae mi aniversario? —me preguntó.

Solo después de asegurarme de que le había entendido correctamente, le contesté:

—La verdad es que su aniversario me importa un comino, Lychev. Quiero ver a mi hija. Quiero hablar con ella ahora mismo.

—Nací el uno de marzo de mil ochocientos ochenta y uno —prosiguió—, el mismo día en que el zar Alejandro II pasaba por el dique del canal Catalina para tomar el café de la tarde con su hermana.

Yo conocía perfectamente aquella trágica historia, claro. ¿Qué ruso no la conocía? Pero Lychev continuó como si nada, emperrado en terminar su relato, sin que yo acabara de comprender la razón.

—El zar se estaba acercando al puente del Teatro cuando el terrorista Risakov arrojó al carruaje imperial la bomba que llevaba. Dios quiso que el zar no fuese herido, y Risakov fue apresado antes de que pudiera huir. Aquel día podía haber acabado bien, pero el zar, movido por sentimientos de bondad e inquietud, bajó del carruaje para ofrecer ayuda a los heridos. Fue entonces cuando el terrorista Hryniewicki, el polaco, lanzó la segunda bomba, que fue a parar a los pies del zar y le destrozó las piernas.

Lychev hizo una pausa reverencial.

—Mi madre estaba trabajando cuando oyó las explosiones —continuó—. El alboroto anticipó mi nacimiento. Yo llegué al mundo mientras el zar agonizaba.

—Una coincidencia muy destacable —asentí.

—No fue una coincidencia —observó él.

Por primera vez me sentía seguro ante aquel policía. Sus delirios narcisistas lo rebajaban enormemente. Me quedé mirándolo del mismo modo que miraría a alguien que asegurara ser Alejandro el Grande o Iván el Terrible. Por un momento pensé en ofrecerle mis servicios como psicoterapeuta.

No obstante, pregunté simplemente:

—¿Qué quiere usted de Catherine y de mí?

—He averiguado que el hombre que se hacía llamar Yastrebov formaba parte de una célula terrorista que planea llevar a cabo un atentado espectacular en un futuro próximo.

—¿Qué clase de atentado?

—Asesinar al zar.

Lychev dejó que el grave augurio que acababa de revelar flotara en el aire durante unos segundos antes de continuar.

—No parece usted demasiado preocupado, Spethmann.

—Cada día se fraguan conspiraciones —repuse.

—Esta vez la amenaza es muy concreta. Disponemos de información digna de crédito.

—¿Qué información?

—Si revelara los detalles pondría en peligro mis fuentes.

—Aunque todo esto sea cierto, no guarda ninguna relación conmigo o con mi hija —insistí—. Yo no había visto a Yastrebov hasta que usted trajo su horrible tarro a mi despacho.

—Ya, pero Catherine sí que lo reconoció —contestó—. Y usted lo sabe.

Hubiera dado cualquier cosa por ser capaz de contradecirle, pero no pude.

—Es obvio que ella lo conocía por otro nombre; por su nombre real, posiblemente.

—¿Cómo puede usted estar seguro de esto?

—Porque Catherine era la amante de Yastrebov —respondió—. Imagino que estará usted enterado de que Catherine tenía un amante…

Yo no sabía nada al respecto, pero no quise admitir mi ignorancia acerca de la vida de Catherine ni fingir que estaba enterado de algo que pudiera ser fácilmente empleado contra ella.

—Catherine tiene que contarme todo lo que sabe de Yastrebov —prosiguió Lychev—: su nombre real, el de sus amistades, cuándo llegó a la ciudad, cómo se conocieron, y qué le contó él.

—¿Qué dice Catherine de todo esto? —le pregunté.

—Catherine se está comportando de una forma estúpida —contestó con aire de fastidio—. No quiere colaborar. Cada vez que trato de hablar con ella se pone hecha una fiera y empieza a tacharme de opresor y a maldecir al gobierno y a los terratenientes. Ha llegado a acusar de parásitos a la familia real ante mis narices. ¿Sabía usted que su hija albergaba tanto odio en su alma?

—No sea usted ridículo —le dije.

—Ella lo ha engañado, Spethmann; su propia hija.

—¿En qué sentido me ha engañado? —contesté, riéndome en su cara.

—Por razones que aún no acabo de comprender, Yastrebov, al llegar a la ciudad, no pudo, o quizá no quiso, ponerse en contacto con sus compañeros terroristas. Lo que sí sé es que se quedó sin dinero y sin sitio donde cobijarse, pero Catherine le solucionó el problema: su despacho. Yastrebov y su hija esperaban a que usted acabara la jornada de trabajo para entrar en su oficina y disponer de ella a su antojo.

—¿A su antojo?

—Yastrebov utilizó primero su despacho para esconderse, y después para hacer el amor con Catherine.

En ese momento tuve que hacer un esfuerzo para mostrarme impasible.

Lychev continuó:

—Mi tarea es localizar la célula a la que pertenecía Yastrebov e impedir que lleven su plan adelante.

Se levantó de la pequeña silla de madera y llamó al carcelero. Al mismo tiempo que la llave hacía un ruido metálico en el cerrojo, Lychev dijo:

—Su hija tiene una información imprescindible para mí, Spethmann, y se van a quedar los dos aquí hasta que ella hable.

Lychev salió al pasillo. La puerta se cerró tras él y la llave giró en la cerradura. Yo seguía sin acabar de creerme que todo aquello estaba ocurriendo de verdad. Vivía en una ciudad edificada en una marisma y cimentada con los huesos de cien mil siervos que habían muerto de hambre, enfermedades y malos tratos durante su construcción. En cada rincón del imperio se vivía teniendo por vecinos al cosaco, al espía y a la policía secreta. Pasábamos por delante de prisiones y fortalezas cada día. Desde la ventana del estudio de mi casa podía ver los barrios pobres donde los miserables traficaban con su cuerpo, trabajando como esclavos. A Catherine le gustaba provocarme diciendo que Rusia era un país despótico, y que todos lo sabíamos aunque fingiéramos lo contrario, lo cual era una opción válida para

gente como yo en todas partes, siempre que no padeciéramos personalmente las consecuencias de la tiranía.

10

El viejo carcelero era un hombre bondadoso. El pan que nos traía era tierno, a veces recién hecho, y la mantequilla, dulce. A la tercera noche de mi detención me trajo un pequeño juego de ajedrez. Me explicó con orgullo que las piezas eran un regalo de su nieto. Estaban toscamente talladas y sin contrapesar, pero representaban tanto para él como mis piezas Jaques para mí. Era un jugador terrible y jovial, siempre huyendo hacia delante. Aunque le quedaran un par de peones contra torre y alfil, seguía empujando sus piezas por el tablero. «¡Adelante! —exclamaba—, ¡Avancen!». Se tomaba las derrotas con buen humor y siempre decía que mis victorias no le sorprendían en absoluto. «Su raza —decía con toda naturalidad— ha dado los mejores jugadores. Fíjese en Lasker, campeón del mundo, o en Steinitz, antes que él. Rozental, Tarrasch, Gunsberg, Bernstein, Nimzowitsch… más de la mitad de los que van a participar en el gran torneo son judíos». Entonces, tras hacer un ejercicio mental, soltó una reflexión de cosecha propia: «La mayor parte de presos encerrados aquí abajo son judíos. Algunos de ellos son gente culta, pero no como su señoría. En su mayoría son malhechores y repulsivos. Cuando se les pregunta por qué asesinan a buenos cristianos, se echan a reír. Bien, pero ya veremos si se ríen tanto cuando el verdugo les ponga la soga en el cuello».

Una noche, mientras mascaba mi chusco de pan y escuchaba a otros presos hablando entre ellos en yiddish a través de altas ventanillas con barrotes, sentí el olor —un olor real— de aquellos bollos dulces y *brioche* que mi padre solía hornear cuando yo era niño. Percibí su olor como si mi padre estuviera en mi misma celda amasando la harina y colocando las rosquillas en la bandeja untada con mantequilla. «Su raza…». Qué sensaciones tan vividas. Cuando alguien me lo preguntaba, yo decía siempre que mi padre procedía de Riga, lo cual era cierto en el sentido de que vivió allí la mayor parte de su vida antes de venir a San Petersburgo. Yo decía también que mi padre era alemán porque sus padres eran alemanes originarios de Kalisz, pero en realidad había nacido en Dvinsk, en la zona de Vitebsk, donde yo aún tenía tíos y un montón de primos. Mi padre no se trasladó a Riga hasta los trece años, pero no fue hasta treinta años más tarde, siendo ya un panadero experto y con una joven y flamante esposa, cuando vino a vivir a San Petersburgo y se

estableció en el barrio de Vyborg, haciendo pan rústico de centeno para la clase trabajadora local. A fuerza de trabajar duro fue prosperando, pidió un crédito y en poco tiempo ya estaba abasteciendo a establecimientos de moda como el Donon o el Restaurant de Paris. Nos mudamos a un apartamento en el área de Petersburgo, y después a una espaciosa vivienda de la calle Furshtatskaya, donde continué residiendo tras la muerte de mis padres. La harina subía de calidad al mismo tiempo que nuestro domicilio ganaba en categoría, y el pan se hizo más sabroso y ligero al introducir huevos en la producción. Mi padre empezó a vestir con más esmero, y cambió tan impecablemente sus maneras en el hablar que su acento se hizo indistinguible del de los rusos nativos de la ciudad. Si a mi madre se le escapaba una sola palabra en yiddish delante de mí, se ganaba siempre una buena reprimenda. En la calle Furshtatskaya nunca comimos bollos ni *brioche*.

Esperaba que Lychev regresase en cualquier momento. Pero Lychev no venía. El tiempo es un aliado caprichoso, pero no es una prerrogativa del psicoanalista. Aquel policía lo estaba demostrando. Y así pasaron los días y las noches.

Pero siempre llega un momento en que la espera deja de cumplir su función y se debe plantear la cuestión. A la sexta noche de mi arresto, la puerta de mi celda se abrió y entró Lychev, que se quedó apoyado en la pared.

—No tenía ni idea de que tuviera usted pacientes tan ilustres —me dijo—. Nada más y nada menos que Anna Ziatdinov, la hija de Peter Zinnurov.

—¡Ha husmeado en mis archivos! ¡No tiene usted ningún derecho a hacer esto! —protesté indignado.

—¿Me está usted diciendo, Spethmann, que estando la seguridad del Estado amenazada y la vida del mismísimo zar en peligro sería usted capaz de mantener unos expedientes privados, relacionados con ciertos desequilibrados, fuera del alcance de aquellos que han jurado proteger una civilización en la que (y me parece justo recordárselo) usted también vive, y de la cual, además, se beneficia?

—No le puedo contestar a su pregunta si plantea usted la cuestión en términos tan ridículos y rimbombantes.

—¿Quién es Grischuk?

—Se lo diré una vez más: el hecho de que haya usted leído esos expedientes me parece tan chocante como deleznable.

—Está claro que se trata de un pseudónimo. El de un político, obviamente.

—Me niego a contestarle —le dije, aunque ignoraba si Lychev no habría ya descubierto que Grischuk era Petrov, un sujeto bien conocido por la policía.

—Debe de ser una persona con conexiones políticas peligrosas, a juzgar por sus apuntes —continuó Lychev—. ¿Por qué trata usted a alguien así?

—Porque soy médico —respondí—, y él, mi paciente.

—¿Cuál es la dolencia de Grischuk?

—No me está permitido hablar de esto.

—Lo único que he podido deducir de su expediente es que se trata de alguien que bebe demasiado, come demasiado e intenta fornicar con toda mujer que se cruza en su camino, lo cual consigue a menudo —dijo Lychev —. Dígame, por favor, acláremelo: ¿cómo pueden llegar a considerarse enfermedades una glotonería y un desenfreno sexual como esos?

—No voy a referirme a un paciente en particular, pero… —notaba que estaba dejándome llevar, pero me resultaba imposible permanecer en silencio ante el acoso de Lychev— en términos generales, si de verdad le interesa, un comportamiento como este puede ser interpretado como la manifestación de un trastorno psicológico, de la misma manera que uno chilla al sentir dolor físico.

—Así que si Grischuk come y bebe en exceso y es además un mujeriego, ¿se debe a algún tipo de sufrimiento? ¿Ha descubierto usted el origen de tal sufrimiento?

—No voy a hablar sobre ningún paciente en particular.

—¿Y Reuven Kopelzon? —dijo Lychev, cambiando repentinamente de tema.

—Kopelzon no es paciente mío.

—Entonces no tendrá inconveniente en hablar de él.

—No voy a hablar con usted de nadie, Lychev.

—Su amigo confraterniza con gente que no oculta en absoluto su deseo de ver Rusia expulsada de los territorios polacos que legítimamente posee. ¿Cómo puede una persona leal tener algún tipo de relación con un hombre así?

—Me trato con Kopelzon por su música, no por sus opiniones políticas.

—¿No son ambas cosas parte de la misma persona?

Lychev esperó en vano mi respuesta.

—¿Y Avrom Rozental? —preguntó.

—Como bien sabe, Avrom Rozental es un jugador de ajedrez.

—Y también un amigo de Kopelzon. ¿Por qué?

—Lo desconozco —contesté.

—Yo también desconozco algunas cosas pero, aparentemente y al contrario de usted, me gustaría tener respuestas. Sigo sin saber, por ejemplo, quién mató a Yastrebov o por qué. Más importante todavía, sigo sin conocer la identidad de los restantes miembros de la organización a la que pertenecía Yastrebov, ni dónde se esconden. Estas son algunas de las cosas de las que debo enterarme antes de que la célula se reorganice y lleve adelante sus planes. Tengo que parar a los terroristas antes de que asesinen al zar, y usted me va a ayudar.

—¿Ayudarlo? —contesté en tono de burla—. ¿Por qué iba yo a ayudarlo después de todo el daño que nos ha hecho?

—Espero que sea porque usted no es uno de esos judíos que fingen ser leales pero en el fondo de su corazón desprecian todo lo que para nosotros significa la civilización rusa.

Me negué a responder a esas acusaciones.

—Catherine insiste en negarse a revelar la identidad de Yastrebov —prosiguió—. Si usted consigue que declare, los pondré en libertad.

Escruté su rostro, pero no había forma de saber si Lychev era sincero.

—¿Cómo puedo persuadirla si no me deja verla? —dije, tratando de ganar el tiempo necesario para considerar su oferta.

—Haré los preparativos para que pueda verla si usted me promete que tratará de convencerla. —Al no recibir ninguna respuesta, añadió—: Solo se trata de un nombre, Spethmann. El nombre de un hombre ya muerto.

—¿Cuándo podría verla?

—En este mismo instante —replicó inmediatamente.

Era mi oportunidad para ver a Catherine y hablar con ella. Asentí con la cabeza y Lychev llamó al carcelero.

Su celda era idéntica a la mía. Catherine estaba sentada en una pequeña silla de madera, con la espalda completamente erguida y un libro en el regazo. Al abrirse la puerta levantó la mirada y, en cuanto me vio, se levantó de un salto.

—¿Estás bien? —le pregunté besándola una y otra vez.

—Sí —respondió—. Estoy bien, perfectamente. No te preocupes.

Entonces vio a Lychev detrás de mí.

—¿Qué quiere este? —preguntó con una mirada feroz y desafiante.

—Lo dejo en sus manos, Spethmann. Tiene diez minutos —dijo el policía mientras salía al pasillo. La puerta se cerró tras él.

Catherine me miró con suspicacia.

—¿De qué está hablando? ¿Qué es lo que deja en tus manos?

Respiré hondo.

—Dice que nos pondrá en libertad si le informas de cuál era el nombre real de Yastrebov.

—De ninguna manera —respondió al instante.

—¿Significa esto que conocías a Yastrebov? —le pregunté.

Una expresión de enfado se dibujó en su cara; estaba furiosa consigo misma por haber bajado la guardia.

—No —dijo ella—. Solo significa que no voy a contarle nada a Lychev. No le diría mi propio nombre, ni el tuyo, ni siquiera el suyo, aunque su vida dependiera de ello.

—Catherine, piénsalo bien. Estamos completamente en sus manos.

—Ya he dicho que no le diré nada, y si digo que no lo voy a hacer es porque no lo voy a hacer.

Esto yo ya lo sabía, y lo sabía mejor que nadie. Pero, aun así, tenía que intentarlo.

—¿Y por qué no? —insistí, empleando el mismo razonamiento que Lychev—. Yastrebov ha muerto. No le puedes causar ningún daño. Los únicos que sufren a causa de su nombre somos tú y yo.

—¿Y quién va a sufrir las consecuencias si yo revelo el nombre, suponiendo que lo sepa, que no lo sé? ¿A quién arrestará Lychev entonces? ¿A quién mandará a la cárcel? Ya puedes decirle a Lychev que estaré encantada de quedarme donde estoy todo el tiempo que él considere necesario tenerme encerrada.

—Yo también estoy aquí, ¿sabes? —le recordé.

Sus facciones se ablandaron. Creo que incluso estuvo a punto de decir que lo sentía, pero enseguida recuperó su actitud desafiante. Había dicho que no y mantendría su palabra. Pasamos los siguientes minutos tranquilizándonos el uno al otro y dándonos ánimos. Le dije que la quería. Terminados los diez minutos, una vez cerrada y atrancada la puerta, me quedé con Lychev en el pasillo.

—Quizá a ella no le importe estar donde está, Spethmann —me dijo el policía—. Sin embargo, no parece darse cuenta de que por su terquedad usted también está aquí. ¿Qué piensa usted de esto?

Al considerar sus opciones, Catherine no me había tenido en cuenta ni por un instante. A pesar de no querer admitirlo, yo me sentía herido y enfadado. Lychev parecía estar muy impresionado.

—¿Ha tenido Catherine muchos amantes? —me preguntó. Me quedé completamente desconcertado, pero antes de que pudiera responder, continuó —: Hay cierta tendencia entre la juventud del *demi-monde* a enfrentarse a la que ellos consideran deprimente realidad de la Rusia de hoy bebiendo hasta perder el conocimiento y acostándose con el primero que pase. Aparentemente, piensan que es una forma de rebelión. Me pregunto si Catherine es así.

—Puedo asegurarle que no —le respondí, aunque fuera solo para no gritarle.

—Yastrebov y ella casi no se conocían la primera vez que hicieron el amor.

—Ella niega saber nada de Yastrebov.

—Los dos sabemos que está mintiendo —dijo—. Me pregunto si es muy promiscua.

—No creo que este asunto sea de su incumbencia —respondí secamente.

Lychev me miró detenidamente.

—Su hija es muy inteligente y, además, una jovencita muy atractiva. Sería una lástima que pasara los mejores años de su vida en la cárcel.

Tal vez el cielo exista, pero, aun así, en la tierra solo se vive una vez, y pasar la vida recluida en compañía de policías y carceleros es terrible. Sin embargo, ¿no es aun más terrible vivir a medias debido al miedo? Aquella noche, cuando me tendí, me eché al lado de Anna. Anna estaba a mi lado, desnuda, sin vergüenza alguna y con una chispa de picardía en la mirada.

Pasaron otros tres días, pero no fueron del todo en balde. El juego de ajedrez del carcelero me sirvió para analizar la posición a la que había llegado en mi partida con Kopelzon. Kavi sabía lo que hacía cuando hizo retroceder la torre. No había otra forma de jugar para ganar. Pedí permiso para enviar una postal a Kopelzon. Lychev me lo concedió con la condición de que no escribiera nada más que la jugada: 35. Tg2.

También permitió que Minna me enviara algunos libros. Entre ellos estaba el Talmud babilónico, que pedí expresamente. Me divertía que, mientras jugábamos al ajedrez, el viejo carcelero mirase de reojo y con recelo aquel

texto sagrado, indeciso, por su propia seguridad, de la conveniencia de encontrarse en la misma estancia que tan poderoso ejemplo de magia exótica.

Escudriñé los textos de cabo a rabo. De vez en cuando, mientras leía, recitaba algunas partes entre dientes. El carcelero, que me observaba a través de la mirilla de la puerta, pensaba que rezaba. Mi padre se habría horrorizado si me hubiera visto, incluso si hubiese tenido yo la oportunidad de asegurarle que mis lecturas no tenían nada que ver con ningún tipo de veneración por el Dios que él había repudiado, y que estaban únicamente motivadas por mi determinación de salvar a un paciente.

Mi padre se habría avergonzado de conocer a Rozental. Rozental se parecía demasiado a aquel hombre de Dvinsk que mi padre había sido y quería olvidar. Cuando hablaba de la miseria de los poblados del Palé, Kopelzon se emocionaba hasta casi echarse a llorar, pero a mi padre no lo conmovía nada la penuria de su propia gente. Se avergonzaba de ella igual que un hijo se avergonzaría de ver a su padre cayéndose borracho por la calle. La sola presencia de un *shnorrer* humillaba a mi padre; los comedores de beneficencia eran para él una deshonra. La única cuestión que mi padre se planteaba era: ¿cómo podía ser su gente tan miserable e ignorante? ¿A qué se debía tanta corrupción, proxenetismo y pillaje? ¿Por qué tantos de los suyos eran terroristas o revolucionarios? Kopelzon le habría contestado llanamente empleando palabras como «pogromo», «cosaco», «Pale» o «Centurias Negras», pero mi padre lo achacaba todo a la ignorancia y al atraso.

Mi padre no habría aceptado nunca tomar parte en una discusión sobre estos asuntos, ni con Kopelzon ni con nadie. Si alguien expresaba una opinión firme y opuesta a lo que él creía, se quedaba callado, no tanto porque su falta de educación no le permitiera defender su punto de vista, sino porque estaba tan absolutamente convencido de estar en posesión de la verdad que no consideraba necesario airearlo en público. Para él, la respuesta estaba en la esencia misma de su propia gente. Mientras siguieran siendo ellos mismos, no podrían ser de otra manera. Su propio éxito no hacía más que reafirmar esta creencia. Mi padre tenía la respuesta, y la respuesta era dejar de ser judío.

—¿Qué le pasa en la cabeza? —le pregunté a Rozental en una de las primeras sesiones del tratamiento.

No paraba de rascarse y se arañaba el cuero cabelludo con las uñas de las dos manos. Profirió un gruñido y dijo:

—Nunca me deja en paz.

Rozental llevaba el pelo muy corto, prácticamente al rape. Lo examiné con atención, pero no encontré nada; ni siquiera liendres.

—Es una mosca —dijo con desesperación—. ¿No la ve usted? Me sigue a todos lados y me atormenta día y noche.

—Yo no veo nada.

—Siento que se arrastra por toda mi cabeza.

—¿Quiere que vaya a buscar un espejo para que pueda verlo usted mismo?

No sin cierta dificultad, conseguí que se colocara delante del espejo junto a la chimenea, mientras yo sujetaba detrás de él, tal como haría un barbero, un espejo de mano que Minna me había prestado. Finalmente logré tranquilizarlo lo suficiente para continuar la sesión.

La fórmula que empleaba con mis pacientes era casi siempre la misma: empezaba pidiéndoles que me hicieran un relato lo más completo posible de su vida. Rozental me describió sus primeros años en Choroszcz, el mísero asentamiento en el cual vivió hasta que se trasladó a la *yeshiva* de Lodz. Era el más pequeño de doce hermanos, y su padre había muerto antes de que él naciera. Le pregunté cómo se las arreglaba su madre.

—Mis hermanos y hermanas fueron repartidos entre varios familiares. A mí me enviaron a vivir con mis abuelos.

—Háble me de sus abuelos.

Vaciló un momento y dijo:

—Eran gente buena y amable.

—¿Eran religiosos?

—Sí, por supuesto.

—¿Era usted feliz en su casa?

—Me querían mucho.

Además de lo evidentemente parcial de su respuesta, me pareció detectar un atisbo de culpa. Estaba claro que allí había un camino por explorar.

—¿Viven aún sus abuelos?

—No. Murieron los dos.

—¿Vivían todavía cuando usted se hizo famoso como jugador de ajedrez?

Su reticencia a darme una respuesta confirmó mis sospechas de que algo significativo había ocurrido entre él y sus abuelos.

—Avrom —azucé a mi taciturno paciente—, ¿vivieron sus abuelos lo bastante como para enterarse de su éxito?

—Sí —susurró con una voz casi inaudible.

—¿Cómo reaccionaron? —Rozental empezó otra vez a rascarse la cabeza —. ¿Estaban satisfechos?

—Sí —contestó con vaguedad, antes de contradecirse enseguida—: No… No lo sé.

—¿Aprobaban sus abuelos la profesión que usted eligió?

—¿Cómo iban a aprobarla? —replicó, esta vez con firmeza y sin vacilar —. Cuando fui enviado a la *heder*, me dijeron: «¡Estudia, Avrom, estudia! Estudia y el dinero te lloverá del cielo». Pero ¿qué hice, en lugar de estudiar? Jugar al ajedrez. Padan, Aram o Hebrón, donde Abraham enterró a Sara… nada de todo esto me importaba un ardite, mi único interés era el ajedrez. Mientras los otros chicos fantaseaban con abandonar Egipto junto a Moisés o luchar al lado de Josué en Jericó, yo me imaginaba con un peón de ventaja contra Lasker en un final de torres. ¿Cómo iban mis abuelos a aprobar eso?

Rozental había dicho más palabras seguidas en ese momento que en una hora entera, así que seguí apremiándolo:

—¿Discutían a menudo?

Repetí la pregunta tres veces, pero Rozental no respondió.

—¿Piensa usted que los decepcionó? —aventuré.

—¡Lo único que quiero es jugar al ajedrez! —estalló Rozental—. ¡No le pido nada a nadie! ¡Nada en absoluto! No me entrometo en los asuntos de los demás, ni critico o censuro a nadie. ¿Por qué no me dejan en paz si quiero jugar al ajedrez? ¿Por qué?

—¿Quién no lo deja en paz?

—Todo el mundo.

—¿Sus abuelos?

—Todos quieren que yo sea esto, que sea aquello; que haga esto, que haga aquello.

—¿Qué esperaban sus abuelos que fuera usted?

—¡No tiene nada que ver con mis abuelos! ¡No eran ellos! —insistió.

—¿De quién venían entonces estas expectativas que tanto lo irritan?

Por mucho que yo insistiera, Rozental se negaba a ser explícito: eran todos.

—Pretenden que sea dos cosas a la vez —sollozó—, pero soy incapaz. Quiero dedicarme al ajedrez. Quiero jugar en el torneo. Quiero enfrentarme a Lasker y derrotarlo. Pero ¡no me dejan!

—Se trata de sus abuelos, Avrom, ¿verdad?

Rozental contestó dando un violento manotazo en el aire, por encima de la cabeza. La mosca invisible había vuelto.

Era obvio que la clave para comprender la dolencia de Rozental estaba en la mosca, pero no descubrí su auténtico significado simbólico hasta que me encerraron en una celda. Entre interrogatorio e interrogatorio de Lychev, la lectura de los textos antiguos me guio a esta conclusión: Belcebú, el diablo, tomó su nombre de *ba'alzevuv*, que significa «señor de las moscas». Profundizando un poco más, llegué a un *midrash* que dice: «La inclinación al mal es similar a una mosca, y se posa en las dos aberturas del corazón».

Para alguien tan profundamente involucrado como Rozental en las enseñanzas y tradiciones judías, la mosca era una clara manifestación del *yetzer hara*, la inclinación al mal, el impulso a caer en la tentación del egoísmo. No me resultó difícil entender la naturaleza de esa particular inclinación al mal. Rozental me había explicado que, igual que Benjamín —el bienamado hijo pequeño de Jacob—, él era el predilecto de sus abuelos. Sin embargo, al apremiarlo para que me contara qué sentía por los progenitores de sus padres, sus respuestas fueron sugerentes en extremo: ni una sola vez los criticó, pero tampoco tuvo para ellos una sola palabra positiva en ningún momento. Rozental repetía casi sistemáticamente que eran «buena gente», «gente amable» o «gente sencilla», pero también eran ellos quienes se habían mostrado tan exigentes con el prometedor estudiante, en quien habían depositado la esperanza de que se convirtiera no solo en salvador financiero de una familia menesterosa sino también en el futuro líder religioso de la comunidad. Estaba claro que Rozental consideraba opresivas tales expectativas. «Quieren que yo sea esto, que sea aquello; que haga esto, que haga aquello», «Pretenden que sea dos cosas a la vez»… Como descubrí más tarde, estas palabras tenían un significado mucho más profundo de lo que yo había imaginado.

En lugar de tratar de cumplir los designios de sus abuelos, Rozental se había obsesionado con el ajedrez, y enseguida aspiró no a convertirse en un ilustre guía religioso sino en un eminente jugador profesional de ajedrez: el futuro campeón del mundo. Cada vez que le preguntaba sobre la reacción de sus abuelos, Rozental empezaba a balbucear. Llegué a la conclusión de que sus abuelos no podían aceptar de ninguna manera que el ajedrez profesional lo apartara de su mundo y su religión, y que la negativa de Rozental a admitir esto se debía a ciertos sentimientos de lealtad que aún conservaba. A pesar de enfrentarse a una presión emocional tan fuerte, Rozental había tenido el valor de perseguir su propio sueño.

Pero para el alma judía, en cada esquina acecha un demonio, y la culpa había hecho presa en él, precipitando una terrible crisis mental. Decidí que, una vez libre —suponía que tarde o temprano me pondrían en libertad—, mi tarea sería enfrentar a mi paciente con sus verdaderos sentimientos hacia sus abuelos. Esta fue la conclusión a la que llegué durante mi estancia en la cárcel. Estaba seguro y satisfecho de mis deducciones, y algún día en el futuro iba a redactar una ponencia que presentaría a Bekhterev y a mis colegas del Instituto Psiconeurológico de San Petersburgo.

Pasó el tiempo. Un día, finalmente, Lychev regresó. La luz del alba que empezaba a filtrarse a través de las ventanillas daba a Lychev una tonalidad azul verdosa. No era la primera vez que me preguntaba sobre su estado de salud. Me imaginaba que padecía del corazón. Al menos en esto, como se vio más tarde, no me había equivocado.

—Catherine sigue negándose a facilitarme el nombre de Yastrebov —dijo cansinamente.

—Exijo saber qué cargos tiene contra nosotros —protesté, levantándome del catre—. Solicito hablar con un juez o un abogado.

Lychev me mostró una fotografía.

—¿Conoce usted a este hombre?

Me quedé mirando la imagen de un hombre delgado, misteriosamente atractivo, de unos treinta años de edad, con un gran bigote en una cara sin afeitar, y una abundante maraña de cabello rizado en la cabeza. A pesar de que no se llegaban a ver cadenas en las manos, la posición forzada de sus hombros dejaba claro que estaba maniatado. Sus grandes ojos negros miraban con actitud desafiante a sus captores.

—Por supuesto que lo conozco —respondí—. Es Berek Medem.

No había un solo ruso que no hubiera visto la fotografía policial del terrorista polaco Berek Medem, el asesino de innumerables agentes de la Okhrana, policías, recaudadores de impuestos, traidores y espías. No pasaba una sola semana sin que la prensa hablara de él, publicando sus hazañas con la fascinación morbosa que normalmente se reserva para describir las actividades de extravagantes forajidos como aquel. Con particular detalle fue relatada su evasión de la cárcel de Pawiak, en Varsovia, tras lo cual se dirigió a la casa de la mujer que lo había delatado. No la mató pero le arrojó ácido en la cara, y esto inspiró a una multitud de imitadores, desde Finlandia hasta Kamchatka. Muchos de los de su clase —conspiradores o instigadores de

actos terroristas— se desmoronaron al ser apresados, demostrando ser unos cobardes, pero solo había que echarle un vistazo a aquella fotografía para comprender que Berek Medem estaba poseído de una tenacidad digna de Robespierre, consagrada a su causa. Allí estaba un hombre que igual que quitaba la vida a otros sabría entregar la suya, llegado el momento. La vida del revolucionario es corta, decían aquellos ojos oscuros y fieros, y él aceptaba esta realidad sin una queja.

—¿Cuál fue la última vez que se comunicó con Berek Medem? —preguntó Lychev.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que hablaba en serio. Me reí.

—¿Se ha vuelto loco, Lychev?

—Responda a mi pregunta.

—La respuesta es que nunca me he comunicado con Berek Medem.

—¿Cómo pudo ser visto entonces Berek Medem en el edificio donde usted tiene el despacho?

Volví a reírme, mofándome de él. Cada día aparecían docenas de informes de personas que aseguraban haber visto a Berek Medem. Había sido reconocido en el andén de la estación de ferrocarril de Port Arthur. Una hora más tarde navegaba por las lagunas de Odessa y, al mismo tiempo, robaba un banco en Kiev.

—¿Su amigo Kopelzon le ha hablado de King en alguna ocasión?

—Su conspiración va adquiriendo proporciones cada vez mayores y más fantásticas, Lychev —le dije—. Primero, Berek Medem. Ahora, King.

—Responda a la pregunta.

—Acabo de hacerlo.

—¿Le importa realmente tan poco la seguridad del Estado, Spethmann? Se precia usted de ser un hombre leal, pero demuestra el mayor desprecio por el trabajo de la policía. ¿Cómo explica usted esta contradicción?

—Sus juegos me aburren, Lychev. No voy a responderle a más preguntas.

—Por supuesto, usted está por encima de todo; usted, el hombre que no tiene tiempo para ocuparse de la política.

Me quedé helado. Estaba seguro de que Lychev era capaz de notar mi corazón latiendo bajo la camisa. Parecía estar estudiando detenidamente mi expresión. ¿Era Lychev consciente de lo que acababa de decir? «El hombre que no tiene tiempo para ocuparse de la política». La única vez que yo había dicho aquello fue mientras Tolya revolvía mi archivo y Kavi sujetaba un cuchillo ante mi cara.

De repente, un gran temor por lo que pudiera pasarle a Catherine se apoderó de mí.

—Quiero ver a mi hija —le dije—. Y quiero verla ahora.

—Su hija fue puesta en libertad anoche —respondió Lychev—. Recoja sus cosas.

Me quedé desconcertado. Quería creerlo pero, al mismo tiempo, no me atrevía. Tal vez aquello fuera un truco para que yo bajara la guardia.

El viejo guardián apareció en la puerta.

—Si su señoría quiere seguirme… —me dijo.

—¿A qué se debe todo esto? —pregunté—. ¿Le contó Catherine lo que quería saber?

A juzgar por la cara que puso Lychev, la respuesta era que no se lo había contado.

Yo no acababa de creerme ese repentino cambio en el curso de los acontecimientos, pero recogí mis libros y mis pocas pertenencias y acompañé a Lychev y el carcelero por el escasamente iluminado corredor. Cruzamos una puerta de barrotes que daba a una sala mayor de techo bajo y cóncavo, con columnas y arcos de ladrillo. Desde allí me llevaron, a lo largo de un tramo de escalones de piedra, hasta un patio. Hacía un frío glacial, pero no era el frío de invierno sino el de principios de primavera, y esto me confortaba. Aun así, se me clavaba en las fosas nasales.

Llegamos a la torre de entrada, amplia y de techo bajo.

Mientras se abría el pestillo, Lychev me dijo:

—Tengo que saber el nombre real de Yastrebov y acabaré sabiéndolo; de una forma o de otra.

Parecía más pequeño y frágil que nunca. Lo ignoré, igual que se ignora a un pesado en una fiesta, y me marché. En el mismo instante en que la puerta se cerró detrás de mí tuve la sensación de que todo había sido un sueño.

Ante mí había un pequeño puente. Lo crucé, pasando justo a una docena de guardias armados que me miraron con indiferencia. Catherine salió del interior de un taxi parado enfrente y empezó a correr hacia mí.

—¡Estás a salvo! —gritó, echándome los brazos al cuello.

La miré asombrado. Qué fuerza de voluntad. Que Catherine hiciera claudicar a un padre que la adoraba no tenía nada de extraño, pero que consiguiera doblegar a un policía ruso era absolutamente increíble.

—Vámonos a casa —dije, entrando en el taxi.

El conductor se volvió hacia mí y dijo:

—Primero, hay una persona que quiere hablar con usted.

Me giré hacia Catherine. ¿Qué significaba eso?
—Grigori Petrov quiere verte —dijo Catherine.
—No quiero ver a Petrov. Quiero irme a casa.
—Tiene algo que decirte —continuó ella—. Algo importante.

11

Tras un complicado trayecto en el que dimos rodeos durante más de una hora, el taxi llegó al mercado del Heno. Grigori Petrov nos esperaba impaciente en el exterior de la iglesia del Dormition, ataviado con un abrigo grueso, bufanda y sombrero.

—No nos han seguido, camarada —dijo el chófer mientras Petrov abría la portezuela para que yo pudiera salir.

—Sé que quiere usted irse a casa, Spethmann —dijo Petrov con brusquedad—, pero tenemos que hablar. —Se volvió hacia el conductor y añadió—: Lleve a la señorita Spethmann a la calle Furshtatskaya.

Yo estaba exhausto pero también muerto de curiosidad. ¿Qué pretendía Petrov? Besé a Catherine y le prometí que llegaría pronto a casa. El taxi se puso en marcha.

Cruzamos la calle hacia el mercado de la carne. Aún no eran las seis de la mañana, pero los carniceros ya estaban preparándose para la jornada. Mozos de bata blanca transportaban piezas de cordero, cerdo y otras reses sin fijarse en nosotros mientras nos abríamos camino por los pasillos del mercado cubierto. De vez en cuando, Petrov echaba una mirada hacia un lado o atrás para asegurarse de que nadie mostraba un interés especial en nosotros.

—No tiene usted mal aspecto. ¿No lo han torturado?

—No —contesté.

—Pues ha tenido usted suerte en su primera experiencia carcelaria. La próxima vez no lo pasará tan bien.

No lo tomé demasiado en serio. Me pareció que Petrov se mostraba jactancioso y condescendiente conmigo; el revolucionario que enseña al intelectual cómo se toma con serenidad la habitual realidad de la prisión. Recuerdo perfectamente que pensé: «Quizá para ti haya una próxima vez, pero no para mí. No soy la clase de persona que va a la cárcel».

—Me arrestaron por primera vez a los dieciséis años —dijo Petrov, deteniéndose para examinar unas chuletas de cordero. Compró media docena y me las regaló—. También arrestaron a mi hermano, que era un año más joven que yo. Ambos éramos miembros de una célula del Partido al que pertenecían los obreros metalúrgicos de la planta de Stieglitz. Uno de nuestros camaradas, detenido a su vez, nos traicionó, facilitando a la policía los

nombres de toda la célula. Yo lo negué todo, tal como se nos había enseñado. La policía no se andaba con rodeos. Durante los tres primeros días me golpearon brutalmente. Nos golpearon a todos. Lo extraño es que no me rendí en ningún momento. Me sentía más fuerte con cada golpe que recibía, y pensaba para mis adentros: «Si quieren doblegarme, tendrán que hacer mucho más que esto». Nos mantenían aislados, así que no sabía cómo les iba a mis compañeros, pero imaginaba que estaban soportando la dura prueba igual que yo. Una semana después, la policía se presentó para comunicarme que el cabecilla de la célula había claudicado y tenían su confesión firmada. No los creí, pero me mostraron la confesión y reconocí la firma. Entonces me dijeron: «Eres el único que falta por confesar. Solo estás empeorando tu situación. ¡Venga! ¡Firma esto!». Me daba lo mismo que los otros hubieran firmado. Yo no firmaría. Llámelo tozudez o amor propio, pero yo me negaba a ceder.

Ya habíamos dado una vuelta entera por el mercado. Emprendimos la segunda. Ahora había más clientela, en su mayoría criados que venían a comprar carne para sus señores.

—Al final, a la policía se le ocurrió un plan. No hubo más palizas. Ya habían recurrido a ellas y no funcionaban. El plan tenía que ver con la psicología.

Petrov me echó una mirada de soslayo.

—La mayoría de los policías son estúpidos —continuó—; incluso los inspectores. Pero de vez en cuando aparece uno capaz de pensar por sí mismo. El oficial encargado de mi caso se presentó hacia las dos o las tres de la madrugada, y me dijo: «Tu hermano es muy joven. Se afilió a la célula del Partido solo para complacerte. Lo dejaremos en libertad ahora mismo, en este preciso instante, si confiesas y firmas». Fue una buena estratagema por su parte, ¿no cree?

Me di cuenta de que Lychev había empleado el mismo truco conmigo y Catherine. Era obvio que se trataba de un viejo truco de interrogador.

—A continuación —prosiguió Petrov—, el policía añadió: «Tu hermano se ha vuelto loco, y si lo mandamos a presidio se suicidará. Si quieres que tu hermano viva, tienes que confesar». Yo no lo creí. Imaginé que intentaban asustarme para que firmara. «Ven conmigo», ordenó el oficial. Me hizo salir de la celda y por un pasillo llegamos a otra. El carcelero la abrió. Recuerdo que estaba casi completamente a oscuras. No podía ver nada. Trajeron un candil y allí, en un rincón, vislumbré a mi hermano Iván, encogido como un perro apaleado. Se le veía el pelo apelmazado y había mechones por todas

partes; tenía la mirada perdida, y los ojos, muy abiertos. Se encontraba muy sucio y la celda apestaba a excrementos. El oficial se volvió hacia mí y dijo: «¿Me crees ahora?». ¿Qué podía decirle? Tenía razón: mi hermano había perdido el juicio. Entonces el policía repitió: «Si confiesas lo dejaré libre ahora mismo. Tu padre lo está esperando fuera y puede llevarse a tu hermano a casa. Si no confiesas lo acusaré de ser miembro de una organización subversiva y morirá en prisión».

—¿Qué hizo usted?

—Me volví hacia el oficial y le dije: «Acúselo de lo que quiera».

Petrov se quedó mirándome para ver cuál era mi reacción.

—Está usted pensando que soy despiadado e insensible, ¿verdad, Spethmann?

—No creo que sea usted tan despiadado e insensible como pretende ser.

—Entonces, es que no me conoce.

Estábamos a punto de concluir la segunda vuelta por el mercado, que ahora se hallaba tan lleno que teníamos que abrirnos paso entre la gente.

—¿Le preguntó Lychev por mí? —inquirió Petrov.

—No, pero descubrió que Grischuk era un pseudónimo.

—¿Cree que adivinó que era yo?

—Con Lychev es difícil distinguir lo que sabe de lo que finge saber.

Petrov se detuvo delante de un puesto donde se amontonaban piezas de carne de cerdo e intercambió una mirada con el tendero. Fue una mirada completamente inexpresiva pero, al mismo tiempo, había cierta complicidad en ella.

—Catherine me dijo que tenía usted algo que contarme.

—Me han llegado algunos rumores sobre la investigación de Lychev —dijo—. Es un inspector apreciado por su meticulosidad y su alto porcentaje de éxitos, pero ahora mismo está tan lejos de atrapar a los cómplices de Yastrebov como lo estaba hace un mes. La Okhrana ha decidido hacerse cargo del caso. Permitirán que Lychev continúe su trabajo, que deberá supervisar la policía secreta, cuyos agentes llevarán a cabo sus propias investigaciones. —Petrov dejó que asimilara esta información antes de continuar—: La Okhrana tendrá los ojos puestos en usted. Pondrán su domicilio y su consulta bajo estrecha vigilancia, escuchas en su teléfono y leerán su correo. Tenga mucho cuidado con lo que dice o escribe.

—No tengo secretos —afirmé—, y no tengo nada que esconder.

—Todos tenemos algo que esconder —contestó tendiéndome la mano.

Se la estreché.

—Váyase ahora a casa. Haga compañía a su hija, coma, beba y descanse.

Mi mano aún sujetaba la suya, cuando le dije:

—Ojalá me hubiera contado antes la historia de su hermano.

—Tengo millones de historias como esta —me dijo con una sonrisa socarrona—, y algunas incluso son ciertas.

—¿Lo era esta?

—Es posible.

Dicho esto, Petrov pasó junto a las piezas de carne de cerdo amontonadas y por el lado del carnicero, se adentró en el tenderete y desapareció.

12

Pasamos el resto del día atendiendo visitas y llamadas telefónicas de amigos y conocidos preocupados por nosotros. El mismísimo Bekhterev llamó para decirme que había escrito personalmente a Maklakov y a Stcheglovitov, el ministro de Justicia, para protestar por la detención de un eminente miembro del Instituto Psiconeurológico. Llegaron telegramas y cartas de colegas de Londres, Nueva York y Viena. Yo anhelaba mantener una conversación también con Catherine, pero no tuve ocasión. No obstante, encontré un momento libre para telefonear a Minna y pedirle que se pusiera en contacto con mis pacientes para notificarles que al día siguiente estaría nuevamente con ellos.

—Asegúrese de contactar con Rozental, por favor —le dije—. Estoy muy preocupado por él. Lo encontrará en el Astoria.

Minna me pasó varios mensajes. Entre ellos había uno de Anna en el que me pedía que la telefoneara. La última de las visitas no se marchó hasta bien pasada la medianoche, y solo porque Lidiya insistió.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Estaba en mi propia cama. Todo lo ocurrido desde la primera visita de Lychev se me antojaba contradictorio e impreciso; eran tan indiscutible como imaginario, cierto como irreal… En todo caso, había sido una irrupción violenta e inexplicable en una vida pacífica y ordenada.

Me aseé y afeité y entré en el estudio, pero cuando me disponía a levantar el auricular para llamar por teléfono me vino a la cabeza la advertencia de Petrov. Si no se equivocaba, habría alguien escuchando. Repasé mentalmente lo que pensaba decir y solo tras asegurarme de que no iba a cometer ninguna imprudencia cogí el aparato.

Primero llamé a Kopelzon. Acababa de regresar de París y Varsovia, donde había dado recitales, y estaba absolutamente indignado por lo que me había ocurrido. Me preguntó cómo me sentía, y cómo estaba Catherine, y afirmó que aquello era un ultraje.

—Reuven —dije, interrumpiendo su apasionado discurso—, Lychev preguntó por ti.

—¿Qué le contaste? —Su tono pasó de la indignación al recelo.

—Lychev quería saber de dónde procede tu amistad con Rozental. —Kopelzon tardó tanto en contestar que dije—: Reuven, ¿estás ahí?

—¿Qué interés puede tener Lychev por Rozental? —Su voz sonaba desacostumbradamente desconfiada.

—Imagino que se deberá a vuestro origen común, pues, desde el punto de vista de la policía, todos los polacos son terroristas en potencia. Incluso me habló de Berek Medem.

Hubo otro largo silencio cargado de estupor. Comprendí su ansiedad: ser asociado a Berek Medem no era muy deseable que dijéramos.

—Fue una pregunta superficial —me apresuré a añadir para tranquilizarlo —. Como si Lychev soltara nombres para probar, porque no tenía nada sólido.

Mi razonamiento pareció tranquilizarlo. Entonces le pregunté por Rozental.

—Lo veré esta misma mañana —contestó—. Si llego a saber lo que iba a ocurrirte, no lo habría dejado solo en la ciudad. Faltan pocos días para el inicio del torneo. Lo último que Avrom necesita saber es que la policía anda tras sus pasos. Ya es bastante paranoico de por sí.

—¿Y tú qué sabes? —le dije—, Minna está tratando de concertar una cita con él.

—¿Qué te parece —dijo Kopelzon, ya más recuperado— que cenemos juntos para celebrar tu libertad y, por supuesto, mi triunfo en París? Reservaré una mesa en el A l'Ours para esta noche. A las diez.

Intenté declinar su invitación alegando que tenía un montón de asuntos que poner al día.

—Es muy importante, Otto —insistió Kopelzon cambiando su tono jovial por otro cargado de gravedad—. Tenemos que hablar de Rozental.

Accedí, aunque a regañadientes.

—¡Excelente! —prosiguió—. Por cierto, recibí la postal con tu jugada. 35. Tg2. Un movimiento poco común. Mi respuesta es 35… T×g2, si es que aún estás interesado en continuar la partida.

Cada vez que pensaba en aquella partida me venía a la cabeza el desagradable recuerdo de Kavi, aunque eso no me había impedido estudiar la posición durante mi estancia en la cárcel; tal es la singular esclavitud que impone la obsesión por el ajedrez, incluso para alguien cuyo juego ha sido empañado por la ayuda no solicitada de un asesino armado con un cuchillo.

—¿Qué te hace pensar que no tengo interés en acabar la partida? —le pregunté.

—Son tablas. ¿Para qué continuar? ¿Por qué no empezamos otra partida?

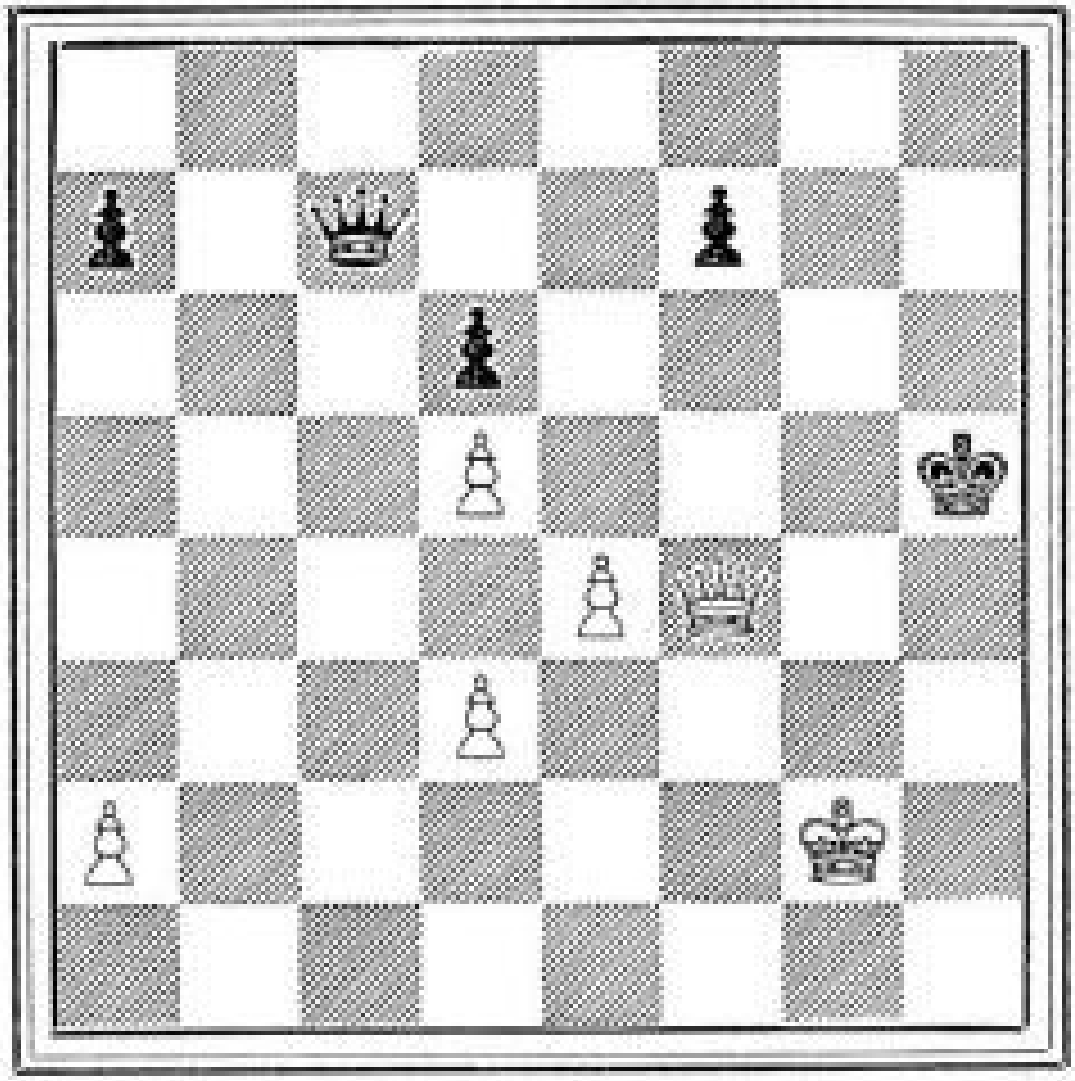
—Creo que puedo ganar —contesté.

—¿Aún lo crees? —replicó Kopelzon con un aire entre competitivo y jovial.

La única respuesta posible era 36. R×g2, y así lo hice.

Kopelzon dijo entonces:

—Mi jugada es 36… Dc7.



Spethmann-Kopelzon

Después de 36… Dc7. Las torres han desaparecido y Spethmann tiene un peón de más. Pero ¿cómo seguir?

Examiné la posición en el ajedrez de viaje que guardaba en el estudio. Era la primera vez que tenía una posición tan ventajosa como aquella en una partida contra Kopelzon. La agrupación de peones en el centro era la principal ventaja de las blancas, mientras que la posición de las negras estaba partida en dos. Mi plan era simple: obligarle a defender los peones débiles, buscar una

posible penetración con e5 y mover el rey tablero arriba. Si no perdía los nervios, tenía la partida ganada.

—37. Df5, jaque —dije.

—No esperarás que caiga en un truco tan mediocre como este, ¿verdad, Otto? —se rio Kopelzon.

Era una treta evidente. Si Kopelzon jugaba 37… Rh4, las negras recibirían jaque mate tras 38. Rf3 y 39. Dg4, pero, a veces, jugadas como estas pueden pasar inadvertidas hasta a jugadores de la talla de Kopelzon.

—37… Rh6 —dijo.

Había analizado esta secuencia en mi celda pero, aun así, no me sentí lo bastante seguro como para proseguir la partida sin dedicarle un poco más de reflexión.

—Te haré saber mi respuesta durante la cena —le dije.

Kopelzon dijo que tenía muchas ganas de verme.

Anna, igual que Kopelzon, estaba sumamente preocupada por lo que había pasado. Después de asegurarle que me encontraba bien, me interesé por ella.

—Las pesadillas fueron mucho peores desde que te arrestaron —me explicó—. No puedo dormir. Me siento enferma y cansada.

—Me gustaría verte —le dije.

—Yo también quiero verte.

—Por desgracia, hoy tengo un montón de trabajo atrasado con mis pacientes, y esta noche he quedado con Kopelzon para cenar.

—Comprendo… —repuso ella dejando traslucir cierta decepción.

—Pero podríamos vernos a las nueve en Filippov —sugerí.

Anna estuvo de acuerdo. Después de colgar el teléfono, repasé la conversación tratando de imaginar qué habrían pensado los de la policía secreta que, si Petrov no se equivocaba, habían estado escuchando. ¿Imaginarían a un psicoanalista que fijaba una cita para entrevistarse con un paciente? Me dije a mí mismo que no tenía nada que esconder, pero no lo creí.

Durante el desayuno, Lidiya fue la alegría personificada. Hablamos de asuntos corrientes: tareas domésticas por hacer, lista de la compra, facturas pendientes de pago, etcétera. Era un forzado empeño por volver a la normalidad. La irrupción de los gendarmes ya era cosa del pasado. Para

fomentar esta ilusión yo deseaba la connivencia de Lidiya, pero no la de Catherine. Cuando mi hija se sentó en la mesa —negándose, por supuesto, a comer nada y aceptando solo un poco de té— le pedí a Lidiya que nos disculpara y nos dejara solos unos momentos.

Una vez solos, le dije a Catherine:

—Me mentiste.

—Sí —admitió ella, lo cual me sorprendió mucho—. Lo siento.

—¿Es cierto lo que dice Lychev? ¿De verdad fuiste… —aquí se me trabó la lengua— de verdad fuiste la amante de Yastrebov?

Titubeó un solo instante y dijo:

—Sí.

Sentí que una gran pesadumbre se apoderaba de mí.

—¿Sabes que Yastrebov formaba parte de una célula terrorista? —le pregunté—. ¿Que había venido a la ciudad para asesinar al zar?

—Eso dice Lychev.

Los rasgos de su pequeña cara ovalada adoptaron aquella expresión de intransigencia tan habitual en ella. En realidad, tenía un montón de cosas para echarle en cara, empezando por todos y cada uno de aquellos días con sus noches que había pasado encerrado en una celda. El hecho de que yo no perdiera la calma no tenía nada que ver con una cuestión de sabiduría o paciencia por mi parte. En un pulso de voluntades, Catherine siempre me ganaría. Para conseguir algo de ella tenía que enfocar la conversación como si se tratara de una sesión de análisis, y sonsacarle mediante preguntas neutrales la información deseada. No obstante, no debía olvidar que Catherine también había sufrido una pérdida, pues su primer amante había sido asesinado. Era necesario proceder con delicadeza.

—¿Te contó Yastrebov lo que hacía en San Petersburgo? —empecé con voz calmada y razonable.

—Me dijo que era poeta.

—¿Poeta?

—Como poeta no era demasiado bueno —dijo ella con una media sonrisa crítica—. Quería conocer a Blok y a Ajmátova, y asistir a sus lecturas. Deseaba ponerse en contacto con editores para que publicaran sus poemas.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Dos o tres semanas.

—¿Te contó más cosas de su vida?

—Hablábamos mucho —dijo ella, y tomó un pequeño sorbo de té.

—¿Sabes cuál es su nombre real?

Catherine se mordió los labios.

—¿Qué importa eso? —contestó—. Está muerto.

—¿Acaso te impide alguien hablar de ello?

—No.

—¿Se debe entonces a que no confías en mí? Ya sabes que solo me preocupa tu seguridad y tu bienestar.

Catherine puso su mano sobre la mía y la apretó.

—Lo sé perfectamente.

—Dime que no tienes nada que ver con el complot de Yastrebov.

—No tengo nada que ver —contestó—. Nada en absoluto.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Catherine se puso en pie.

—¿Adonde vas? —pregunté.

—A la universidad —dijo con despreocupación—. Ya me he perdido bastantes clases.

El tacto y la neutralidad no me habían servido de nada. Catherine era más dura de pelar que cualquiera de mis pacientes.

—Me gustaría que fueras a ver a un colega mío, a Sukovski.

—¿Para qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Has sufrido un gran trauma y creo que hablar con alguien como Sukovski te ayudaría.

—No hay para tanto —dijo ella—. Vera Figner pasó veinte años en la cárcel. Yo he estado menos de un mes.

—No me refería a tu detención, sino a tu pérdida.

Catherine volvió a fruncir el ceño, esta vez de forma más acentuada.

—¿Mi pérdida?

—El hombre a quien amabas ha sido asesinado. Creo que es importante que hables de esto con alguien capaz de ayudarte.

—¿Te refieres a Yastrebov?

—Sí.

—Yo no amaba a Yastrebov.

—Pero tenías relaciones íntimas con él, ¿no? —oí que decía mi voz.

Catherine me miró como si yo no hubiera entendido nada.

—Solo era sexo —dijo mientras salía por la puerta.

Mientras conducía hacia mi consulta, el coche que iba delante atropello un caballo. Segundos antes, me había distraído observando a un par de hombres que andaban juntos por el otro lado de la calle. ¿Eran Kavi y Tolya? Me acababa de girar para verlos mejor cuando de repente oí el chirrido agudo de unas ruedas. Volví de inmediato la mirada hacia delante y vi que tenía al otro coche casi encima. Frené rápidamente, pero no pude evitar la colisión. Se oyó un golpetazo y el silbido del vapor que salía del radiador. El propietario del caballo muerto empezó a maldecir al conductor del coche. Un gendarme llegó corriendo y un pequeño grupo de curiosos se arremolinó en el lugar; los cristales de los faros hechos trizas del Renault crujían bajo sus botas de suela de cuero. Busqué a Kavi con la mirada —si es que se trataba realmente del cosaco—, pero no lo vi por ningún lado. Pasó media hora antes de que me dejaran marchar.

Me encontraba delante de mi edificio, comprobando los desperfectos que había sufrido el coche, cuando apareció Semevski, el nuevo portero.

—¿Ha resultado herido, su señoría? —preguntó, demostrando gran interés.

—No. Estoy bien, gracias.

Contesté con un tono de voz reservado y, probablemente, poco amistoso. No podía ignorar el recelo que me inspiraba aquel hombre, a quien había visto por primera vez el mismo día que Lychev compareció para interrogarme sobre el asesinato de Yastrebov, lo cual, sumado a las advertencias de Petrov, que aún zumbaban en mis oídos, aumentó mi suspicacia.

Semevski recorrió con la mirada los faros hechos añicos.

—Si su señoría lo desea —dijo—, me llevaré su coche al taller de mi tío. Mi tío es un técnico mecánico de primera clase. Le garantizo a su señoría que él se encargará de todo.

Quizá me había equivocado con él. En cualquier caso, no había ninguna buena razón para rechazar su oferta, a menos que tirar piedras contra el propio tejado pueda ser considerado como una buena razón, así que le di las gracias. Estaba a punto de entrar en mi oficina cuando Semevski dijo:

—Espero que su señoría no piense que soy un impertinente… Yo estaba aquí la noche que vino la policía. Me pidieron que les abriera la puerta. Me negué, por supuesto. Me amenazaron con arrestarme pero les dije que era nuevo en el puesto y no sabía dónde se guardaban las llaves.

—Debió dejarlos entrar —le dije. Su semblante se ensombreció de golpe —. Aunque fuera solo para evitarse problemas —me apresuré a añadir—. En

el futuro, por su propio bien, hágame el favor de seguir las órdenes de la policía. Es más seguro.

—A veces lo más seguro no es lo mejor —respondió Semevski.

Me dirigí hacia el ascensor reprochándome la mezquina opinión que me había formado del portero.

13

No quedaba ninguna huella de la irrupción de Lychev. El mobiliario volvía a estar en su sitio, y los libros, perfectamente ordenados en las estanterías. Hasta mis piezas Jaques estaban dispuestas tal como yo las había dejado. Minna y su sentido del orden. Minna no solo era aplicada y eficiente, sino también una persona de confianza. Era alta y pálida, y tenía unos ojos de color azul grisáceo. Llevaba el pelo austeramente recogido sobre la nuca y una ropa que parecía más diseñada para que pasara desapercibida que para atraer sexualmente; no tenía nada de la franqueza carnal de Catherine. Una vez, al poco tiempo de empezar a trabajar para mí, llegó a la consulta y se quitó un impermeable fino. Extendió los brazos hacia atrás para estirar las mangas justo en el momento en que yo levantaba la vista de unos papeles que estaba leyendo y contemplé su busto, apretado contra la tela de su blusa. Entonces tomé conciencia —no con absoluta naturalidad pero sí, al menos, sin lujuria alguna— de la realidad de sus pechos. Nuestras miradas se cruzaron. No le di ninguna importancia, pero durante el resto de la jornada Minna fue incapaz de mirarme a los ojos. A lo largo de los años, le he preguntado varias veces sobre su vida, pero no he averiguado nada más aparte de que vive con una tía soltera —la hermana de su madre— en un pequeño apartamento cerca de la capilla Americana.

—¿Pudo hablar con Rozental? —le pregunté.

—Sí —contestó ella.

—¿Cómo sonaba su voz?

—No estoy segura de que él supiera con quién estaba hablando o siquiera quién era usted, pero dijo que estaría aquí a las siete.

Entre las diez y las doce del mediodía estuve ocupado con dos pacientes. Acabado el almuerzo, Kopelzon me telefoneó para confirmar que había reservado mesa en el A l’Ours. Luego recibí la visita de otro paciente, y mientras procuraba ponerme al día en mi correspondencia, Minna me anunció que tenía otra visita, su señoría Peter Arseneievich Zinnurov.

—Le debo una disculpa, Spethmann —dijo con voz de trueno el padre de Anna mientras se sentaba al otro lado del escritorio, frente a mí—. Le prometí que aquel irritante inspectorcillo lo dejaría en paz, y en lugar de esto, asaltó su domicilio y se lo llevó preso.

—A mí y a mi hija.

—Así es —dijo—. Tan pronto me enteré de lo que había pasado fui a quejarme personalmente a Maklakov. Por desgracia, tal como funcionan ahora las cosas, el ministro no tuvo más remedio que permitir que la policía prosiguiera sus pesquisas.

Yo albergaba mis dudas sobre si Zinnurov había hecho todo lo que decía, pero le di las gracias de todas formas.

—Afortunadamente, ahora está usted en libertad y no ha sufrido ningún daño.

Sonreí con frialdad.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Zinnurov?

Su sonrisa era calcada a la mía.

—Durante las últimas semanas, desde que lo vi a usted en el Club Náutico, le he escrito en tres o cuatro ocasiones a mi hija. También he intentado hablar con ella por teléfono, pero Anna no ha respondido a ninguna de mis llamadas ni ha contestado mis cartas. —Su sonrisa se apagó y fue reemplazada por una mirada más severa, más implacable. Ahora era la Montaña quien se dirigía a mí, no el padre de Anna—. Le rogué que hablara con ella y, si no recuerdo mal, usted prometió que lo haría. ¿Cumplió usted su promesa?

—Sí —contesté sin alterarme—. Hablé con Anna la noche anterior a mi detención, pero ella no tenía ganas de verle.

—¿Qué le dijo usted exactamente?

—Le dije que usted quería verla, fuera cuales fueran las condiciones que ella quisiera imponer.

—¿Y ella dijo que no?

—Exacto.

—¿La animó usted para que me viera? ¿Le dijo que usted pensaba que debía verme?

—¿Cuál es la razón por la que Anna no quiere verle?

La Montaña dio un puñetazo encima del escritorio. Sus rubicundas mejillas se volvieron de un rojo subido.

—¡No me cuestione usted! —bramó—. ¿Lo ha entendido? —Dio otro porrazo en la mesa—. ¡No me cuestione!

Su actuación me dejó indiferente. Los psicoanalistas pasan a diario por trances mucho peores que este. Me quedé mirándolo fijamente. Al final, su expresión cambió —más en reconocimiento de que su táctica había fracasado que por arrepentimiento— y volvió a recostarse en su asiento.

—Como puede ver —empezó a decir, moderando su tono de voz—, estoy enojado con este asunto, este distanciamiento. Estoy muy enojado.

—Si yo conociera los detalles que se esconden detrás de su disputa —le dije—, estaría en mejor situación para conseguirle una cita.

Yo podía ver que Zinnurov se hallaba profundamente irritado y hacía esfuerzos por no perder el control, de momento. Hizo una mueca de cansancio y dijo:

—Ya se lo he dicho, Spethmann. Anna aparenta racionalidad pero, créame, es muy inestable y a veces no sabe lo que dice.

—Me cuesta creerlo —respondí—. Siempre me ha parecido una persona dueña de sí misma y completamente racional.

—No tiene usted ni idea de lo que es capaz —declaró.

—¿De qué es capaz?

Zinnurov apretó los labios, respiró hondo por la nariz y expulsó el aire emitiendo un profundo suspiro.

—Algunos asuntos son privados y así deben continuar.

—En mi profesión pensamos diferente —repliqué.

—Usted quiere que todo salga a la superficie, ¿no es así, Spethmann?

—Por decirlo de algún modo —repliqué.

—Entonces la suya es una ocupación muy estúpida —gruñó—. Pero que muy estúpida. Por experiencia propia sé que la vida transcurre de forma mucho más fluida dejando los secretos tal como están. Soy un hombre mayor. He vivido mucho. He hecho cosas de las cuales me avergüenzo. Algunas de ellas son públicas. Otras permanecen aquí —dijo, dándose golpecitos en el pecho—, y aquí es donde deben quedarse.

—Cuando Anna tenía trece años, usted se la llevó de viaje a Kazan, en verano.

Hubo un largo silencio. Negó con la cabeza y se rio con desdén.

—Kazan otra vez.

—¿Otra vez?

—¿Qué le contó a usted de Kazan?

—Que usted la llevó a visitar a su madre a Kazan.

—¿Mi madre? —Zinnurov volvió a reírse, pero enseguida recobró la compostura y, afectando toda la seriedad del mundo, dijo con gravedad—: Anna no llegó nunca a conocer a su abuela.

—Ella está segura de lo contrario.

—¿A la edad de trece años, dijo usted?

—En el verano de mil ochocientos ochenta y nueve.

—Imposible.

—¿Por qué es imposible? —pregunté.

—Imposible, Spethmann; su abuela murió dos años antes. Guardo el certificado de su defunción, por si le interesa verlo.

Ahora era Zinnurov el que me miraba fijamente. ¿Se había imaginado Anna aquel viaje?

—¿Qué interés tiene para usted este imaginario viaje a Kazan, de todas formas? —preguntó.

—Tras oír el relato de sus labios, consideré la posibilidad de que Anna hubiera sufrido algún tipo de trauma durante el viaje y que de ahí procediera una de las causas de su dolencia.

Zinnurov volvió a negar con la cabeza, como si tuviera delante a un pobre idiota iluso.

—Las mujeres se inventan historias —afirmó, adoptando el típico tono de complicidad que emplean los hombres para generalizar sobre el género femenino—. Son ellas quienes idealizan, quienes exageran y quienes crean dificultades allí donde no las hay. Es su naturaleza. Quieren dramatismo porque sin él no se sienten vivas. Y Anna no es la excepción.

Zinnurov parecía satisfecho, como un hombre que invita a otro a admitir la verdad definitiva sobre las debilidades de la mujer.

—Sigo creyendo que Anna no se inventó la historia del viaje a Kazan —le dije.

De repente su mirada se volvió desdeñosa.

—Entonces es que usted no conoce lo bastante a Anna. No la conoce tanto como cree, se lo puedo asegurar.

Se puso en pie con movimientos rápidos y ágiles. Para la edad que tenía, era sorprendentemente flexible.

Me levanté y lo esperé en la puerta mientras él recogía su abrigo y su bastón. Ya en el umbral, se paró.

—Dígame —inquirió con una voz que insinuaba malicia—, ¿de qué índole es exactamente su relación con mi hija?

—Soy su médico.

—Me da la impresión de que hay algo más.

Era tanto una afirmación como una pregunta, pero yo no tenía preparada ninguna respuesta, ni siquiera ante mí mismo. Me miró de arriba abajo y, eximiéndose de cualquier cortesía o muestra de formalidad, dijo:

—Usted vino a pedirme ayuda. Yo le dije que haría lo que estuviera en mis manos a pesar de que, para serle sincero, no me parece usted propiamente

ruso. No volverá a ver a mi hija. No intente ponerse en contacto con ella. Si trata de telefonearla o escribirle, me enteraré.

—Que yo sepa —dije—, no hay ninguna ley en Rusia que impida a un médico tratar a su paciente.

—No me subestime, Spethmann —amenazó Zinnurov encajándose el sombrero. Y añadió, sonriendo—: No sea estúpido.

Cuando se hubo marchado, fui al tablero de ajedrez y miré la posición. Tardé casi una hora en ver las piezas correctamente. Pero, incluso entonces, no paraba de temblar; de furia, de ansiedad y, sobre todo, de incertidumbre. ¿Era cierto lo que decía Zinnurov de Anna? ¿Podía yo haber malinterpretado tanto a Anna?

Poco antes de las siete, Minna me anunció la llegada de Rozental. Me dijo también que Semevski la había avisado de que mi coche ya estaba reparado y se encontraba estacionado en el lugar de siempre. Luego me entregó un sobre.

—Un mensajero me ha hecho llegar esto hace unos minutos —me dijo.

Me acerqué al escritorio y corté el precinto con un abrecartas. Dentro había una nota escrita a mano. Rezaba «Mantengo todo lo que le he dicho», y estaba firmada por P. A. Zinnurov.

Rozental aceptó con indiferencia las disculpas que le di por haberme ausentado. Para alguien con una fijación monomaníaca por el ajedrez como la suya, nada tenía la más mínima importancia a menos que afectara su independencia para jugar; valoraba la existencia del resto del mundo solo en función de su capacidad para favorecer o perjudicar esa obsesión. Aunque este esbozo ofrezca una impresión poco atractiva y egoísta de mi paciente, debo recalcar que el carácter de Rozental no era en absoluto manipulador, cínico ni presuntuoso. Rozental era un hombre tímido y sensible, rodeado por un lastimoso halo de tristeza, como si estuviera siempre confundido por el mundo y por todos los que habitaban en él. Cada vez que le miraba me venía a la cabeza la imagen de un niño que acaba de extraviar a sus padres entre la multitud. La vida de Rozental era el ajedrez; más allá, solo había la nada. Ser alejado del juego, fuera a causa de una enfermedad, un contratiempo o debido a maquinaciones ajenas, era tan traumático para él como sería perder un brazo o una pierna para cualquier otro.

Sus movimientos eran rápidos y bruscos, no podía estarse quieto. Traté de calmarlo con algunas preguntas sin importancia sobre el hotel o la habitación en que se alojaba («excesivamente calurosa», masculló), acerca de si había

tenido algún tipo de contacto con Lasker, Capablanca, Tarrasch, Nimzowitsch o cualquiera del resto de participantes (no lo había tenido). Dedicaba todo su tiempo a estudiar las partidas de sus contrincantes, a mejorar su repertorio de aperturas y (esta era su especialidad) a analizar finales de partida. No debe pensarse que conseguí toda esta información de forma fácil y hablando tranquilamente. Una vez más, Rozental me evocó la imagen de un niño; un niño con una capacidad de concentración muy reducida y una percepción de su entorno apenas desarrollada.

Solo faltaban cuatro días para el inicio del torneo. Era hora de encontrar el quid de la cuestión.

—He estado reflexionando mucho sobre la mosca que tanto lo atormenta —empecé a decir. Rozental me miró con una mezcla de cautela y recelo—. ¿Recuerda usted cuando me dijo que ellos querían que hiciera esto y aquello, que fuera esto, que fuera aquello? ¿Recuerda que le pregunté a quién se refería usted al decir «ellos»?

En sus facciones se dibujó la expresión de desconfianza del que sospecha que está siendo atraído hacia una trampa.

—Dijo que «ellos» no eran sus abuelos; sin embargo, queda claro, por otras cosas que me ha contado, que sus abuelos tenían grandes esperanzas depositadas en usted. «Ellos» eran sus abuelos, ¿no es cierto?

Rozental se retorció con inquietud y se giró para mirarme directamente a la cara. Era muy raro que Rozental me mirara a los ojos de este modo y, paradójicamente, en él era un signo de extrema angustia. En circunstancias críticas como aquella, el psicoanalista debe decidir entre continuar con la línea de investigación que ha provocado ese acentuado nivel de ansiedad en la esperanza de conseguir un avance significativo o, temiendo una reacción adversa que causaría más daño que beneficio, dar marcha atrás y tratar de tranquilizar al paciente.

—Usted decepcionó a sus abuelos, Avrom —le dije tras optar por seguir adelante—. Usted no hizo lo que «ellos» querían que hiciese.

—¡No, no y no! ¡No soy yo! —gritó.

—Y, naturalmente, usted se siente culpable por estar haciendo lo que ellos consideran malo.

—No estoy haciendo nada malo —farfulló—. Nada.

—Por supuesto que no, Avrom.

—¡Es el otro! —gimoteó—. ¡No yo!

Me quedé perplejo. ¿El otro? ¿Qué significaba esto? Decidí seguir adelante:

—Usted no está haciendo nada malo, Avrom. Su sentimiento de culpa existe solo porque es consciente de la desaprobación de sus abuelos. Y esta culpa está representada por la mosca.

—Hay dos, hay dos, hay dos… —dijo entre dientes.

—Dos… ¿moscas?

—No soy yo, no soy yo. —Se puso de pie, repitiendo aquel estribillo incoherente. Tenía ojos de loco—. No pienso hacerlo —gritó—. No, no lo haré. Que lo haga el otro. Yo no, yo no.

—¿Está hablando de un hermano, Avrom? ¿O de una hermana?

No estaba seguro de si me había oído. ¿Se refería Kopelzon a eso cuando dijo que Rozental desvariaba?

—No pueden ser dos, solo hay uno —farfulló, buscando la mosca a su alrededor.

—¿Cuántas moscas hay, Avrom? ¿De qué hay dos? ¿Por qué dice «dos…»? ¡Avrom! ¿Qué quiere decir con dos?

Empezó a dar violentos manotazos en el aire, como si intentara ahuyentar un nubarrón de moscas, mientras gemía y sollozaba sin parar. Al oír el alboroto, Minna llamó a la puerta y entró, y entre los dos conseguimos devolverlo al diván. Se pasó lloriqueando lastimeramente casi una hora. Cuando me pareció que las aguas habían vuelto a su cauce, le dije a Minna que ya podía irse a casa.

Poco a poco, Rozental se fue recuperando. No quería arriesgarme a provocarle otro trastorno, así que me limité a ofrecerle un refrigerio.

—Llego a tal estado de confusión —dijo finalmente, en un tono de voz frágil y exhausta—, que a veces no sé cuál es cuál.

Rozental estaba quieto y más o menos calmado, como el que acaba de pasar un ataque de fiebre.

—¿Desea usted proseguir la sesión?

No contestó. Dejé pasar unos minutos.

Entonces le dije:

—Por penoso que le pueda resultar, Avrom, es fundamental que continuemos. No se lo diría si no estuviera convencido de que, en última instancia, le será beneficioso.

Rozental parecía reacio pero a la vez dispuesto.

—¿Puedo ir al baño primero?

—Por supuesto —contesté, y a continuación le mostré el camino.

Volví a la oficina y anoté apresuradamente la palabra «dos» en mi libreta. Tracé un círculo a su alrededor y añadí un interrogante al lado. ¿Qué había

querido decir con esto? También escribí: «¿Esquizofrenia paranoica?». Nunca me había encontrado con un caso de ese tipo. Se trataba de un fenómeno descubierto recientemente y aún no se sabía demasiado sobre él.

Oí el sonido de la cisterna y el agua del grifo corriendo.

Aparte de la preocupación por mi paciente, sentí cierta excitación profesional. Escribiría a Bleuler en Burgholzli para pedirle consejo sobre cómo seguir el tratamiento.

Esperé a que Rozental volviera. El sonido de agua corriendo continuaba. Muchos de mis pacientes eran obsesivos con el aseo, así que ya estaba acostumbrado a que pasaran mucho tiempo dentro del baño. Me preguntaba de qué manera encajaría en la nueva diagnosis mi interpretación de la mosca como manifestación de *yetzer hara* —la inclinación al mal que le había hecho cambiar la circunspección de su comunidad y su religión por la vida itinerante del jugador de ajedrez—. En ningún momento se me ocurrió que pudiera estar equivocándome.

¿Qué estaba escondiendo Rozental?

Me puse de pie y fui hasta el recibidor. La puerta del baño estaba abierta y el agua seguía corriendo. Cerré el grifo y salí al pasillo.

—¡Avrom! —llamé—. ¡Avrom!

No se lo veía por ningún lado. Corrí escaleras abajo sin siquiera cerrar la puerta detrás de mí. Semevski estaba de pie en el umbral del vestíbulo.

—¿Ha visto salir a alguien? —pregunté a gritos—. Un hombre. Bajo y fornido, con pelo corto y bigote. ¿Lo ha visto?

—Acaba de salir hace un momento. ¿Tiene algún problema, su señoría?

Empujé al portero hacia un lado y salí a la calle.

Bajo la tenue luz del atardecer divisé a Rozental adentrándose en el Nevski. Corrí tras él por en medio de la confusión del tráfico mientras él esquivaba carruajes y automóviles para cruzar en diagonal la amplísima avenida y acabar desapareciendo entre el gentío del Gostinni Dvor.

Estaba a punto de abandonar la persecución cuando volví a distinguirlo entrando por la calle Dumskaya. Desde allí giró a la derecha y recorrió el corto trecho que hay hasta el canal Griboedova. Me sorprendió la rapidez y agilidad que mostraba, pues físicamente era muy rígido, y lo habría perdido si Rozental no se hubiese detenido al llegar al poco iluminado dique. Para no sobresaltarlo y evitar que pensara que lo había estado siguiendo, me escondí en un portal oscuro mientras reflexionaba sobre mis siguientes pasos. Él también parecía estar haciendo balance de la situación, y miraba ansiosamente a su alrededor como si tratara de decidir qué camino tomar.

No había tiendas ni restaurantes en esa parte del dique. Exceptuando algún que otro carruaje que pasaba de vez en cuando, el sitio estaba completamente desierto. Vi cómo se acercaba al muro y se ponía a otear en dirección al agua. Temiendo que en aquel estado de trastorno Rozental se lastimara, decidí acercarme a mi paciente, aun a riesgo de provocarle un ataque de pánico. Justo cuando empezaba a moverme en su dirección, sentí la presencia de alguien detrás de mí.

—¿Puedo ayudarlo en algo, su señoría?

Reconocí al instante el uniforme del portero: era Semevski.

—¿Qué está haciendo aquí? —le pregunté.

—Pensé que su señoría podía necesitarme. ¿Quién es ese individuo? ¿Un ladrón?

Como siempre, parecía ansioso por agradar.

—No es ningún ladrón —le dije—. Es uno de mis pacientes y está muy afectado. Tengo que acompañarlo hasta su hotel sin que sufra ningún daño.

Justo después de decir esto me di cuenta de que el portero tenía que haber visto a Rozental entrar en mi consulta al menos en tres o cuatro ocasiones. Algo iba mal. Antes de que yo pudiera hacer o decir algo, Rozental volvió a ponerse en movimiento y, alejándose del canal, empezó a andar con aire vacilante en dirección a la pasarela, un poco más allá del dique.

—Debe usted volver a su puesto —le dije a Semevski.

Entonces me agarró fuerte del brazo. Su actitud obsequiosa había desaparecido.

—Veamos adonde se dirige su paciente —me dijo.

Tiré del brazo tratando de zafarme, pero Semevski me obligó a darme la vuelta con un movimiento experto, a la vez que me retorcía el brazo por detrás de la espalda. Estuvo a punto de rompérmelo.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—No debe preocuparse por eso —dijo con calma—. Vamos.

Me empujó hacia la calle. Estábamos a punto de cruzar el lateral del dique cuando un coche pequeño dobló la esquina. Tan pronto como hubo pasado, atravesamos la calle y empezamos a andar hacia la pasarela. Rozental se hallaba casi en el otro extremo del canal.

—¿Qué quiere usted de Rozental? —pregunté.

—Quiero saber adonde va y con quién habla.

Estábamos a pocos pasos del puente cuando, de repente, el coche giró en redondo y aceleró hacia nosotros.

—¿Quién es? —oí rezongar a Semevski.

El coche paró en seco con un chirrido y de él salió a toda prisa un hombre con un abrigo largo. Era Kavi. Por un instante, todo se quedó completamente inmóvil. Los únicos sonidos eran los que producían los pasos de Kavi al acercarse y la respiración acelerada de Semevski. Este me empujó hacia delante para defenderse mejor. Estuve a punto de caerme, pero recuperé el equilibrio justo a tiempo de ver cómo sacaba un revólver de su bolsillo.

—¡No te acerques! —gritó Semevski.

El cosaco no aflojó el paso y siguió avanzando con firmeza. Con una mueca burlona, extrajo su largo cuchillo con empuñadura de hueso. Semevski alzó la pistola y apuntó. Kavi ni siquiera intentó apartarse.

Una figura pequeña y ágil surgió de pronto, por detrás, de la penumbra. Semevski notó su presencia, pero ya era demasiado tarde. Dejó escapar un gemido y se desplomó. Su pierna derecha se estremecía con horribles convulsiones. Solo entonces me di cuenta de la anodina presencia de Lychev, de pie junto al cuerpo de Semevski. Lychev también blandía un cuchillo. La sangre no cesaba de manar del profundo tajo en el cuello de Semevski. Las convulsiones pararon. Sin cruzar una palabra, igual que dos personas que han pasado media vida trabajando juntos, Lychev y Kavi levantaron el cadáver y lo auparon por encima del muro para arrojarlo al canal. Cuando Kavi me metió a empujones en el coche seguía oyendo el ruido del cuerpo al caer al agua.

14

Lychev arrojó el cuchillo por la ventanilla del coche mientras Kavi conducía a lo largo del solitario dique. La luz de las farolas se reflejó fugazmente en el metal, que, parpadeando como una estrella, dio varias vueltas en el aire antes de desaparecer por encima del dique y caer en el canal. Lychev encendió un cigarrillo.

Nos encontrábamos en el cruce del Nevski, frente a Santa Catalina. La muchedumbre afluía a teatros, tiendas y restaurantes. Criados con librea, con toda la circunspección de aquellos a quienes se ha encomendado una tarea sagrada, llevaban las riendas de los carruajes de sus señores. En el exterior de una galería de arte un malabarista y un tragafuegos ejecutaban varios números para entretener a sus patronos. Parecía que todo San Petersburgo se había congregado en Gostinni Dvor para comprar pieles y zapatillas, artículos de porcelana o plata, té y caviar.

Miré a Lychev y luego a Kavi.

—Así que trabajan juntos —les dije—. Ya me lo imaginaba.

—Debería hacerse policía, Spethmann —dijo Lychev—. Tal vez aún esté a tiempo.

—¿Adonde me llevan?

—¿Adonde desea ir? —contestó Lychev amablemente, como si volviéramos a la ciudad tras una agradable excursión vespertina por el campo —. Podemos dejarlo donde usted quiera.

—¿Por qué mataron a ese hombre?

—Fue en defensa de un ciudadano —contestó—. Usted.

—La policía no arroja cadáveres al canal. Y tampoco se asocia con matones.

Kavi soltó una carcajada.

—A Spethmann le faltan muchas cosas que aprender sobre la policía, ¿no crees?

Un taxi tirado por caballos que había estado circulando al trote largo por delante de nosotros disminuyó la marcha para girar a la izquierda. Kavi frenó con suavidad.

Esta era mi oportunidad.

Me lancé hacia la puerta del copiloto al mismo tiempo que alcanzaba la manija con los dedos. Lychev soltó una maldición y me agarró de la chaqueta. Mientras la portezuela se abría, oí la tela rasgándose.

Un segundo después estaba sentado en el suelo, sobre el húmedo adoquinado. Había aterrizado en sentido opuesto al coche de Kavi y de cara al tráfico que venía en dirección contraria. Tenía prácticamente encima uno de los nuevos autobuses de Ivanov. A mi derecha se acercaba un tranvía en sentido contrario. Una mujer me vio y se puso a chillar. Oí el chirrido de las llantas del autobús y me lancé hacia la izquierda. Para estupefacción de la gente que observaba, rodé por el suelo y me puse en pie. Un pequeña multitud se fue agrupando en el lugar. Un señor con sombrero hongo se adelantó para ayudarme. Levanté la vista hacia la avenida y divisé a Lychev bajando de un salto del coche.

—¡Este hombre es mi prisionero! —gritó el inspector mientras se acercaba corriendo—. ¡Deténganlo!

Me quité de encima a mis desconcertados ayudantes y eché a correr. Si lograba llegar al Gostinni Dvor podría perderme entre los compradores. Miré hacia atrás y vi a Lychev apartando de su camino al señor del sombrero hongo a la vez que sacaba una pistola de su abrigo.

—¡Policía! —gritó—. ¡Detengan a ese hombre!

El Gostinni Dvor quedaba a menos de veinte *sazheni* de donde yo estaba. El corazón me martilleaba y tenía la respiración entrecortada. Un sudor frío se deslizaba por mi espalda. Me puse a esquivar sin mirar a diestro y siniestro, farfullando imprecaciones contra la gente que se interponía en mi camino. Una serie de protestas y juramentos acompañaron mi huida, y creo que derribé a una joven que pasaba.

Choqué contra una pared de ladrillo. O eso me pareció, porque me tambaleé hacia atrás, aturdido y sin acabar de comprender qué había pasado, excepto que había topado con algo firme. Era un gendarme, tan fornido y sólido como Kavi. Me rodeó el cuello con un brazo y me empujó la cabeza hacia abajo, casi hasta las rodillas. Sentí que me ahogaba. Los ojos se me salían de las órbitas.

—Soy el inspector de policía Mintimer Lychev —oí que Lychev decía resollando—. Este hombre es mi prisionero.

Intenté decir algo, pero el gendarme aumentó la presión en mi cuello. Pensé que me iba a morir.

—¿Necesita que lo ayude con él, señor? —replicó el gendarme.

—Ya es mío —contestó Lychev, sujetándome—. Muchas gracias. Buen trabajo.

Lychev tiró de mí, apartando con brusquedad a los transeúntes curiosos que se detenían a nuestro paso. Aspiré una bocanada de aire para no vomitar.

Kavi estaba de vuelta con el coche y se paró a nuestro lado. Lychev me empujó adentro.

Lychev deslizó un dedo por el cuello de su camisa y tiró de ella para respirar mejor.

—¿Por qué mató a Semevski? —pregunté jadeando—. ¿Quién era Semevski? ¿Por qué lo mató?

Lychev lanzó un suspiro.

—Semevski era un despiadado matón de baja estofa cuya actividad favorita era apalear a judíos y quemar sus casas. Hace tres años, en Moscú, cogió un trozo de tubería del gas y fue a buscar a un líder bolchevique local llamado Bauman; lo mató y luego violó a su hermana. Fue arrestado pero nunca se le procesó. Este era Semevski.

—No le creo —repliqué.

—Me da igual —dijo Lychev, hablando aún con dificultad mientras tomaba aire a grandes bocanadas para recuperar el aliento.

—¿Por qué no fue procesado?

—Porque, en aquel momento, Semevski trabajaba para la Okhrana.

—¿Por qué mataría un policía a un agente de la Okhrana? —pregunté—. No tiene ningún sentido.

Lychev empezó a resoplar y toser.

—Semevski fue contratado personalmente por el coronel Gan. —Lychev dejó escapar el nombre con toda tranquilidad. No necesitaba poner ningún énfasis porque sabía el efecto que iba a producir—. Sabe perfectamente de quién estoy hablando, ¿no es así?

Recordé aquel personaje lleno de cicatrices y aspecto senil que había visto en el Club Náutico Imperial, imponente con su uniforme de la Caballería Real. El coronel Maximilian Gan, jefe de la policía secreta, era tan legendario como famoso era el terrorista Berek Medem.

—Tras contratarlo —continuó Lychev—, Gan siguió aprovechando los singulares talentos de Semevski. Este llevó a cabo por lo menos una docena de asesinatos encubiertos bajo las órdenes de la Okhrana. Gulko fue una de las víctimas.

—¿Pretende que crea que la Okhrana ordenó a Semevski que asesinara al director de un periódico? —pregunté.

—Gan encomendó personalmente aquel asesinato.

—¿Por qué?

—Evidentemente, porque Gulko se enteró de algo que la Okhrana quería mantener en secreto.

—¿De qué?

—Aún no lo sé —respondió Lychev con parsimonia—, pero lo descubriré. Al final, todo se acaba sabiendo.

Que la voz monótona, aguda y nasal de Lychev pudiera otorgar a su relato un aire de credibilidad espontánea y natural parecía algo perverso. Sus palabras no tenían que parecerme creíbles, pero sin embargo lo eran; Lychev no tenía que parecer convincente, pero sin embargo lo era.

Continuamos circulando a lo largo del Nevski. Al dejar atrás tiendas y teatros el tráfico disminuyó.

—¿Qué razón tenía Semevski para seguir a Rozental? —pregunté.

—Gan ha tenido a Rozental bajo vigilancia desde el mismo momento en que llegó a la ciudad.

—¿Qué interés puede tener Gan en un jugador de ajedrez?

—Esta es otra de las cosas que aún tengo que descubrir —dijo Lychev—, pero lo que sé seguro es que la otra misión de Semevski era espiarlo a usted.

Al llegar al palacio Anchikov, Kavi torció hacia el elegante dique de Fontanka, enteramente revestido de granito, y siguió conduciendo entre botes y lanchas por un lado, y grandes mansiones y palacios resguardados por árboles limeros por el otro.

El coche se paró cerca del puente colgante de Tsepnoi que conduce al Jardín de Verano. Lychev encendió otro cigarrillo, se volvió hacia mí y dijo:

—Gan está tratando de arrebatarme la investigación de los asesinatos de Gulko y Yastrebov, uno de los cuales, por lo menos, ordenó personalmente.

—¿Me está diciendo que también mandó matar a Yastrebov?

—Es una posibilidad —contestó en tono grave antes de proseguir—. Cuento con algún apoyo en el Ministerio del Interior, pero si no puedo mostrar resultados, si no puedo demostrar que me estoy acercando a la célula de Yastrebov, Gan se saldrá con la suya.

—Lo echaré de menos —dije—. No se imagina cuánto.

Kavi, que iba sentado delante, soltó una gran carcajada.

—Tiene más razón de lo que cree, Spethmann —dijo Lychev—. Me echará de menos porque soy la única persona que se interpone entre usted y el coronel Gan.

—No he cometido ningún delito. Soy un psicoanalista…

—… y no tiene tiempo para preocuparse de política, ya lo sabemos —me cortó Lychev—. Aun así, su hija se las ha arreglado para involucrarse, y de paso involucrar a su padre, en la conspiración de Yastrebov.

—No estoy involucrado en nada. Y Catherine tampoco. No existe la más mínima prueba.

—En el instante en que Catherine habló con Yastrebov, en aquel mismo segundo, tanto ella como usted se involucraron. En cuanto se le presente la oportunidad, el coronel Gan ordenará su detención. Y, créame, no lo pasará bien.

Lychev hizo una pausa para darme tiempo de asimilar lo que acababa de decir.

—Puedo mantener a Gan apartado de usted y de su hija, y estoy dispuesto a hacerlo, pero con la condición de que coopere conmigo.

Me quedé mirándolo con una mezcla de recelo y aversión.

—¿Cooperar cómo?

—Necesito enterarme de todo lo que Catherine sabe de Yastrebov, empezando por su nombre real.

—Catherine solo me cuenta lo que ella quiere que yo sepa —contesté.

—Entonces debe conseguir que quiera que usted sepa el nombre de Yastrebov —dijo Lychev metiendo la mano en una cartera que había en el suelo entre los dos. Inmediatamente reconocí que lo que sacaba era el expediente de Rozental—. También quiero saber por qué Gan demuestra tanto interés en Rozental. —Levantó la mirada hacia mí y sonrió—. Estoy seguro de que, en esto, sentimos la misma curiosidad, ¿no?

Lychev dejó caer el expediente en mi regazo.

—Esperaba sacar alguna conclusión de esto, pero parece que usted apenas había comenzado su análisis cuando Kavi y Tolya lo visitaron. —Sacó otro cigarrillo y dijo—: Pensé en arrestar a Rozental e interrogarlo, y puede ser que aún tenga que hacerlo, pero sería un asunto complicado. Rozental es famoso en el mundo entero, y, con todos los extranjeros que han venido a San Petersburgo para el torneo, mantenerle entre rejas no estaría bien visto.

—Rozental no le serviría de nada —le expliqué—. Su equilibrio emocional pende ahora mismo de un hilo.

—Llegué a la misma conclusión —respondió Lychev—. Por esto debería usted hablar con él.

—¿Pretende que espíe a mi propio paciente?

—Si Gan tiene tanto interés en Rozental debe de ser por algo. Tiene que haber una razón para ello. Como médico de Rozental, ¿no le gustaría saber de qué se trata? ¿No cree que podría estar relacionado con la afección de Rozental?

Lo miré con desagrado. Lychev sabía lo que yo estaba pensando, pero parecía no preocuparle. Se giró en su asiento y señaló hacia el otro lado de la calle.

—¿Ve usted esta casa, la del número dieciséis?

Era una casa bien arreglada pero, por lo demás, tan común y corriente como cualquier otro edificio de la ciudad.

—Tiene usted delante la oficina secreta de la Okhrana —me dijo Lychev, con la mirada fija en aquella fachada anodina.

—Es posible que el coronel Gan esté ahí ahora mismo, estudiando su expediente, Spethmann —dijo Kavi riendo.

Me quedé mirando el edificio mientras trataba de poner mis pensamientos en orden.

—Entiendo perfectamente que quiera creer que todo esto no tiene nada que ver con usted, Spethmann —dijo Lychev—. A usted le gustaría que se tratara de un juego, la clase de diversión con que se entretienen los niños hasta que se asustan y dicen «Ya no juego». Pero este es de otro tipo y, le guste o no, está usted metido en él hasta las cejas. La única forma de acabar es ganando o perdiendo.

Sacó una tarjeta y garabateó algo en ella.

—Cuando haya hablado con Catherine, llámeme a este número de la comisaría de policía. Si no contesto personalmente, cuelgue e inténtelo más tarde. No le diga su nombre a nadie. Y no use el teléfono de su casa ni el de su consulta.

Golpeteó el cristal de la ventanilla con los nudillos y mandó a Kavi que se pusiera en marcha.

—Y ahora —dijo tranquilamente—, creo que Kopelzon lo está esperando en el A l’Ours para cenar. Eso le sentará bien. Un sitio corriente, con las luces encendidas, en el que la gente se relaja y se divierte. Lo ayudará a calmarse.

15

Como había dicho Lychev, las luces estaban encendidas, y, a través de la ventanilla llena de escarcha, la sofisticada concurrencia recién salida de los teatros aparecía ante mí como un torrente hospitalario en cuyas acogedoras aguas yo deseaba sumergirme. Me dispuse a abrir la puerta, desesperado por abandonar los rincones oscuros donde moraban Lychev y Kavi, pero el inspector me cogió del brazo.

—No diga nada a nadie de lo que ha ocurrido esta noche.

Hice un movimiento para salir del coche, pero Lychev me lo impidió.

—Aunque el cuerpo de Semevski sea arrastrado hasta el mar y se pierda en el golfo de Finlandia, Gan echará de menos a uno de sus agentes. El coronel es un hombre meticuloso e investigará esta desaparición… y tarde o temprano vendrá a buscarlo a usted. Asegúrese de tener preparada una buena coartada.

Me zafé de su garra y salí a la calle Konyushennaya. Mientras el coche se alejaba, oí el sonido apagado de la orquesta que tocaba en el restaurante. No entré en aquel mismo momento, sino que pensé en ir al Filippov, donde Anna y yo habíamos quedado a las nueve. Miré el reloj. Eran más de las diez. Anna me habría esperado, pero no durante una hora. Me encaminé al restaurante. Un portero con guantes blancos me hizo una reverencia y abrió la puerta. Vi de lejos a Kopelzon, instalado en su mesa habitual, pero seguí por el pasillo a la izquierda, donde estaba el teléfono público, y le pedí a la operadora que me pusiera con la residencia de los Ziatdinov. Me respondió un criado, y pregunté por la señora. Unos segundos después oí que alguien descolgaba nuevamente el teléfono.

—¿Anna? —pregunté.

—¿Quién llama? —replicó una voz masculina.

—Otto Spethmann —contesté—. Soy el médico de Anna.

—Sé quién es usted —dijo el hombre.

—¿Con quién estoy hablando?

—¿Quiere dejar algún mensaje para mi mujer?

—Llamaba para concertar una cita.

—¿A estas horas?

—Le pido disculpas por llamar tan tarde. Tenía intención de hacerlo antes, pero un asunto me lo ha impedido.

—¿No tiene usted una secretaria?

—¿Sería tan amable de decirle que he llamado? —pregunté.

La comunicación se interrumpió. Sentí una punzada de culpa y ansiedad. Necesitaba un trago.

El comedor era un hervidero de charlas y risas, animado por el alegre tintineo de copas de champán. Mientras me iba acercando a la mesa de Kopelzon pensaba: «Solo verme, esa gente se va a dar cuenta de todo. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo puede la experiencia íntima de un asesinato no quedar grabada en el rostro del testigo?». Pero no fue así. El *maître* me recibió con la sonrisa habitual de su oficio, dijo que estaba muy contento de verme de nuevo, e hizo un comentario sobre la agradable temperatura de aquella noche. La orquesta seguía tocando. Los comensales comían y bebían. Nadie pareció siquiera fijarse en mí cuando saludé a mi compañero de mesa. Kopelzon me dio un abrazo. Su exuberante estado de ánimo le impidió notar mi actitud gélida. En el caso de Kopelzon, esto no era nada extraño: su entusiasmo, sus pugnas, amores y odios siempre tenían prioridad. Aunque te preguntara, por pura formalidad, qué tal estabas, sabías que estaba esperando que acabaras para ponerse a contar todas las novedades concernientes a él. Cuando Kopelzon estaba de aquel humor expansivo —aunque también habían otros estados de ánimo ciertamente más apagados—, nunca parecía descortés. La magnitud de la actuación que rodeaba todo lo que él hacía o decía era tal que cualquiera con un carácter más contenido y menos seguro de sí mismo solo podía cruzarse de brazos, disfrutar de su compañía y envidiarlo. En mi actual estado de ánimo, no podía menos de desear que su brillantez me distrajera.

Durante los primeros veinte o treinta minutos estuve escuchándolo igual que miraba a los camareros con chaqueta blanca, los platos exquisitamente servidos y al director de orquesta y los músicos, de un modo superficial, es decir, sin prestar demasiada atención. Las cuestiones de detalle aún me superaban. Mis ojos eran incapaces de enfocar; el oído solo me alcanzaba para discernir ritmo y cadencia. No recuerdo haber pedido ningún plato, no recuerdo que nos trajeran ninguna botella de vino a la mesa.

Mientras Kopelzon hablaba, yo intentaba aplicar la lógica empleada en las variantes de una partida de ajedrez a la historia de Lychev. En ajedrez es fácil sentir pánico ante una posición complicada o frente a las agresivas maniobras

de un contrincante. Hay que conservar la mirada serena y la mente despejada. Y calcular. Calcular variantes determinadas. «¿Qué haré si el rival hace esto? ¿Qué haré si el rival hace aquello?».

—¿Otto? —oí que decía Kopelzon.

Si me decidía a ayudar a Lychev, ¿me diría Catherine lo que yo necesitaba saber? Si hablaba con Rozental, ¿qué me contaría este? ¿Y qué pasaría si los agentes de Gan me interrogaban sobre la desaparición de Semevski? ¿Podría librarme incriminando a Lychev? Calcular. ¿Adonde conducirá todo esto?

—Otto. ¿Te encuentras bien?

Parpadeé.

—Solo estoy un poco cansado. Lo siento.

—¿Te estoy aburriendo?

—Tú no me aburres nunca, Reuven.

Kopelzon sonrió, complacido por el halago. Poco a poco las palabras se fueron convirtiendo en sonidos diferenciados, y con los sonidos llegó el significado y la comprensión. Una vez estuvo convencido de contar con la atención de su interlocutor, Kopelzon volvió a ponerse en marcha: había estado en Varsovia, donde dio un recital y fue elogiado como un genio. Antes de Varsovia había actuado en París con el mismo resultado. Había triunfado.

—Otto —declaró, posando dramáticamente la mano en su pecho—. Lo que sentí no se puede explicar con palabras.

En la mesa de al lado, un pequeño grupo de jovencitos entusiastas llamó la atención de Kopelzon. Alzaron sus copas para brindar por el maestro. Él se inclinó gentilmente y devolvió el brindis. Advertí cómo elegía mentalmente a las chicas más atractivas como posibles fuentes de placer horas más tarde. Vivía en un mundo de sensualidades.

Se giró hacia mí y, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de mi presencia, como si yo fuera un ser independiente con intereses diferentes, me preguntó por mi detención y mi estancia en la cárcel. Kopelzon poseía una mentalidad melodramática y un tanto paranoica. Aunque Lychev no me hubiera exhortado a mantener la boca cerrada, en ese momento carecía de la energía suficiente para enfrentarme a la escena que habría seguido si le contaba a Kopelzon una mínima parte de la historia. Le aseguré que todo había sido un error y que ya estaba solucionado.

—A Rusia le gusta sentir el látigo. ¿No es esto lo que dice la zarina? Tú lo sentiste, Otto, tú sentiste el látigo —declaró en tono grave—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Creo que no —respondí—, pero gracias de todas formas.

—He estado con nuestro amigo Rozental. Ha mejorado un poco, ¿no crees? Nunca será lo que se dice normal pero, al menos cuando lo he visto, tenía el tablero delante y estaba analizando las partidas más recientes de Lasker, lo cual es una buena señal.

Al parecer, Kopelzon tenía algún derecho —de la misma manera que un corredor de apuestas puede interpelar al adiestrador de un caballo, o un padre, al profesor de su hijo— a seguir de cerca los progresos de Rozental. Volvió a llenar su copa y la levantó para llevársela a los labios.

—¿Cuándo lo has visto? —le pregunté.

—Esta misma mañana, en su habitación del Astoria.

—Me temo que Rozental no está tan recuperado como tú crees —expliqué —. Cuando salió de mi oficina esta tarde estaba extremadamente alterado.

Kopelzon dejó su copa sobre la mesa. Se quedó con la boca ligeramente abierta y la mirada teñida de preocupación.

—No habrá estado desvariando, ¿verdad? —me preguntó—. ¿Qué estupideces te ha contado? Ya te dije que no le prestaras atención.

—Rozental es un hombre roto. Está atormentado.

—¿Roto? —dijo Kopelzon con recelo.

—Se siente culpable por ser un jugador de ajedrez. Piensa que ha decepcionado a sus abuelos.

Esta interpretación pareció aliviar a Kopelzon.

—Ya veo —dijo con aire comprensivo.

—¿Cuándo conociste a Rozental? —le pregunté.

—Hace cerca de un año, en el club de ajedrez de Lodz.

—¿Sois buenos amigos?

—Creo que sí. Espero que me considere un buen amigo.

—¿Lo conoces bien? Me refiero a sus orígenes, su entorno, sus intereses…

—Nunca habla de su familia. En cuanto a sus intereses, no creo que tenga ninguno, aparte del ajedrez.

—¿Muestra algún tipo de inclinación por otros juegos o deportes?

—No, que yo sepa.

—¿Teatro o música?

Kopelzon hizo una mueca con su gran boca.

—Nunca lo ha mencionado.

—¿Religión? ¿Política?

Kopelzon se quedó mirándome.

—¿Política? ¿Por qué demonios me preguntas esto?

—Solo trato de hacerme una idea de la personalidad de mi paciente.

—Nunca le he oído, ni siquiera remotamente, aventurar algo que pudiera confundirse con una opinión política —respondió Kopelzon—. Dime, Otto, ¿estará Rozental en condiciones de jugar o no?

Vacilé en contestar porque sabía cuánto molestaría a mi amigo lo que tenía que decirle.

—Creo que es fundamental para el bienestar psíquico de Rozental —respondí lentamente y con mucho cuidado— que no participe en ese torneo.

Kopelzon aporreó la mesa con su copa. Me miró con el ceño fruncido. La transformación de compañero a adversario fue instantánea y absoluta. Para Kopelzon era siempre todo o nada. Con él, o todo era tranquilidad o todo era furia; si no estaba en éxtasis, estaba postrado; no había rivalidad, sino enemistades viscerales. Exigía a sus amigos lealtad ciega, un compromiso incondicional con sus puntos de vista, y una total aceptación de que sus demandas tenían prioridad. Rechazó de pleno mi dictamen.

—¡Rozental jugará! ¡Rozental tiene que jugar! —gritó.

Miré fijamente sus grandes ojos castaños. No expresaban indulgencia alguna. Frunció los labios y empezó a mirar a su alrededor. Si no lo hubiera conocido bien, habría pensado que me odiaba.

—Tienes que entender lo importante que es esto, Otto —dijo procurando, pero sin conseguirlo del todo, adoptar un tono conciliador.

Le respondí empleando sus mismas maneras:

—Soy su médico y debo aconsejar a mi paciente si debe o no debe jugar.

—Eres su médico solo porque yo lo traje a tu consulta —dijo bruscamente —. Y de la misma forma me lo puedo llevar.

Kopelzon reflexionó un momento y añadió:

—¿Sabes lo que significaría para un judío polaco ganar el torneo de San Petersburgo? ¿Tienes la más mínima idea? Los rusos apenas nos consideran humanos, y al resto del mundo no le importamos un carajo. Somos despreciados por partida doble, Otto; primero, como polacos, después, como judíos. ¿Te puedes imaginar lo que significaría que Rozental derrotara a todos esos rusos, americanos, alemanes, cubanos e ingleses? ¿Sabes que el vencedor será invitado al palacio de Peterhof? Una audiencia personal con el zar en la cual recibirá un título diseñado especialmente para el ganador de este torneo: gran maestro internacional. ¿Qué dirán de nosotros, entonces? Un judío polaco en el palacio de Peterhof, presentado al zar y a la zarina.

—¿Crees que la presencia de Rozental en el palacio de Peterhof detendrá los pogromos? —pregunté.

—Por supuesto que no —contestó Kopelzon irritado—, pero será un argumento muy convincente que demuestre que somos seres humanos, que somos tan dignos como cualquiera.

Nos quedamos callados unos instantes, sumidos en un embarazoso silencio. Empezamos con el *sakuska*, y, solo después de que los camareros nos sirvieran champán, Kopelzon retomó la palabra. Lo hizo con todo el cuidado y la seriedad posibles porque, evidentemente, quería que yo entendiera que lo que me estaba explicando era de suma importancia para él.

—He pasado en San Petersburgo toda mi vida adulta —empezó—, y, si soy sincero, mi sensibilidad de polaco, mi verdadera identidad nacional y cultural, estaba en peligro de perderse. No es de extrañar que durante casi doce años no pusiera los pies en suelo polaco. No fue hasta el año pasado, al volver de París, cuando visité mi ciudad natal. Me costaría mucho explicarte las emociones que sentí al caminar por las calles donde crecí, hablar la lengua que aprendí de pequeño, escuchar las voces de las mujeres en el mercado y ver a los niños regresando de la *heder*. Déjame decirte, Otto, que cada vez que vuelvo allí siento vergüenza. Aquí me tienes, dándome la buena vida en la tierra de los que han conquistado, separado y oprimido mi país. ¿Conoces el dicho de los *goyim*, «Desde la división de Polonia, Europa está en una situación de pecado mortal»? Siento que yo también he cometido un pecado, una terrible negligencia en el cumplimiento de mi deber.

Kopelzon tenía una cara muy expresiva, capaz de pasar en un instante del entusiasmo a la tristeza más profunda, de la furia a la desesperación, de la entrega a la decepción. Con Kopelzon nada resultaba banal; tenía opinión para todo: vino, vivienda, caballos, guerra, ajedrez o política.

—¿Cuál crees que es tu deber? —le pregunté.

Oí una voz que decía:

—Su deber es tocar como un ángel para que nosotros los mortales podamos escuchar música celestial en la tierra.

Era la voz de una de las jovencitas de la mesa contigua. Tenía la tez colorada por la efusividad de los amigos que la acompañaban y el vodka y champán que había consumido. Al fin había hecho acopio del valor que le faltaba para aproximarse a su ídolo. Era algo que ocurría con frecuencia. Me puse a rascarme la oreja y a jugar con las migas que había sobre el mantel mientras ella se presentaba a Kopelzon como su más sincera y entregada admiradora. Kopelzon le cogió la mano y se la besó, y empezaron a flirtear un poco; él felicitándola por su encantadora conversación; ella, por la belleza de sus interpretaciones. Al fin, tras arrancar a Kopelzon la promesa de que se

uniría a ella y sus amigos para tomar una copa, la joven volvió a su mesa, desde donde continuó enviando, con una mirada obsequiosa, silenciosas súplicas a su héroe.

—Tú no tomas partido por nadie en estas cosas —dijo Kopelzon reanudando nuestra conversación—, y eso es solo asunto tuyo, pero tienes que entender, Otto, que no todo el mundo es como tú.

—¿Cómo crees que soy?

—Miras las cosas con tranquilidad, desde arriba. Con un tercer ojo. No te censuro por ello, pero lo que yo he visto me ha herido en lo más hondo. No puedo evitarlo; es mi forma de ser. Cada vez que cruzo la frontera de Alemania y atravieso Ciechocinek y Wloclawek, voy a Varsovia; cuando viajo por las grandes llanuras de Polonia me horrorizo de lo que veo. Miserables aldeas construidas en madera tan azotada por la lluvia y el viento y tan desvaída que se ha vuelto igual de gris que la gente medio muerta de hambre que las habita. Judíos, Otto. Judíos como nosotros. Pero aquí me tienes, en San Petersburgo, interpretando mis caprichos y mis sonatas mientras tú escuchas los delirios de una pandilla de locos.

Hice una mueca de ligera desaprobación.

Con una sonrisa de complicidad, Kopelzon continuó su discurso, ahora en un tono menos grave.

—¿Acaso no es justo hablar de «deber» cuando vemos cosas como estas? ¿Cuando vemos a nuestros hermanos forzados a vivir como bestias? ¿Cuál es nuestra obligación, entonces? Esta es la cuestión, Otto. Esta es la cuestión para gente como tú y yo: gente acomodada, bien alimentada y que ha triunfado en la vida. ¿Qué hacemos por nuestros hermanos? —Kopelzon apuró su copa de champán con un sorbo—. Cada día que pasa hay más locos y fanáticos matándonos —siguió—. Asesinándonos.

—También hay locos y fanáticos entre los nuestros —repliqué—, Berek Medem, por ejemplo.

Kopelzon se encogió de hombros y miró a su alrededor para ver si alguien me había oído.

—¿Por qué tienes que mencionar este nombre? ¿Por qué?

—Es un nombre de dominio público, Reuven. Todo el mundo lo conoce.

—¿Sabes por qué lo conoce todo el mundo? Porque los rusos no permitirán jamás que sea olvidado. ¿Qué mejor forma tenemos de denigrarnos que salmodiando su nombre una y otra vez, sin parar?

—Lychev asegura que fue visto en el edificio donde tengo la consulta.

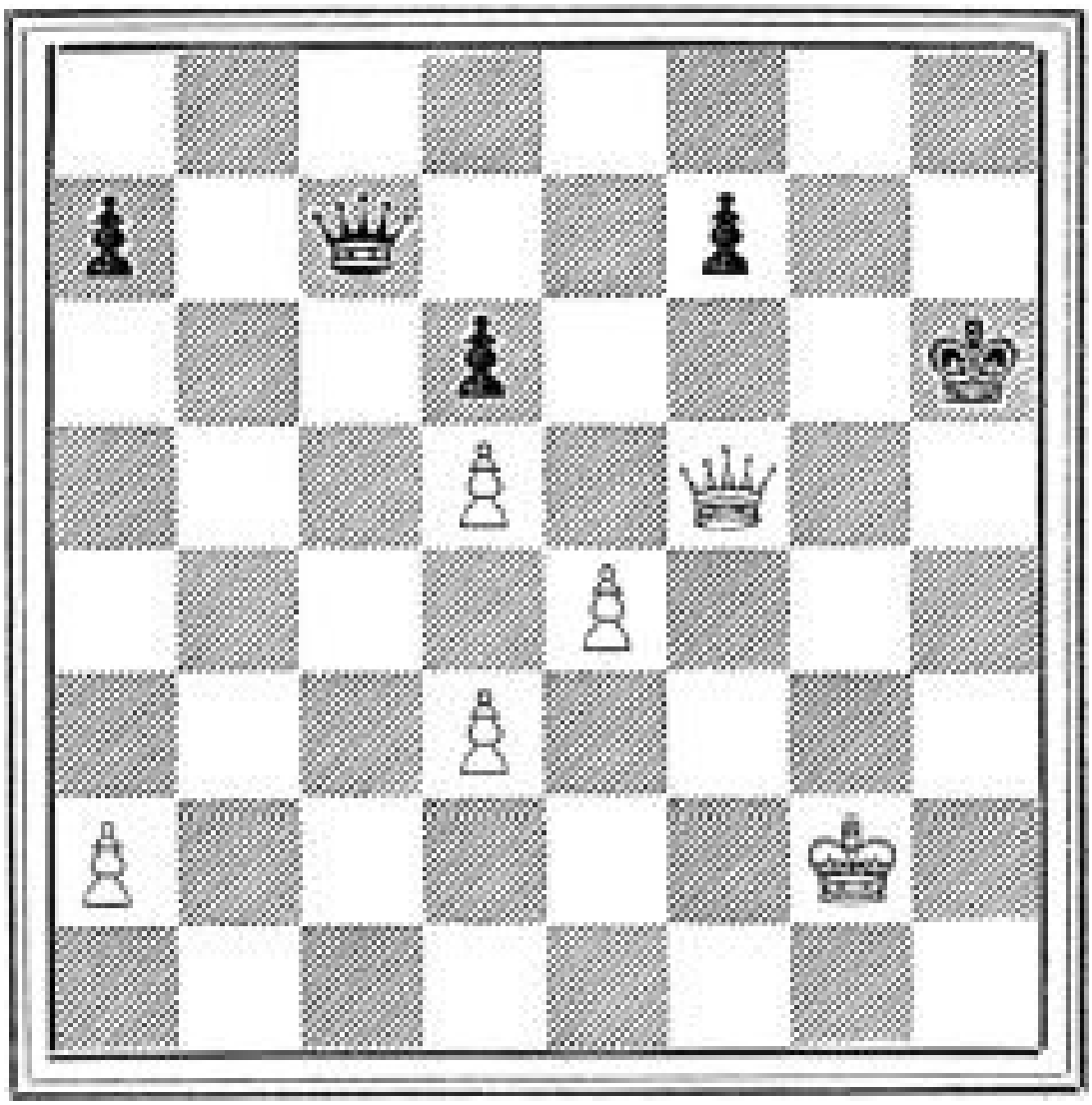
—¿Berek Medem? —susurró Kopelzon.

—Esto es lo que dijo.

Kopelzon reflexionó por unos instantes y negó con la cabeza.

—La policía está obsesionada con él. Lo ve en todas partes, o pretende haberlo visto. Conviene a sus propósitos. ¿Por qué crees que siempre consigue escapar? Pues porque la policía lo quiere suelto, haciendo estallar bombas y arrojando ácido en la cara de la gente. Les va bien que haya un hombre del saco. De esta forma pueden calumniar a los que defienden la causa polaca. Estoy convencido de que si Rozental gana el torneo hará más por nosotros que un ejército entero de… —Kopelzon apenas fue capaz de pronunciar el nombre— Berek Medems.

Yo había hecho enfadar a mi amigo. Por unos momentos, Kopelzon mostró gran agitación, moviendo la cabeza de un lado para otro y mirando a su alrededor con el ceño fruncido.



Spethmann-Kopelzon

Tras 37… Rh6. El rey negro está desprotegido pero ¿tienen las blancas suficiente material para conseguir la victoria?

Cuando acabó, me dijo un tanto hoscamente:

—¿Tienes una jugada para mí?

—No estoy de humor para esto —contesté—. Te la haré saber mañana.

—Vamos —dijo—. Con lo seguro que estás de ganarme… Muéstrame tu jugada.

Llevé mis pensamientos otra vez al tablero y dije:

—38. Df6, jaque.

Kopelzon me dirigió una mirada torva.

—¿Crees realmente que puedes ganarme, Otto?

—Lo que no sé es si quiero, a la vista de tu comportamiento cuando pierdes.

Dejó escapar una sonrisa de desdén y dijo:

—Para ganar un final como este hace falta una técnica considerable, Otto. He visto posiciones mejores que la tuya malogradas en un instante por culpa de una sola imprecisión: 38… Rh7.

Irritado por su provocación, respondí rápidamente:

—En tal caso, mi jugada es 39. Rg3.

—39… Rg8 —replicó en el acto, adoptando un aire de despreocupación, como si nada que yo pudiera hacer fuera a causarle ningún daño.

Yo había analizado esta línea en casa, pero su bravata me hizo dudar. Traté de visualizar la posición en mi cabeza. ¿Tenía Kopelzon algo escondido? Si era así, yo no sabía verlo, pero estaba seguro de que mi plan seguía siendo viable: avanzar con mi rey tablero arriba y atacar en el momento apropiado mediante e5. Lo único que debía preocuparme era que Kopelzon se colocara detrás de mi rey y encontrara la forma de darme jaque continuo. El corazón me latía fuerte, lo cual era ridículo después de lo que había presenciado en el dique hacía solo un par de horas, pero el ajedrez puede producir niveles extraordinarios de ansiedad, especialmente cuando un jugador está a punto de materializar una ventaja pero sabe que un solo movimiento en falso puede arruinar todas sus perspectivas.

—40. Rh4 —contesté.

Si en aquel momento hubiéramos estado frente al tablero moviendo las piezas, Kopelzon habría visto cómo me temblaba la mano.

—40… Db6 —replicó mirándome fija y agresivamente con aquellos ojos oscuros que parecían decirme una vez más: «Crees que me tienes cogido, pero te equivocas».

En su siguiente jugada podía darme jaque en f2 y acosar así a mi desprotegido rey. Si no quería que la victoria se me escapara de las manos, tenía que ser muy cuidadoso.

—Tendré que pensarlo —le dije.

—¿Qué necesitas pensar? —dijo secamente—. Si estás tan seguro de ti mismo, ¿por qué no continúas?

—Prefiero pensarlo un poco —le dije—. Si no te importa.

Kopelzon esbozó media sonrisa.

—Por supuesto que no —contestó haciendo un elocuente gesto con la mano.

Mi incertidumbre pareció animarle. Mientras pedía la cuenta se sirvió vodka en una copa pequeña y, dirigiéndose a su joven y deslumbrada admiradora, la levantó para brindar por ella. El semblante de la joven se

iluminó al instante y sus amigos se giraron en nuestra dirección. Kopelzon inclinó la cabeza galantemente para mayor deleite de ellos.

—Deja que pague yo —insistí.

—Ni pensarlo —respondió él.

Cualesquiera que fueran sus defectos, Kopelzon era una persona generosa que gastaba su dinero con una temeridad cautivadora.

—¿Por qué no te quedas conmigo y con mi nueva amiga? —me propuso con una sonrisa traviesa—. Tiene varias compañeras; y bonitas, también.

—Dejo a las mujeres en tus expertas manos, Reuven.

Nos separamos con la efusividad empalagosa de los amigos que han tenido una discusión pero pretenden dejar clara la continuidad de su mutuo afecto. Aun así, ninguno de los dos podía pasar por alto la ruptura que se había producido entre nosotros. Me puse el abrigo, me despedí con un «buenas noches» del *maître*, eché una última mirada a Kopelzon y sus nuevos y jóvenes amigos y me dirigí hacia la salida. Entonces, para mi gran asombro, Rozental entró por la puerta. Ya lo estaba saludando cuando me di cuenta de que no era Rozental, sino un individuo robusto, de pelo muy corto, edad muy parecida y solo superficialmente similar.

—Disculpe —le dije—, lo he confundido con otra persona.

A juzgar por la mirada llena de reproche que me dirigió, aquel hombre debió de pensar que mi intención era faltarle al respeto. Con gran nerviosismo e impaciencia, se fue directo al *maître* y manifestó:

—Debo hablar inmediatamente con el señor Kopelzon. Sé que está cenando aquí esta noche.

Su acento era polaco.

—Acabo de despedirme de Reuven Moiseievich —dije, señalando en la dirección de la mesa de Kopelzon—. Está allí.

El hombre se fue a paso ligero hasta la mesa. Kopelzon se levantó como si acabara de ver un espíritu, pero se recuperó pronto y, tras excusarse con sus acompañantes, se adelantó unos pasos para recibir a tan inesperada visita. Desde mi posición no podía oír qué decían, pero, a juzgar por sus ademanes, se trataba de un asunto grave. Entonces Kopelzon se percató de mi presencia junto a la puerta. Forzó una sonrisa y me saludó con un gesto pusilánime.

Le devolví el saludo y salí a la calle. El tiempo se había enfriado y amenazaban lluvias. Iba a tomar la calle Konyushennaya para buscar un taxi cuando oí que alguien me llamaba. Una silueta surgió de entre las sombras y se acercó.

—Me quedé preocupada cuando no apareciste en Filippov —dijo Anna.

Estaba tan sorprendido —agradablemente sorprendido— que no me salían las palabras.

—Lo siento —me disculpé, sin saber cómo empezar a explicar por qué no había acudido a la cita—. ¿Has estado esperando aquí fuera todo este tiempo?

—Sí —contestó.

Había un extraño brillo en sus ojos; su mirada irradiaba intensidad pero, a la vez, parecía retraída y distante. Me acordé de las sombrías insinuaciones que Zinnurov había hecho respecto a ella. De repente, una gruesa gota de agua golpeó el ala de su sombrero con la fuerza del pedrisco. Tras aquella gota vino otra, y a los pocos segundos ambos estábamos calados hasta los huesos. Anna parecía ahora más contenta y optimista, y empezó a reír.

Aparté la flexible ala de su sombrero y la besé.

16

Desnuda, Anna fue una sorpresa. Siempre había creído que su cuerpo era delgado pero, una vez liberada de su vestido y su corsé, su figura era casi exuberante. Yo estaba encantado. Sus pechos eran grandes y suaves, y sus pezones estaban rodeados de un vello fino, que noté en la lengua. La impaciencia pudo más que yo, quería acariciar cada uno de sus rincones, y todos a la vez. Tan pronto como posaba los labios en sus pechos, quería besarle el vientre. Luego quería contemplarle la cara y levantaba la cabeza para mirarla.

—Eres preciosa —murmuré.

—Estoy encantada de que pienses eso —contestó con una sonrisa.

Otra vez la impaciencia. La hice girar del revés. Ella se reía complacida —creo— por mi ardor. Notaba las manos y brazos llenos de vigor, mi única dolencia venía de la pasión. Lamí las gotas de sudor que le perlaban la parte baja de la espalda y, estirando otra vez la mano hasta su pecho, la rocé entre sus piernas con los labios. Su cuerpo se estiró y se puso rígido, como si me dijera: «Detente. No hagas eso». Estaba a punto de apartarme cuando se levantó un poco, empujó con fuerza contra mi boca y empezó a gemir.

—Qué placer —suspiró.

Al incorporarme, Anna dijo:

—Esto me hace sentir siempre un cosquilleo por todo el cuerpo.

Le pasé la lengua entre los omóplatos. Aparté el denso cabello negro que le cubría las orejas y me puse a besarle los lóbulos. ¡Qué impaciencia! Volví a bajar hasta su entrepierna; por fuera tenía un sabor levemente ácido; el interior era más dulce.

Poco a poco, la impaciencia cedió ante el deseo. Yo estaba detrás, por encima de ella. Enrollé su cabello alrededor de mi mano derecha y con la izquierda me sujeté la polla. La acerqué con delicadeza hacia Anna, la froté un poco contra ella antes de penetrarla. Anna exhaló un largo suspiro y gritó una palabrota. Sonreí para mis adentros, pensando en ella tal como la había visto, con su vestido de gala, en tantas veladas elegantes, como anfitriona de la alta sociedad. Me la imaginé deambulando entre generales y príncipes, y sus señoras, correspondiendo a todos sus cumplidos, no con la acostumbrada cortesía de Anna sino con las palabras que gemía ahora: «¡Oh, coño, coño!».

—No quiero parecer una amante perezosa —me dijo—. Déjame hacer algo por ti.

Toda mi vida me he sentido intimidado por la disposición que tienen las mujeres hacia el placer. Gran parte de mi propio placer resulta de complacer, este era el placer. Aquellos calores y sudores gloriosos; aquellos olores ácidos y penetrantes; la visión de las encendidas mejillas de Anna y el sonido de sus gemidos. Un aire denso llenaba la habitación.

—No hay nada que desee más que esto —le dije.

Apreté con más fuerza la desigual trenza que había hecho con el cabello de Anna y comencé a empujar suavemente contra ella. Tardé muy poco en hallar su ritmo. La cadencia se aceleró. Oía aquel gozoso golpeteo de ingle y muslo contra unas nalgas. Anna se arqueó hundiendo la cabeza entre las almohadas y levantó el trasero, de manera que tuve que ponerme de pie para permanecer dentro de ella. Lo que siguió fue todo un frenesí. No podía durar mucho. Con Elena, por lo general, yo podía decidir el momento de mi orgasmo: la edad, una relación larga, la repetición de pautas de un sexo cortés y afectuoso. Pero ahora era diferente. Con un último jadeo, me doblé encima de ella y nos desplomamos juntos, quedando los dos boca arriba, uno al lado de otro. Mi olfato se llenó de más olores mundanos. Noté gotas de sudor resbalándome cuello abajo. Anna estiró su mano para alcanzar la mía. Me sentía irresponsablemente desinhibido. De haber entrado en aquel momento Minna, Kopelzon o Lychev no creo que me hubiera azorado lo bastante para siquiera cubrirme con las sábanas. Les habría dicho: «Mirad, aquí tenéis un hombre y una mujer. Esto es lo que los hombres y las mujeres hacen. Miradnos o apartad la vista, vosotros mismos».

En la sala de competición había media docena de partidas en marcha. La mía consistía en un final de torres y peones; la clase de partida en que la destreza de Rozental era insuperable. De repente, con una clarividencia cegadora, vi la jugada ganadora. Puse la mano sobre mi rey y lo desplacé una casilla hacia la derecha, ahí. Zinnurov se reclinó en su silla, estupefacto por lo imprevisto y brillante de mi jugada. Lasker y Capablanca interrumpieron su partida para acercarse y examinar la posición. Lasker, entrecano y ceniciento, volvió a encender su cigarro y dijo: «*Zugzwang*, mi caro Zinnurov, está usted en *zugzwang*». El distinguido y elegante Capablanca dijo: «Solo hay una continuación posible, Zinnurov: abandonar». La Montaña apuró en un solo trago aquel intenso vino francés que le quedaba en la copa y tumbó su rey.

«Felicidades», me dijo con una sonrisa forzada y levantándose de la mesa. Abandonó la sala mientras Lasker aplaudía detrás de mí y Capablanca gritaba: «¡Bravo, bravo!».

Era la clase de sueños infantiles que soñamos cuando somos felices. Faltaban pocos días para mi quincuagésimo aniversario y ahí estaba yo, como un niño. No podía alardear ante mis difuntos padres pero podía hacerlo ante mí mismo.

Al empezar a despertarme descubrí que nos estábamos besando, estirados uno al lado de otro, cara a cara. Mi mano derecha descansaba en su cadera; su menuda mano me trabajaba la polla. Me puse a mi vez a masturbarla.

—¿Qué le vas a contar a tu marido? —pregunté—. ¿Cómo vas a justificar haber estado fuera toda la noche?

Anna se colocó boca arriba, pidiéndome con la mirada que la follase.

Le sujeté la mano. Su brazo desnudo yacía pegado al mío. Anna se irguió un poco y comenzó a lamerme el pezón. Esta vez estaba decidida a no dejarme el papel de protagonista, y, tras poner la mano contra mi pecho, me empujó contra la cama cuando intenté levantarme. Al contrario de mí, ella no tenía ninguna prisa y se movía como un felino. Esta vez el placer me llegó de forma pasiva.

Mientras me besaba el pecho se sentó a horcajadas encima de mí. Tenía pequeñas estrías blancas debajo de los pechos, minúsculas huellas de imperfección. Levanté la mano y las acaricié con la yema de los dedos.

Yo no estaba del todo listo, pero Anna estaba abierta de piernas y mojada, y una vez dentro de ella tardé muy poco en empalmarme de nuevo. Mi premura había desaparecido. Me quedé tendido, completamente quieto, mientras ella se movía lentamente por encima de mí. Anna continuó poco a poco su tarea, usando ocasionalmente los dedos para excitarse. Le dije que la amaba. Retiró la mano de su coño y descendió sobre mí. Apreté la nariz contra el sudor y la fragancia que despedía su pelo, le besé la oreja y escuché su respiración. Su corazón latía contra mi pecho.

Levanté la mano para cogerle el trasero y deslicé los dedos entre sus nalgas, separándolas un poco. Escurrí un dedo dentro de ella. Anna se arqueó, y su cuerpo se puso tenso. Giró la cara para besarme. Nuestras lenguas se

apretaron una contra la otra a través de un mechón de cabello que había resbalado entre los dos.

—Más dedos —susurró.

Más dedos y más adentro. Anna soltó un gritito, me pasó la lengua por los dientes y cerró con fuerza los ojos.

—No quiero hacerte daño —le dije.

—No me estás haciendo daño.

Empezó a succionar mi labio inferior entre sus dientes y gimió; después aflojó y fue descendiendo hasta que su frente llegó a mi barbilla.

—¿Cuántos dedos hay ahora? —dijo jadeando.

Dormí un rato pero con sueño muy ligero, consciente de que ella estaba despierta.

—¿Recuerdas alguna cosa más de tu viaje a Kazan? —le susurré.

—¿Por qué insistes en hablar de Kazan?

—Algo te ocurrió en aquel lugar —le dije—, algo que ha afectado el resto de tu vida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con una sonrisa juguetona.

—Es mi trabajo —respondí con una mezcla de indulgencia y seriedad.

Anna retiró las sábanas quejándose del calor y se quedó tendida, sin ninguna inhibición por estar desnuda, mientras hablábamos; de vez en cuando se quitaba el sudor del pecho o de entre las piernas.

—¿Estás segura de que tu abuela estaba allí?

—Por supuesto.

—¿Conocías a tu abuela, antes de ir a Kazan?

—No, era la primera vez que la veía; por esto la recuerdo tan bien.

—Después de aquel viaje, ¿volviste a ver a tu abuela? ¿Vino ella alguna vez a San Petersburgo? ¿Hubo algún otro viaje a Kazan?

—No.

—¿Qué le pasó a tu abuela?

—Murió.

—¿Cuándo murió?

Anna alargó la mano y me cogió la polla. Estaba flácida pero aún era bastante gruesa. Ella se encargó de hacerla más gruesa.

—¿Cuándo murió tu abuela? —le pregunté por segunda vez.

—No me acuerdo —respondió con una sonrisa burlona.

—¿Y tu madre?

Anna se recostó hacia su lado para trabajarme mejor. Sonrió lascivamente y, contemplando su obra, dijo:

—¿Qué piensas hacer con esto?

—Me contaste que tu madre murió cuando tú tenías quince años.

—Si alguien me estuviera haciendo esto, no tendría ningún interés en hablar de historia antigua.

Le cogí las manos para detenerla.

—Tenías quince años, ¿verdad?

Anna retiró la mano y me miró con cara de fastidio.

—Sí. Tenía quince años.

Se sentó sobre la cama y se arropó con las sábanas enfurruñada.

—¿Por qué estamos hablando de esto? Primero, mi abuela; ahora, mi madre.

—Trato de ayudarte.

—Ya lo estabas haciendo —dijo— hace unos minutos.

—¿Murió tu abuela a causa de una neumonía?

—No. Se suicidó —contestó con brutalidad.

—Me dijiste, en nuestra primera o segunda sesión, que había muerto de neumonía cuando tú tenías quince años.

Anna adoptó una actitud defensiva y rígida y se mordió los labios, enojada.

—No te lo expliqué porque casi no te conocía. No es algo para contar a un extraño.

—¿Por qué no me lo contaste más tarde, cuando ya me conocías mejor?

—No quería que pensaras que te estaba mintiendo —contestó, estirando una mano para coger la mía—. Lo siento. Tenía que habértelo contado, lo sé, pero no quería que pensaras mal de mí.

Yo deseaba continuar pero su paciencia se había acabado y mis defensas estaban bajas. Se inclinó hacia delante y se puso mi polla en la boca.

Semevski entró en la habitación. Tenía el pelo apelmazado y su ropa chorreaba. Se apoyó en la cama donde yacíamos Anna y yo. Una gélida agua insalubre empezó a salir a borbotones de su nariz y su boca. Anna se puso en pie y dijo que tenía que volver con su marido. La cama empezó a levantarse hasta quedarse perpendicular al suelo. Traté de asirme a algo pero lo único que encontré fueron almohadas y cabezales, que se hundieron conmigo en las profundidades de un mar oscuro como la noche. Elena apareció remando en

una barca. Llevaba puesto un sombrero de paja y cantaba una de las arias de *Manon*. Me saludó con las manos y me lanzó besos. Cantaba «No! Pazzo son!», mientras yo me ahogaba.

Cuando abandonamos la casa aún era de noche. Yo casi deseaba que Catherine nos encontrara juntos para tener la ocasión de decirle que «solo era sexo». Salvo que, por supuesto, era mucho más que eso. No solo me había enamorado sino que me había enamorado de la mujer que ella odiaba.

—Tu padre me advirtió que no te viera más —le dije mientras caminábamos hasta la parada de taxis.

—Ya te puedes imaginar lo contenta que estoy de que no le hicieras caso —dijo Anna sin darle importancia ni parecer preocupada por ello.

—El dice que no hubo ningún viaje a Kazan.

Anna se mordió los labios.

—No es cierto. Fue él quien me llevó allí. Fuimos en tren.

—¿Por qué insistiría tu padre en que no hubo tal viaje?

—Hay un montón de cosas que mi padre preferiría mantener en secreto.

—Me dijo que nunca conociste a tu abuela; que ella murió dos años antes de aquel viaje.

—Miente —dijo Anna, con chispas en los ojos—. Mi padre no quiere que nadie lo sepa.

—Que nadie sepa, ¿qué?

Anna se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—Fue durante la visita. Él no quiere que se sepa lo que ocurrió.

—¿Qué recuerdas de Kazan? —pregunté. Lo que Anna estaba diciendo me provocó una repentina sensación de incomodidad.

Se puso una mano en la frente y dijo:

—Apenas puedo pensar. Estoy muy cansada. Creo que no he dormido nada.

La cogí del brazo.

—¿Qué pasó? —repetí.

Anna me miró alarmada. Este no era el amable, paciente psicoanalista que ella conocía. Intentó zafarse de mí.

—Anna —insistí—. Cuéntame qué pasó.

—Hubo una discusión —dijo ella—. Mi padre y mi abuela empezaron a gritarse el uno al otro. Fue horrible. Los dos habían bebido. Entonces, mi padre…

Anna bajó la cabeza.

—Tu padre, ¿qué? ¿Qué pasó? Anna, ¿me lo quieres contar?

—Mi padre le pegó, luego cogió un cuchillo y… —Anna rompió en sollozos, incapaz de continuar.

—¿La mató? —pregunté.

Anna hizo un signo de afirmación con la cabeza.

—¿Viste cómo tu padre mataba a tu abuela?

Anna asintió otra vez.

—¿Lo viste con tus propios ojos?

Me miró con acritud.

—¡Sí! Vi cómo la mataba. Lo vi con mis propios ojos.

Me quedé sin saber qué decir durante un minuto o más. Finalmente le pregunté:

—¿Por qué no me has contado nunca esta historia?

En lugar de contestar, Anna sacó un pañuelo y se secó las lágrimas.

—Intentaba olvidarlo. Llevo mucho tiempo intentándolo —respondió—. Pero entonces empezaste a hacerme preguntas sobre Kazan y volvieron los recuerdos. Fue horrible. Fue verdaderamente horrible.

Apoyó la cabeza en mi pecho y yo la abracé. Al cabo de un rato, cuando se hubo recuperado un poco, seguimos andando para buscar un taxi.

Entonces Anna dijo suavemente:

—¿Volveremos a vernos?

—¿Tú qué crees? —dije con una sonrisa.

—¿Cuándo?

—No creo que debas venir más a la consulta. Ni aquí. Tu padre puede estar vigilándonos.

Anna meditó un momento.

—Conozco un sitio al que podríamos ir —dijo con una sonrisa—. Te enviaré un mensajero con la dirección.

Encontramos un taxi. Nos dimos un beso y Anna entró en el automóvil. Mientras arrancaba le dije adiós con la mano.

Imagínate que eres un ermitaño; que sales de tu cueva y te encuentras que, durante los veinte años en que has estado aislado, ha sido construida una enorme metrópolis a la vuelta de la esquina. En lugar de la soledad de las montañas te enfrentas a la vorágine de una gran ciudad moderna. Así es como me sentía yo aquella mañana. De repente me encontraba desprotegido ante el ataque que la vida inflige a los sentidos. Los coches pasaban volando por mi lado. Lustrosos caballos, carruajes con luces alimentadas por baterías,

sirvientes de librea, soldados uniformados, oficiales de caballería, criados, estudiantes y jovencitos adinerados andando a la zaga de jovencitas adineradas, flirteando con ellas y girando la cabeza para contemplar la cara de aquellos objetos que, desde atrás, habían deseado. El ruido, el color y los olores de la calle… Ráfagas de nieve húmeda se levantaban de vez en cuando, desvaneciéndose después tan súbitamente como si alguien hubiera cerrado un grifo.

Empezaba a ver claro otra vez. Y una de las cosas que veía era que Anna no me estaba diciendo la verdad o, al menos, no toda la verdad. Algunos de mis pacientes habían convivido con experiencias traumáticas enterradas en ellos gran parte de su vida. Pero ninguno había recuperado la memoria con tanta facilidad como Anna.

17

Al volver a casa telefoneé a Minna para decirle que no llegaría al despacho hasta el mediodía.

—Llame a Rozental para confirmar la cita. Puede que se muestre reticente pero, si es así, trate de convencerlo, Minna.

—Haré lo que pueda —contestó con cierta perplejidad—. El señor «Grischuk» ha llamado dos veces esta mañana. Ha dicho que quiere verlo hoy mismo.

Petrov. Era completamente insólito que fuera él quien llamara para concertar una cita.

—¿Quiere venir a la consulta? —pregunté, recordando lo que había dicho sobre la Okhrana.

—No —dijo Minna, cuya voz sonaba ahora aún más perpleja—. De hecho, no fue nada claro respecto a dónde quería verlo. Me pidió que le dijera que lo vería a las cuatro «donde los cerdos». Dijo que usted lo entendería.

—Arréglelo para que pueda ausentarme a las dos —le dije—. Aunque esto signifique aplazar alguna cita.

Había conseguido que Anna entrara y saliera de casa sin que Catherine se enterara, pero Lidiya lo supo. No dijo nada, pero su mirada estaba cargada de decepción y reproche. Le pedí que preparara un poco de té, y se lo llevé a Catherine a su habitación. Catherine aún se estaba despertando de un profundo sueño y sonrió con dulzura al verme. Desde nuestra puesta en libertad, apenas habíamos pasado a solas unos minutos. Me senté en la cama y la besé.

—Buenos días —le dije.

Catherine dejó escapar un susurro de satisfacción y somnolencia.

—Volviste muy tarde anoche —dijo.

—Estuve cenando con Kopelzon.

—¿Lo pasaste bien?

—Muy bien —respondí—. Te he traído té.

Se incorporó y se frotó los ojos mientras yo le arreglaba las almohadas que tenía detrás.

—Aún no estamos fuera de peligro, Catherine —le dije.

Catherine se giró y me miró a los ojos.

—Siento muchísimo haberte causado tantos problemas.

Estiré la mano para coger la suya y se la apreté. Catherine nunca se disculpaba por nada. Me abrazó con fiereza y ternura a partes iguales.

—Háblame de Yastrebov —le dije.

En ocasiones, Blok, Ajmátova, Gumilyov y algún otro escritor famoso se dejaban caer en el Stray Dog y, a veces, hacían alguna lectura, pero el club era principalmente un centro frecuentado por estudiantes y gente del *demi-monde* que gustaban de lamentarse de los males de Rusia, debatir sobre simbolismo y el apocalipsis que se avecinaba, escuchar poesías, emborracharse y echar un polvo. Una noche, en febrero, Catherine reparó en un joven delgado, de ojos tristes, pómulos marcados, pelo largo y alborotado, y el aspecto inquieto y bravo de la juventud extraviada. Catherine, que siempre ha sentido atracción por los descarriados, se puso a hablar con él. Él era tímido, amistoso y a la vez serio. La atmósfera entre ambos enseguida se volvió más íntima y, a la manera de los jóvenes, empezaron a contarse el uno al otro la historia de su vida. La de Catherine era veraz —o, al menos, así lo aseguró ella—; la de él, solo a medias.

Se llamaba, dijo, Leon Pikser. Dos años atrás había abandonado su pequeño pueblo al otro lado de los Urales para ir a Moscú, animado por un apasionado deseo de hacer algo importante con su vida, lo cual significaba para él escribir poesía. Pero las cosas no ocurrieron tal como esperaba; sus poemas fueron rechazados por todos los editores a quienes se los envió. Entonces decidió trasladarse a San Petersburgo para solicitar ayuda a sus héroes: Blok y Ajmátova. No consiguió ponerse en contacto con ninguno de ellos, pero se quedó sin dinero y se vio obligado a dormir en un albergue para pobres y alimentarse en un comedor de beneficencia.

Catherine, cautivada por la penuria, la belleza y el romántico idealismo del joven, le propuso una solución provisional a dos de sus más acuciantes problemas: uno de sus amigos trabajaba en el Leinner, al lado del dique Moika, y —estaba segura— podría encontrarle trabajo como camarero. En cuanto al alojamiento, ella podía conseguir las llaves de una oficina donde, a partir de las ocho o nueve de la noche, no había nunca nadie.

Tras abandonar el Stray Dog, Catherine entró en Pikser a escondidas en el edificio de la consulta por una puerta trasera. Hicieron el amor en el diván y

estuvieron juntos hasta el amanecer. Antes de escabullirse otra vez fuera, temprano por la mañana, Catherine cogió una tarjeta de visita para que él supiera cómo llegar a su refugio temporal. Solo utilizaron la oficina en tres o cuatro ocasiones, y fueron siempre meticulosos en dejarlo todo exactamente como lo habían encontrado.

—¿Lo amabas? —le pregunté.

—No era amor —contestó Catherine tras pensárselo unos instantes—. O quizá lo fue al principio. Me gustaba, pero después de verlo unas cuantas veces ya no me hacía tanta gracia. Cuando le dije que no quería verlo más se puso a llorar, y fue entonces cuando me explicó otras cosas.

—¿Qué otras cosas? Tienes que contármelo, Catherine. Es más importante de lo que crees.

—Es cierto que Leon escribía poemas, de hecho me mostró algunos, y no eran demasiado buenos, pero mintió cuando me dijo que había venido a San Petersburgo para conocer a Blok y a Ajmátova. Es posible que le hubiera gustado conocerlos, ¿a quién no le gustaría?, pero lo que pasó en realidad es que en Moscú se había unido a un grupo de anarquistas. Me dio a entender que eran revolucionarios de verdad y que le habían enseñado muchas cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté.

Catherine se encogió de hombros.

—Cosas prácticas y útiles para los revolucionarios, me decía, pero nunca me explicó exactamente qué.

—Sigue.

—Un día, en Moscú, conoció a un hombre. Leon estaba profundamente fascinado por él y lo describía como un auténtico revolucionario.

—¿Qué quería decir con eso? —le pregunté.

—Alguien que no perdía el tiempo con palabras o discusiones; alguien que iba directo al grano.

—¿Te dijo su nombre?

—No creo que León llegara a saber su nombre real.

—¿Qué pasó entonces?

—Aquel hombre, el revolucionario, le persuadió de que viniera a San Petersburgo. Le dijo que haría los preparativos necesarios para que, una vez allí, se pusiera en contacto con otros camaradas de confianza. Le dio el nombre y la dirección de alguien con quien podía alojarse hasta que él mismo, aquel hombre, pudiera reunirse con él.

—¿Cuál era la dirección? ¿Te lo dijo?

—Calle Kirochni, diecinueve, cerca de los cuarteles de Preobrazhenski.

—¿Se presentó León en aquel lugar?

—Me contó que el sitio estaba vigilado por espías de la policía; que le habían tendido una trampa. Me pidió que fuera con él. Nos hicimos pasar por una pareja de enamorados para que no se fijaran en nosotros y nos paseamos por delante de la casa. Yo no vi ningún policía, pero León estaba convencido de que nos vigilaban. No estoy segura… Creo que simplemente se puso muy nervioso.

—¿Qué esperaba ese misterioso hombre de Moscú de León?

—Él solo me dijo que era algo muy importante, la cosa más importante que iba a ocurrir en mi vida. Yo no sabía si aquello tenía visos de verdad o se lo estaba inventando todo, incluyendo lo de la casa de la calle Kirochni, para impresionarme. Pero empezó a darme un poco de miedo. Quería que se largara y me dejara en paz. No le dejé ir más a tu consulta.

—¿Lo viste alguna vez con armas o dinamita?

—Siempre llevaba encima una bolsa grande y pesada. Nunca miré lo que había dentro, pero suponía que eran libros o ropa. Nunca vi armas ni nada que se pareciera a dinamita o a productos químicos, ni en la consulta ni en ningún otro lugar.

—¿Mencionó alguna vez a Berek Medem?

Catherine abrió mucho los ojos.

—¿Berek Medem, el terrorista? No, nunca.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—El día antes de ser asesinado. Iba de camino al Leinner para empezar su turno. Estaba muy excitado. Me dijo que tenía noticias del hombre de Moscú y que iba a verse con él aquella misma noche. Pero yo había perdido todo interés en aquello. Él se enfadó y empezó a gritarme. Me dijo: «Muy pronto el mundo entero conocerá mi nombre».

—¿A qué crees que se refería?

—No tengo ni idea —contestó Catherine.

Nos quedamos sentados un rato, pensando en León Pikser y en todos los problemas que nos había causado. La cuestión ahora era averiguar cómo acabar con ellos.

Conduje hasta Yegorov. Al desvestirme en la carpa morisca sentí la fragancia de Anna por todo mi cuerpo. Tomé un baño de vapor y después pasé un rato flotando en la piscina. Media hora más tarde, sintiéndome ya un poco recuperado, me vestí y me acerqué al Café Central. Encendí un cigarrillo y

pedí café y pastelitos. El humo que ascendía por mis fosas nasales no consiguió desalojar el aroma de Anna, igual que antes no lo habían conseguido el vapor ni la piscina. Sentía a Anna en la garganta, en la lengua y en las yemas de los dedos; pero la tenía también debajo de las uñas. No quería dejarla ir. El esplendor había pasado, pero la sangre no estaba amansada.

Escruté los rostros de los que me rodeaban. Si había un policía entre ellos, fui incapaz de distinguirlo.

Me concentré en dos opciones concretas, dos posibilidades. Primera: cooperar con Lychev. Informarle de lo que Catherine me había contado de Pikser/Yastrebov y de la casa de la calle Kirochni. Era una solución fácil. Transmitir la información. Si me enteraba de algo por Rozental, añadirlo a mi relato. ¿Qué nos ocurriría a Catherine y a mí? ¿Nos dejaría Lychev en paz?

La segunda posibilidad era negarme a ayudar a Lychev. ¿Cuáles serían las consecuencias? El coronel Gan asumiría la investigación del inspector. Habría otra redada y yo pasaría otra temporada encerrado en los calabozos de la fortaleza de Pedro y Pablo. Esta vez los interrogatorios serían más brutales. Tendría más cosas que esconder: lo que sabía de Pikser; el asesinato de Semevski; la implicación de Gan en el asesinato de Gulko…

¿Cuál era la mejor opción?

Pedí una segunda taza de café y encendí otro cigarrillo. Para distraerme con algo, me acerqué al estante de los periódicos y elegí *The Orator*. Había estallado otra bomba; en esta ocasión el objetivo fue el Jinete de Bronce. Según la crónica, el artefacto era de pequeño tamaño y parecía obra de aficionados. No había que lamentar víctimas y los daños causados en el monumento del fundador de la ciudad eran solo superficiales. En otro artículo, que ocupaba un lugar destacado, el embajador alemán se quejaba al ministro de Asuntos Exteriores del acercamiento acordado entre las respectivas fuerzas navales de Rusia y Gran Bretaña, hecho que el embajador interpretaba como una muestra de hostilidad hacia Berlín. En opinión del periódico, la cuestión no era si iba a estallar la guerra, sino cuándo. Doblé el periódico y lo aparté.

¿Qué alternativa escogería?

Miré el reloj. Casi era la hora de volver a la oficina. Acabé el café y me encaminé hacia las cabinas de teléfono que había en el corto pasillo que llevaba a los servicios. Llamé a la comisaría de policía. Lychev contestó al primer timbrazo.

—Estoy dispuesto a ayudarlo —le dije—, pero primero deberá usted hacer algo por mí.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. A continuación el policía declaró:

—En ningún momento me he ofrecido a regatear con usted.

—Quiero que averigüe algo que quizá pasó en Kazan en mil ochocientos ochenta y nueve.

—Para empezar es un poco vago, ¿no le parece? —sugirió con sarcasmo.

—Quiero dejarle una cosa bien clara, Lychev. Lo he pensado bien y estoy decidido a colaborar si usted me ayuda a investigar este episodio de Kazan.

—Me está haciendo perder el tiempo, Spethmann —saltó con un bufido de irritación—. Necesito saber el nombre verdadero de Yastrebov: ahora mismo.

—He hablado con Catherine —repliqué—. Me ha dicho el nombre.

Lychev no pudo disimular su excitación. Me lo imaginé enderezándose en su silla, sentado a su escritorio, e inclinándose sobre el teléfono.

—¿Le ha dicho el nombre de Yastrebov?

—Y también me ha dado una dirección a la cual Yastrebov debía acudir a su llegada a la ciudad. Se lo diré todo cuando usted me dé noticias de Kazan.

—¡Dígamelo ahora, maldito sea! —dijo él.

No contesté. Se impuso el silencio.

—De acuerdo. Kazan… —continuó al fin Lychev—. ¿Qué se supone que pasó allí?

—Hubo un asesinato —respondí.

—¿Quién fue la víctima?

—La madre de Peter Zinnurov.

Una vez más se sumió en el silencio. Aun así, noté que Lychev estaba intrigado.

—¿Y el asesino?

—Peter Zinnurov.

Otro silencio, aunque esta vez fue más corto.

—¿Dónde ha conseguido usted esta información?

—Si se cometió un asesinato —respondí—, habrá un informe policial, ¿no es cierto?

—Si realmente se cometió un asesinato…

—No tiene más que comprobar el libro de registros de Kazan.

—¿Tiene usted idea de lo complicado que va a resultar eso?

—Este es su problema —le contesté.

Lychev masculló una palabrota.

—¿Cuándo se cometió el asesinato? ¿En qué fecha?

Anna había sido muy precisa: ella tenía trece años y dos meses de edad cuando hizo aquel viaje. Por su expediente, yo sabía que su aniversario era el 16 de junio.

—Agosto —dije—. Muy posiblemente, durante la segunda quincena del mes.

—Venga a verme a las siete de la tarde a la galería Saint George —dijo Lychev.

Colgué el aparato y salí a la calle. Hacía un día claro y soleado.

No había ningún policía en el edificio de mi consulta, ningún detective haciendo preguntas sobre Semevski. Al entrar, un portero uniformado me saludó ceremoniosamente. ¿Otro agente de la Okhrana, quizá? ¿Otro espía? Era imposible saberlo. Subí por la escalera hasta la tercera planta.

—Espere un momento, por favor —decía Minna al teléfono que estaba a punto de colgar justo cuando yo entré—. Aquí está. Acaba de llegar. —Tapando el micrófono con la mano, Minna dijo—: Es Kopelzon.

Entré en la consulta mientras Minna me pasaba la llamada. Le di las gracias a Kopelzon por la cena.

—Fue un placer —replicó afectuosamente. Kopelzon estaba de muy buen humor después de una noche de parranda.

No hacía falta que le preguntara sobre ello, pero de todas formas lo hice.

—¿Qué tal pasaste el resto de la noche?

—Muy bien —dijo—. Aquella jovencita resultó ser de lo más agradable.

—Ya lo supongo. ¿Se divirtió también tu otro amigo?

—¿Qué otro amigo?

—El que confundí con Rozental.

—Ah, sí. Se sintió muy halagado, aunque tengo que decir que estaba tan sorprendido como yo. ¿Crees realmente que hay un parecido? Hasta ahora nadie me lo había dicho.

—Quizá fuera un efecto de la luz —dije—. Pero parecía preocupado por algo.

—Qué va —replicó Kopelzon, tratando de quitarle importancia—. Se comporta así a menudo. Es un tipo excitable.

—¿Has visto a Rozental? —le pregunté.

—De hecho, te llamaba por esto. Lo he visto en el hotel. No hay duda de que lo peor ya ha pasado.

—Lo dudo mucho, Reuven —contesté—. Anoche, cuando me dejó, estaba sumamente trastornado.

—Eso me contaste, pero te aseguro, Otto, que ahora se encuentra bien.

—Lo veré esta misma tarde…

—Rozental no quiere continuar el tratamiento —me cortó Kopelzon—. No te lo tomes a mal. Nadie cuestiona tu profesionalidad. Lo que ocurre es que ahora se encuentra estupendamente y, la verdad, necesita concentrarse al máximo para el campeonato.

—Estás poniendo en peligro la estabilidad emocional de Rozental, Reuven —le comenté con frialdad.

—Así lo ha decidido él, Otto —replicó Kopelzon sin alterarse—. Yo no he tenido nada que ver en eso, pero debo decirte que cuando lo puse en tus manos no pensaba que fueras a desenterrar todas esas cosas de su pasado. Ese asunto de sus abuelos… Solo conseguiste empeorar su salud mental.

—¿De qué crees tú que debería hablarle un psicoanalista?

—Otto, tienes que aceptar que hay gente a la que no se puede ayudar. Con tal de que Rozental juegue, y además juegue bien, ¿qué importa lo que le pase por su loca cabeza?

—De esto se trata, justamente. Tengo muchas razones para dudar de que pueda jugar bien. Desde mi punto de vista, debería retirarse.

—¡De ninguna manera! —dijo bruscamente—. Ya te lo he dicho. Se encuentra estupendamente.

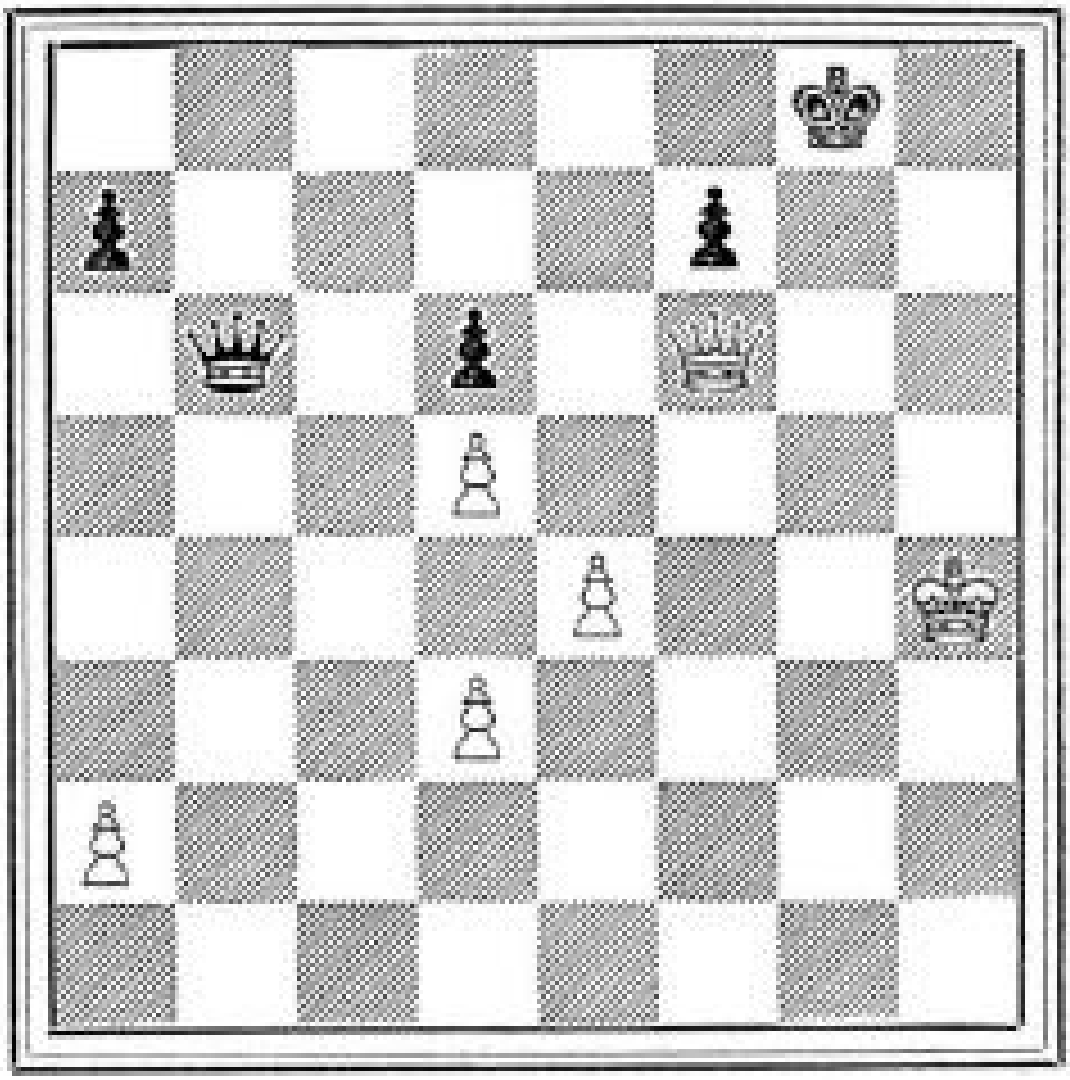
—¿Todo esto es para que puedas vanagloriarte de que un judío polaco haya tomado un café con los zares en el palacio de Peterhof?

Kopelzon exhaló un suspiro de irritación.

—Tal vez para ti no sea importante, pero para otros lo es.

Se hizo un silencio violento. Finalmente Kopelzon, esforzándose en mantener un tono amistoso, dijo:

—Y ya que hablamos de ajedrez, me debes una jugada.



Spethmann-Kopelzon

Después de 40… Db6. ¿Deben las blancas jugar 41. e5 tratando de penetrar la defensa de las negras?

Nuestras partidas eran siempre competitivas, pero nunca había habido ni un ápice de rencor en ellas. Me acerqué al tablero y puse rápidamente al día la posición de las piezas. Descargaría mi ira acumulada con Kopelzon en el juego: un movimiento agresivo, algo que quebrara su posición y demoliese su defensa de un solo golpe. 41. e5 era la jugada. Este sería su castigo. Alargué la mano para avanzar el peón una casilla…

Pero a continuación llegó su respuesta: 41… Dd4+. Tras mover el rey, pongamos a h5, él jugaría 42… D×d3, y de responder yo con 43. e×d6 su jugada sería 43… De2+, y mi rey difícilmente escaparía al jaque continuo. Mi jugada no servía.

—Vamos, Otto, ¿a qué esperas? ¿Te estás poniendo nervioso? —Tenía que encontrar otra jugada, pero ¿cuál?—. ¿Otto? Empiezo a tener la sensación de que sabes que no puedes ganar.

—41. Rh5 —dije.

La pausa que siguió sugería que Kopelzon esperaba que yo moviera el peón. Unos momentos después, contestó:

—41… Rf8.

Parecía que Kopelzon trataba de disimular su desengaño. Pensé otra vez enjugar e5. Más tarde, mucho después de que la partida concluyera, analicé esta línea de juego. Descubrí que aquella jugada me habría dado la victoria, pero en aquel momento no me sentí lo bastante seguro. Así que jugué 42. Rh6, convencido de que el jaque con la dama en e3 no aportaría ningún beneficio a las negras. Ahora era mi contrincante el que solicitaba tiempo para meditar su siguiente jugada.

Intentamos acabar la conversación en términos cordiales, pero a ambos nos costó.

18

Poco después de las tres salí de la consulta por la puerta de atrás para evitar que me viera el nuevo portero. Me mezclé entre el gentío del Nevski y me dirigí hacia el oeste de la ciudad. Me pareció que nadie me seguía. Pasé por delante del palacio Stroganov y continué andando hasta casi llegar a la avenida del Almirantazgo. Luego me escabullí por un callejón y me oculté en un portal durante unos diez minutos. Cuando calculé que no habría moros en la costa, dejé mí escondite y me puse de nuevo en marcha, tomando esta vez bocacalles y callejuelas hasta llegar al canal Moika. Cerca del palacio Yusupov encontré un taxi. Llegué al mercado del heno unos minutos después de las cuatro. Reinaba la calma. Había unos cuantos campesinos vendiendo restos de verduras en sus carros, y unos tratantes de caballos borrachos que discutían sobre su mercancía. Me adentré en la parte cubierta del mercado, pasé junto a una porqueriza llena de cochinillos que chillaban y me dirigí a la parada donde había visto por última vez a Grigori Petrov. No había rastro de carne y el sitio estaba desierto, aparte del carnicero, que estaba recogiendo sus cosas tras acabar su jornada de trabajo.

—Estoy buscando a Grischuk —anuncié al carnicero.

Noté cierta agresividad en su mirada.

—No conozco a ningún Grischuk —respondió.

—Me llamo Otto Spethmann.

El carnicero echó una mirada perezosa a su alrededor, continuó barriendo y dijo:

—Espere aquí.

Al volver un minuto más tarde me preguntó:

—¿Lo han seguido?

—No —contesté.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Tras dar otro rápido vistazo para asegurarse de que no había nadie en las inmediaciones, hizo un ademán para que me acercara y me acompañó a la trastienda. Allí dentro estaba mi paciente, sentado en una sencilla silla de madera. Nunca lo había visto con un aspecto tan cansado. Tenía los ojos pequeños y enrojecidos, las mejillas hundidas, y su piel era de un tono

grisáceo. El cuello almidonado de su camisa se veía blando y cubierto de mugre. Su traje, siempre tan impecable, estaba ahora arrugado y lleno de manchas. A su alrededor olía ligeramente a excrementos.

—Espero no haberle causado demasiadas molestias, Spethmann, al pedirle que viniera hasta aquí —dijo cuando el carnicero se hubo ido—, pero tenía que hablar con alguien.

Pronunció las últimas palabras como si admitiera algo vergonzoso.

—No es ninguna molestia —dije—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Hundió la cabeza entre las manos y farfulló:

—¿Le va todo bien, Spethmann? ¿No ha tenido usted más problemas con Lychev o la policía?

—Le agradezco su interés, pero estoy aquí para hablar de usted. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Me pregunta si ha ocurrido algo peor de lo usual? ¿Si mi vida se ha convertido en un infierno aún mayor? —Levantó la vista con cara de sueño y dijo—: No debe hablar con nadie de esto.

—Por supuesto que no.

Petrov había afirmado que necesitaba hablar con alguien, pero eso no significaba que pensara ir al grano. Así que en primer lugar me obsequió con un discurso sobre el creciente malestar de los obreros de las fábricas y los astilleros, y luego pasó a la crisis de las relaciones de Moscú con Berlín. Me habló de su estómago, que, se temía, estaba empeorando; de la mascota de sus hijos, un gato, que llevaba días perdido, y de la madre de su esposa, que estaba mal de salud. Lo escuché sin interrumpirlo ni tratar de encaminar la conversación. Petrov llegaría a donde necesitaba llegar cuando estuviera en condiciones de hacerlo.

Sacó una pitillera de plata. Rechacé el cigarrillo que me ofreció. Petrov encendió el suyo, aspiró el humo hasta el fondo de sus pulmones y se pasó la mano por su enmarañado pelo.

—¿Ha oído usted hablar de un hombre llamado Sverdlov? —preguntó.

—Leí algo sobre él en los periódicos. ¿No fue arrestado recientemente?

—Sí —contestó, tragando más humo—. Es un buen camarada. Fue condenado a diez años de destierro, pero escapó en enero. Atravesó media Rusia y llegó a San Petersburgo hace una semana. Le encontré alojamiento en casa de un amigo, alguien sin vínculos con el Partido y en quien la policía no podía tener ningún interés. El camarada se iba a tomar unos días de descanso antes de reemprender la marcha hasta Cracovia, donde debía reunirse con Lenin.

Petrov apagó el cigarrillo y encendió otro. Se recogió una de las perneras de los manchados pantalones que llevaba, como si estuviera húmeda y le molestara. Posiblemente lo estaba.

—De algún modo la policía se enteró del escondite de Sverdlov —continuó—. Hicieron una redada y lo arrestaron. Ahora mismo está regresando a Siberia. Fue cosa de King, el espía. Nos ha traicionado una vez más.

Petrov se rascó el cuello y la barbilla sin afeitar, y se arrancó el botón del cuello de la camisa, como si se estuviera ahogando. Se aflojó la corbata, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Algunas cenizas cayeron sobre la alfombra, entre sus pies.

—Me temo que no podré continuar —afirmó.

—¿Por el continuo riesgo de que le traicionen?

—Por todo. —Se acercó el cigarrillo a los labios otra vez con mano temblorosa—. La dirección del Partido ha ordenado que se abra una investigación. Quieren saber cómo y por qué fue arrestado Sverdlov —dijo con lentitud—. Solo hay tres personas que estaban al tanto de dónde había escondido yo a Sverdlov. Serán interrogadas en el departamento de seguridad del Partido. Créame, no le haría ninguna gracia cruzarse con esos tipos. Comparados con ellos, los de la Okhrana son unos perfectos caballeros.

—¿Está diciendo que usted se encuentra entre los sospechosos?

—Yo soy uno de los que sabía dónde se escondía Sverdlov y seré investigado, pero si el traidor soy yo más vale que el Partido se disuelva ahora mismo. Soy el representante de Lenin en Rusia. Soy el líder de la delegación bolchevique en la Duma. —Sacudió la cabeza en señal de desaprobación ante lo absurdo de todo aquello y exhaló un suspiro de agotamiento—. De todas formas, parece que el departamento de seguridad del Partido ya ha encontrado al culpable. —Me miró con unos ojos llenos de legañas—. Es un amigo mío, un buen amigo: Delianov. Nadie sospechaba de él hasta la fecha. Quizá no sea una lumbrera, pero es un buen camarada. Su vida estaba dedicada al Partido, o esto es lo que nos hacía creer.

—¿Y qué pasará con Delianov?

—Sigue negándolo todo, pero, al parecer, no hay ninguna duda. Y cuando se demuestre su culpabilidad…

Expulsó un anillo de humo y dejó la conclusión de su frase suspendida en el aire junto a él.

—¿Insinúa que lo asesinarán?

Petrov me lanzó una mirada furiosa.

—¿Alguna vez ha hecho algo, Spethmann, de lo que esté profundamente avergonzado?

—Sí.

—Quiero decir completa e intensamente avergonzado. Avergonzado hasta lo más hondo de su alma. ¿Se ha sentido así alguna vez?

—Sí.

—¿Y consiguió superarlo?

—El sentimiento de culpa persiste, pero podemos tomar la determinación de no repetir el acto que lo motivó.

—¿Y es fácil?

—Al contrario.

Petrov se pasó la mano por la boca y el bigote.

—¿Qué ocurre si no puede evitar repetir ese acto?

—¿Quiere usted decir que no tenemos libertad de elección?

—Vivimos encadenados. Encadenados por deudas, necesidades, responsabilidades o sueños. Todos sin excepción. La libertad de elección ha sido siempre una quimera.

—¿Se refiere usted a su complicidad en el asesinato de Delianov, cuando este ocurra?

—No he dicho que yo sea cómplice de nada —dijo con brusquedad, como si yo fuera un policía o un periodista tratando de arrancarle una declaración que pudiera ser usada en su contra. Me observó con aire de complicidad—. Usted era un adúltero, ¿no es así, Spethmann? ¿No es este su pequeño secreto por el que se siente tan culpable y avergonzado?

—No he venido a hablar de mis secretos y vergüenzas.

—¿Acaso cree que tengo, siquiera remotamente, algún interés en hablar de sus insignificantes y aburridas fechorías? —contestó haciendo un gesto de desdén con la mano—. Estoy hablando de auténtica vergüenza, cuyas dimensiones usted no puede llegar a imaginarse.

—Creo que soy capaz de imaginarme qué significa complicidad en un asesinato.

—¡Deje de llamarlo así!

—¿Qué tiene usted que objetar a esa expresión?

—Ahora no estoy hablando de esto.

—¿De qué está hablando, entonces?

Petrov apagó el cigarrillo y levantó otra vez la mirada hacia el techo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a resbalarle por su ancha cara.

—¿Por qué no puede explicarlo? —pregunté.

Negó con la cabeza y se puso a sollozar. Se estremeció de pies a cabeza.

—Ayúdeme, Spethmann, ayúdeme, por favor —gritó Petrov—. No puedo seguir así.

Le puse una mano encima del hombro. El abrigo le confería una falsa apariencia de robustez, ya que lo único que noté debajo de la ropa fue un esqueleto. Rompió a llorar, desconsolado como un niño. Hubo un momento en que me sujetó la mano con fuerza, y apoyó la cabeza sobre ella. Sentí lágrimas calientes resbalando entre los dedos. No podía hacer nada, excepto esperar a que sus sollozos remitieran.

—Me gustaría mucho ayudarlo, Grigori —le dije cuando se calmó un poco—, pero no podré hacerlo hasta que sea sincero conmigo.

Petrov se secó como pudo los ojos con las palmas de las manos.

—Quiero ser sincero. Créame, Spethmann; es lo que más deseo.

—Tal vez, después de todo, el episodio que tanto le avergüenza no sea tan infame como usted cree.

—Sí que lo es. Es infame a más no poder.

Petrov se puso de pie.

—¿Se marcha usted? —le pregunté.

—Tengo una reunión.

—Quédese un momento más, por favor. Háble me sobre esa vergüenza que lo corroe.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas, aunque esta vez consiguió controlarse.

—Ya le he contado demasiadas cosas.

—¿Dónde está ahora Delianov? —pregunté.

—En su casa.

—¿No teme usted que vaya a ver a la policía?

—Está tan avergonzado de lo que ha hecho que esperará en casa hasta que llegue el momento.

—¿El momento de su asesinato? —pregunté.

Petrov no contestó y se acercó a un pequeño espejo empañado y lleno de grietas que colgaba de un clavo en uno de los tablones de madera. Se examinó el rostro con la misma desconsolada objetividad de que haría gala un actor avejentado.

—Me gustaría cambiarme la cara —me dijo—. Ya no soporto verla más.

—Hay mucha gente que lo admira, Grigori Vasilevich, a pesar de la aversión que usted siente por sí mismo. No lo olvide.

—Por el amor de Dios —contestó con una mueca—. ¿No lo habré convertido en un bolchevique, verdad, Spethmann?

—¿Después de todo lo que me ha explicado de Delianov? No.

—Cuando hay tanto en juego —dijo, recogiendo su sombrero y su abrigo y dirigiéndose a la puerta—, ciertas cosas son inevitables.

—¿Qué le pasó a su hermano? —pregunté cuando Petrov estaba ya a punto de irse.

—¿Qué hermano?

—El que fue arrestado con usted: Iván.

—Ah, ¿ese? —respondió como si se lo tomara a broma—. Me inventé aquella historia. Me sorprende que me tomara en serio.

—No le creo.

—Gracias —dijo Petrov—. Me crea o no, hablar con usted ayuda mucho.

—Si lo dudara, cerraría mi consulta esta misma noche y me buscaría otro trabajo.

Volví a la consulta directamente por la calle Sadovaya, y llegué en quince minutos. Minna me preparó té y me acerqué a la ventana para ver la calle. Cuando Catherine tenía diez años conocí a una mujer. Era soltera, guapa, alegre y coqueta. En las fiestas de sociedad siempre buscaba mi compañía. Un día le propuse dar un paseo por el dique francés. En los jardines de Tavricheski la besé. Nos vimos de nuevo al día siguiente. Hubo más besos.

Entonces apareció el sentimiento de culpa.

—No te entiendo —dijo ella cuando nos encontramos en una fiesta pocas semanas después—. Dijiste que querías verme, ¿por qué? Di la verdad. ¿Por qué dijiste que querías verme?

—No puedo seguir viéndote —le respondí.

—Entonces no dices la verdad; me mientes a mí y a ti mismo.

—No te lo discuto.

—Primero tiras, luego aflojas. ¿Es tu truco para atrapar a una mujer? La atraes hacia ti y, justo en el momento en que ella cree que está cerca, la rechazas.

—No era esta mi intención.

—¿No lo era?

—Te lo aseguro.

Clavó los ojos en mí y dijo:

—Ahora voy a hacerte una pregunta y quiero que respondas con sinceridad. —Hizo una pausa, esperando si no un signo de asentimiento al menos un silencio de aprobación—. Imagínate una dacha, una dacha en el bosque, lejos de la ciudad. Nadie te verá llegar y nadie te va a ver partir. Llegas a la puerta y está abierta. Entras. No es una dacha muy espaciosa pero dispone de una chimenea para no pasar frío y alimentos para preparar una comida frugal pero buena. Te entra sueño. Te desvistes y te metes en la cama. Es una cama grande y confortable, con sábanas limpias. Hay también un teléfono al lado de la cama, que empieza a sonar. Oyes una voz al otro lado de la línea. ¿Me estás siguiendo?

—Sí —contesté.

—Es mi voz —continuó—. Te digo que estoy libre de compromisos y que puedo reunirme contigo en la dacha. Y ahora viene la pregunta: ¿quieres que vaya a verte a tu dacha?

—¿A mi dacha en el bosque?

—¿Quieres que vaya a verte? ¿Sí o no?

—Ese lugar no existe.

—Sí que existe.

—Todos tenemos derecho a soñar —contesté—. Podemos imaginar que estamos solos en el bosque, pero tenemos una realidad en la que debemos vivir. Tengo esposa e hija.

—La dacha del bosque existe…

—No es cierto.

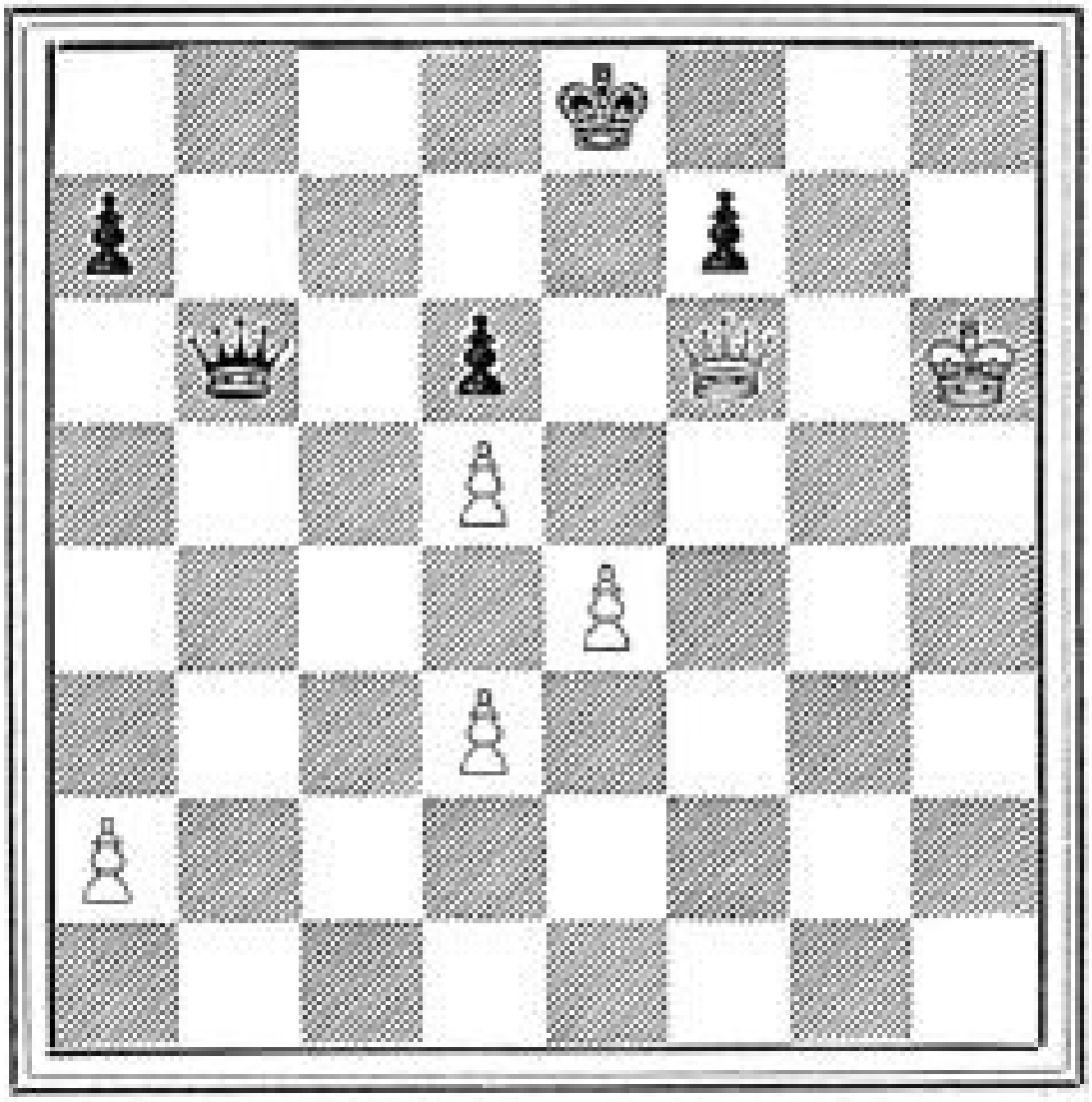
—… si quieres que exista, y ya que pareces incapaz de encontrarla tendré que mostrarte el camino.

Fui a la dacha. Tendría que haberlo sabido: ese lugar no existía. Por mucho que soñemos, siempre hay una realidad.

Llamé a Kopelzon a casa.

—¿Abandonas? —pregunté.

—No seas presuntuoso, Otto. Y procura no caer de bruces. Aún te queda mucho camino por recorrer: 42… Re8.



Spethmann-Kopelzon

Después de 42… Re8. Spethmann tiene una clara ventaja pero para ganar debe capturar el peón en f7. ¿Cómo conseguirlo?

Jugué 43. Rh7.

—Vas a por mi peón en f, ¿verdad? Tienes dos piezas para atacarlo, pero yo tengo dos para defenderlo. No lo puedes comer, y, siendo así, tu peón de más no te sirve de nada. No ganarás esta partida.

—¿Vas a jugar o no? —pregunté—. ¿O tal vez necesitas más tiempo para pensar?

Kopelzon jugó, tal como yo había previsto, 43… Dc5. Respondí con 44. Dg7.

—Te daré mi respuesta en la ceremonia inaugural —anunció.

—Reuven —le dije antes de que colgara el teléfono.

—¿Sí?

—Quiero que sepas cuánto aprecio nuestra amistad. Lamentaría mucho pensar que algo se ha interpuesto entre nosotros.

—A pesar de la zafiedad que has demostrado a lo largo de toda esta partida —dijo Kopelzon riéndose—, te mando mil besos.

Me fui al recibidor donde Minna estaba a punto de marcharse a casa. Al ponerse el abrigo advertí que tenía un moretón pardusco a un lado del cuello, que la camisa no acababa de esconder. ¿Era un chupetón? También me di cuenta de que no vestía una de sus acostumbradas blusas informes sino ropa a la moda y cara y que la favorecía mucho. Seguía llevando moño, pero se había soltado algunos tirabuzones dorados, que le caían encima de las orejas.

—La veo cambiada —le dije.

—Ah, ¿sí? —respondió con cautela.

—¿Es nueva esta blusa?

Minna se enfundó el abrigo y dijo:

—Hace tiempo que la tengo.

—Es muy bonita.

—Gracias.

—¿Un regalo, tal vez?

Se sonrojó.

—No —contestó—. Me la compré yo.

Minna se dio la vuelta y se abotonó el abrigo. Vi otra vez el moretón del cuello. Al notar que yo la estaba mirando, Minna sonrió incómoda.

—De cualquier forma, es muy bonita —le dije—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando me disponía a abandonar el edificio, el portero nuevo me entregó un sobre. Lo habitual era que los mensajes me fueran entregados directamente en la consulta, así que, receloso, pregunté a aquel hombre por qué lo había retenido.

—El mensajero insistió en que lo guardara aquí para su señoría —contestó.

—¿Dónde está Semevski? —pregunté cogiendo el sobre.

—Esta mañana no se ha presentado en el trabajo.

La nota estaba firmada por Anna. Incluía una dirección en la avenida Bolshoi y un número de teléfono. Deslicé la nota en mi bolsillo, salí a la calle y me encaminé hacia el muelle de Neva.

Un rompehielos se acercaba al puerto, pasando junto a un buque de guerra francés de camino a Kronstadt. Me subí el cuello del abrigo para resguardarme del viento procedente del río y atravesé la enorme galería, buscando a Lychev con la mirada.

—Siga andando —dijo el inspector apareciendo como caído del cielo y acomodándose a mi paso—. Afirmó que sabía el verdadero nombre de Yastrebov, ¿verdad?

—¿Averiguó algo sobre lo ocurrido en Kazan?

—Sí —contestó—, pero desembuche usted primero.

Vacilé un momento. Incluso después de calcular todas las variaciones con distintos movimientos de profundidad, el jugador de ajedrez siempre revisa la posición antes de comprometerse con la jugada definitiva. ¿Estaba obrando correctamente? No veía ninguna alternativa.

—El nombre real de Yastrebov es León Pikser.

—Así que Catherine lo sabía desde el principio, pero no lo reveló ni siquiera en la cárcel. —Lychev parecía más impresionado que enfadado—. Pikser —repitió—. ¿De dónde procedía?

—De algún lugar al otro lado de los Urales. Catherine no sabe exactamente dónde. Se trasladó a Moscú para dedicarse a la poesía. Allí conoció a un hombre que lo persuadió para que fuera a San Petersburgo a «hacer algo muy importante», según le dijo ese hombre. Yastrebov no explicó quién era ese hombre ni qué iban a hacer.

—Tiene que tratarse de Berek Medem —dijo Lychev.

Me eché a reír.

—¿También ve a Berek Medem por todas partes?

Lychev pasó por alto mi comentario.

—¿Qué más le contó Catherine?

—Yastrebov debía ponerse en contacto con alguien, pero le entró miedo y se echó atrás.

—¿Dijo usted que tenía una dirección?

Ya había movido ficha. No me quedaba más que seguir adelante.

—Calle Kirochni, diecinueve.

Lychev se quedó en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de decirle, y luego preguntó:

—¿Cómo se encuentra Rozental?

—Canceló la vista —respondí.

—A usted le gusta Rozental, ¿verdad?

—Así es —respondí—. Cuando no está delante de un tablero de ajedrez, es un ingenuo, no acaba de comprender el mundo en el que vive. Y yo no puedo evitar la sensación de que Rozental se halla permanentemente en peligro de que ese mundo le haga mucho daño.

—Si yo estuviera en su lugar, Spethmann, velaría por él —dijo Lychev—. En este mismo instante, el mundo en que vive Rozental es más peligroso de lo que él cree.

—¿Qué averiguó sobre Kazan? —pregunté.

—Telegrafié a mis colegas de Kazan, y les pedí que repasaran todos los expedientes relacionados con asesinatos perpetrados en agosto de mil ochocientos ochenta y nueve. Un inspector me ha contestado esta misma tarde.

—¡Qué rapidez!

—Mi nombre goza de alguna reputación en ciertos círculos —dijo llanamente—. Aquel mes hubo cinco asesinatos. Cuatro de las víctimas fueron varones. Dos de ellos fueron asesinados en el transcurso de una pelea de borrachos. Los asesinos, miembros de la misma familia o amigos, en ambos casos, fueron detenidos y condenados. Al tercero, un empleado del ferrocarril, lo estranguló su padre antes de suicidarse. La cuarta víctima fue un intruso que entró de noche en una casa, presumiblemente con el propósito de robar. Atacó a los ocupantes e hirió de gravedad a dos de ellos antes de que lograran reducirlo y matarlo. Un caso bastante curioso.

—¿Por qué?

—El intruso no pudo ser identificado, y la casa en que entró al parecer era más bien humilde. Si el móvil fue el robo, debía de estar muy desesperado. Sin embargo, según el informe de la policía, iba bien vestido y llevaba en el bolsillo un billete de primera clase del tren a Moscú. Un caso curioso, como le he dicho, pero sin ninguna relación con el supuesto asesinato del que usted me habla.

—¿Qué hay de la quinta víctima, la mujer?

—Una mujer, en efecto —dijo Lychev—, pero no se apellidaba Zinnurov.

—Eso no significa nada. Nadie sabe si el verdadero nombre de la Montaña es Zinnurov.

—Por supuesto. Pero la víctima tenía cuarenta y cuatro años de edad.

Era demasiado joven para ser la madre de Zinnurov en la época en que Anna la visitó.

Los claros ojos de Lychev se clavaron en mí.

—Quienquiera que le haya contado que Zinnurov asesinó a su madre, le ha tomado el pelo.

Imaginé que Lychev sabía de sobras quién era mi fuente de información, y que estaba intentando provocarme. Aunque me esforcé en reprimirlas, no pude evitar que reaparecieran mis dudas respecto a Anna. Ella estaba tan convencida de lo que dijo… «Vi cómo la mataba. Lo vi con mis propios ojos».

Caminamos en silencio, mientras digeríamos la información que acabábamos de recibir. Lychev era el más satisfecho con diferencia.

Al cabo de un rato advirtió:

—Espero que tenga usted preparada su coartada.

—¿Cree que seré interrogado?

—¿Respecto a Semevski? Sin lugar a dudas. ¿Acaso piensa que cuando uno de los agentes de Gan desaparece el coronel se limita a encogerse de hombros y contrata a otro?

—Lychev, ¿quién es usted realmente?

—Mi nombre es Mintimer Sergueievich Lychev y soy inspector de la policía de San Petersburgo.

—Los inspectores de policía no asesinan a agentes de la Okhrana. Usted y el coronel Gan están en el mismo bando. Usted es un defensor de la ley y el orden.

Lychev resolló quitándose el sombrero, a continuación se arregló el flequillo, se atusó el pelo y volvió a colocarse, con mucho cuidado, el sombrero en la cabeza.

—Me gusta pensar que defiendo la ley y el orden; y, también, que soy un servidor de la justicia. —Me lanzó una mirada de refilón—. ¿Le suena presuntuoso?

—Después de ver lo que hizo anoche, me suena ridículo e hipócrita.

—Me decepciona usted, doctor Spethmann. Si me permite decirlo, está emitiendo un juicio muy superficial. Estaba convencido de que un psicoanalista tan eminente como usted entendería que no hay que dejarse engañar por las apariencias.

—Yo lo vi matar a un agente de la Okhrana —le dije con toda la intención.

—Y desde su punto de vista esto invalida mi pretensión de ser un servidor de la justicia, ¿no?

—A menos que el asesinato y la justicia se hayan vuelto compatibles.

Lychev se rio como si acabara de recordar un chiste.

—El coronel Gan planeó y ordenó el asesinato de Gulko. ¿No cree usted que la justicia dicta que se le pidan cuentas a Gan?

—Por lo general, los inspectores de policía son conscientes de las ventajas de hacer la vista gorda, particularmente cuando se trata de fechorías perpetradas por poderosos.

—O sea, que yo cometo asesinatos y Gan perpetra «fechorías», ¿no?

—Yo no he dicho eso.

Lychev se quedó mirando los barcos que surcaban las aguas.

—En los veinte años que lleva dirigiendo la Okhrana —empezó a explicar—, Gan ha ordenado más asesinatos de lo que usted puede llegar a imaginar: políticos que él consideraba peligrosos, sindicalistas, profesores, doctores, periodistas y hasta algún policía que se tomó excesivo interés en sus asuntos. Tendría que arrancarse los ojos para no ver lo que ocurre ante usted.

—Así que está decidido a enfrentarse a uno de los hombres más poderosos del imperio…

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Creo que ya se lo he dicho.

—Me había olvidado: usted es un servidor de la justicia.

Lychev se rio con frialdad.

—Admito que suena presuntuoso.

—Nunca lo conseguirá. No puede derrotar a Gan.

Lychev se encogió de hombros.

—Gan, como usted ha dicho, es poderoso, pero tiene enemigos en el gobierno y en los tribunales, especialmente en la facción francófila. Si puedo demostrar con hechos su implicación en el asesinato de Gulko, Gan caerá.

—Suponiendo que Gulko fuera inocente.

—Hay un sinfín de buenas razones para asesinar a periodistas —dijo dirigiéndome de soslayo una mirada astuta—, pero el único crimen de Gulko fue descubrir algo que Gan no quería que se aireara.

Lychev se paró y me tendió la mano. Pensé que no lo hacía solo por educación. Tocó con un dedo el ala de su sombrero y añadió:

—Salude de mi parte a su encantadora hija, por favor.

Me quedé mirando a aquel curioso hombrecillo mientras se iba por donde había venido. Tenía andares ligeros y delicados, y un paso muy corto. Era extraño, pero me di cuenta de que empezaba a respetarlo.

19

El apartamento de la avenida Bolshoi pertenecía a una amiga de Anna que se había ido al Cáucaso con su marido, un oficial de artillería. El salón era bastante espacioso, pero estaba atiborrado de muebles pesados. Los tonos rojos y azules intensos predominaban en cortinas, alfombras otomanas y tapices, y una de las paredes se hallaba completamente cubierta de fotografías con marcos dorados. Todo ello generaba una sensación sofocante de falta de espacio. Lo mismo se podía decir del dormitorio, pero allí la estrechez era de agradecer.

Atrapé el pezón derecho de Anna entre mis labios y empecé a lamerlo. Ya habíamos hecho el amor y Anna estaba tendida de espaldas. Abrí un poco la boca y deslicé los dedos entre sus piernas. Ella tenía la cabeza completamente echada hacia atrás, con la barbilla apuntando al techo. Se agarró el pecho izquierdo con la mano y empezó a frotarse el pezón con el pulgar, en un movimiento de vaivén. Succioné el otro pezón y me lo metí en la boca.

—Con suavidad —me dijo.

Anna estaba tendida con la cabeza en mi regazo. No había cosa en el mundo que yo deseara más que seguir inmerso en aquel hechizo de intimidad y satisfacción que nos había deparado el sexo. ¿Qué importaba lo que había pasado en Kazan un montón de años atrás? ¿Y qué si Zinnurov había matado a su madre? Yo no era policía ni un servidor de la justicia. Algunos secretos, había dicho Zinnurov, era mejor no airearlos, y yo temía que aireando este me metería en terreno más que resbaladizo. Me inquietaba lo que podía descubrir sobre la mujer de quien me había enamorado.

—¿Estás segura de que tenías trece años cuando viajaste a Kazan con tu padre? —Noté que Anna se ponía tensa—, ¿Anna?

—Sí, estoy segura —contestó—, pero ¿por qué tenemos que hablar de eso ahora?

Teníamos que hablar de eso porque, aunque me diera miedo, necesitaba saber la verdad.

—Se lo conté a Lychev.

De repente Anna se irguió y me miró con fijeza.

—¿Qué has dicho?

—Le conté que una mujer mayor fue asesinada en Kazan en agosto de mil ochocientos ochenta y nueve, pero no le dije de dónde había sacado la noticia ni mencioné tu nombre.

—¿Lychev? ¿Pero no es el hombre que te ha estado persiguiendo?

—Sí, pero resulta que no es lo que parece ser.

—¿Y eso qué significa? —replicó Anna con expresión de incredulidad.

Podía haber dicho que significaba que había visto a Lychev asesinar a un hombre, pero lo que dije fue:

—Sé que sonará ridículo, pero creo que, en algunas cosas, Lychev es digno de confianza.

—Pero ¿por qué le hablaste de Kazan?

—Porque si queremos que te restablezcas del todo tenemos que llegar al fondo de lo que pasó allí.

—Me encuentro bien, ahora —contestó—, me encuentro mejor, de verdad. Mucho mejor.

—Anna, nadie se recupera de la noche a la mañana de una experiencia traumática como la que tú sufriste.

—Creo que le estás dando más importancia de la que tiene.

—¿Crees que le estoy dando a un asesinato más importancia de la que tiene?

Mi tono fue de reprimenda y sarcasmo. Metí la pata. Había dejado de ser el padre comprensivo, y ella respondió dándome la espalda y negándose a seguir hablando.

—Anna, por favor. Ten confianza en mí. Sé cuánto dolor te causa hablar de ello, pero por tu propio bien, por el bien de los dos, debemos hablar.

Se volvió hacia mí. Tenía el rostro demudado por la ira.

—Me lo inventé —dijo con brutalidad—. Me lo inventé todo. De principio a fin: lo de despedirme de mi madre en la estación, lo del oficial de caballería en el tren, la gente mirándonos como si fuéramos una pareja de recién casados… Nada de eso ocurrió. Me lo inventé todo.

—¿Por qué?

—Era un sueño que tenía, una fantasía. De pequeña mi padre me ignoraba. Yo solo deseaba estar con él y vivía para él, para que me hiciera caso, pero él siempre estaba ocupado. Nunca tenía tiempo. Entonces imaginé un largo viaje, los dos solos, sin mi madre, para poder estar con mi padre. Fantaseaba con ese viaje cuando me iba a la cama por las noches; noche tras

noche repasaba todos los detalles, adornándolos, hasta que el viaje se volvió tan real que empecé a creer que había ocurrido de verdad.

—¿Por qué imaginaste que tu padre mataba a tu abuela?

—Para castigarlo —contestó—. Para castigarlo por su ignorancia.

En general, los psicoanalistas interpretan los sueños como formas enmascaradas de la realización de un deseo, pero con Anna yo había obrado como si el sueño fuera la pura verdad, no un código secreto, como si ella hubiera estado soñando acontecimientos reales tal como ocurrieron en la realidad. Quizá me había equivocado por completo. Quizá debería haberme ceñido a las teorías probadas.

—¿Te lo inventaste todo?

—Sí —dijo Anna, en un tono desafiante. Luego añadió—: ¿No me crees?

La miré a los ojos. Estaban cargados de provocación, orgullo y furia.

—Sí —contesté.

Anna me devolvió la mirada, con decisión.

—Te creo —repetí.

Se tumbó en la cama. Estiré las sábanas hasta cubrirle los hombros. Anna se giró, dándome la espalda, con las piernas encogidas, formando un escudo contra mí. Apagué las lámparas de Tiffany y caí profundamente dormido en la oscuridad.

Anna no estaba en la cama. Me levanté. Aún era de noche.

—¿Has oído eso, papá? —oí que susurraba en algún punto de la habitación.

Encendí la lámpara. Anna estaba junto a la ventana, desnuda, agachada entre las cortinas. Su voz sonaba extraña y distante.

—Alguien me está llamando, papá. Escucha.

Por supuesto, no había nadie. Me levanté y la conduje de vuelta a la cama. Me fijé en la expresión de su cara: parecía ausente e insensible. Tenía los ojos abiertos pero no pestañeaba; si estaba viendo algo, no era nada de lo que en aquel momento la rodeaba.

—Tengo sed —dijo.

—¿Por qué no vas a la cocina a por un poco de agua?

—Están hablando.

—¿Quiénes están hablando? —pregunté.

—Babushka y papá.

—No les importará. ¿Aún tienes sed? ¿Quieres que vayamos a la cocina?

—Ahora están gritando.

—¿Están discutiendo? —Anna no contestó—. ¿Sobre qué discuten? ¿Puedes oírlos?

—¡Diles que paren, por favor! —gritó—. ¡Diles que paren!

La rodeé con los brazos. Estaba rígida y se resistía de una forma que me recordó a Catherine de niña cuando se convertía en un erizo imposible de abrazar, pero al final se tranquilizó. Parpadeaba y miraba a su alrededor para averiguar dónde estaba.

—¿Estaba soñando? —preguntó—. Creo que he oído voces.

—Aquí no hay nadie. Solo estamos tú y yo.

—Me hallaba en casa de mi abuela —me explicó con una voz que expresaba asombro e inquietud.

—Cuéntamelo —dije, ayudándole a poner la cabeza sobre la almohada y tapándola con las mantas.

El relato de Anna era confuso e incompleto, y pasamos el resto de la noche y buena parte de la mañana tratando de reconstruir la historia de lo ocurrido en Kazan. Aun así, había lagunas y no había forma de estar seguro de que aquella fuera la verdad. ¿Se lo estaba inventando Anna? ¿Seguía siendo la fantasía con que ella se consolaba de pequeña? A esas alturas no tenía ni idea, pero creo que Anna tampoco lo sabía.

Según Anna, padre e hija llegaron a la estación del ferrocarril agotados tras el largo viaje de San Petersburgo a Moscú y, desde allí, a Kazan. Al entrar en la casa situada en las afueras, al norte de la ciudad, Anna recordaba que su abuela la recibió con besos y abrazos. Entre la madre y el hijo el ambiente era afectuoso pero poco distendido, como si la anciana temiera hacer o decir algo inoportuno en presencia del único hijo que había traído al mundo.

Anna recordaba un pequeño huerto en la parte trasera de aquella pequeña casa de madera, en el que había hortalizas y gallinas. Recordaba ver a su padre poniendo la mesa. Cenaron a la caída de la tarde. Los adultos bebieron vodka y Anna les suplicó que le dejaran probarlo. Su padre cedió y le sirvió una copa. Luego escuchó a su padre y a su abuela mientras hablaban de cosas del pasado. Había olvidado los detalles pero recordaba perfectamente la fascinación que sentía, porque en casa su padre nunca hablaba de su infancia, y todo aquello era a la vez extraño y emocionante.

Era su primera menstruación, y se sentía hinchada, por lo que apenas comió. El vodka no mejoró la situación, y Anna se fue pronto a la cama.

Hacía un calor sofocante, incluso con la ventana abierta. Su padre se sentó en el borde de la angosta cama y, arropándola, le contó que aquella había sido su cama. Anna aseguraba que reconoció el olor de su padre en aquellas sábanas. En sus buenos tiempos, su padre era apuesto.

Anna se quedó dormida tan pronto como él se fue, pero se despertó muerta de sed. Oyó voces procedentes de la cocina. Su abuela y su padre aún estaban despiertos.

Se acercó a la puerta pero, al poner la mano en la manija, oyó un estrépito, como si una puerta se acabara de abrir de golpe. A continuación hubo un griterío. Anna se quedó quieta. No quería interrumpir la discusión entre su padre y su abuela, pero tenía mucha sed, así que volvió a poner la mano en la manija.

En ese instante oyó una detonación. Anna no entendía qué estaba pasando. Hubo una segunda explosión. Alguien chilló. Se oyeron más ruidos, como de cacharros de cocina al chocar contra el suelo. Las paredes de madera temblaban. Y luego se hizo el silencio.

Anna no se atrevió a bajar la manija. Aún era de noche. Le pareció que faltaba una eternidad para que se hiciera de día.

Decidió abrir la puerta, que se movió hacia dentro haciendo chirriar los rústicos goznes que la sostenían. Se esforzó por ver algo en la oscuridad, pero solo pudo distinguir un saco de maíz en lo alto de la escalera. Avanzó lentamente, agachándose para no golpearse con el techo bajo. Ahora el calor era más sofocante todavía y gotas de sudor le resbalaban por la cara. Llamó a su padre pero nadie respondió. Descendió por la estrecha escalera que conducía a la despensa, que a su vez daba a la cocina. Pasó largo rato antes de que Anna se atreviese a abrir la puerta.

Recordaba que había tan poca luz que necesitó apoyar una mano en la pared para guiarse. Apenas había dado un par de pasos cuando tropezó con algo. Alguien respiraba con dificultad envuelto en sombras. Después oyó una exhalación profunda, como el sonido de un globo perdiendo aire, y luego se hizo el silencio. Al tocar el suelo notó las manos pegajosas y húmedas, igual que uno de los muslos. Encontró una lamparilla y de algún modo consiguió encender la mecha.

Lo primero que vio fue las manos ensangrentadas. Luego vio la sangre en la pared que había delante de ella. Espesos regueros de sangre salpicaban el suelo.

De repente alguien la agarró del tobillo. Bajó la vista y vio la figura oblonga y delgada de un hombre con la mano tendida hacia ella y la mirada

implorante. La sangre le manaba de una profunda herida en la mejilla izquierda, donde una porción de carne se plegaba como una hoja y dejaba al descubierto huesos y tejidos.

Con todos los sentidos trastornados, Anna empezó, muy lentamente, a mirar a su alrededor.

Su abuela yacía en el suelo junto a la puerta trasera, desplomada como un abrigo asido por los hombros. Otro hombre estaba tendido de través y bocabajo. Por la espalda tenía la ropa hecha jirones, y la piel de debajo en carne viva y cubierta de sangre.

El hombre que agonizaba a sus pies trataba de decirle algo, pero solo podía balbucear. La última cosa que Anna recordaba era a sí misma preguntando a ese hombre qué había hecho con su padre.

Nos sentamos a la mesa del desayuno. Yo le había preparado un poco de té. Anna bebió algunos sorbos de tarde en tarde pero no conseguí convencerla de que comiera algo.

—¿Recuerdas alguna otra cosa? —le pregunté.

Me miró con indiferencia un largo rato y luego negó con la cabeza.

—¿Cuándo volviste a ver a tu padre?

—Recuerdo un hospital. Él estaba tendido en una cama, pero no sé si fue en San Petersburgo, Kazan o Moscú.

Me serví un poco de té y bebí.

—¿Por qué me contaste que tu padre había matado a tu abuela?

—Estaba enfadada —respondió. Parecía extenuada y afligida—. Creo que siempre lo he culpado de lo que le pasó a mi abuela. —Estiró la mano para coger la mía—. No me crees, ¿verdad? —continuó—. Lo leo en tu cara.

A los trece años, Anna había intentado erradicar de su memoria aquel trauma, y lo había conseguido. Pero solo por una temporada. Nadie puede mantener a raya un trauma indefinidamente ni tampoco del todo. Los sueños pueden disfrazarse o censurarse, pero nunca desterrarse por completo. El cuerpo también reacciona. En el caso de Anna sufrió dolores de cabeza y, especialmente, entumecimiento; un entumecimiento en la misma mano que había abierto la puerta que reveló la masacre en la cocina de su abuela en agosto de 1889. Esta era una de las posibles interpretaciones de la historia que Anna me contó, y constituía la interpretación que yo quería dar por buena.

—Según los informes de la policía de Kazan, en agosto de mil ochocientos ochenta y nueve se cometieron cinco asesinatos, pero entre las

víctimas no figura ninguna mujer de edad avanzada.

Anna reclinó la cabeza sobre mi hombro. Ambos estábamos extenuados.

—Te estoy diciendo la verdad —susurró—. ¿Por qué me lo habría de inventar?

—Te creo —le dije.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó suavemente.

—No lo sé.

—¿Sabe Catherine que nos vemos?

—Creo que se lo imagina —contesté.

—¿No te ha dicho nada?

—No —respondí.

—¿Y tú no le has dicho nada?

—No.

—¿Por qué?

—No le interesaría —mentí.

—Yo creo que le interesaría mucho.

—No le he explicado nada porque desde que Elena murió ella se ha mostrado insegura e infeliz, aunque ahora está mucho mejor.

—Entonces se lo podrías contar —dijo Anna apartando la cabeza de mi hombro. Me cogió la mano y la besó—. Si se encuentra mejor podrías contárselo.

—¿Por qué quieres que se lo cuente?

—Nos acercará el uno al otro. Quiero estar cerca de ti. Quiero estar contigo. Siempre.

—Y tú, ¿se lo vas a explicar a tu marido?

Anna me soltó la mano.

—¿Por qué eres tan malo conmigo?

—Hablemos de esto en otro momento —dije.

Me levanté y me acerqué al teléfono. Llamé a Minna y le dije que, una vez más, llegaría tarde y que reorganizara las citas como pudiera.

—¿Ha conseguido hablar con Rozental? —pregunté.

—Lo he llamado tres veces al Astoria —respondió—, pero no contesta.

—Inténtelo otra vez —le dije—. Estoy preocupado por él.

Al volver con Anna, me dijo:

—Me estás castigando por algo.

—No es cierto —respondí.

—Pues así es como me siento. Piensas que me estoy inventando toda esta historia sobre mi padre y me estás castigando por ello.

—Tengo que marcharme —le dije.

—¿Vendrás a verme esta noche?

—Tengo que ir a casa de Saburov para la ceremonia inaugural del torneo. Rozental estará allí y es importante que lo vea.

—¿Vendrás cuando termine?

—Será tarde —contesté.

Anna me dio las llaves del apartamento y nos despedimos con un beso rápido. Cuando me marché era casi mediodía.

20

Crucé el dique izquierdo por el puente de Nicolás y paré en el Club de Arquitectos para llamar por teléfono. Lychev contestó enseguida.

—Justamente ahora estaba mirando la foto del joven León Pikser —dijo. Oí el sonido de algo parecido a un lápiz tamborileando sobre un cristal y pensé en el tarro que Lychev había traído a mi oficina—. No era ni de lejos tan apuesto como Catherine decía, ¿no cree?

—No se encontraba en su mejor momento cuando le vi —contesté.

—¿Estaba Catherine enamorada de él? —preguntó—. Enamorada de verdad, quiero decir.

—¿A qué se refiere? —repliqué.

—Buena pregunta —dijo Lychev con una risita, y continuó—: Pikser publicó algunos de sus poemas en Moscú. De ellos se desprende que, en su opinión, el abuso del vodka y del sexo es un acto de rebelión política. Al parecer, otro de sus argumentos es que el deber primordial del arte es reflejar las grandes cuestiones con que se enfrenta la sociedad. Hay un poema titulado «Manifiesto para al alma», un desastre desde el punto de vista estético, por supuesto, en el que lleva su razonamiento un poco más lejos. Según él, los escritores no solo tienen la responsabilidad de expresar su opinión, sino que deben involucrarse. Todo muy infantil y aburrido.

—¿Es este el resultado de sus pesquisas sobre Pikser?

—En absoluto —contestó imperturbable—. En la casa de la calle Kirochni no ha parado de entrar y salir gente interesantísima.

—¿Alguien que conozca?

—La verdad es que sí: su amigo Kopelzon, por ejemplo.

Me apoyé en el tabique de la cabina y pregunté:

—¿Kopelzon?

—Sí.

—¿Y qué hacía allí?

Me volví para examinar el vestíbulo del club a la vez que trataba de poner orden en mis ideas. Un hombre de traje azul oscuro, ataviado con un cuello ruso pasado de moda, se sentó en un sillón. Desdobló un periódico y se puso a leer. Me giré otra vez.

—Todavía no estoy en condiciones de responder a esto —dijo Lychev—, pero no deja de ser curioso, ¿no cree? Prueba que existe una relación entre Pikser y Kopelzon.

—Pikser no llegó a ir a la casa de la calle Kirochni.

—Eso no impide que hubiera una relación. El hecho de que ambos conocieran la casa lo demuestra.

—¿Está usted seguro?

—Tengo hombres vigilando la casa desde un apartamento al otro lado de la calle. Kopelzon ha llegado esta mañana, ha estado allí una hora y luego se ha marchado. Al poco rato ha salido otro hombre. Lo he mandado seguir pero al parecer solo ha comprado pan y cigarrillos y ha regresado a la casa.

—¿Y sabe quién es?

—No.

—¿Qué aspecto tenía?

—Es de altura mediana, más bien fornido, tiene el pelo oscuro y corto, luce bigote y aparenta unos treinta y cinco años de edad. Un hombre corriente en todos los sentidos. ¿Por qué lo pregunta? ¿Lo conoce?

De pronto pensé en el polaco inquieto que se había presentado en A l'Ours buscando a Kopelzon.

—No —contesté.

—Le recomiendo encarecidamente que se mantenga lejos de Kopelzon por lo menos durante unos días. Adiós.

—¡Espere! —exclamé antes de que colgara—. ¿Hay alguna posibilidad de que los informes de la policía de Kazan sean incompletos?

—¿Incompletos en qué sentido?

—¿Pudieron pasar por alto, por cualquier razón, el asesinato de una anciana?

—En teoría, todo es posible. Al fin y al cabo, los policías son humanos y cometen errores. Algunas veces se traspapelan expedientes; otras, se olvidan nombres. ¿Por qué lo pregunta?

—Por la cuarta víctima, el intruso que murió tras colarse en una casa.

—¿Qué sabe de él?

—¿Es posible que durante ese robo una anciana fuera asesinada o, al menos, resultara gravemente herida?

—¿Tiene usted alguna razón para pensar que pasaron más cosas que lo que sugiere el informe?

—Tengo información de un suceso muy similar, ocurrido en Kazan, también en agosto de mil ochocientos ochenta y nueve. Me cuesta creer que

se trate de una casualidad.

—Indagaré sobre ello —prometió Lychev.

Me giré otra vez para inspeccionar el vestíbulo. El hombre de traje azul seguía sentado en el sillón. Apenas se esforzaba en fingir que leía el periódico.

—Creo que me están siguiendo —declaré.

—¿Desde dónde llama?

—Estoy en el Club de Arquitectos. Hay un hombre en el vestíbulo y estoy seguro de que me está vigilando.

—¿Tiene usted preparada su coartada?

—No quiero obligar a nadie a mentir por mi culpa.

Lychev dejó escapar un resoplido de irritación.

—Le recomiendo que piense en algo rápido. Algo sencillo y que se ajuste a la realidad tanto como sea posible —concluyó, dando por zanjada la conversación.

Salí de la cabina y atravesé el vestíbulo hasta la puerta principal. El hombre del traje azul dobló el periódico y me siguió. Se subió al mismo tranvía que yo y, al llegar a la calle Sadovaya, se bajó en la misma parada. No nos separamos hasta que giré a la izquierda para entrar en mi despacho.

Al abrir la puerta vi a Minna detrás de su escritorio. Vestía una flamante blusa lila adornada con un lazo. Iba a darle los buenos días cuando ella me señaló a dos hombres sentados en un banco a su lado, donde a veces esperaban mis pacientes.

—Estos hombres desean hablar con usted, doctor —dijo Minna jugueteando nerviosa con el cuello de su blusa.

Yo sabía perfectamente quiénes eran pero tenía que seguirles el juego.

—Díganme —empecé—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Tenemos algunas preguntas que hacerle, doctor Spethmann —contestó el más alto de los dos—. Se trata del portero: Semevski.

—¿Semevski? No le comprendo. ¿Quiénes son ustedes y qué le ocurre a Semevski?

El hombre alto sonrió sin esforzarse en demostrar ninguna simpatía y declaró:

—El cuerpo de Semevski fue rescatado ayer del canal.

—¡Qué horror! —exclamé—. Entonces ustedes deben de ser inspectores de policía…

—Algo parecido —dijo el más alto dejando de sonreír.

Les ofrecí un té —que no aceptaron— y los hice pasar a mi oficina. Cuando me dirigía a mi escritorio, el más alto preguntó:

—¿Dispone de un certificado de afinidad política con el gobierno, doctor Spethmann?

—Mi afinidad política nunca ha sido cuestionada —respondí.

—Pues ahora lo está —dijo el otro hombre, mientras se quitaba el abrigo, lo doblaba y lo colocaba encima de su regazo.

Me quedé en silencio.

—¿Cuál fue la última vez que vio a Semevski? —preguntó el más alto.

—Le vi… —Tenía que esforzarme en no sobreactuar—. Déjeme pensar… No fue ayer… Fue anteayer, eso es. De camino hacia el trabajo, mi coche sufrió un accidente sin importancia, y él, muy amablemente, se ofreció a repararlo.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Por la mañana, pero no puedo decirle la hora exacta.

—¿Está usted seguro de que fue esa la última vez que vio a Semevski?

—Sí. Fue cuando subió para devolverme las llaves del coche, una vez reparado; pero se las entregó a mi secretaria, porque yo estaba con un paciente, así que no hablé con él.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. El más delgado tomó el mando.

—¿A qué hora salió usted de la oficina?

Me acerqué al escritorio y fingí consultar la agenda, como si necesitara refrescar mi memoria. El nombre de Rozental estaba anotado para la sesión de las siete.

—Tuve un paciente a las siete. Por lo general, las sesiones duran una hora, pero recuerdo que esta fue especialmente ardua y se alargó treinta o cuarenta minutos más.

—¿Qué hizo entonces?

Simulando de nuevo una actitud titubeante cuidadosamente calculada, como si me esforzara en recordar hechos de la vida cotidiana, dije:

—Tenía una cita para cenar a las diez en el restaurante A l’Ours, con un amigo. No había razón para pasar por mi casa, así que me quedé aquí revisando mis notas.

—¿A qué hora salió para ir al restaurante?

—Cerca de las diez.

—¿Le vio salir alguien?

—¿Cómo puedo saber si alguien me vio?

—¿Vio usted a Semevski?

Hice una pausa y contesté:

—No, ahora que lo pienso, él no estaba cuando abandoné el edificio.

Los dos hombres intercambiaron una breve mirada.

—¿Cómo se desplazó hasta el Donon?

—El A l'Ours.

—¿Cómo llegó hasta allí?

—Fui andando.

—¿Por qué fue andando si su coche estaba reparado?

—Quería hacer un poco de ejercicio.

—¿Alguien puede confirmar lo que acaba de decir?

—No se me ocurre nadie en este momento —respondí.

—¿A qué hora se marchó de la oficina su secretaria?

—Poco después de que llegara mi último paciente.

—¿Está seguro?

—Sí.

Intercambiaron otra mirada.

—Su secretaria afirma que se marchó a la misma hora que usted, poco antes de las diez.

Fruncí el entrecejo, sinceramente desconcertado.

—Se equivoca.

No entendía lo que pasaba. ¿Qué les había contado Minna? ¿Trataban acaso de tenderme una trampa?

—¿Quién era el paciente?

Titubeé.

—Se trata de algo confidencial que… —empecé a decir.

—Se trata de un asesinato —me interrumpió el más delgado—. ¿Cómo se llama el paciente?

—No puedo revelarle su nombre —contesté.

El hombre delgado se puso de pie con movimientos felinos y pausados, dejó el abrigo sobre la silla y se acercó a mi escritorio.

—Le ordeno que me entregue ahora mismo su agenda.

Cerré el libro y puse la mano encima para protegerlo, pero no estaba preparado para una reacción tan rápida y agresiva como la suya. De repente tenía la cabeza contra el escritorio, y me tiraban del pelo con violencia. Casi al mismo tiempo, recibí un tremendo golpe en la nuca.

El hombre cogió la agenda, la abrió y pasó el dedo por una de las páginas.

—Rozental —le dijo a su colega al aparecer por la puerta.

Tiró con desprecio la agenda sobre la mesa. Yo me senté muy lentamente. Sentía la nuca agarrotada y la boca llena de bilis.

—¿Hay algo más que cree que debería contarnos? —dijo el más alto—. Piénselo con cuidado.

—No —contesté—. No tengo nada más que contarles.

El más alto se volvió hacia su colega.

—Haz entrar a la mujer.

Protesté.

—¿Qué quieren ustedes de Minna?

Mi interrogador me dirigió una mirada de desdén.

—Siéntese, Spethmann, y mantenga la boca cerrada hasta que yo le diga que puede abrirla.

Hicieron entrar a Minna, que me miró un instante y luego bajó la cabeza con aire culpable.

El más alto se dirigió a ella.

—¿A qué hora salió de la oficina?

Minna respondió con voz apagada:

—Poco antes de las diez.

—El doctor Spethmann afirma que se marchó usted poco después de las siete. Y está muy seguro de ello.

Escruté las facciones de Minna en busca de alguna explicación. ¿Por qué decía eso?

—No —respondió ella devolviéndome la mirada—. Estuvimos los dos aquí hasta las diez.

—¿Cómo explica que el doctor no lo recuerde?

Minna hizo una pausa.

—Porque tal vez él quiera olvidarlo —dijo. Y añadió—: Olvidar lo que pasó… entre nosotros.

El hombre más alto se quedó observándola detenidamente y luego se giró hacia mí.

—¿Se lo montó con su secretaria, doctor Spethmann? ¿Así que era eso?

—Me niego a contestar a esa pregunta —repliqué—, o a cualquier otra.

El más alto de los dos se rascó el caballete de la nariz con el índice izquierdo, suspiró y se puso en pie. Ya en la puerta declaró:

—Volverá a saber de nosotros, doctor Spethmann.

Minna se quedó donde estaba, frente a mí. Oímos la puerta exterior, que se abría y luego se cerraba. Minna se giró para salir.

—¿Minna?

Pero ella fingió no haberme oído y salió de la habitación.

Lo admita o no, todo psicoanalista trata a pacientes que lo aburren. Ese día tuve la poca fortuna de verme obligado a escuchar al joven empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores, que me obsequió con sus depravadas hazañas y batidas por el Vyborg en busca de víctimas. A continuación vi a la esposa de un comerciante de maderas —una pedante insoportable— cuyo principal motivo de queja era la falta de refinamiento de su marido. Quizá debería agradecerles la distracción que me proporcionaron, pero lo único que yo quería era hablar con Minna. ¿Qué le había llevado a mentir por mí?

Cuando al fin despedí al último de mis pacientes tuve oportunidad de hablar con Minna en privado. La encontré sentada a su escritorio, poniendo al día su agenda.

—He intentado contactar con Rozental una vez más, pero no responde al teléfono —dijo como si tal cosa.

Me senté en el banquillo que había al lado de su mesa y pregunté:

—¿Qué ocurre, Minna?

Minna se mordió los labios e hizo un gesto de negación con la cabeza. Nada más.

—¿Por qué mintió a esos hombres?

—Si me disculpa, doctor, debo terminar con la correspondencia antes de irme.

Empujó la silla hacia atrás, asió un fajo de papeles y se fue hacia el archivador. Allí fingió concentrarse en clasificar algunos papeles. Me levanté y me quedé de pie detrás de ella.

—Se ha arriesgado usted mucho actuando así —le dije.

—Lo hice para ayudarlo —contestó articulando con mucho cuidado cada una de sus palabras para no tener que repetirlas.

Le puse una mano en el hombro. Minna se quedó paralizada un momento y luego se giró con los ojos muy abiertos y cara de susto, como si pensara que yo iba a atacarla. Retiré rápidamente la mano.

—Lo siento —le dije—. No quiero que se meta en problemas por mi culpa.

Una vez clasificados los papeles, Minna cerró el archivador, volvió a su sitio y cogió una estilográfica.

—No quiero hablar de eso nunca más —declaró.

21

Cuando llegué a la ceremonia inaugural, Saburov, como presidente del Club de Ajedrez de San Petersburgo, ya había empezado su discurso. Me abrí paso entre la muchedumbre hasta alcanzar las ventanas de estilo francés que había en el otro extremo del salón de baile mientras examinaba los rostros a mi alrededor. De los jugadores, alcancé a ver a Capablanca y también a Bernstein, pero no conseguí divisar a Rozental. Saburov estaba agradeciendo al comité organizador el esfuerzo realizado, y a los patrocinadores, su generosidad. Cuando mencionó el donativo del zar Nicolás, consistente en mil rublos, hubo una salva de respetuosos aplausos.

—Este torneo —salmodió Saburov—, que conmemora el quincuagésimo aniversario del Club de Ajedrez de San Petersburgo, es el más importante que se haya visto nunca en la historia del ajedrez. El comité ha decidido invitar únicamente a los vencedores de torneos de grandes maestros internacionales, esto es, maestros que han salido victoriosos tras justa competición con los mejores entre sus iguales. —Saburov sonrió, disfrutando sin duda con cada segundo en que era el centro de atención—. Estamos por lo tanto encantados de darle la bienvenida al doctor Lasker, actual campeón del mundo.

Hubo una segunda salva de aplausos, en esta ocasión, menos comedida. Alcancé a ver a Lasker inclinándose para expresar su agradecimiento. Era la primera vez que le veía en persona. A pesar de su poca altura y su aspecto común y corriente, emanaba una determinación que no le hacía pasar desapercibido.

—Procedente de Cuba —anunció Saburov, prosiguiendo con el programa —, tenemos entre nosotros al hombre conocido como «la máquina de ajedrez»: el señor José Raúl Capablanca.

Cuando el público aplaudió y vitoreó, el elegante cubano inclinó la cabeza gentilmente. Lasker era el campeón del mundo, pero la auténtica celebridad era Capablanca. Este dirigió una mirada a Lasker; el joven león observando al viejo: era bien sabido que se aborrecían mutuamente. Capablanca era muy guapo; con su negro cabello liso y brillante, y sus ojos centelleantes, irradiaba una increíble seguridad en sí mismo. Rodeado por un corro de impresionados admiradores de expresión petrificada y sonrisa boba —en el que había un

gran número de mujeres—, Capablanca parecía irresistiblemente predestinado a triunfar, al contrario de Rozental.

Saburov continuó:

—Hace cinco años, aquí en San Petersburgo, algunos de ustedes presenciaron una partida hoy legendaria. Fue una de las escasas derrotas del doctor Lasker, pero estoy seguro de que, siendo como es un hombre de gran deportividad, el campeón del mundo no pondrá objeciones a que les recuerde su épico encuentro con Avrom Chilowicz Rozental.

Comenzaron los aplausos, pero no tardaron en interrumpirse al no encontrar Saburov a Rozental entre los allí congregados.

—¿Está aquí Avrom Chilowicz? —preguntó con cierto aire lastimero.

Todos se giraron y dirigieron una mirada inquisitiva al que tenían al lado.

—No he podido convencerle de que viniera —susurró una voz cerca de mí. Era Kopelzon—. No hay nada de que preocuparse. Avrom nunca asiste a este tipo de eventos.

Saburov hizo una pequeña broma sobre la legendaria modestia de Rozental y continuó con su discurso.

—¿Cómo está Avrom? —le susurré a Kopelzon.

—Bastante bien —me respondió en voz baja—. Podrá jugar, que es lo que importa.

A continuación, Saburov presentó al americano, Marshall.

—Avrom juega su primera partida mañana contra Marshall —dijo Kopelzon—. Es un jugador más astuto que táctico, y no muy profundo. Avrom puede vencerle con facilidad.

Aplaudimos al resto de participantes a medida que iban siendo presentados: Tarrasch, Alekhine, Nimzowitsch, Blackburne, Janowski, Bernstein y Gunsberg.

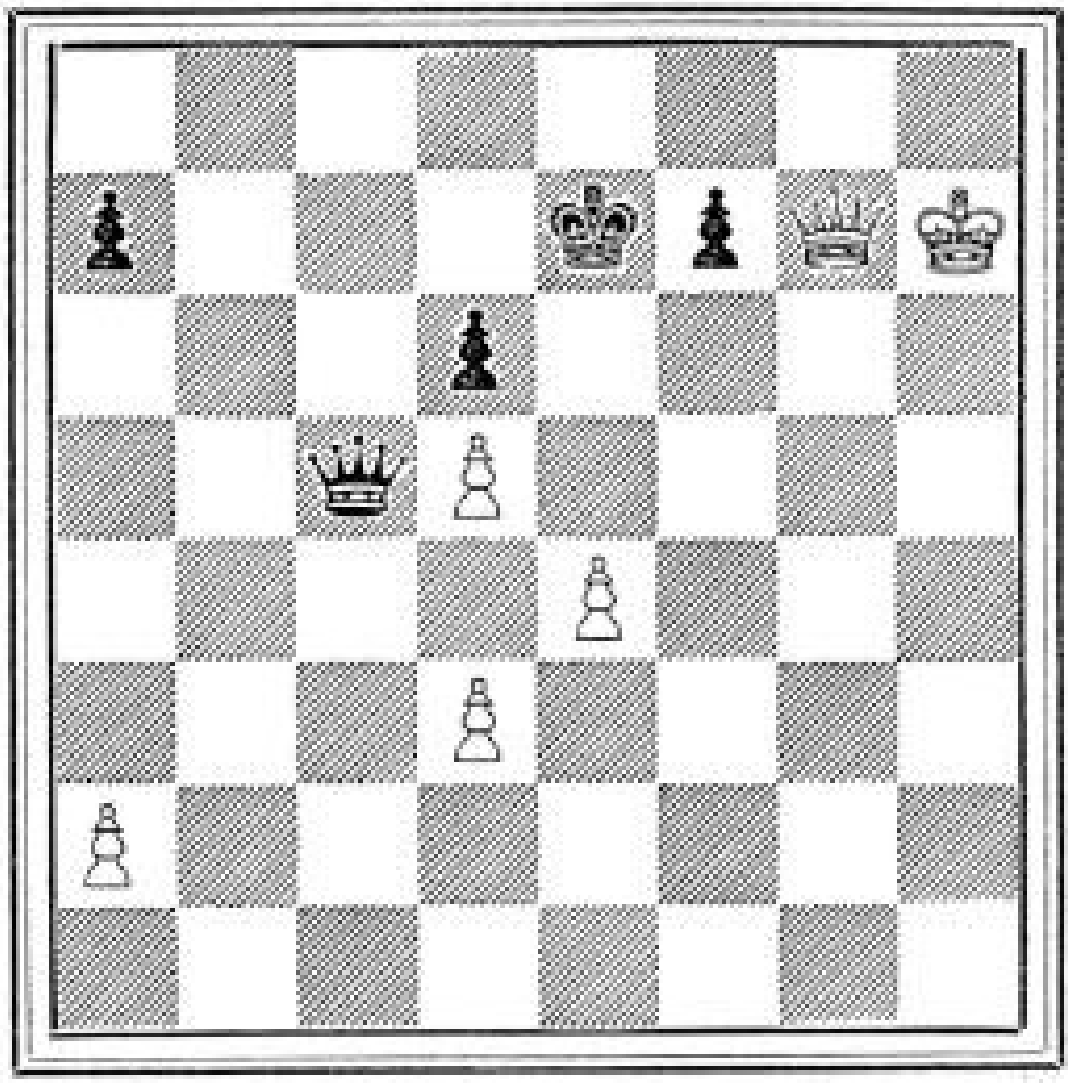
—Solo Lasker y Capablanca presentan un inconveniente serio —dijo Kopelzon, levantando un poco la voz para hacerse oír entre los aplausos—. El resto son carne de cañón.

Saburov movió la mano para acallar al público.

—Tengo un último pero muy importante y emocionante anuncio que hacer —dijo adoptando un tono de gravedad—. Como ya saben, de acuerdo con el sistema de juego, habrá un torneo preliminar en el que los once participantes jugarán una partida con cada uno de los otros. Los cinco mejor clasificados en el torneo preliminar jugarán entonces una segunda eliminatoria a dos partidas por enfrentamiento. El vencedor de esta segunda eliminatoria, el ganador del torneo de San Petersburgo de mil novecientos

catorce, tendrá el inestimable honor… —Saburov hizo una pausa para conseguir mayor dramatismo— de ser invitado al palacio de Peterhof por Su Alteza Imperial, el zar Nicolás II, para recibir el título de gran maestro internacional.

El público prorrumpió en una frenética salva de vítores y aplausos. Kopelzon estaba exultante y saludaba con una sonrisa radiante a sus amigos y admiradores, pero yo no podía mirarlo sin sentir enojo y dolor. Si conocía la casa de la calle Kirochni, tenía que saber algo de Yastrebov, por lo que su supuesta preocupación por mí y Catherine, y su indignación por nuestra detención, eran fingidas e hipócritas.



Spethmann-Kopelzon
Después de 44… Re7. Kopelzon afirma que es tablas. ¿Tiene razón o es un farol?
¿Disponen las blancas de una buena continuación?

Kopelzon, tan ajeno como siempre al estado de ánimo de los demás, dijo alegremente:

—Parece el momento más propicio para decirte mi jugada, Otto: 44… Re7. —Observó mi reacción y añadió—: Nos queda rey y dama a cada uno. Disponemos del mismo número de piezas para defender o atacar mi peón en f. De verdad, no puedo imaginar cómo pretendes conseguir alguna ventaja.

Quizá Kopelzon tuviera razón, pero no me importaba: yo quería ganar o, mejor dicho, derrotarlo. Me concentré en visualizar la posición. Si yo jugaba 45. Rg8 para atacar su peón, él solo tenía que responder con 45… Dc8+, así que jugué 45. Dg5+. Esto no aportaba nada a la captura del peón, pero encerraba una trampa.

Kopelzon sonrió afablemente.

—De verdad, Otto… ¿No te da reparo intentar un truco tan rastrero como este? ¿Piensas realmente que te voy a permitir darme jaque mate en la última fila? Mi jugada: 45… Re8.

—46. Rg8.

—Veo que sigues empeñado en capturar mi peón en f, ¿eh, Otto? Pues no vas a conseguirlo. 46… Dc7.

Jugar al ajedrez sin el tablero delante, al menos más de uno o dos movimientos, estaba fuera de mi alcance. Incluso con tan pocas piezas en el tablero, me costaba seguir el hilo de la partida, y Kopelzon lo sabía perfectamente.

—¿Vendrás mañana a ver la primera partida de Rozental? —dijo Kopelzon con suma condescendencia—. Tráeme tu jugada entonces.

Un camarero se acercó y nos llenó las copas con champán.

—Ven a conocer a Lasker —me dijo—. Saburov nos ha presentado hace un rato y, ¿sabes qué?, Lasker me ha felicitado por mi actuación del verano pasado en Viena. ¿Puedes creerlo? El campeón mundial estuvo presente en mi concierto. Me ha dicho que mi recital lo hizo llorar de emoción.

—Tu fama traspasa fronteras, Reuven.

—Eso parece —contestó sin ironía—. Permíteme que te lo presente. Es una persona fascinante. No hay un solo tema sobre el que no sea capaz de conversar: filosofía, política, economía, religión… Estará encantado de conocerte.

—Quizá más tarde.

—Como quieras —contestó decepcionado—. Por cierto, ¿irás a mi recital en el Mariinski la semana próxima? Voy a interpretar una selección de partitas y sonatas de Bach. Me han dicho que el zar estará presente. No se lo cuentes a nadie; no les gusta que estas cosas se divulguen con demasiada antelación. Será algo muy exclusivo —me dio un codazo amistoso en las

costillas—, pero conseguiré que hagan una excepción contigo. Apúntalo en tu agenda. El día veintiséis. Yo me encargo de las entradas.

Me dio una palmada en la espalda y me hizo prometer que no me marcharía antes de que me presentara a Lasker.

Pasé una hora de aburrida cháchara con varios conocidos del Club de Ajedrez de San Petersburgo. Después de que nos presentaran sin mucha ceremonia, intercambié algunos cumplidos con Herr Tarrasch, y también con el inglés Blackburne, que al parecer había estado en Yegorov y encontró maravillosamente tonificante la experiencia.

Pregunté a un criado si podía usar el teléfono. Marqué el número del apartamento de la avenida Bolshoi, pero nadie contestó. Pensé en llamar al domicilio de Anna pero no quise arriesgarme a que contestara su marido. Volví a marcar.

—¿Dónde estás? —me preguntó Catherine.

—En casa de Saburov. Esta noche se celebra la ceremonia de inauguración. ¿Ha llamado alguien preguntando por mí?

—No. ¿Esperabas a alguien?

—A nadie en particular —mentí—. ¿Qué has estado haciendo?

—He tenido una visita —contestó.

—Eso está bien. ¿Quién era?

—Mintimer Sergueievich.

—¿Quién?

—Lychev. Este es su nombre completo: Mintimer Sergueievich Lychev.

—¿Qué quería Mintimer? —pregunté con acritud.

Catherine estaba extrañamente tranquila.

—Nada. Solo hablar. Nada de lo que dijo tenía relación alguna con León o los asesinatos. Resulta que, para ser un policía, es un tipo muy poco común. Oyéndole hablar sobre la situación de los trabajadores en el Vyborg pensarías que estás escuchando a Petrov.

—Catherine. Escúchame. Lychev no tiene ningún derecho a ir a visitarte. Si intenta hacerlo otra vez debes negarte a verlo. ¿Me has entendido?

Se hizo un largo silencio. Imaginé que hacía un mohín y la línea oscura que unía sus cejas descendía.

—Te pasas la vida acusándome de que no te cuento nada —dijo con sequedad—. ¿Y qué pasa cuando lo hago? Que empiezas a entrometerte y a darme órdenes.

—No te estoy dando órdenes —repliqué—, pero Lychev es un hombre muy peligroso. Te prohíbo que vuelvas a verlo.

—¿Y con quién te estás viendo tú? —preguntó ella con un tono triunfal y a la vez vengativo.

—Catherine, se trata de tu bienestar. De tu seguridad.

—¿Pensabas que no iba a enterarme?

No me encontraba de humor para aguantar una regañina de mi propia hija.

—Podemos hablar de Anna Petrovna más tarde, si quieres, pero mantente apartada de Lychev, hazme caso.

—Me prometiste que no la verías nunca más, pero lleva casi un año siendo tu paciente…

—Ya basta, Catherine. Esto no te incumbe.

—Y el hecho de que sea tu amante, ¿tampoco me incumbe?

Hasta la paciencia de un padre comprensivo tiene sus límites.

—No —contesté de forma seca y tajante—. No te incumbe en absoluto.

Catherine colgó el teléfono.

Mientras esperaba que me trajeran el sombrero y el abrigo noté la presencia de alguien junto a mí. Me giré y vi a Peter Arseneievich Zinnurov.

—¿Qué le hace creer que tiene usted derecho, Spethmann, a husmear en la vida de otros?

Yo no estaba de humor para aguantar un sermón de la Montaña ni de nadie. Con el abrigo colgando de un brazo y el sombrero en la mano hice un gesto para abrirme paso, pero él me detuvo poniéndome una mano en el pecho.

—Kazan pertenece al pasado. A nadie le importa. Ya tenemos suficientes problemas en la época en que vivimos. Hay terroristas y revolucionarios; Alemania y Francia amenazan con una guerra; mucha gente pasa hambre… ¿Qué es Kazan comparado con esto?

¿Cómo se había enterado de mis pesquisas sobre Kazan? Zinnurov me leyó los pensamientos al instante.

—Usted no conoce en absoluto a mi hija —dijo—. Ella me lo ha contado todo. Así es, Spethmann. Vino a verme y me contó cómo la acosó, la intimidó y cómo le hizo decir lo que usted quería.

Yo no sabía qué pensar de todo aquello, pero decidí que ya había oído bastante. Esta vez, cuando intentó detenerme, lo empujé hacia un lado. Se

tambaleó, pero enseguida recuperó el equilibrio. Los criados se quedaron vigilando, preparados para intervenir.

—Buenas noches, señor —me despedí.

—Buenas noches, doctor Spethmann —dijo una voz débil y grave a mi izquierda.

Mi interlocutor vestía un uniforme de coronel de la Caballería Real. Me tendió la mano.

—No hemos sido presentados —dijo. El apretón del viejo soldado fue atento pero firme—, aunque creo que conoció usted a uno de mis empleados.

—Ah, ¿sí? —repuse—. ¿A quién se refiere?

—A Semevski —contestó.

Por un momento, aun sabiendo perfectamente con quién estaba hablando, pensé que iba a decirme que era el propietario del edificio.

—Espero que disfrute del resto de la velada, doctor Spethmann —dijo con una reverencia el coronel Gan, antes de continuar subiendo la escalera en compañía de Zinnurov, en dirección al salón de baile.

Salí a buscar mi coche, que había aparcado en el patio trasero de la casa de Saburov. Faltaban pocos minutos para las diez de la noche pero aún había luz. Pronto llegaría nuestro esperado sol de medianoche. Estaba a punto de entrar en el automóvil cuando Kopelzon se apresuró a impedírmelo.

—Pensé que querías que te presentara a Lasker… —dijo con aire ofendido.

—Pensé que eras tú quien estaba interesado en hacer tal presentación —dije entrando en el coche.

Kopelzon trató de agarrarse a la puerta.

—¿Por qué importante razón vas a dejar escapar la oportunidad de conocer al campeón mundial? Se trata del hombre a quien Rozental debe vencer, después de todo.

—¿En qué clase de lío te has metido, Reuven? —le pregunté.

Kopelzon frunció el ceño como si estuviera hablando con un idiota, y luego sonrió con visible esfuerzo.

—¿De qué me estás hablando, Otto?

—Ya eres mayor, así que supongo que lo que hagas es asunto tuyo, pero no te perdonaré que hayas arrastrado a Rozental.

Un centelleo de inquietud apareció en su mirada.

—No sabes de qué estás hablando.

Me quedé mirando fijamente a mi amigo.

—Ruego a Dios que no le pase nada malo a Rozental por tu culpa. No creo que quieras cargar con esto en tu conciencia.

—No me hables de conciencia, Otto —replicó con enfado—. Mi conciencia se encuentra perfectamente, algo que no puede decirse de la tuya.

Solté el embrague y el coche empezó a moverse. Kopelzon se puso a correr a mi lado, con la mano asida todavía a la puerta.

—¡Mantente alejado de Rozental, Otto! —gritó—. Hazme caso.

Apreté el acelerador, el coche aumentó la velocidad y, finalmente, Kopelzon se soltó. Alcancé a verlo una última vez por el retrovisor, mientras me seguía con la mirada y jadeaba.

En la esquina de la avenida Liteini vi un cartel que anunciaba el inminente concierto de Kopelzon en el Mariinski. La última vez que lo había visto actuar allí fue electrizante, y los ramos de flores llovieron sobre el escenario. Del mismo modo que ocurre con todos los grandes músicos, la interpretación de Kopelzon apelaba a los más altos sentimientos de hombres y mujeres. Aquella noche tuve la sensación de que yo podía ser una persona mejor y vivir el resto de mi vida sin mezquindades, rencores ni envidias. La manera en que Kopelzon saboreaba sus triunfos no era, tal vez, tan sublime como los sentimientos que inspiraba en su público. Nunca le había tenido en cuenta aquellas demostraciones de vanidad u orgullo, pero en ese momento solo podía pensar en el alcance de su traición.

22

Se me ocurrió que entre los que revoloteaban por el vestíbulo del Astoria podía haber alguien esperando a ver quién visitaba a Rozental, pero yo no tenía tiempo para preocuparme por tal posibilidad. Fui a paso ligero hasta los ascensores y subí hasta la cuarta planta.

Recorrí un largo pasillo en la parte delantera del edificio, iluminado por brillantes lámparas eléctricas. Había floreros con rosas blancas distribuidos sobre mesas de caoba; reproducciones de escenas bélicas de Vereschagin colgaban de las paredes, así como algunas acuarelas pintadas por aficionados, que representaban varios monumentos históricos de la ciudad, entre los cuales —ese me llamó especialmente la atención— había uno del puente Politseiski, donde Gulko fue asesinado. Llegué a la habitación de Rozental, la 442. Llamé a la puerta y esperé. Oí un sonido de pies arrastrándose, pero la puerta siguió firmemente cerrada.

—Avrom Chilowicz —lo llamé, aporreando la puerta—. Soy yo, el doctor Spethmann. Tengo que hablar con usted.

Unos momentos después la puerta se abrió y allí estaba Rozental, parpadeando y sin afeitar. Vestía pantalones y chaleco de un mugriento traje azul oscuro, y una camisa sin cuello entreabierta, e iba descalzo. Su rostro abotargado mostraba la palidez sudorosa de un preso. Rozental entrecerró los ojos, como si tratara de identificarme.

—¿Puedo pasar? —le pregunté.

Se retiró un poco para dejarme pasar, más por apatía o inveterados hábitos de deferencia que por curiosidad o educación.

La habitación era un horno, y en el aire viciado flotaba una empalagosa mezcla de humo de cigarrillos, el olor de restos de comida y de varias noches sin dormir y sin ventilar. Había ropa y toallas desparramadas sobre la cama, los muebles dorados y las alfombras orientales que cubrían el suelo. En una elaborada mesa de patas con forma de garras reposaba un pequeño tablero de ajedrez y, junto a él, un espectacular desbarajuste de papeles arrugados llenos de notas garabateadas.

—¿Cómo va de apetito, Avrom? —pregunté al tiempo que señalaba una bandeja de comida sin tocar sobre la cama.

Me dirigió una mirada fugaz, como si no entendiera la pregunta.

—Asistí a la ceremonia inaugural en casa de Saburov —continué, buscando la manera de entablar conversación—. Pensé que le encontraría allí.

Rozental no dio señal alguna de haberme oído y se acercó con paso inseguro al tablero. Yo lo había interrumpido pero él iba a volver a su tarea, tanto si me encontraba allí como si no. Reconocí la posición en el tablero. Era la famosa victoria de Marshall sobre Capablanca, el año anterior en La Habana, que publicaron todas las revistas de ajedrez.

—Avrom —dije—, tengo que hacerle una pregunta acerca de Kopelzon. —Rozental alargó la mano para mover una torre pero pareció dudar—. ¿Le ha pedido Reuven Moiseievich que haga algo por él?

Rozental cogió la torre y empezó a rascarse el cuero cabelludo.

—¿Qué le pidió Kopelzon que hiciera, Avrom? —insistí, tratando de persuadirlo con el mayor tacto posible—. Nada de lo que me diga saldrá de aquí. Quedará estrictamente entre nosotros.

Rozental inclinó la cabeza y empezó a refunfuñar mientras sus dedos seguían rascando su oscuro pelo cortado casi al rape.

—Dígame, Avrom —dije—, ¿qué es lo que Kopelzon quiere que haga?

De repente, igual que un niño al que le da un berrinche, Rozental lanzó la torre contra una lámpara vulgar que había en un rincón de la habitación, irritado, pensé, por mi interrogatorio. Pero entonces rezongó:

—¿Por qué cambiar la torre aquí? —Me miró con una expresión de súplica en la cara, como si me estuviese implorando que lo ayudara a resolver un misterio que lo había estado atormentando toda su vida—. ¿Por qué?

Volví a mirar el desorden reinante en aquella habitación de aire viciado y tomé una decisión.

—Avrom, quiero que venga conmigo. No se alarme. Le llevaré a casa, a mi casa. Me aseguraré de que esté bien atendido. Necesita comer y descansar para mañana estar en condiciones de enfrentarse con Marshall.

No sé si Rozental entendió algo de lo que le dije, pero no opuso resistencia y se dejó llevar hasta la cama, donde le obligué a sentarse para ayudarlo a ponerse los calcetines y los zapatos.

—Ahora voy a recoger su ropa. ¿Por qué no guarda su juego de ajedrez?

Rozental se quedó mirando, inmóvil y desconcertado, mientras yo andaba por la habitación recogiendo su ropa y le hacía la maleta. Finalmente, como si acabara de comprender lo que yo le había pedido que hiciese, se acercó a la mesa y empezó a colocar las piezas de ajedrez en su caja.

—Falta una torre —dijo mirando ansiosamente por todas partes.

—La lanzó por allí, Avrom —dije señalando la lámpara—. ¿Se acuerda?

Se puso enseguida a cuatro patas para buscarla. Yo estaba vaciando los cajones del tocador cuando, de repente, se abrió la puerta.

Kopelzon fue el primero en entrar. No mostró ninguna sorpresa al verme, pero se hizo a un lado para dejar pasar a un hombre de complexión robusta y estatura mediana. Era un poco más grueso que en la famosa fotografía policial, tan querida por la prensa, y la edad había domesticado su rebelde pelo, que empezaba a ralear. El poblado mostacho y la elegante ropa que lucía le daban una apariencia de burgués serio y respetable. Si no hubiera estado pensando en él, dudo que hubiese reconocido al terrorista más buscado del imperio. Berek Medem empuñaba un arma con la mano derecha.

Su mirada se dirigió hacia Rozental, que seguía en el suelo, buscando la torre extraviada sin prestar atención a los recién llegados. Luego se giró para examinarme.

—Este debe de ser Spethmann, ¿no?

Kopelzon asintió lentamente con la cabeza.

—¿Por qué tuviste que venir, Otto? —preguntó—. Te advertí que no lo hicieras. ¿Por qué no dejaste las cosas como estaban?

—Porque «como estaban» no estaban bien, Reuven —contesté.

Medem se volvió hacia Kopelzon.

—Si desde el principio no le hubieras metido en esto, ahora no estaría aquí. ¿En qué estabas pensando cuando llevaste a Rozental a visitar a un psicoanalista?

La voz del terrorista polaco era realmente cautivadora: sonora, grave y llena de convicción. Su ruso era perfecto. En su pronunciación no había rastro del acento gutural propio de los hablantes de yiddish. Lo habría tomado por un ciudadano de San Petersburgo culto, no por el matón que había crecido en la calle Smocza del gueto de Varsovia y se había graduado en la prisión de Pawiak, el asesino de un sinnúmero de policías, recaudadores de impuestos, confidentes y espías.

—Rozental se estaba desmoronando —protestó Kopelzon con indignación —. Tú estabas en Moscú y tuve que tomar una decisión.

—Bien, pues te equivocaste —dijo Medem con naturalidad. Se recogió un poco los pantalones para sentarse y dejó el arma en su regazo—. Y ahora me tocará arreglarlo a mí.

—¿Arreglarlo? —preguntó Kopelzon.

—Quiere decir que me va a matar —dije yo.

—No seas ridículo —dijo Kopelzon con un bufido girándose hacia Medem.

Medem se encogió de hombros.

—Tu amigo tiene razón. Lo ha adivinado.

—¡No puede ser! —protestó Kopelzon.

—La única razón por la que no lo supe todo desde el principio… —empecé a decir.

—¡Cállate, Otto! Tú no sabes nada. Nada de nada.

—Fingir que no sé nada no va a salvarme la vida, Reuven. Tu amigo ya ha tomado una decisión.

Kopelzon echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido melodramático.

—La única razón por la que no lo vi antes es por lo inverosímil y atroz que resulta todo.

—Estos son los proyectos que suelen tener éxito —dijo Medem con soltura y con una sonrisa dibujándose en sus labios—. Cogen al enemigo desprevenido.

—¿De quién fue la idea? —pregunté mirando primero a uno y luego a otro.

Kopelzon fue el primero en hablar.

—Cuando nos enteramos de que el zar iba a recibir en el palacio de Peterhof al vencedor del torneo —dijo—, pensé: «¿El vencedor en una habitación a solas con el gran tirano? Es la ocasión perfecta…».

—¿Y pensaste en convertir a Rozental en un asesino?

Miramos al jugador de ajedrez, que en ese momento tenía una mano extendida bajo el tocador y buscaba a tientas la pieza perdida, y había empezado a gimotear.

—Pensamos proponérselo, es judío y polaco, después de todo, y lo tanteamos para ver qué pensaba —replicó Medem—, sin especificar demasiado, sugiriéndolo casi como una broma.

—Y sin duda no dejó pasar la oportunidad de convertirse en un mártir por la libertad de Polonia —dije.

—La verdad es que no fue así —replicó Medem poniéndose serio—. Más bien se enfadó. Yo no era consciente de lo trastornado que Rozental estaba realmente.

—Afortunadamente estaban preparados para esa contingencia —dije— y tenían un doble.

Medem se permitió una sonrisa.

—No fue demasiado difícil. En el gueto hay cientos de hombres como Rozental: tipos morenos, bajos y fornidos que solo destacan porque todos son iguales. Yo mismo tengo dos tíos que se le parecen. De hecho, una de mis tías guarda un asombroso parecido con Rozental. —Medem se rio de su propia broma—. Los guardias del palacio de Peterhof no sospecharán de un simple jugador de ajedrez. A nuestro hombre le será fácil colarse entre ellos. Me han dicho que usted mismo lo confundió con Rozental en un restaurante…

—Rozental se enteró de que había un doble, ¿verdad?

—Fue un accidente —dijo Kopelzon a la defensiva—. Yo lo había arreglado todo para que él estuviera cenando fuera mientras el doble venía aquí para probarse su ropa. Pero Rozental apareció de improviso y se encontró frente a frente con un hermano gemelo vestido con su ropa, y un bigote y corte de pelo idénticos al suyo. Eso lo alteró terriblemente. Fue entonces cuando lo llevé a tu consulta.

Rozental soltó tal grito de frustración que los tres nos giramos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Medem.

—Está buscando una pieza de ajedrez —contesté—. Una torre.

Medem examinó aquella figura postrada e inquieta durante unos instantes.

—Para que el plan funcionara —dije—, Rozental tenía que ganar el torneo. ¿No le parece que dejan demasiadas cosas al azar?

—No tiene nada que ver con el azar —replicó Kopelzon excitado—. El ajedrez es un juego de lógica pura y Rozental está en su apogeo. En los dos o tres últimos años ha sido prácticamente imbatible.

—En cada torneo pasa algo inesperado. —Me apresuré a replicar—. Ocurren sorpresas, y jugadores experimentados pierden ante otros más flojos. Si quieres un ejemplo, piensa en nuestra partida. Nunca he conseguido ganarte, Reuven, eres un jugador mucho mejor que yo, pero te llevo ventaja. Esta vez, por lo menos.

—Ya te he dicho que sobreestimas tu posición, Otto —contestó Kopelzon —, y a estas alturas al menos deberías haber aprendido esto.

Berek Medem se levantó. Yo me quedé inmóvil.

—Resístase, si quiere. Pida auxilio, ¿por qué no? Lo único que conseguirá es que todo el que se interponga muera. Y por supuesto usted el primero, una hora antes de que llegue su momento.

Notaba algún sentido más aguzado —el olfato, por ejemplo—, pero otros —como el oído y el tacto— parecían embotados. Recuerdo que mi visión periférica era borrosa; que solo era capaz de ver frente a mí y de forma muy

restringida, como si lo mirara a través de un telescopio puesto del revés. Tenía la sensación de que Berek Medem me dirigía desde un punto lejano.

—Quiero escribir una nota a mi hija.

Berek Medem consideró por un momento mi solicitud, pero —no sin cierto pesar, me pareció percibir— negó con la cabeza. No tenía sentido insistir, así que dije:

—Permítame por lo menos despedirme de Rozental.

—Sea breve —contestó Medem.

Me volví y me puse en cuclillas al lado de mi antiguo paciente. Rozental se giró momentáneamente hacia mí. Tenía los ojos grandes y ausentes.

—No la encuentro por ningún lado —me confió.

De pequeña, Catherine siempre perdía las cosas que más quería —un libro, sus lápices de colores, uno de sus juguetes preferidos, etcétera—, y se lamentaba desconsoladamente porque creía que se habían perdido para siempre.

Extendí el brazo por debajo del pedestal de la lámpara y enseguida encontré la torre perdida. Rozental la cogió y se puso a examinarla de la misma manera que solía hacer Catherine cuando yo recuperaba cosas que ella había perdido, como si estuvieran imbuidas de algo mágico. ¿Cómo, si no, podía reaparecer un objeto que se había esfumado? Rozental puso cara de alivio. Lo ayudé a levantarse.

—Que tenga suerte mañana, Avrom —le dije—. Trate de descansar.

Le di un abrazo, lo cual lo desconcertó de la misma manera que uno se desconcierta cuando alguien a quien conoce solo de vista lo abraza con inesperada efusividad.

—No se preocupe por él —dijo Medem—. Tengo mucho interés en que esté en la mejor forma posible. —Se giró hacia Kopelzon—. Haz que coma algo y se eche a dormir. Acompáñalo al lugar de la competición personalmente. Asegúrate de que llega a tiempo.

Miré por última vez a Rozental. Ya había vuelto a su tablero y estaba colocando las piezas.

Kopelzon se apartó para dejarme pasar y extendió la mano.

—Lo siento, Otto. Quizá no me creas, pero lo siento de verdad.

Adoptó un aire autocompasivo y angustiado. En aquel mismo instante llegué a aborrecerlo y despreciarlo. Un sentimiento de indignación se apoderó de mí.

—Si lo sintieras de verdad no te quedarías parado, dejándome marchar hacia mi propia muerte. Si lo sintieras, no permitirías que esta gente le

arruinara la vida a Rozental, porque tanto si vuestra intentona triunfa como si fracasa, la policía lo arrestará, lo meterá en la cárcel, lo torturará…

—¡Cállate!

—Procesarán a Rozental y lo mandarán al patíbulo. Le pondrán una capucha en la cabeza, una cuerda alrededor del cuello y lo colgarán… ¡a este hombre! —dije, señalando al lastimoso personaje junto al tablero de ajedrez —. Vas a ser tan responsable de su muerte como si le cortaras el cuello con tus propias manos. Dime ahora que lo sientes, Reuven.

—Las causas elevadas exigen a veces algunos sacrificios —declaró persistiendo en su costumbre de decir siempre la última palabra—. A pesar de lo que digas, lo siento. Pero ¿qué es la vida de un hombre comparada con el futuro de una nación entera?

—No va a ser la vida de un hombre —repliqué apretando los puños con rabia—. Las Centurias Negras saquearán los pueblos y las ciudades del Palé. Miles, decenas de miles de personas, morirán. Muchos judíos morirán, linchados y deshonrados; y tú, Reuven, tú y tus amigos seréis los únicos responsables.

—Morimos cada día, Otto. ¿Cuál es la diferencia? —dijo Kopelzon volviéndose.

Por mucho odio que en aquel momento pudiera sentir hacia él, hubiera sido incapaz de hacerle daño. Aflojé los puños y relajé los hombros.

Berek Medem señaló la puerta y dijo:

—Es hora de marcharse, doctor Spethmann.

23

Había dos hombres esperando en el pasillo; eran más jóvenes que Medem pero en sus rostros se leía la misma feroz determinación. Tras un lacónico intercambio de palabras en polaco —que comprendí solo a medias— uno de ellos me agarró del brazo y empezamos a andar desde los ascensores hacia la escalera de la parte trasera del edificio. La gruesa alfombra amortiguaba nuestros pasos. El corazón me latía con fuerza.

Medem andaba a mi lado y empuñaba el arma con el cañón paralelo a la costura de sus pantalones, apuntando al suelo. Un observador casual no habría notado nada fuera de lo normal.

—El doble no tiene escapatoria posible —declaré—. No conseguirá salir vivo del palacio de Peterhof si atenta contra la vida del zar.

—Eso ya lo sabe —replicó Medem.

—¿Estáis dispuestos a suicidaros para lograr vuestro objetivo?

—¿Es que según sus principios morales es más repugnante que el perpetrador del crimen muera en el intento? —contraatacó Medem.

—No —respondí—. Lo repugnante es la mente capaz de concebir tal plan.

—¿Qué debe hacer el hombre justo, Spethmann? Esta es la pregunta inevitable. ¿Qué debe hacer el hombre justo cuando a su alrededor solo hay injusticia? ¿Sabe que Polonia ha sido invadida, ocupada y dividida?

—Conozco mi propia historia —contesté.

Un letrero indicaba que para bajar por la escalera había que girar hacia la izquierda al final del pasillo.

—¿Cómo vamos a mejorar la vida de nuestros hijos y de las generaciones que aún están por nacer? ¿Cuál es el camino a seguir?

La puerta de una de las habitaciones se abrió y por ella salió un hombre corpulento vestido con un abrigo gris y un sombrero. No grité para pedir auxilio. ¿De qué serviría? Aquel hombre moriría, y yo también. Los pocos minutos de vida que me quedaban me eran concedidos con la condición de que colaborara con mis secuestradores. Indiferente a lo que sin duda tomó por un grupo de huéspedes del hotel entrando o saliendo de sus habitaciones, el hombre se inclinó para cerrar la puerta tras él.

—¿Qué responde? —me preguntó Medem—. ¿Cuál es el camino a seguir?

—No soy un político —contesté—. No tengo una respuesta.

—¿Así es como se defiende? —susurró Medem mientras nos íbamos acercando al hombre, que parecía tener dificultades con la llave.

—¿De qué se me acusa?

—Se le acusa de apatía, Spethmann —respondió—. Se le acusa de oportunismo, egoísmo y cobardía.

El hombre del abrigo gris se irguió justo cuando nos disponíamos a pasar por su lado. Sentí que me agarraban por el brazo más fuerte y que Medem se aproximaba para impedirme cualquier intento de fuga.

El ala del sombrero del hombre estaba doblada hacia abajo, y el cuello de su abrigo le tapaba la parte inferior de la cara, pero yo ya lo había reconocido. Su figura y tamaño lo delataban.

Hubo un instante —una fracción de segundo— en que los cinco hombres que había en el pasillo, tan cerca uno del otro que podían tocarse sin extender del todo el brazo, sabían lo que iba a ocurrir antes de que ocurriera. Entonces fue una simple cuestión de quién actuaba más rápido.

Una bala sale del cañón de una pistola a una velocidad superior a trescientos metros por segundo. El ojo humano no llega a verla. Quizá vea un fogonazo, tal vez algo de humo. Después, si se ha apuntado bien, la bala hace impacto y, pasado el *shock* inicial, los sentidos ya no se concentran en la visión sino en el dolor. Pero yo vi la bala; vi el pequeño disco de color plateado mate emergiendo del cañón del arma de Kavi, rodeado de una nube blanca grisácea, que venía girando hacia mí.

Y recuerdo que pensé: «Así que esto es lo que se siente al recibir un tiro».

Una eternidad más tarde, la bala fue seguida por un estruendo ensordecedor, como si alguien hubiera hecho estallar un petardo junto a mi oreja. De repente sentí que se aflojaba la presión en mi brazo y el hombre que me tenía agarrado del brazo se desplomaba.

La puerta por donde había salido Kavi se abrió violentamente y apareció otro hombre empuñando un arma y agachado. Era Lychev. Disparó dos veces.

Al mismo tiempo, Kavi se giró y apuntó con el arma a Berek Medem. Oí otra detonación ensordecedora cerca de mi oreja y me sentí lanzado hacia atrás. El último disparo había salido del arma de Medem, que ahora me rodeaba el cuello con su brazo para usarme como escudo.

Hubo más disparos; estallidos y detonaciones a diestro y siniestro, y más rápidos que los primeros. Vi sangre en las paredes. El pasillo se llenó de un humo que despedía un hedor penetrante. Alguien chillaba, pero los oídos me zumbaban y los gritos me llegaban como un eco. Tropecé, pero Medem me

aupó y empujó hacia la escalera. Me estaba ahogando con el brazo. Levanté las manos para zafarme de él y poder respirar.

El tiroteó cesó. Vi a Lychev moviendo los labios para dar unas órdenes que fui incapaz de oír. Él y Kavi estaban agachados cerca de una mesa de caoba, con los brazos que empuñaban las armas extendidos; tenían el rostro tenso y los ojos desmesuradamente abiertos.

Algo cambió; percibí una sensación nueva. Sentí algo duro apretado contra la sien. Desde atrás me llegaba ahora el sonido de palabras, maldiciones y amenazas.

—¡Déjalo marchar!

—¡Lo mataré!

—¡Suelta a Spethmann y no te perseguiremos!

—¡No os mováis!

—¡Puedes irte siempre que no le hagas daño…!

Yo estaba inmovilizado y medio asfixiado, tenía un cañón de pistola apuntándome a la cabeza, y los pies casi no me llegaban al suelo. Lychev y Kavi avanzaban lentamente con pasos cortos y cautelosos, abriéndose paso entre los cuerpos de los dos hombres que acababan de abatir. Un cliente del hotel abrió una puerta y la cerró al instante, aterrorizado. Había cristales rotos de una lámpara eléctrica; agua derramada de un jarrón caído; el pétalo de una rosa blanca se quedó adherido a mi zapato izquierdo.

Medem resopló por el esfuerzo.

—Lo mataré.

Levanté las manos y tiré de su brazo para aflojar la presión en mi cuello. Medem apretó aún más y tiró de mí.

Si dijera que fue una decisión consciente, sin duda exageraría. Tal vez fue solo la percepción instintiva de una ventaja momentánea. O simple desesperación. Noté que Medem perdía el equilibrio por un segundo. Flexioné la pierna izquierda, empujé con todas mis fuerzas a Medem contra la pared. Se oyó otro fuerte estallido. Del techo, donde la bala de Medem había ido a parar, se desprendieron polvo y fragmentos de yeso que nos cayeron encima.

Me volví e, inclinándome un poco, embestí contra Medem golpeándole en pleno pecho a fin de derribarlo. Él retrocedió y disparó por encima de mi espalda en dirección a Lychev y Kavi, que se parapetaron detrás de una mesa.

Ahora era yo quien había perdido el equilibrio, y Medem me empujó hacia un lado. Mientras yo daba con mis huesos en el suelo, él echó a correr hacia la puerta que daba a la escalera.

Antes de llegar a ella, la puerta se abrió y apareció Tolya, que apuntó su pistola al terrorista, pero Berek Medem fue más rápido e implacable. Tolya se desplomó como si le hubieran dado una coz desde abajo. Medem disparó dos veces más antes de saltar por encima del cuerpo de Tolya y desaparecer por la puerta.

Kavi corrió hasta Tolya, que yacía boca abajo. Miró a Lychev e hizo un gesto de negación con la cabeza. Estaba muerto.

—Qué desastre —oí que Lychev decía entre dientes mientras examinaba los estragos. Entonces se dirigió a Kavi—: ¡Desaparece! ¡Ahora mismo!

Kavi bajó la mirada hacia su amigo muerto. Le oí decir: «Adiós, camarada». Luego se puso en pie y cruzó por la puerta hacia la escalera.

Lychev me ayudó a levantarme.

—¿Está bien?

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté.

—Teníamos a Rozental vigilado. Tolya le vio a usted en el vestíbulo y me telefoneó. Vine tan deprisa como pude. Imaginé que se vería en un apuro.

Un cliente del hotel abrió un poco la puerta de su habitación y asomó la cabeza.

—Todo en orden —le dijo Lychev—. Soy policía. Ha habido un intento de robo. Cierre la puerta y no salga hasta que se lo indiquen.

El asustado huésped obedeció rápidamente.

—¿Intento de robo? —inquirí.

—No hay ninguna razón para sembrar la alarma —contestó Lychev—. ¿Está Kopelzon aún con Rozental?

Nos apresuramos a ir a la habitación de Rozental mientras Lychev repetía las órdenes a otros huéspedes que iban apareciendo, desconcertados, en el pasillo.

La puerta de Rozental estaba entreabierta.

—¿Va Kopelzon armado? —preguntó Lychev.

—Creo que no.

Aun así, Lychev irrumpió con la pistola en ristre. Entré tras él, y allí estaba Rozental, ensimismado en el tablero. Había colocado otra vez la posición crítica de la partida entre Marshall y Capablanca. Era lo único que le importaba.

Lychev registró el baño y los armarios. Kopelzon había huido.

—La policía debe de estar a punto de llegar —dijo Lychev—. Quédese aquí hasta que yo venga a buscarlo.

—Tal vez la policía quiera hablar conmigo. Me preguntarán sobre Berek Medem…

—Unos ladrones trataron de entrar en una de las habitaciones. Desafortunadamente para ellos, yo estaba en el hotel. Limítese a decir esto. No mencione para nada a Berek Medem.

—¿Quién es usted, Lychev?

—Creo que ya le dije mi nombre.

—No tengo ninguna duda sobre su nombre, pero sus intenciones y su filiación no están claras.

Traté de apartarlo para salir, pero Lychev me lo impidió.

—¿Adonde va?

—He de ver a una persona —le dije.

—Ahora no —contestó empujándome hacia dentro—. Se lo digo de verdad. No salga de esta habitación hasta que venga a buscarlo.

Lychev se marchó sin decir nada más.

—¿Por qué cambió la torre? —farfulló Rozental moviendo la cabeza—. No tiene ningún sentido.

Encontré una botella de vodka y me serví un buen trago. Luego me serví otro. Nada de aquello tenía sentido.

A cada momento, la policía llamaba a las puertas para comprobar que nos encontrábamos bien. El gerente del hotel acudió, azorado, para pedir disculpas personalmente por el desgraciado suceso y ofrecer un refrigerio a todos. Aseguraba que nunca había ocurrido nada parecido y esperaba que esto no echase a perder la estancia de los clientes en el hotel.

Cogí el teléfono y llamé al apartamento de la avenida Bolshoi. No hubo respuesta. Llamé a casa. Nada. Empecé a preocuparme. ¿Dónde estaba Anna? ¿Y Catherine?

Un silbido agudo me seguía resonando en los oídos. Probé a presionarlos con un dedo y a sonarme la nariz. Al cabo de un rato me dolían.

Poco después de las dos de la madrugada, Lychev regresó. Yo acababa de mandar a la cama a Rozental, que se quedó dormido al instante y ya roncaba apaciblemente.

—Lo llevaré a casa —dijo Lychev.

—Ya le dije que antes tenía que ir a ver a alguien —repliqué.

—¿A quién?

Al no obtener respuesta alguna, Lychev añadió:

—Le acabo de salvar la vida, Spethmann. Esperaba que esto lo convencería de que me preocupo por usted.

—Voy a ver a Anna Ziatdinov —contesté.

Lychev reflexionó un momento.

—Será mejor que lo lleve.

24

Las calles estaban prácticamente desiertas y pronto llegamos al puente del Palacio. Las oscuras aguas del Neva centelleaban a la luz de la luna y las luces eléctricas brillaban a lo largo del dique.

—¿Ha logrado escapar Medem? —pregunté.

—Parece que sí —contestó Lychev con aire despreocupado.

—No parece que le importe demasiado. ¿Por qué le dijo a Kavi que desapareciera?

—No tenía ninguna razón para quedarse.

—Kavi no es de la policía, ¿verdad?

—No.

—Es un bolchevique…

Lychev me miró de reojo.

—Igual que usted —añadí.

Se encogió de hombros con indiferencia en señal de asentimiento.

—Un espía bolchevique en el departamento de policía de San Petersburgo… Me parece recordar que usted dijo que nació el mismo día en que fue asesinado el zar Alejandro II. Y que había llegado al mundo para evitar que algo así pasara otra vez. Al menos, eso es lo que me contó.

—Si uno tiene que representar su papel —dijo Lychev encogiéndose de hombros otra vez—, debe aprenderse su parte del guion.

—¿Un servidor de la justicia?

—Eso es verdad.

—Al parecer, estoy rodeado de personas justas. Lo cual no deja de ser extraño.

—¿Por qué es extraño?

—Porque todos me parecen aterradores.

Habíamos girado hacia la universidad y estábamos pasando junto a la Academia de las Ciencias. Llegaríamos al apartamento en menos de cinco minutos.

—¿Qué piensa usted del complot de Berek Medem? —preguntó Lychev.

—Que parece obra de aficionados —contesté.

—¿Y qué más?

—Kopelzon es un aficionado —proseguí—, así que no me sorprende que concibiera un plan tan descabellado, pero Berek Medem, además de despiadado, es un profesional y, por lo que pude ver, un hombre sumamente inteligente. Me cuesta creer que confiara en que algo así funcionaría.

Lychev me sonrió como si yo fuera un alumno prometedor y quisiera darme pistas para encontrar la solución correcta —como haría un buen profesor—, y preguntó:

—Pero si él creía que no podía funcionar, ¿por qué se buscaría tantos problemas?

—No tengo ni idea.

—Quizá porque alguien quiere que lo consiga —apuntó Lychev—. Alguien con mucho poder, cuyos intereses coinciden con los de Medem, aunque solo en ese aspecto.

—¿A quién se refiere?

—¿A qué cree que se han dedicado los de la Okhrana todo este tiempo? ¿Imagina que no saben quién es Kopelzon y desconocen sus opiniones políticas? ¿Y que no están enterados de su repentina amistad con Rozental? ¿Por qué cree que el coronel Gan apostó a uno de sus agentes en el edificio de su consulta? ¿Por qué cree que Semevski los seguía a usted y a Rozental aquella noche?

Yo no entendía nada.

—El complot no es obra de Kopelzon. No fue él quien lo planeó. Fue Gan.

Tardé unos instantes en digerir esta información.

—¿De qué me está hablando? ¿Qué motivos tendría el jefe de la Okhrana para asesinar al zar?

Al llegar a la Academia Imperial de las Artes, Lychev giró a la derecha. Delante quedaba el cruce con la avenida Bolshoi. Adelantamos a un *droshky* cuyo cochero fustigaba sin parar a un pequeño *pony*. Aparte de ellos, la calle estaba desierta.

—Gan es un germanófilo reaccionario —prosiguió Lychev—, y conspira junto a su amigo Zinnurov, los Barones del Báltico y otros reaccionarios a su vez partidarios de Alemania para asesinar a Nicolás II, abiertamente francófilo y que, según ellos, no defiende la autocracia como debería. No importa cuántos errores cometan Kopelzon y Medem. Les han dado carta blanca.

—¿Sabe Medem que Gan lo utiliza?

—Medem es muy listo y es posible que lo haya descubierto, pero eso no cambia nada. En cualquier caso, tanto él como Gan se saldrán con la suya: matar al zar.

—¿Y Kopelzon? ¿Sabe algo?

—Su amigo está enterado de todo desde el principio.

—¿Por qué no le ha dicho entonces nada a Medem?

—Porque no quiere que Medem sepa que él es un agente de la Okhrana.

Me giré de golpe para mirarlo a la cara. Lychev se limitó a devolverme una mirada despreocupada.

—Kopelzon ha espiado a varios grupos de exiliados polacos en París, Berlín y Londres. Allí donde se encuentra de gira, procura ponerse en contacto con refugiados polacos. Para ellos, Kopelzon es un héroe, y no tienen ningún reparo en hablar con él. Cada vez que vuelve a San Petersburgo, Kopelzon visita al coronel Gan y lo informa de todo.

—¿Y por qué lo hace? ¿Qué saca Kopelzon de todo este asunto?

—Dinero —contestó Lychev lisa y llanamente—. A su amigo le gusta vivir bien… ¿o no se había dado cuenta?

Recordé las carísimas cenas que habíamos compartido en el A l'Ours o el Contant. La generosidad de Kopelzon siempre rozaba el despilfarro. ¿Acaso el hecho de gastar dinero a espuertas mitigaba sus remordimientos?

Le indiqué a Lychev que torciera a la derecha.

—Una vez consumado el asesinato —continuó Lychev—, Gan y sus compinches piensan instalar a un títere en el trono. Luego clausurarán la Duma, romperán la alianza con Francia, se aliarán con el káiser y emprenderán una cruzada patriótica. Se asombraría usted de la inventiva que tienen. Gan está planeando un golpe de Estado que intentará hacer pasar por una insurrección de los revolucionarios.

—¿Va usted a permitir que esto ocurra? —pregunté.

Lychev abandonó el tono seco que había empleado hasta ese momento.

—No depende de mí —contestó con un atisbo de amargura—. El Comité Central del Partido ha sido informado de todo, por supuesto. Se están analizando las posibles consecuencias. Cuando tomen una decisión, recibiré las instrucciones pertinentes.

—Habrá un baño de sangre.

—En la dirección del Partido existen dos escuelas de pensamiento. Una se opone a permitir que el plan se lleve a cabo. Sus partidarios opinan que si el país es presa del pánico debido a un asesinato, Gan tendrá plena libertad para

tomar medidas drásticas con mano dura, y esto retrasará la revolución por muchos años.

—¿Y qué piensa la otra escuela?

—Creen que, objetivamente, hemos llegado a los límites de lo que permite la situación actual. Que nuestra organización está infestada de traidores y espías como King, y que solo en un entorno caótico podremos avanzar de modo significativo.

—¿Y qué piensa usted? —pregunté—. ¿Cuál es su opinión?

—Mi opinión es la que decida el Comité Central —contestó.

¿Cómo se podía discutir con un hombre así, para quien cada decisión moral se doblegaba completamente a las necesidades de una máquina?

—Puede que la decisión del Comité Central sea del todo irrelevante —afirmé—. Si Rozental no gana el torneo, el invitado a Peterhof será otro, Lasker o Capablanca, y el plan de Medem fracasará.

El edificio del apartamento ya estaba a la vista.

—Deténgase aquí —pedí.

Lychev no hizo caso y continuó hasta el siguiente edificio antes de torcer a la derecha hacia una calle lateral.

—Pero ¿qué hace? —pregunté.

—Hay un coche aparcado al otro lado de la calle, frente al edificio. Actuemos con cautela.

Volvimos andando por donde habíamos venido. El automóvil estacionado ante el edificio de apartamentos parecía vacío.

—¿En qué planta está el apartamento? —preguntó Lychev.

—Es esa —respondí señalando una ventana oscurecida en el primer piso.

Lychev dio otro vistazo a su alrededor y se aproximó a la puerta de entrada. Subimos por la escalera hasta la primera planta. Todo estaba en calma. Lychev empuñaba el arma de la misma manera que Medem, con el cañón apuntando al suelo, paralelo a la costura de sus pantalones. No quería correr riesgos.

—¿Cuándo vio a Anna por última vez? —preguntó Lychev.

Tuve que pensar unos instantes. Hacía mucho tiempo.

—Esta mañana.

—¿Lo está esperando?

—Me pidió que viniera.

Cogió la llave y, tras ordenarme por señas que me quedara a un lado de la puerta, la deslizó sigilosamente en la cerradura. La clavija hizo un ruido seco, lo bastante fuerte como para despertar a un muerto. El apartamento estaba a

oscuras, y solo se oía el tictac aletargado de un reloj de pie. Sin esperar a que la vista se acostumbrara a la penumbra, Lychev se adelantó y desapareció a la izquierda, en dirección a la cocina.

Yo avancé sigilosamente, tratando de recordar la distribución de la habitación y la situación de los muebles. Recordaba que desde la puerta de entrada al salón hasta el corto pasillo que llevaba al dormitorio no había obstáculos.

Tropecé con algo y caí torpemente sobre lo que reconocí de inmediato, aunque no podía verlo, como las patas de una silla de madera tumbada en el suelo.

Lychev entró de un salto en la habitación empuñando el arma.

—Soy yo. —Me apresuré a decir.

Lychev encendió la luz. Miré la silla. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué estaba tumbada?

Al levantarme advertí que no era la única cosa fuera de sitio: había una taza rota en el suelo, junto a la mesa; un pequeño escritorio tumbado y papeles y plumas desperdigadas por todas partes.

Se me encogió el corazón. Corrí hasta el dormitorio y encendí las lámparas de Tiffany. Las gruesas cortinas se hallaban descorridas, y la cama, sin hacer. La ropa de Anna estaba desparramada por todos lados. Retiré rápidamente las mantas, como si Anna pudiera estar escondida debajo.

—Se la han llevado —dije—, Zinnurov se la ha llevado.

De repente, Lychev se puso el dedo en los labios para que me callara.

Miré a mi alrededor pero no vi nada raro.

—Voy a ir a la cocina —dijo Lychev en voz alta.

Pero en lugar de acercarse a la puerta se dirigió furtivamente hacia un armario de gran tamaño. Sosteniendo la pistola a la altura de la cabeza, extendió la otra mano hasta el tirador y abrió la puerta de golpe.

El hombre que se ocultaba dentro también estaba armado, y disparó una vez antes de que Lychev, mostrando una fuerza física y una agilidad mucho mayores de las que yo había imaginado que poseía, lo arrastró fuera del armario y lo derribó. Su pistola se deslizó por el suelo y se detuvo junto a mis pies. Cuando la recogí, Lychev ya tenía la rodilla derecha encima del pecho del hombre, inmovilizándolo contra el suelo. Yo me guardé la pistola en el bolsillo del abrigo.

—¿Adonde habéis llevado a la mujer? —gritó Lychev apretando la pistola contra el cuello del hombre.

—¡No dispare! ¡No dispare! —suplicaba el hombre sin oponer resistencia alguna.

—¿Dónde está Anna Petrovna? Habla, cabrón, o te pego un tiro ahora mismo.

—Juro que no lo sé. Escapó.

—¿Qué significa «escapó»?

—Esta mañana, Zinnurov envió dos hombres a buscarla, pero ella escapó. Nos dijo que esperáramos aquí por si aparecía «el judío».

Lychev levantó la vista hacia mí y luego volvió a mirar a su prisionero.

—¿«Nos dijo»? —preguntó Lychev—. ¿Cuántos sois?

El hombre tragó saliva.

—Tres.

—¿Dónde están los otros?

—Fuera.

—¿En el coche?

El hombre asintió con la cabeza.

Había un trozo de papel sobre la almohada. Pensando que sería una nota de Anna, lo cogí. En él se leía:

> *Mi hija me lo ha contado todo. Se aprovechó usted de una mujer desgraciada y afligida por una enfermedad que la volvió aún más vulnerable. Usted consiguió su objetivo, que era corromperla. Se precia de ser ruso pero no puede disimular la hediondez de los de su raza. Es un ser de lo más despreciable y repugnante. Pronto se le dará la lección que se merecen los de su clase, mucho antes de lo que cree.*

El cerebro no asimila de golpe mensajes como ese. Llegamos al final, sin haber leído realmente el principio o lo que pone en medio. Las palabras van desprendiéndose del texto según los matices del tono o de la insinuación que entrañan: «hediondez», «despreciable», «corromper». Releí la nota. Las palabras no habían cambiado. «Pronto se le dará la lección que se debe dar a los de su clase, y esto ocurrirá antes de lo que cree».

Le pasé la nota a Lychev. La leyó rápidamente y dijo:

—Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Miró al hombre tendido en el suelo y, sin previo aviso, le descerrajó un tiro en la cabeza.

—Vamos —insistió, y salió al pasillo.

Petrificado por lo que acababa de ver, yo no había dado aún un paso cuando, de repente, la ventana estalló y una lluvia de cristales rotos me cayó encima. Noté que una astilla se había colado por el cuello de mi camisa. Instintivamente me toqué el cuello con un dedo y recuerdo que pensé: «Tendré que ir con cuidado al sacarlo para no cortarme». Entonces vi un adoquín en el centro de la cama. Me giré hacia la ventana y vi un fragmento grande de cristal que colgaba, como una daga, de la parte superior del marco. Oí que Lychev gritaba:

—¡Salga de una vez!

Por la ventana rota entró otro adoquín, que cayó con tanta naturalidad como si se tratara de una hoja empujada por el viento. El trozo de cristal se desplomó en el suelo y se hizo añicos. El segundo adoquín también aterrizó en la cama, sobre la almohada. Tenía una mecha colgando, que chisporroteaba. No era un adoquín.

Hui tan rápido como pude hacia el pasillo. Lychev iba delante, primero corriendo y luego saltando para poner tierra por medio.

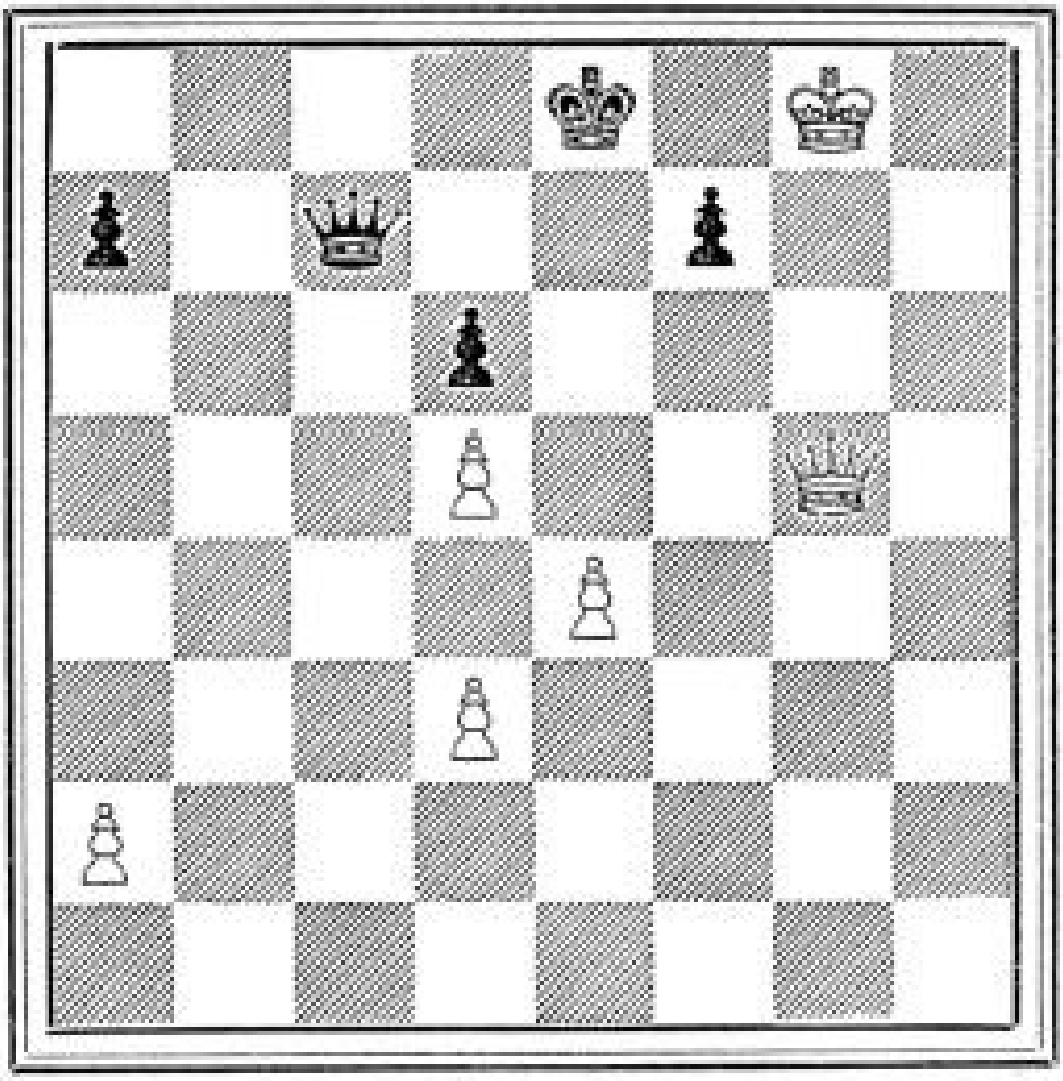
Alguien me agarró y me lanzó por los aires, y una ráfaga de viento pasó como un vendaval por mi lado. Hubo un fogonazo cegador. Tuve la sensación de pasar por el interior de un horno. Noté que se me chamuscaba todo el pelo de la cabeza, y había un olor extraño, como de lana quemada. Entonces llegó un estruendo ensordecedor. ¿Qué me estaba pasando? Esa postura no podía ser más incómoda. Me hallaba del revés, en un espacio minúsculo, con la cabeza contra el pecho. No paraba de caerme polvo en la boca, los ojos y la nariz, que se posaba en mis labios. Tenía la boca reseca. Alguien trataba de doblarme en dos. Creí que la espalda se me iba a partir. No podía respirar. Entonces empecé a deslizarme más y más hacia abajo.

25

En la hermosa Sala Blanca del Mariinski, Kopelzon interpretaba la partita n.º 3 de Bach. Cuánto adoraba su maestría, la sinceridad con que interpretaba la música, la manera en que liberaba y controlaba su belleza y melancolía… Qué don el suyo, que percepción tan sublime… Kopelzon sabía seguir las pautas que guiaban la música sin ser nunca demasiado rígido. Flexibilidad y refinamiento: esas eran las cualidades que aportaba a la música. El zar y la zarina se encontraban entre el público, y también estaban Zinnurov y Gan. De repente Kopelzon se puso de pie de un salto y dijo: «Señoras y caballeros, todos ustedes están en *zugzwang*. No tienen salvación posible». Uno de los magníficos candelabros de araña se desprendió del techo y cayó sobre Kopelzon, pero cuando fui a rescatar a mi amigo de entre la montaña de diamantes no lo encontré a él sino la cabeza de Yastrebov conservada en formol. La recogí, me la guardé en el bolsillo y la llevé a casa para enseñársela a Catherine.

De vez en cuando, la cama se tambaleaba violentamente; a veces empezaba por los pies, otras por la cabecera. Notaba la bilis ascendiéndome por la garganta. Quería despertarme. Quería despertarme desesperadamente. Perdí el equilibrio, y habría caído en el foso de no haber empezado a batir los brazos y echado a volar. Pero no fue aquel grácil remontar el vuelo que aparece en nuestros sueños, sino un vuelo precario y traicionero, y estuve a punto de estrellarme en más de una ocasión. En realidad, en lo de volar yo era un principiante. Peor aún que las náuseas era la terrible confusión que reinaba en mi cabeza, que no paraba de dar vueltas como si estuviera atacada por una embriaguez a la que el sueño no ponía remedio.

No podía dejar de pensar en el ajedrez. Al principio solo empeoró mi mareo, pero, al cabo de un rato, las cosas se calmaron. Empecé a ver con claridad una única posición, y, de repente, fui capaz de aquello que siempre había encontrado tan difícil: era capaz de visualizar la posición de las piezas sin tener el tablero delante.



Spethmann-Kopelzon

Después de 46… Dc7. ¿Puede Spethmann capturar el importantísimo peón de f?

Yo tenía que ser absolutamente preciso e implacable. Todo dependía del peón en f. Si conseguía tomar el peón en f la partida era mía. Pero ¿cómo? Yo tenía rey y dama para atacarlo, pero él disponía de las mismas piezas para defenderlo. Si yo jugaba 47. Dg7, Kopelzon respondería con: 47… De7, y el peón seguiría estando protegido. Mientras él mantuviera su dama en la séptima fila, sería capaz de defenderse de todas mis amenazas. Si entonces yo jugaba 48. d4, él jugaría 48… D×e4; 49. D×f7+ Rd8; 50. D×a7 D×d5+; 51. Rf8 De6 y acabaríamos en tablas. Nunca había gozado de una posición tan buena como esta en una partida contra Kopelzon, y tenía muchas ganas —por no decir muchas razones— de derrotarlo.

Todo dependía del peón en f.

De repente, lo vi claro. Había encontrado la respuesta.

Abrí los ojos. Grigori Petrov estaba de pie junto a la cama. A su lado se encontraba Lychev.

—Así que ha decidido volver con nosotros… —Petrov tenía el bigote lleno de migas.

—¿Catherine? —Mi voz sonaba ronca. Lychev me dio un poco de agua.

—Está a salvo —contestó—. Ha venido varias veces a visitarlo.

—¿Y Anna?

—No se preocupe —contestó Lychev—. También está a salvo.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está?

—Zinnurov mandó a dos hombres para secuestrarla. Los tipos pensaron que ella los acompañaría como un corderito, pero se equivocaron. Anna se las arregló para escapar y, finalmente, consiguió llegar a la casa de usted. Estaba terriblemente alterada. Le contó todo a Catherine, pero ya era demasiado tarde. Para entonces, usted ya estaba en el hotel.

—¿En el hotel?

—El Astoria. ¿No lo recuerda?

—Recuerdo que tenía un pétalo de rosa en mi zapato.

Lychev y Petrov intercambiaron una mirada.

—Sí —insistí—. Me acuerdo perfectamente.

—Anna estaba desesperada por encontrarlo y advertirle de que no fuera al apartamento —continuó Lychev—, Catherine fue a buscarlo a casa de Saburov, pero usted ya se había ido y nadie sabía dónde estaba.

—¿Dónde está Catherine?

—En un sitio seguro, no muy lejos de aquí —dijo Lychev.

—¿Dónde estamos?

Por lo que podía ver, estábamos en una habitación con muy pocos muebles y no demasiado pulcra.

—En Vyborg —dijo Petrov con una sonrisa—. Se encuentra usted en el mismo sitio donde empezó: con los trabajadores.

Me ayudó a incorporarme.

—Usted y Anna viajarán a París.

—¿De qué me está hablando?

Petrov se rio y se giró hacia Lychev.

—Spethmann no parece muy agradecido, después de todo el trabajo que nos hemos tomado… —Entonces se volvió hacia mí y dijo—: Lo tenemos todo preparado: billetes, pasaportes falsos… —Me enseñó un pequeño

paquete—. Están a nombre del señor y la señora Spirodovich —dijo depositándolo sobre la cama.

—¿Qué significa esto de viajar a París? No tengo ninguna intención de ir a París ni a ninguna otra parte.

—Siento tener que ser yo quien le diga esto, Spethmann —dijo Petrov que parecía estar divirtiéndose—, pero hasta hace cuatro días, y a pesar de ciertos ligeros contratiempos debidos a un policía excesivamente riguroso —se giró hacia Lychev con una sonrisa—, usted era un eminente psicoanalista y un respetable miembro de la burguesía de San Petersburgo. Desgraciadamente, desde la explosión en el apartamento de la avenida Bolshoi, se ha convertido en un asesino buscado por la policía. Su fotografía sale en todos los periódicos.

Incluso cuando me puso en las manos un ejemplar de *The Orator* y vi mi propio retrato mirándome de frente, no lo pude creer. Era un artículo corto —no más de tres o cuatro párrafos—, pero me costó tanto leerlo como la nota de Zinnurov. Las palabras eran perfectamente comprensibles, pero su significado y trascendencia eran más complicados de lo que yo podía asimilar.

—Usted también figura —dije levantando la vista hacia Lychev.

—Lychev ya no es el héroe del departamento de policía de San Petersburgo sino otro fugitivo sobre el que pesa una orden de búsqueda y captura —aseguró Petrov—, lo cual supone un desafortunado revés para el Partido, pero lo superaremos.

—Sabía que este día llegaría —dijo Lychev sin alterarse—, pero en muchos aspectos es un alivio.

De repente, el tono de Petrov se ensombreció.

—Si cae en manos de Gan, no demostrará clemencia.

—Lo sé.

Se me cerraban los ojos de cansancio y notaba la cabeza pesada.

—Se ha quedado dormido —oí que decía Lychev.

—Déjenlo descansar —dijo Petrov. Mañana le espera un largo viaje.

—¿Se sabe algo de Berek Medem? —preguntó Petrov.

—No —contestó Lychev—. Después de lo ocurrido en el Astoria, desapareció.

—Debe de estar aún en San Petersburgo. ¿Qué hay del violinista?

—¿Kopelzon? Está en su apartamento —dijo Lychev—. Imagino que no tiene nada que temer.

—Nada en absoluto —dijo Petrov—, Gan no permitirá que le pase nada. Por lo menos hasta que se haya perpetrado el magnicidio. En cuanto todo

haya acabado, Gan lo arrojará a los leones.

—¿Cree usted que Kopelzon lo sabe?

—Por supuesto que no. Con esos delirios de grandeza que tiene debe de pensar que el nuevo régimen le premiará con un título de duque o príncipe.

Hubo una breve pausa. Oí que Lychev decía:

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Adelante —respondió Petrov con un atisbo de recelo.

—Una vez muerto el zar, Gan aprovechará la histeria colectiva para perseguirnos. No estoy seguro de que sobrevivamos.

—Creo que subestima usted la capacidad de resistencia de la organización —dijo Petrov secamente.

—Si queremos aún podemos detenerlos —continuó Lychev—. Necesitan al doble de Rozental, y nosotros sabemos dónde encontrarlo.

—¿Dónde?

—En la casa de la calle Kirochni. Kavi está vigilándola. Si eliminamos al doble el plan entero se va al traste.

La voz de Petrov sonó más severa cuando declaró:

—El Comité Central ya ha tomado una decisión. No debemos hacer nada para impedir el asesinato del zar. —Se hizo un silencio—. ¿Me he expresado con claridad? —inquirió Petrov.

Oí que discutían. Lychev levantaba la voz con insistencia. Petrov gritaba. Al menos, la cama no se tambaleaba.

26

«Si alguien te derriba de un golpe en la calle —solía decir mi padre— comprueba que tu cartera sigue en su sitio y que tus huevos no han sufrido daños». La cartera me traía sin cuidado. La cabeza me dolía y en los oídos persistía un zumbido apagado, pero podía ver, sentir los dedos de los pies. Podía mover los dedos. No tenía fracturados ni los brazos ni las piernas. Me llevé una mano a la cara. Me hacía falta un afeitado. Me toqué el pelo de la cabeza y lo noté quebradizo, no de manera uniforme sino por zonas. Podía aplastar mechones con los dedos y reducirlos a polvo. Tenía el pelo chamuscado.

Me encontraba tendido en una cama que no era la mía; en una habitación desconocida. El humo de la estufa de carbón, sumado a los quinqués de parafina y la humedad que despedía el edificio, producía un hedor intenso que me hería la nariz. Además tenía una tos perruna. Dondequiera que me encontrara, era un barrio más pobre que el de mis inicios, o el de los inicios de mi padre el panadero.

Decidí levantarme e inmediatamente me quedé dormido otra vez.

Noté que una mano fresca me acariciaba la frente. Entorné los párpados. Era Catherine. Sus grandes ojos azules parecían inquietos y preocupados. Me había olvidado de lo largas que eran sus pestañas.

—Tu madre siempre envidió tus pestañas —dije. Ella sonrió y me besó.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Me duele la cabeza —contesté.

—Ayer dijiste lo mismo.

—¿Dónde estabas ayer?

—He venido a verte todos los días. No podíamos arriesgarnos a llevarte a un hospital, así que llamaron a tu amigo Sokolov para que cuidara de ti. Tus heridas no son graves: quemaduras, cortes y contusiones de poca importancia, pero has sufrido una conmoción cerebral.

—¿Qué día es?

—Hoy es veintiséis. Jueves. Mintimer te trajo aquí después de la explosión hace cinco días. Tienes mucho mejor aspecto que entonces —dijo

frunciendo el ceño para escudriñarme. Me ayudó a sentarme sobre la cama y arregló las almohadas.

—Me busca la policía —dije.

Me cogió la mano y la apretó.

—Ya lo sé. Por el asesinato en el apartamento.

—No fui yo —protesté con una acritud que armonizaba con el ambiente de la habitación.

—Lo sé. Mintimer me lo explicó todo. La policía también lo busca a él. Saben que es un bolchevique. No te preocupes. Si conseguimos colarte en el tren estarás a salvo.

—No me voy, Catherine. No te voy a dejar aquí.

—Tienes que irte —contestó con toda la naturalidad del mundo.

—Entonces tú te vienes conmigo.

—No. Yo me quedo —respondió con la misma franqueza.

—¿Por qué? —protesté.

—Me he unido al Partido —dijo ella.

El temor, la furia y la indignación se apoderaron de mí. Di una patada en el suelo.

—¡Mataré a Petrov! —grité—. ¡Lo mataré!

—No tiene nada que ver con Petrov.

—¿Quién ha sido, entonces? ¿Quién te ha convencido? ¿Ha sido Lychev?

Catherine se rio al verme tan enfadado.

—Te estás comportando como un perfecto cabeza de familia burgués.

—Soy un perfecto cabeza de familia burgués. Soy tu padre y tú eres mi hija. No tienes siquiera diecinueve años de edad. Aún vas a la universidad. ¿Qué pasará con tus estudios?

—Ya me han enseñado todo lo que me podían enseñar.

—No permitiré que arruines así tu vida.

—Papá, creo que no te enteras de la situación. Mi anterior vida se acabó. Después de lo que pasó en el Astoria y en el apartamento de Bolshoi, el coronel Gan asaltó nuestra casa. Ahora soy una fugitiva, igual que tú.

—Razón de más para venir conmigo. Se lo diré a Petrov y él se encargará de los preparativos.

En sus ojos apareció aquella mirada de determinación y perseverancia que yo conocía tan bien. Tuvo que esforzarse mucho para contener su espíritu indómito y su instinto belicoso, pero consiguió no ceder a la tentación de montar en cólera y enfrentarse a mí.

—Si quieres —comenzó a decir con un tono que no presagiaba nada bueno— te explicaré las razones que tengo para unirme al Partido. Te las explicaré una por una y empezaré por recordarte las condiciones en que vive la gente en estas mismas calles…

—No hay nada que no sepa sobre estas calles. Nací aquí, ¡no lo olvides!

—Peter Zinnurov nació en el seno de una familia de campesinos. Quizá él guarde algunos recuerdos de aquellos tiempos, pero, pese a todo, el resultado es el mismo. A Zinnurov le afecta tan poco haber nacido allí como a ti haber vivido en Vyborg.

—No pienso seguir hablando de este asunto.

—Me parece muy bien —respondió—. Yo tampoco tengo ningún interés en discutir sobre ello.

Catherine ya había tomado una decisión. Esta era otra batalla perdida.

—Creo —dije pasados unos instantes— que me sentiría menos herido por tu comportamiento si, al menos, mostraras un poco de pesar por el hecho de que vayamos a separarnos.

—Claro que me entristece.

—Pues no lo parece.

—Los hijos nunca parecen tan tristes como sus padres querrían.

—No estoy seguro —respondí—. Los hijos de otros padres parecen conseguirlo.

—Seguro que fingen —dijo Catherine—. ¿Quieres que yo también finja? ¿Te sentirás mejor así?

—Sí —contesté.

Se echó a reír y puso su mano sobre la mía.

—No te creo. Tú siempre has querido saber la verdad. Tu trabajo se basa en la pura verdad, ¿no?

Catherine había sido siempre muy realista. Ya de pequeña sabía que algunas decisiones, por desagradables que fueran, eran inevitables y no servía de nada lloriquear. Su madre, y yo hasta cierto punto, prefería mostrar y ver algún signo de aflicción o pesar antes de dar su consentimiento.

Con un tono de voz más suave, Catherine dijo:

—La vida que conocimos se acabó, es cosa del pasado. No tenemos más remedio que volver a empezar, vivir una nueva vida; una vida mejor. Y yo voy a empezarla aquí.

—Pues entonces yo también.

—Tú quieres dedicarte a lo mismo que has hecho siempre, pero en San Petersburgo ahora es imposible. —Catherine sonrió—. No pongas esa cara de

preocupación.

—Es que estoy preocupado.

—No hay razón para ello. No estoy sola. Formo parte de una organización en la que cada uno protege a los demás, y unidos tenemos mucha fuerza.

—Deberías hablar con Petrov sobre lo que realmente ocurre dentro de esta encomiable organización antes de seguir hablando de ella con tanto entusiasmo —repliqué con acritud—. La organización de la que me habló está colmada de recelos, resentimientos y traiciones.

Catherine sonrió tolerante. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Me invadió una sensación de vacío y debilidad pero, para mi sorpresa, fue Catherine quien empezó a llorar. Apreté su cabeza contra mi pecho y le besé la coronilla mientras acariciaba su sedosa cabellera dorada. Por una vez, se entregó completamente a mi abrazo, acurrucándose en mí de la misma manera que solía hacer su madre. Susurré su nombre una y otra vez. Esto era lo que yo quería. Aunque no fuera tristeza, al menos era un sentimiento verdadero. Al cabo de un rato aflojé mi abrazo.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Asentí. Catherine salió de la habitación. Unos minutos después volvió con té, pan y sopa de verduras.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Acaban de dar las doce. Vamos, come —dijo Catherine, acercándome una cuchara a la boca—. Tienes un largo viaje por delante. El tren sale de la estación de Finlandia a las diez de la noche. Anna te esperará allí.

—¿Estás enfadada? Te prometí que no la vería más.

Catherine hundió la cuchara en el plato de sopa, empezó a removerla y, sin mirarme, dijo:

—Te hice prometer que no la verías más, que no es lo mismo.

Viniendo de Catherine, eso constituía una disculpa en toda regla.

—¿Qué piensas de ella? —pregunté con suavidad—. ¿Te gusta?

Me dirigió una mirada hosca. No debería haber tentado a la suerte. En su boca se empezó a formar la palabra «no», pero antes de pronunciarla se obligó a esbozar una sonrisa lo más sincera posible.

—Sí —dijo—, me gusta, y además está muy enamorada de ti.

La mayoría de mortales aceptan la mentira cuando de lo que se trata es de no herir los sentimientos de alguien, pero este no era mi caso; por lo menos, en relación con Catherine.

Unas voces procedentes de la habitación contigua nos interrumpieron.

—Ha llegado Petrov —anunció mi hija—. Quiere despedirse de ti. Te dejo a solas para que te vistas —dijo señalando debajo de la cama—. Lidiya preparó una bolsa con tu ropa, algunos libros y otras cosas.

—Catherine —la llamé cuando ya se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué tal le va a Rozental? En el torneo, quiero decir.

—Va en penúltima posición —contestó—. La gente del mundillo del ajedrez dice que no tiene ninguna posibilidad de ganar.

De modo que al final todo aquello no serviría para nada. Las maquinaciones de Gan para conseguir que el terrorista más buscado de Rusia sirviera a sus propósitos y asesinara al zar habían tropezado con el único obstáculo que él no podía controlar pero que, sin embargo, tenía todo el derecho a esperar que se hubiera previsto. Compró a Kopelzon y engañó a Berek Medem, pero no pudo controlar el resultado de una serie de partidas que, por su lógica intrínseca, deberían haber sido la parte más previsible de todo el asunto. Gan no había tenido en cuenta el factor humano. No había tenido en cuenta a Rozental. Su conspiración se había cobrado la vida del desventurado León Pikser. Se había cobrado la vida de Tolya y, en el pasillo de la cuarta planta del Astoria, la de los dos compañeros de Medem. ¿Cuántas más víctimas habría? Y todo para nada. El complot se había desplomado por sí solo.

Me dolían los hombros y la espalda y sentía todas las articulaciones entumecidas. Me movía como un anciano. Al levantar la maleta de debajo de la cama estuve a punto de desmayarme, y lo mismo pasó cuando me esforcé en ponerme la camisa.

Mientras me vestía, me di cuenta de que no volvería a ver a Kopelzon. Jamás volvería a escuchar su música, con toda su pasión, elegancia, bravura y su singular promesa de que escapar de la tiranía de los hombres estaba a nuestro alcance. Ahora sabía que eso no era cierto, pues las desavenencias entre el hombre y su música habían quedado brutalmente al descubierto, y la promesa no tenía ningún valor. Al oír la música de Kopelzon no pensaría que su autor estaba dotado de los más elevados sentimientos humanos, pero los actos del hombre no alcanzaban esa altura. Toda la ilusión se había esfumado. Me eché a llorar. Al poner la maleta otra vez en su sitio debajo de la cama, reparé en una caja que había al lado y tiré de ella. Contenía la ropa que llevaba puesta la noche de la explosión. Estaba acribillada y hecha trizas. La pernera derecha del pantalón estaba completamente hecha jirones; el abrigo, chamuscado y salpicado de sangre. Palpé los bolsillos. Dentro había algo duro y pesado. Saqué una pistola. Era la pistola que el hombre escondido en el

dormitorio había dejado caer. No había utilizado un arma desde hacía muchos años —la última vez que fui de caza, Catherine aún no había nacido—, pero las armas nunca me inspiraron temor. La examiné con cuidado; era una Mauser alemana. Extraje el cargador, lo vacié y, tras abrir la corredera, conté cuidadosamente las balas antes de insertar de nuevo el cargador en su sitio. Encajé el arma bajo el cinto del pantalón, me hice el nudo de la corbata, respiré hondo y me dirigí hacia la puerta.

Era una habitación pequeña y de techo bajo, y el suelo estaba sucio de polvo y sin alfombrar. El mobiliario se reducía a unas cuantas sillas austeras de madera colocadas alrededor de una tosca mesa; sobre ella, además de algunos periódicos, había una botella vacía de vino de Georgia, dos vasos sucios y unas bandejas con restos de *bitky*, champiñones en conserva y patatas hervidas.

Grigori Petrov, con aspecto sombrío y crispado, se arrellanó en la silla. Lychev estaba de pie. Los había interrumpido cuando estaban a mitad de una discusión airada. Lychev me dio la espalda para que no pudiera ver su turbación. Petrov me dirigió una sonrisa forzada.

—Así que, finalmente, ha decidido levantarse, Spethmann —dijo jovialmente—. Justo a tiempo. Su tren parte esta misma noche.

A pesar de su evidente extenuación, iba impecablemente vestido con un traje de lino color crema, una camisa de algodón azul oscuro y unos zapatos hechos a mano. En conjunto, no era la indumentaria que uno asociaría con un orador popular, aparte de que resultaba particularmente inapropiada en ese entorno. Pero Petrov se regía por sus propias leyes. Abrió una pitillera de plata y me ofreció un cigarrillo turco, que rehusé con un gesto. Encendió uno para él y otro para Catherine.

—¿Tiene usted sus billetes, señor Spirodovich? —me preguntó.

Saqué los documentos de mi bolsillo y los examiné.

—Ahora es usted un ciudadano de San Petersburgo, señor Spirodovich —me dijo—: un ingeniero de viaje a París para una consulta con la firma Lajanniére & Philibot en relación al proyecto de construcción de un nuevo puente sobre el Neva.

—Son documentos falsificados —me explicó Lychev—, pero de la mejor calidad. No debería tener usted ningún problema en la frontera.

—Y para que su largo viaje resulte lo más agradable posible —añadió Petrov con una sonrisa—, lo hemos arreglado todo para que su encantadora

esposa Zinaida viaje con usted.

La fotografía de Anna en aquellos papeles no era nada favorecedora. Parecía una mujer mayor, fatigada y angustiada.

—¿Dónde está Anna?

Petrov se puso en pie.

—Tenga paciencia, Spethmann. La policía lo busca a usted, pero Zinnurov, debo decírselo, busca con el mismo empeño a Anna. El afecto que la Montaña siente por su hija es realmente asombroso. Todo ha sido preparado con el mayor cuidado. No lo eche a perder.

Recogió su sombrero y su abrigo y echó una última mirada a Catherine.

—Los trabajadores metalúrgicos se han declarado en huelga —dijo a modo de explicación.

Catherine recogió sus cosas.

—¿Te vas? —le pregunté.

—Catherine es ahora mi secretaria —aclaró Petrov. Se volvió hacia Lychev y dijo con severidad—: Las órdenes son muy precisas, Lychev. Asegúrese de cumplirlas.

Los dos hombres intercambiaron una mirada desafiante. Esforzándose por contener su ira, Petrov se giró hacia mí y extendió la mano.

—No sé si volveremos a vernos, Spethmann, así que le deseo mucha suerte.

—¿Por qué me ayuda, Petrov? —inquirí—. Yo no pertenezco a su organización, ni apruebo lo que dice, ni la causa por la que lucha, por no hablar del hecho de que haya reclutado a mi hija.

—Yo tampoco apruebo su postura —dijo con una sonrisa—, pero usted me ha ayudado y sé cómo pagar mis deudas.

—No estoy seguro de haberlo ayudado —repliqué—. Lo intenté, pero usted no puso mucho de su parte.

—En cuanto a Catherine —añadió—, me da la impresión de que toma sus propias decisiones.

Sonrió de nuevo y me estrechó la mano. Catherine se me acercó para besarme.

—Te veré esta noche en la estación —dijo a modo de despedida.

27

—Debería usted descansar —dijo Lychev cuando nos quedamos solos.

Se dejó caer en una de las sillas que rodeaban la mesa. Parecía profundamente deprimido. Nunca lo había visto así. Se puso a estudiar uno de los periódicos, lo tiró sobre la mesa con disgusto y cogió otro.

—¿Averiguó por qué Gan mandó matar a Gulko? ¿Por qué ordenó el asesinato del director de un periódico que no tenía nada que ver con la conspiración?

—Catherine le consiguió a Yastrebov un empleo en un restaurante…

—El Leinner, lo sé.

—Una noche, por casualidad, apareció por allí un periodista: Gulko. Probablemente, Yastrebov no sabía quién era, así que es probable que alguno de los camareros o comensales se lo indicara. En cualquier caso, Yastrebov, a quien empezaban a carcomerle las dudas, se acercó a Gulko y le contó la fascinante historia de cómo se había involucrado en un complot para asesinar al zar. Tal vez Gulko lo creyera, tal vez no; es posible que pensara que Yastrebov fantaseaba. Por desgracia para él, Gan, que vigilaba de cerca a los conspiradores para asegurarse de que hacían lo que se esperaba de ellos, no podía arriesgarse. Hizo asesinar a Yastrebov aquella misma noche, y a Gulko a la mañana siguiente, mientras cruzaba el puente Politseiski de camino al trabajo. El resto ya lo sabe usted.

El tono de Lychev dejaba bien claro que deseaba estar solo.

—¿Le importa si cojo este periódico? —pregunté levantando el *Petersburgskiye Vedomosti*.

—En absoluto —contestó con aire taciturno.

Estaba a punto de volver a mi habitación cuando leí los titulares: «¡El Rey ha muerto!». Eché un vistazo a los otros periódicos. Los titulares del *Vecha* y del *The Orator* eran idénticos: «Jaque mate».

La primera idea que me vino a la cabeza fue que algo le había pasado a Rozental, pero tras leer lo que decía *The Orator*, comprobé que la historia no tenía ninguna relación con el ajedrez. La mañana anterior, el cuerpo de Oleg Ivanovich Delianov había sido rescatado del río Neva. Al veterano bolchevique le habían disparado en la nuca y había huellas de tortura en su

cuerpo. Sujeta con un cordel alrededor del cuello encontraron una pieza de ajedrez: un rey.

—Veo que al fin encontraron ustedes al traidor.

Lychev dejó escapar un resoplido burlón.

—Eso dicen los periódicos. —Su tono de voz me inquietó.

—¿Cree usted que están equivocados?

—¿Por qué razón se convierte uno en traidor? —preguntó Lychev con aire retórico—. Siempre hay un motivo, siempre hay un beneficio, sea este tangible o de otra clase. Si a usted le gusta el lujo, la Okhrana le dará dinero; si tiene un pasado turbio, sus secretos permanecerán en secreto; si es un don nadie, le hará creer que es importante; si tiene usted enemigos, le ayudará a vengarse. Pero Delianov era un hombre humilde; no especialmente inteligente, pero gustaba a todo el mundo. Nunca le interesó poseer cosas o dinero. Siempre vestía ropa vieja y remendada. Estaba casado con una mujer gorda y fea, a quien adoraba. No tenía amantes ni frecuentaba prostitutas. Y lo más importante de todo, creía en la lucha de los trabajadores. Vivía para la revolución.

—Usted no cree que Delianov fuera King, ¿verdad?

—¿Qué motivos tenía? —contestó—. Yo no veo ninguno.

—¿Por qué no impidió el asesinato de Delianov si creía que era inocente?

—Fue una decisión del Partido.

—Habla usted del «Partido» como si fuera una entidad.

—Lo es.

—Pero está formada por individuos. Fueron individuos quienes tomaron tal decisión, no la entidad.

Lychev me miró con desdén.

—Eso es asunto del partido. No le incumbe a usted en lo más mínimo, Spethmann.

—Mi hija forma ahora parte de su organización —dije—; una organización donde reina la traición hasta el punto de que sus miembros se torturan y matan entre ellos. Y eso sí me incumbe.

Lychev agarró la botella, se sirvió las últimas gotas que quedaban, y bebió de un trago.

—Si Delianov no era King, ¿quién es? —dije.

Lychev negó con la cabeza.

—Podría ser cualquiera entre cincuenta personas: un trabajador clandestino, un líder sindical, un miembro del Comité Central…

Lychev volvió a coger la botella, la puso del revés sobre su vaso y empezó a agitarla como si el recipiente estuviera reteniendo intencionadamente su contenido. Tiró la botella vacía a la otra punta de la habitación. Al chocar contra el suelo no se rompió. Nos quedamos callados un largo rato.

—¿De qué discutía con Petrov? —pregunté. Lychev se levantó y se acercó a la ventana—. ¿Qué órdenes le dio?

Titubeó un momento y, dándome aún la espalda, dijo:

—Petrov me estaba recordando que es decisión del Comité Central permitir que el asesinato se perpetre.

—Pero ¿no ha fracasado ya el complot? Hacía falta que Rozental venciera, lo cual no va a ocurrir.

—Gan lleva meses planeando esto. Él y Zinnurov han estado preparando el terreno durante años, y ahora están a punto de hacerse con el poder. ¿Cree de verdad que arriesgarían tanto en el resultado de un campeonato de ajedrez? No sea ridículo.

—Entonces, ¿cómo se proponen conseguirlo?

—La noche pasada nos enteramos de que a cierto jugador de ajedrez le ha sido concedido el honor de ser invitado a un acontecimiento muy especial.

—¿Rozental?

—Justamente. Es el único jugador que ha recibido tal distinción. Ni siquiera Lasker ha sido invitado.

—¿De qué acontecimiento se trata?

—Un recital que su amigo Kopelzon ofrece en el teatro Mariinski esta noche. El zar y la zarina estarán presentes. El doble suplantará a Rozental y llevará a cabo su misión, y mañana por la mañana habrá bolcheviques colgando de farolas a lo largo de todo el río Nevski. Pero no se preocupe, Spethmann; usted estará en París con su amante.

Miré mi reloj. Faltaban pocos minutos para las dos.

Me dirigí a la puerta.

—¿Adonde cree que va? —oí que decía Lychev a mi espalda.

Lo ignoré y empecé a bajar por aquella mohosa escalera de madera. Lychev se apresuró a alcanzarme y me agarró del brazo.

—Petrov ha dado órdenes estrictas de que no abandonara usted esta casa hasta que sea la hora de ir a la estación.

Me zafé de él y continué bajando la escalera. Salí a una callejuela miserable llena de ropa puesta a secar colgando de las ventanas. Un fétido hedor ascendía de las alcantarillas abiertas. No tenía ni idea de dónde me encontraba, pero eché a andar.

—¡Spethmann! ¡Espere! —Me giré y vi a Lychev a la entrada del edificio. Se me acercó—. ¿Qué está haciendo?

—Voy a detener a Medem.

—¿Y cómo se propone hacerlo?

—Iré a la policía y lo contaré todo.

Lychev se desternilló de risa.

—Está claro que no me he explicado bien. Lo buscan por asesinato, Spethmann. En el mismo instante en que la policía lo vea lo arrestará, si es que no le pega un tiro. Suponiendo que, por alguna razón, no le disparen, porque se hayan quedado sin munición o porque la conciencia se lo impida, ¿a quién cree que van a pasarle el informe? Al coronel Gan, sin duda.

—Tengo que intentarlo. Tengo que hacer algo. No serán los bolcheviques los únicos que cuelguen de las farolas. Tiene que haber una forma —dije furioso y me volví para marcharme.

Lychev me sujetó por el brazo.

—En realidad sí la hay —dijo.

Lychev me condujo por el sector metalúrgico de San Petersburgo. Había multitud de obreros saliendo de las fábricas, pero era demasiado temprano para que hubieran acabado su jornada de trabajo. Vi que unos hombres desplegaban una enorme bandera donde se leía «Pan y Libertad». Un poco más allá pasamos junto a hombres, mujeres y niños que formaban grupos con más banderas y pancartas proclamando que el sindicato de trabajadores del metal se había declarado en huelga.

—Petrov ha hecho un llamamiento a la huelga —explicó Lychev—. Este es su sindicato, donde él empezó. Se afilió cuando tenía catorce años, y a los dieciséis ya se había convertido en uno de los dirigentes locales. ¿Lo ha visto alguna vez hablar en público?

—Trato de mantenerme apartado de los mítines políticos.

—No sabe usted lo que se pierde. Grigori Petrov es verdaderamente electrizante. Al escucharlo a uno se le eriza el pelo. Le entran escalofríos, y luego piensa: por este hombre iría al fin del mundo.

Lychev tuvo que dar un rodeo para no quedarse atrapado entre los manifestantes. Poco después de las tres de la tarde llegamos al puente Alexandrovski, que en aquel momento cruzaba una avanzadilla de grupos dispersos de huelguistas y sus familias. Gritaban la consigna «Pan y Libertad» y el nombre de su héroe, Grigori Petrov.

—¿Aún tiene usted interés por lo que pasó en Kazan? —me preguntó Lychev de improviso, mientras avanzábamos a paso de tortuga por el puente —. Antes de que tuviera que desaparecer recibí un informe completo de mis antiguos colegas de Kazan.

—Cuénteme —pedí.

—¿Recuerda que hubo un asesinato sin resolver? ¿Uno que no fue investigado?

—¿El del intruso?

—Resulta que el móvil del intruso no era el robo, sino la venganza.

—¿Vengarse de quién?

—Había dos hombres en la casa, aunque ninguno de los dos vivía allí. Era la casa de la madre de uno de ellos, que se llamaba Oleg Yuratev. El expediente o, mejor dicho, los expedientes sobre Yuratev son realmente extensos.

Zigzagueamos entre el tráfico y pasamos junto a un jefe de policía que intentaba obligar a retroceder a los manifestantes.

—El abuelo de Yuratev era un criado. Su hijo, el padre de Yuratev, fue llamado a filas, pero poco antes había dejado embarazada a una joven llamada Irina en el pueblo. Las malas lenguas corrieron el rumor de que no estaban legítimamente casados. El niño no conoció a su padre hasta que este volvió a casa, una vez terminada la guerra de Crimea, diez años después. Según se dice, estaba dotado de gran inteligencia, y ya no se dejaba dominar por su madre. El padre desapareció enseguida y la madre se dio a la bebida y es posible que se dedicara ocasionalmente a la prostitución. Al parecer, un sacerdote local se interesó por el joven Oleg y lo ayudó en sus estudios, pero en la universidad el chico lo pasó muy mal; al fin y al cabo, era un campesino y, encima, hijo ilegítimo.

»Fue en la universidad donde el joven Oleg entró en contacto con un grupo terrorista. La única esperanza de salvar el alma rusa era mediante la acción, las bombas y las armas. Oleg se unió al grupo llamado Voluntad del Pueblo. En mil ochocientos setenta y seis el gobernador de la región fue asesinado por un joven armado con una pistola, que no era otro que Oleg Yuratev. Su crimen lo impulsó hasta lo más alto de la organización, convirtiéndolo en uno de los miembros del comité ejecutivo secreto. Hubo más asesinatos: oficiales de policía, gobernadores locales, ministros del zar, etcétera. La eficacia y la dedicación de Yuratev consolidaron su reputación entre los camaradas, pero había algo que no sabían: el hombre a quien tanto admiraban por su entrega a la causa revolucionaria era un traidor. —Ya casi

habíamos llegado al otro lado del puente—. No está claro si Yuratev fue un agente doble desde el principio de su trayectoria terrorista, o si en algún momento perdió la ilusión y ofreció sus servicios a la policía secreta, pero el hecho es que desempeñó un papel decisivo en la aniquilación de Voluntad del Pueblo. A cambio de sus servicios recibió un indulto, un nombre nuevo y un dinero con el que más tarde amasó una fortuna.

—¿Zinnurov? —pregunté.

—El expediente no dice nada del nuevo nombre de Yuratev, pero no hay duda alguna: Peter Zinnurov y Oleg Yuratev son la misma persona.

Lychev hizo una pausa para que yo asimilara la información.

Tras unos momentos, pregunté:

—¿Qué tiene que ver todo esto con la muerte de un intruso en Kazan?

—Yuratev viajó a Kazan para reunirse con un agente de la Okhrana con quien había trabajado siendo miembro de Voluntad del Pueblo. De alguna forma, uno de los antiguos camaradas de Yuratev se enteró de que se hallaban en la casa de la madre de este. Se introdujo en la vivienda e intentó matarlos a los dos. Estuvo cerca de conseguirlo, puesto que ambos hombres resultaron gravemente heridos, y habrían muerto de no ser por una niña que fue encontrada vagabundeando por las calles, cubierta de sangre, gritando que se había cometido un asesinato.

—¿Quién era el agente de la Okhrana que estaba en la casa con Zinnurov?

—Estoy seguro de que ya lo ha adivinado.

—¿El coronel Gan?

—Entonces solo era capitán.

Habíamos llegado a la avenida Liteini. La bocacalle que daba a la calle Kirochni era la siguiente.

—Espere un minuto —dije—. Tengo que ver a Rozental.

—No hay tiempo para eso —replicó Lychev.

—La casa de Saburov está aquí mismo. Serán solo diez minutos.

—Es absolutamente imposible —gritó Lychev.

—Le he fallado. Tengo que ver a Rozental.

Lychev soltó una imprecación mientras pasábamos por la calle Kirochni y continuábamos en dirección a casa de Saburov.

En el salón de baile habían instalado tres de las cinco mesas de juego; las otras dos se hallaban en habitaciones contiguas, algo más pequeñas. Cuando llegamos ya hacía rato que habían empezado los enfrentamientos. Grupos de

espectadores se arremolinaban a su alrededor, moviéndose de una mesa a otra a medida que las partidas ganaban o perdían interés.

No se veía a Rozental por ninguna parte.

—Discúlpeme —le susurré a un espectador—. ¿Contra quién juega Rozental?

El espectador señaló la mesa del centro del salón, donde Lasker estaba sentado con las piernas cruzadas, el brazo derecho colgando lánguidamente por encima de su silla y un cigarro en la mano.

—¿A quién le toca jugar? —pregunté.

—A Lasker. Rozental acaba de capturar con el caballo en d2.

Recorrí la sala con la mirada pero seguía sin verlo.

—¿Dónde está? —susurré.

—Fíjese bien, allí abajo —dijo Lychev guiándome hacia una palmera colocada en una gran maceta que había a mi derecha, detrás de la cual distinguí, momentos después, la inquieta figura de Rozental.

—Es extraño —añadió el espectador reparando entonces en mi pelo chamuscado. Tras una discreta mirada a mi cabeza, prosiguió—. Después de cada jugada, Rozental va a esconderse detrás de la palmera. No vuelve hasta que Lasker hace su jugada y aprieta el reloj. Está desperdiciando un montón de tiempo para pensar. Va segundo por la cola. ¿Puede usted creerlo? ¿Quién habría imaginado que Avrom Chilowicz iba a tener una actuación tan floja?

Le pedí a Lychev que esperara.

—No tarde —me dijo él mientras yo me acercaba a la palmera.

—Avrom Chilowicz —me atreví a llamarle—. ¿Qué está haciendo aquí?

No hubo respuesta.

—¿No debería estar ante el tablero, estudiando la posición?

—No me hace falta estudiarla —contestó Rozental con una voz apenas audible.

—¿Por qué se esconde?

—No me escondo. —Su cara estaba medio oculta entre las hojas de la palmera, pero alcancé a ver sus nerviosos y melancólicos ojos castaños.

—Entonces, ¿que está haciendo?

—No quiero ser un problema para nadie.

—¿Para quién cree que podría ser un problema?

—Para el doctor Lasker —dijo tras unos instantes—. No quiero molestar de ninguna manera a mi adversario.

—Su adversario no se va a molestar —le dije—. Por favor, Avrom, vuelva a la mesa.

Rozental sacudió la cabeza.

—No.

Me indigné conmigo mismo. No había conseguido ayudarle en absoluto. Sentí también una gran aflicción: Rozental estaba a la altura de los mejores talentos allí presentes, pero era evidente que el hombre del *shtetl* no iba a triunfar jamás, ni siquiera contra jugadores más flojos que él. No se trataba de que su oportunidad de conseguir la gloria hubiera pasado, sino de que esta nunca había sido más que una ilusión.

—Adiós, Avrom —me despedí.

—Adiós —respondió.

Pensé que esta palabra tenía tan poco significado para él como para un niño que contesta a un adulto que no conoce.

Me giré para volver con Lychev. Horrorizado, advertí que unos pocos pasos más allá estaba Saburov, de cháchara con un par de miembros del Club de Ajedrez de San Petersburgo. Asentía vigorosamente con la cabeza sobre algo que uno de sus compañeros acababa de decir. Por un momento pensé que no me vería pero, de repente, pareció sentirse observado, alzó los ojos y su mirada se cruzó con la mía. Se quedó boquiabierto y palideció.

Volví a la mesa donde Lasker seguía inmerso en sus cálculos y le susurré a Lychev:

—Me han reconocido. Vámonos.

Cuando salíamos, un repentino murmullo de especulaciones emergió de entre el público. Miré hacia atrás y vi que Lasker capturaba con su dama el caballo en d2 y pulsaba el reloj para iniciar la cuenta atrás de Rozental. Al instante todas las miradas se dirigieron hacia la palmera de la maceta, desde detrás de la cual, tal como se esperaba, apareció Rozental con la mirada fija en el suelo, los brazos rígidos y los puños apretados. Se sentó en su silla y, tras una fugaz mirada a la nueva posición, adelantó su peón de f una casilla hacia delante. De repente, ladeó la cabeza y empezó a sacudirse las moscas que lo atormentaban. Pulsó el reloj, susurró «discúlpeme» y volvió a la palmera. Un par de espectadores soltaron una risita.

Saburov y sus dos compañeros no nos perdían de vista.

Bajamos la escalera y nos apresuramos hacia la puerta. Al salir a la calle, alguien gritó:

—¡Detengan a estos hombres!

Corrimos hacia el coche, que Lychev había aparcado fuera del hospital Marie y orientado hacia el Nevski. Lychev saltó al asiento del conductor mientras yo arrancaba el motor. Mirando por encima del coche hacia la casa de Saburov, vi cómo media docena de hombres aparecían en la escalinata. Gritaban y señalaban en nuestra dirección. Los dos más decididos del grupo empezaron a correr hacia nosotros.

El motor se encendió con un ronquido y salté dentro del coche, junto a Lychev.

—Tendremos que volver por este mismo camino —dijo dirigiéndose hacia el cruce con el Nevski, doscientos cincuenta *sazheni* más allá.

A esa hora del día, el Nevski siempre estaba abarrotado de gente, taxis, autobuses, *droshkis*, camiones, carros, automóviles y carruajes particulares, así que no podía menos que preocuparme por la posibilidad de ser alcanzados por los que nos perseguían, pero ese día la gran avenida estaba prácticamente desierta y los pocos coches que transitaban por la calle, y cuyos conductores parecían especialmente malhumorados, se movían en dirección contraria.

—¡Estamos de suerte! —dijo Lychev apretando el acelerador.

Dejamos atrás a nuestros perseguidores en la esquina de la avenida Liteini. Lychev continuó hasta Fontanka con una sonrisa de satisfacción.

Algo iba mal.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Una mujer pasó corriendo por delante de nosotros, siguiendo los carruajes y carricoches que iban en dirección contraria. Entonces aparecieron cuatro o cinco hombres. Se pararon un momento y miraron hacia atrás con perplejidad y temor antes de seguir corriendo. La muchedumbre invadió la calle a la desbandada, chocando unos con otros en su desesperación por huir. Pero ¿de qué huían?

A la altura de la iglesia armenia, la multitud era tan grande que tuvimos que detener el coche. Lychev gritó y tocó el claxon pero no había forma de seguir adelante. Puso la marcha atrás para retroceder pero el gentío que nos rodeaba había crecido tanto que era imposible moverse.

Consulté el reloj. Eran casi las cuatro de la tarde.

—Tendremos que seguir a pie —dijo Lychev saltando fuera del coche—. ¡Sígame!

Bajé de un salto y lo seguí.

Un niño tropezó y cayó a nuestros pies. Un joven que corría detrás de él esquivó con un salto el obstáculo, pero los que venían detrás no pudieron

evitar el choque. Una docena de personas cayeron al suelo. La gente empezó a gritar.

Entonces se oyeron los primeros disparos.

Uno de los hombres que se arrastraban por el suelo tras el encontronazo salió despedido violentamente hacia adelante, como si alguien le hubiera pateado el trasero. Otro hombre se tambaleaba; casi no lo aguantaban las piernas y extendía los brazos, buscando apoyo desesperadamente. Consiguió llegar hasta una farola y se aferró a ella como un marinero a un mástil durante una tormenta. En la parte baja de la espalda tenía una gran herida ensangrentada. El suelo cedía bajo sus pies, le flaqueaban, pero el hombre seguía resistiendo. Yo lo miraba horrorizado mientras él reunía la poca energía que le quedaba para un esfuerzo final. Soltó la farola, trastabilló un par de pasos y se desplomó bocabajo ante mí.

Me agaché junto a él. Aún respiraba. La bala había rasgado los fondillos de su pantalón, ligeramente hacia la derecha. Le di la vuelta. Le costaba mucho respirar. Con voz entrecortada, jadeó «Madre», y sus ojos se cerraron.

—¡Spethmann! ¡Vamos! —gritó Lychev.

Fuera de la Duma divisé a un soldado con la bayoneta calada. Nos miramos un momento pero enseguida pareció perder interés por mí y siguió corriendo, tal vez en busca de otra presa.

Lychev me levantó de un tirón.

—¡Tenemos que irnos! —gritó.

—¡Ayúdeme a sacar a este hombre de la calle! —grité a mi vez.

Hubo más disparos; quizá tres o cuatro, pero era imposible saber de dónde venían o cuál era su objetivo.

—¡Déjelo! —chilló Lychev—. Tenemos que llegar a la calle Kirochni, ¡corra!

—No podemos dejarlo aquí —respondí.

Lychev me dirigió una mirada furiosa y se marchó solo. Traté de levantar al hombre pero pesaba demasiado. Otro tipo apareció —un obrero, por su vestimenta— y preguntó, resollando:

—¿Está herido?

—Le han disparado.

—Rápido —dijo el hombre—. Antes de que lleguen los soldados.

Entre los dos, no sin gran dificultad, conseguimos levantarlo.

—Llevémoslo a la iglesia —dije mientras avanzábamos a trompicones—. ¿Qué está pasando?

—Marchábamos por el Nevski —dijo el hombre sin aliento y resoplando por el esfuerzo—. Era una marcha completamente pacífica y, de repente, los soldados empezaron a disparar. Solo Dios sabe a cuántos han matado. Otra vez es Domingo Sangriento.

Estábamos a menos de veinte *sazheni* de la iglesia cuando aparecieron dos cosacos. Casi los teníamos encima.

—¡Póngase a salvo! —gritó el hombre dejando caer al herido—. ¡Nos van a matar!

Salió corriendo pero no consiguió dar más de veinte pasos antes de ser alcanzado.

El otro cosaco se me echó encima. Me quedé fascinado por los extraordinariamente bellos y fluidos movimientos con que dominaba su montura. Lucía un gran bigote canoso y estábamos tan cerca uno del otro que pude distinguir las manchas rojas que salpicaban su piel. Se balanceó encima del caballo preparándose para el ataque, y se inclinó con soltura hacia la derecha. Extendió su sable hacia mí, pero entonces fue lanzado bruscamente hacia atrás y se desplomó sobre el caballo, que pasó galopando inofensivamente por mi lado. El sable del cosaco rodó a mis pies con un ruido metálico. Estaba salpicado de sangre; yo no habría sido su primera víctima aquel día.

Allí estaba Lychev, con una pistola en la mano. Bajé la vista para mirar al hombre a quien había intentado ayudar.

—Olvídese de él. Está muerto.

Lychev me ordenó que le siguiera por un callejón contiguo a la iglesia. En pocos minutos llegamos al dique Fontanka. Cruzamos el canal y pronto volvimos a encontrarnos en la avenida Liteini, esta vez un poco más al norte de la casa de Saburov. Tuve que pararme para recuperar el aliento. Me sentía mareado y débil.

Junto a la catedral de la Transfiguración, donde la avenida de Kirochni se une a la de Liteini, había un tranvía incendiado.

28

La dirección que Berek Medem había dado en Moscú a Yastrebov cuando reclutó al ardiente joven idealista era calle Kirochni, número 19. Los conspiradores seguían convencidos de que el lugar era seguro. Ignoraban que Yastrebov había hablado a Catherine del sitio y que yo había informado a Lychev de su existencia.

Kavi se hallaba apostado en el edificio de enfrente, en un apartamento que Lychev había alquilado en la segunda planta. Estaba aburrido y frustrado, más aún tras haber oído hablar de la conmoción que asolaba la ciudad. A un hombre de la calle como él, un luchador, le irritaba la inactividad que comportaba el papel que le habían asignado, y se mostró muy desconcertado cuando Lychev le explicó por qué estábamos allí.

—No seré yo quien llore la muerte del zar.

—No será el zar el único que muera —dijo Lychev con paciencia—, Gan y los Barones del Báltico usarán el asesinato como pretexto para tomar medidas drásticas contra nosotros. Nos aniquilarán.

Kavi se rascó la barbilla.

—No estoy seguro, Mintimer —dijo—. Si el Comité Central ha decidido que sigan con su plan…

—Lo ha decidido solo porque Petrov ha insistido en que así sea. El doble saldrá pronto de camino hacia el teatro. Si vamos a hacer algo, tenemos que hacerlo ahora.

—Debemos observar una disciplina, Mintimer. Si se ha dado una orden hay que cumplirla.

—En lo más hondo de tu corazón, Kavi, sabes que tengo razón. Sabes que esto va a ser un desastre para nosotros.

—No solo para vosotros —agregué—, sino para todos.

Kavi frunció el ceño y Lychev se quedó mirando el suelo. Yo no tenía nada que decir en ese asunto.

—No me gusta contradecir las órdenes del Comité Central —dijo Kavi.

—Si no actuamos, no habrá Comité Central. Tampoco habrá Partido. Los Barones del Báltico tomarán el poder.

Kavi empezó a dar vueltas por la habitación, refunfuñando y gesticulando.

—Eso nos traerá un montón de problemas —dijo.

—¿Crees que será peor que colgar de una farola?

Kavi se detuvo, levantó la vista hacia el techo y suspiró:

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero luego tú te encargarás de dar las explicaciones pertinentes.

—Les diré que te mentí —dijo Lychev dándole una palmada en la espalda —; que te dije que el Comité Central había cambiado de idea.

Kavi desenfundó su cuchillo y se puso a comprobar el filo.

—No hace falta matarlo —dije yo—. Bastará con impedirle que acuda al recital.

Kavi me lanzó una mirada de desdén.

—Espéreme aquí —dijo Lychev—. Cuando vuelva iremos juntos a la estación de Finlandia. Aún no son las cinco. Aunque haya que ir andando hasta la estación, tenemos tiempo de sobra.

Kavi abrió el tambor de un gran revólver delante de nosotros y cargó cuidadosamente cada una de las recámaras antes de volver a cerrarlo con un chasquido.

—Prepárese un té —dijo Lychev—. Volveré pronto.

—Espere un minuto —dije—. ¿Estaba la madre de Yuratev en la casa de Kazan la noche que el intruso los atacó?

—No —respondió Lychev—. Según los informes de la policía, había fallecido dos años antes.

Así que Zinnurov había dicho la verdad, en esto por lo menos. Anna debía de haber mezclado la muerte de su abuela con el brutal ataque del que fue testigo cuando tenía trece años.

—¿Cómo murió?

—A consecuencia de una caída. El fallecimiento se atribuyó a una causa accidental.

—¿Hay alguna duda sobre esto?

—En mi opinión de policía y leyendo entre líneas, sí. Muchas dudas.

¿Tenía Anna razón, después de todo?

—¿Cree que Zinnurov la mató?

—Según el detective que investigó el caso, no. Él pensaba que Zinnurov estaba encubriendo al auténtico asesino.

—¿Quién fue el auténtico asesino?

—¿Está seguro de que quiere saberlo?

No contesté.

—Irina Yuratev no era exactamente la querida *babushka* de nadie, sino más bien una vieja zafia, malhablada y alcoholizada.

Esto tanto podía ser verdad como no. ¿Quién era yo para saberlo? En cualquier caso, el hecho de que la mujer fuera así o peor no justificaba que la asesinaran.

Lychev y Kavi comprobaron sus armas una vez más. El primero tiró de la corredera de su semiautomática, y una bala entró en la recámara.

—Por cierto, Spethmann, quería preguntarle algo —dijo Kavi—. ¿Cómo acabó su partida con Kopelzon?

Tardé unos momentos en entender de qué estaba hablando.

—No llegamos a acabarla —contesté.

—¿Quiere decir que la jugada que le sugerí no sirvió para nada?

—Me temo que no —respondí.

Kavi se rio mientras cerraba la puerta tras él.

No había servido para nada.

Me acerqué a la ventana de la fachada del apartamento. Un par de minutos después, vi a Kavi y Lychev, con las manos metidas en los bolsillos de sus abrigos, cruzando la calle hacia la casa del número 19.

Al cabo de pocas horas todo habría acabado. Los invitados llegarían al teatro Mariinski y se dirigirían a la Sala Blanca. Kopelzon estaría más nervioso que de costumbre. Escrutaría los rostros de la gente, esperando ver en cualquier momento al doble de Rozental. De pronto todo el mundo se pondría en pie y haría una reverencia a los zares cuando estos entraran para tomar asiento. ¿Dónde estaba el doble? Kopelzon empezaría a sudar. ¿Dónde estaba el doble?

Mientras tanto yo estaría en un tren, en dirección a París, con Anna.

Lychev y Kavi ya estaban cerca de la puerta del número 19. Inspeccionaron los alrededores con un rápido vistazo. El enorme cosaco dio una patada a la puerta; luego otra. El sonido del bastidor rompiéndose resonó por toda la calle. La bisagra de arriba saltó y la puerta se abrió.

Lychev y Kavi irrumpieron en la casa.

Sabía que iban a matarlo pero, aun así, me estremecí al oír el primer disparo. Estaba a punto de darme la vuelta cuando vi a alguien que salía tambaleándose, de espaldas, por la puerta rota.

Kavi empuñaba todavía el arma, pero ya no le servía para nada. Se desplomó pesadamente en la acera.

Un momento después apareció Lychev con las manos sobre la cabeza, rodeado de media docena de hombres armados con pistolas y carabinas. El

coronel Gan, impecable con su uniforme de la Caballería Real, salió a su vez. Con él iba el hombre que yo había confundido por un instante con Rozental. Un automóvil paró delante y el doble entró en él. Mientras el coche se alejaba, Gan se volvió hacia Lychev y le ofreció un cigarrillo. Lychev rehusó haciendo un gesto con la cabeza.

Entonces vi que dos hombres de Gan cruzaban la calle corriendo. Venían a buscarme.

Al llegar al rellano me di cuenta de que si trataba de escapar por la puerta principal me encontraría frente a frente con los hombres de Gan. Entré corriendo en el apartamento y cerré la puerta de un empujón.

Tenía una pistola en el bolsillo pero sabía que no iba a usarla.

Me metí a toda prisa en un dormitorio que había en la otra punta de la casa y fui hacia la ventana. No se abría. Entré en el cuarto de baño, donde la ventana ya estaba abierta. Miré afuera. Debajo había un jardín. La altura era considerable.

Ya estaban ante la puerta.

Volví a mirar afuera. Había un árbol, pero jamás podría alcanzar sus ramas.

Estaban pateando la puerta, igual que Kavi había hecho antes.

Me encaramé al alféizar. Había una pérgola alrededor de la cual crecía una escuálida planta, pero estaba demasiado lejos.

Oí que la puerta se rompía. Salté al vacío, impulsándome tanto como pude.

Dos rostros me miraban desde arriba. Por un momento, no supe dónde estaba o qué interés podían tener aquellos dos en mí. Uno de los individuos se escabulló dentro de la casa; el otro empezó a gritarme que me quedara donde estaba.

Me puse de pie, haciendo esfuerzos por liberarme de las ramas colgantes de la planta y los fragmentos de madera de la pérgola. Un niño vestido de marinero me miraba boquiabierto a través de una ventana de la planta baja. Me giré y corrí a lo largo del jardín. Me dolía la cadera, y cuando llegué a la verja en el otro extremo del jardín, cojeaba. Eché un vistazo a mi espalda y vi al hombre de la ventana apuntándome con su pistola. Disparó dos veces.

Me escurrí por las calles laterales. Corrí a pesar del dolor. Corrí impulsado por el temor. Unos diez minutos más tarde, me di cuenta de que no podía seguir. Si entonces me hubiera girado para enfrentarme, pistola en mano, con mi perseguidor, habría sido incapaz de reaccionar, ni siquiera a un paso de distancia. Me había quedado sin aliento. El corazón me palpitaba con fuerza. Apoyé las manos sobre las rodillas, me incliné y empecé a vomitar. Me limpié la boca, cogí un poco de aire y continué.

Ni con ayuda del plano más detallado podría reproducir el recorrido de mi huida. No recuerdo haber cruzado el Nevski y desconozco cómo llegué a la calle Minski. Tampoco recuerdo haber tomado en ningún momento de mi huida la decisión de dirigirme allí, pero, por supuesto, debí de hacerlo. No podía ser una casualidad. Lo que sí recuerdo es haber visto por las calles los desechos desoladores de la manifestación de los huelguistas: pancartas abandonadas, paraguas, sombreros de paja y zapatos. De vez en cuando oía el chasquido del disparo de un rifle, pero, en general, reinaba el silencio. Algunos escaparates habían sido destrozados, pero no muchos. Cerca del palacio Yusupov pasé junto a lo que a primera vista parecía un montón de trapos tirados en la acera. Resultó ser un cadáver, alrededor del cual se había congregado un pequeño grupo de policías con aspecto aburrido.

Calle Minski.

Había llegado. Miré mi reloj. Eran las seis y dieciocho minutos. El recital debía empezar a las siete y media. Era posible que Kopelzon ya estuviera camino del teatro.

29

Mi visita lo cogió por sorpresa. Trató de cerrar la puerta, pero lo aparté de un empujón y entré en la pequeña estancia sobrecargada de muebles. Por todas partes había colgaduras y almohadones turcos desparramados por encima del mobiliario, fotografías suyas en París o Moscú, carteles de sus conciertos, un fonógrafo, partituras, libros y, encima de una mesita situada en el centro de la habitación, un tablero de ajedrez.

Ya llevaba puesto su traje de etiqueta, pero Kopelzon estaba demacrado y ojeroso y parecía agobiado. Despedía un olor agrio y almizcleño.

—Parece que no esperabas verme —dije aproximándome al tablero.

—Te lo advierto, Otto —dijo Kopelzon—. Tengo un arma, y la usaré si me obligas a hacerlo.

—No hará falta —contesté colocando las piezas de ajedrez—. Lo único que quiero es acabar nuestra partida.

—No tengo tiempo para esto —respondió dirigiendo una mirada ansiosa hacia el dormitorio.

—¿Tienes compañía? —pregunté.

—No es asunto tuyo.

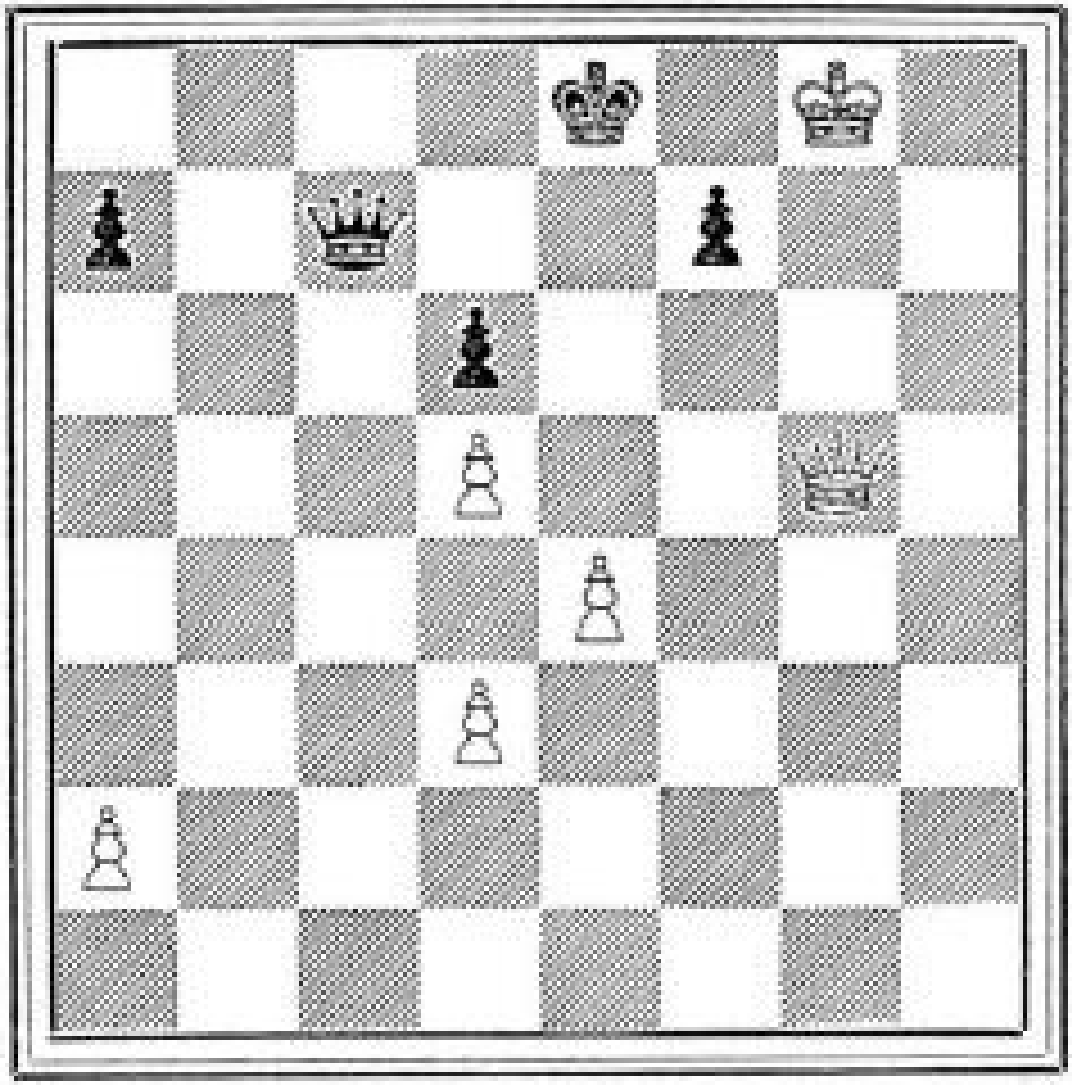
—¿Tu amigo Berek Medem, quizá?

—En realidad, se trata de una mujer.

—Estoy seguro de que no le importará. Será solo un minuto —dije mientras reconstruía la posición de nuestra partida. A pesar de no ser esa su intención, se quedó observando con interés—. La victoria es mía. He encontrado la solución.

—Paparruchas —dijo con desdén—. Son unas claras tablas.

—No, Reuven —repliqué—. Tengo una continuación irrefutable. —Te estás engañando a ti mismo. Solo puedes atacar mi peón de f con rey y dama, y yo lo puedo defender con las mismas piezas. No puedes vencer.



Spethmann-Kopelzon

Después de 46… Dc7. Spethmann asegura tener una continuación ganadora. ¿Es eso cierto?

Estiré la mano hacia la dama. Kopelzon ya se lo esperaba. Se esperaba también que yo la movería a g7. En cambio, la desplacé a h6. Kopelzon entornó los ojos. Creo que en aquel momento aún no se daba cuenta de lo fatídico de su posición, pero vi que empezaba a dudar.

—¿Quién hay en el dormitorio? —pregunté—. ¿Alguien a quien yo conozca?

—Alguien de quien da la casualidad que estoy profundamente enamorado —contestó levantando la vista del tablero—, por si te interesa saberlo.

—¿De verdad? —dije—. Esto es nuevo para ti, ¿no?

—Vamos a casarnos —contestó secamente.

—Felicidades. ¿Presenciará ella tu actuación esta noche?

Kopelzon me miró con desconfianza.

—No nos detendrás, Otto —contestó. Abrió el cajón de la mesa y sacó un revólver.

—Estamos jugando al ajedrez, Reuven. No vas a necesitar usar esto.

—¿Has venido solo? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde está Lychev?

—Fue arrestado hace una hora —respondí—. Por el coronel Gan.

Kopelzon escrutó mi cara y, en cuanto se convenció de que le había dicho la verdad, dejó el arma sobre la mesa, junto a las piezas capturadas, pero al alcance de la mano. Yo no era una amenaza para él.

Kopelzon movió la dama a e7.

—Sigo defendiendo el peón con dama y rey —dijo dejando escapar una leve sonrisa de satisfacción—. No lo vas a comer.

Yo moví mi dama a g7. Kopelzon frunció el ceño. Fue entonces cuando empezó a percibir cierto peligro.

—¿Cómo conociste a Berek Medem? —pregunté.

—Has oído hablar del recital que di en la ópera de París, ¿verdad? Hará dos años, en agosto. ¿Sabes, Otto, que la gente se vanagloria de haber ido a aquel concierto? Hablan de él con mucha emoción. No hablan de mí como un músico, ¡de ninguna manera! Aquella noche escucharon a un mesías que los conmovió.

Bajó la vista al tablero.

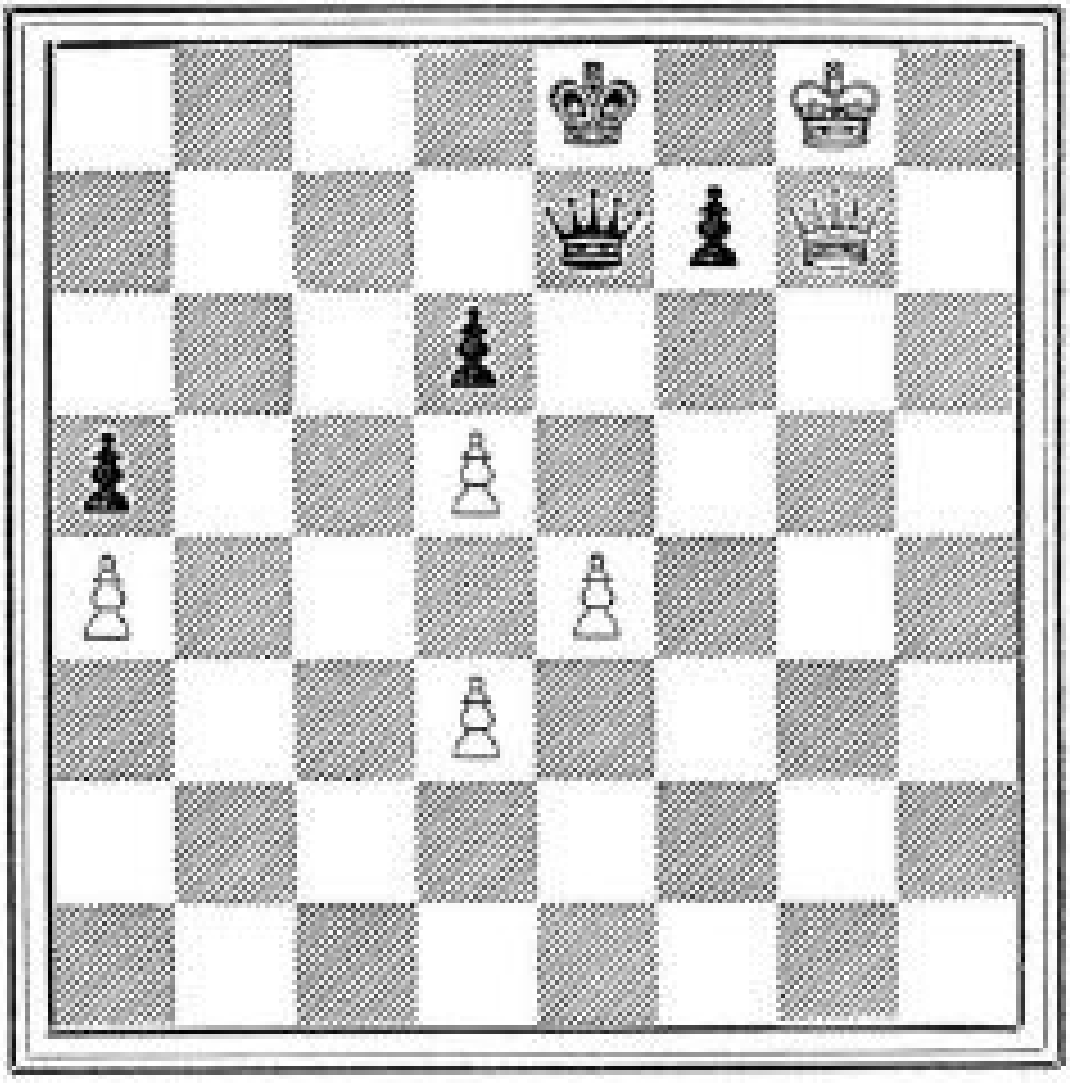
—Te estás quedando sin movimientos, Reuven —dije.

Movió su peón a a6. Yo moví el mío a a3.

—Berek estaba allí aquella noche. Escuchó mi interpretación y luego vino a verme al camerino. Había las mujeres de costumbre; unas viejas, otras jóvenes, todas ellas suplicando que les diera una oportunidad para solazarme en privado. Yo estaba dispuesto a complacerlas; a las más guapas, al menos. —Kopelzon sonrió. Nunca había ocultado su concupiscencia—. Pero conocí a ese hombre y, por primera vez en mi vida, noté una fuerza aún mayor que la mía.

Kopelzon adelantó su peón una casilla. Yo hice lo mismo. Se recostó en su silla, contemplando las piezas casi como si hieran sus enemigos.

—Estás en *zugzwang*, Reuven —declaré.



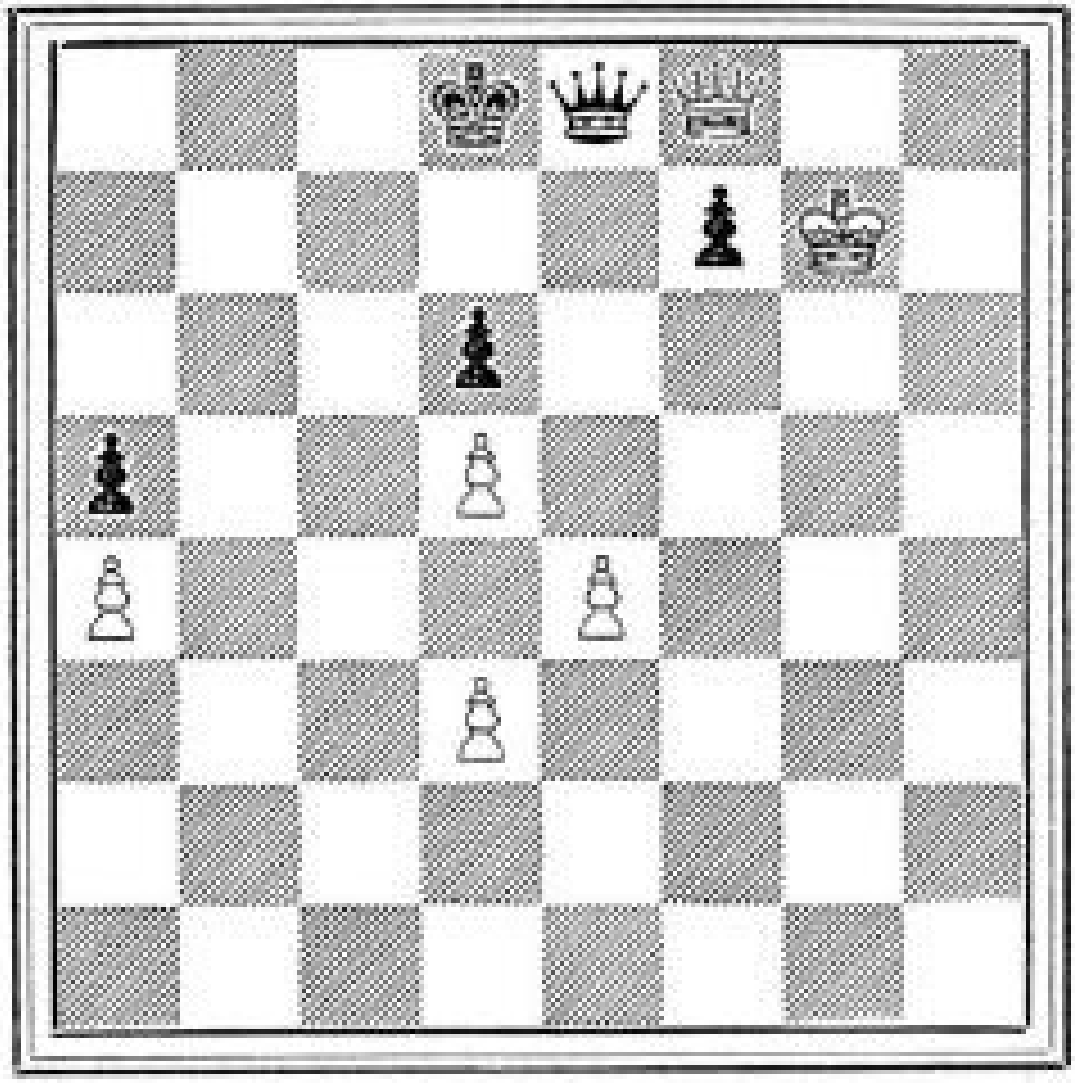
Spethmann-Kopelzon

Después de 50. a4. *Zugzwang*. Cualquier jugada de las negras conduce a la derrota.

Se quedó mirando el tablero negándose a creer lo que estaba viendo. No tenía más elección que apartar el rey de la defensa del peón de f. Al mover el rey a d8, la mano le temblaba. Jugué rápidamente, moviendo mi dama a f8.

—Jaque —dije tranquilamente.

Él movió su dama a e8, en un intento desesperado de parar el jaque, pero no iba a cambiar nada. Moví el rey a g7. El peón de f caería tras el cambio en f8. La partida era mía.



Spethmann-Kopelzon

Después de 52. Rg7. Las negras están en *zugzwang*. Kopelzon no puede impedir la captura del peón en f7 ni, tras ello, evitar la derrota.

Kopelzon no era de los que encajaban bien la derrota. No abandonó, ni tumbó su rey, ni siquiera ofreció un apretón de manos. Simplemente se levantó de su silla.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo —me dijo.

—Al contrario —respondí—. No estoy satisfecho en absoluto. La verdad es que no te puedes imaginar cuán apenado estoy. —Me levanté y añadí—: No vayas al recital, Reuven. Ya le has arruinado la vida a Rozental. No destruyas más vidas.

—¿Estás pidiendo clemencia para el zar? —preguntó adoptando un aire despectivo—. ¿Después de todo lo que ha hecho? —Recogió el arma de la mesa—. Esta misma tarde ha enviado a los cosacos a reprimir una

manifestación de trabajadores. Se dice que ha habido más de treinta muertos; y esto ha sido solo hoy y aquí, en San Petersburgo.

—Te lo pido por favor, Reuven, ten compasión.

—¿Compasión? ¿Qué compasión? —replicó con ira—. ¿Dónde está tu compasión, Otto? ¿Y tus lágrimas? Eres el doctor Otto Spethmann. —Se esforzó en que el nombre sonara de la manera más desagradable posible—. Has conseguido tener éxito en la vida. Me alegro por ti. Dejaste atrás el *shtetl* y el Palé. ¿Por qué no? Mejor vivir en una espaciosa casa en la calle Furshtatskaya que en una hedionda cabaña de madera junto a una feria de ganado. Pero los hombres, mujeres y niños que dejaste atrás no pueden seguirte a una vida mejor, Otto. En Dvinsk viven aún los hermanos de tu padre. Tienes primos, tías y sobrinos a quienes les faltan dientes y les sobran piojos en la cabeza, que viven sin ninguna esperanza de que mañana vaya a ser un día mejor que hoy. Si te sientes tan desbordante de compasión, vete a ver a tus tíos. O a tus sobrinos. Derrocha tu compasión en ellos y, luego, tras contemplar el rostro de unos niños que no conocerán nada más que la miseria o la violencia, hazte esta pregunta: después de ver todo lo que he visto, ¿voy a apartar la mirada?

Kopelzon se quedó mirándome desdeñosamente. La verdad es que siempre me había tratado con desdén. Esto no era incompatible con el aprecio que sentía por mí, que siempre creí auténtico, incluso en aquel momento.

—¡Lárgate, Otto! Ve y entierra la cabeza en la arena —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Así no tendrás que presenciar el sufrimiento que te rodea.

—¿Matando al zar vas a terminar con el sufrimiento? —pregunté.

Kopelzon pasó el arma a la mano izquierda para abrir la puerta.

—Lo único que sé es que si no hacemos nada, nada cambiará.

Me eché a reír.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó con desconfianza.

—Resultas tan convincente en tu papel…

—¿A qué te refieres? ¿Qué papel?

—Ahórrate el guion que usaste con los pobres diablos a quienes embaucaste cuando estabas en París o Londres. Ahórrate las lágrimas, Reuven.

—¿De qué me estás hablando?

Cuando desenfundé la pistola Mauser, Kopelzon se quedó quieto. No se lo esperaba.

—¿Cuánto tiempo llevas a sueldo del coronel Gan? —pregunté.

Kopelzon palideció. Yo no esperé a que respondiera. Tampoco estoy seguro de que pudiera responder. Cuando la bala lo alcanzó, aún no se lo podía creer.

—Oh —dijo con voz entrecortada y mirándome a los ojos.

Oí movimiento en el dormitorio y giré sobre mis talones, dispuesto a disparar de nuevo. Una mujer, sonrojada y sudorosa, entró corriendo en la habitación y dejó escapar un grito. Su albornoz de seda se entreabrió. Debajo no llevaba ropa, y su cuerpo brillaba como el satén.

Minna ni siquiera me miró. Se abalanzó sobre Kopelzon. La sangre fluía sobre la blanca camisa de etiqueta del violinista. Su rostro había perdido el color. Ella lo ayudó a sentarse en una silla.

Cogí el teléfono y pedí que me pusieran con el director artístico del teatro Mariinski. Le expliqué que, lamentablemente, Reuven Moiseievich Kopelzon se encontraba indispuesto y no iba a poder actuar esa noche.

Colgué el auricular y dije:

—Lo siento, Minna.

Minna hundió la cabeza en el regazo de Kopelzon y empezó a sollozar. Esperé con ella a que Kopelzon exhalara el último suspiro. Minna no me creyó cuando le dije que lamentaba aquello tanto como ella.

Crucé el canal Krukov y me encaminé al teatro Mariinski. Al entrar en la plaza vi una tropa de guardias cosacos con pelo largo y guerreras rojo escarlata que marchaban al trote; los sables centelleaban y los caballos refulgían de brío y sudor. Escoltaban una calesa tirada por cuatro caballos, dentro de la cual distinguí al zar, con uniforme de almirante, y a la zarina, que lucía un vestido de brocado y una diadema de diamantes. Se alejaban del teatro. Otros carruajes seguían al del zar. Cuarenta o cincuenta curiosos, que mantenían a cierta distancia gendarmes con chaqueta blanca apostados a ambos lados de la entrada principal, observaban mientras los invitados salían del recital que no iba a celebrarse.

Pasaban diez minutos de las nueve de la noche. Me quedaba menos de una hora para llegar a la estación de Finlandia. Gendarmes, soldados y cosacos seguían recorriendo las calles casi desiertas, atizando con la porra o la culata del fusil a todo aquel que se arriesgara a salir. Los taxistas de la plaza no se atrevían a llevarme al otro lado del Neva. Decían que era demasiado peligroso, después de los disturbios de aquella misma tarde. Finalmente encontré un *droshky*. El conductor accedió a llevarme, pero solo hasta el

puente Alexandrovski. Desde allí caminé hasta la estación. Catherine y Anna estaban de pie, una junto a la otra, en la entrada del andén, mirando ansiosamente en todas direcciones. Catherine fue la primera en verme y corrió a echarse en mis brazos.

30

Era la primera vez que pasábamos una noche juntos sin hacer el amor. Ese era el mundo real, pensé para mis adentros. Ese es el aspecto que tiene el amor en la vida real. Traté de recordar, sin conseguirlo, la última vez que Elena y yo hicimos el amor. ¿Cómo puede uno olvidar algo así? El mundo real.

El encargado insistió en encender la estufa del compartimento a pesar de que hacía una noche cálida. Yo tenía un terrible dolor de cabeza. Me escabullí de la litera y me vestí tan silenciosamente como pude. Tenía la cadera derecha completamente agarrotada.

—¿Qué ocurre? —dijo Anna medio dormida.

—Nada —contesté acariciándole el cabello y besándola—. Sigue durmiendo.

—No quiero quedarme en París.

—Espera a que lleguemos allí, a ver cómo nos sentimos. Descansaremos un par de días y luego decidiremos adonde ir.

—Me gustaría conocer Londres.

—Ahora duerme —dije—. Duérmete.

—Mi madre tenía una hermanastra, Ivana —dijo Anna—. Era bastante mayor que ella. Cuando tenía veintiséis años, se casó con un hombre encantador. En todos los años que estuvieron casados, no pasaron una sola noche separados. Murieron con tres meses de diferencia. —Sonrió con tristeza—. No sé por qué te he contado esto —añadió.

La besé.

—No te preocupes. No tardaré.

Recorrí el pasillo del vagón de punta a punta, cojeando todo el rato, y crucé la última puerta. Un encargado con camisa y cinturón negros, pantalones anchos metidos dentro de unas botas lustrosas y gorro de piel redondo, me preguntó si podía ayudarme en algo.

—¿Está todavía abierto el vagón restaurante? —pregunté.

—Si su señoría sigue andando dos vagones más, lo encontrará.

Estaba vacío. Tomé asiento y pedí un *brandy*.

—¿Dónde estamos? —pregunté al encargado.

—Pronto llegaremos a Wirballen —contestó—. ¿Tiene su señoría el pasaporte preparado? Al llegar, los guardias examinarán su pasaporte y su

equipaje. ¿Puedo serle útil en algo más?

—¿Cree que podría conseguirme una pluma y papel para escribir? —pregunté.

Regresó en un par de minutos con papel y pluma. Escribí la fecha: «27 de abril, 1914, cerca de Wirballen». Y: «Querida hija…». En la estación todo había sido tan turbador… Tenía mil cosas que decirle pero no había encontrado la forma de explicarle una sola de ellas.

Miré por la ventana esforzándome en distinguir algo en la oscuridad. Volví a mi carta pero no escribí nada.

Los frenos del tren chirriaron y empezamos a perder velocidad. Nos estábamos acercando a Wirballen. Apuré el *brandy* y me dispuse a volver con Anna. El encargado se agachó para mirar por la ventana y dijo, cuando el tren se detuvo del todo:

—Qué extraño. Aún faltan veinte minutos para llegar a Wirballen.

El motor dio un ronquido y volvió a echar una nube de vapor, oscureciendo el paisaje.

—Es muy extraño —repitió el encargado antes de salir para buscar a alguien que le explicara qué estaba pasando.

Yo me recosté en mi asiento. Diez minutos más tarde volvió el encargado. Seguía sin saber la razón de la parada. Pedí otro *brandy*.

Una hora después, el tren volvió a ponerse en marcha. Empezaban a verse las luces de la ciudad. ¿Y si Gan había descubierto la ruta de mi huida? ¿Habría confesado Lychev? Reflexioné para mis adentros sobre si debía despertar a Anna. ¿Debíamos bajar del tren y tratar de encontrar otra forma para salir del país?

—¡Qué raro! —dijo el encargado.

—¿Qué? —pregunté.

—No paramos en la estación —dijo rascándose la cabeza—. Nos llevan a una vía muerta.

Miré por la ventana. En lugar del andén de la estación vi la silueta de cabañas, grúas y naves industriales.

Un pasajero preguntó por qué no podía bajarse del tren. Otros que estaban detrás de él, con el equipaje en la mano, empezaron a refunfuñar y a quejarse. Unos momentos después, apareció el encargado jefe y explicó que la demora sería muy breve y pronto llegaríamos a la estación.

—¿Por qué no podemos bajar aquí mismo y andar hasta la estación? —preguntó uno de los contrariados viajeros.

—No se permite a nadie subir o bajar del tren —dijo el encargado jefe con firmeza—. Estas son las órdenes que he recibido.

—¿Qué quiere decir con las órdenes que ha recibido? —replicó, airado, un pasajero.

Me levanté y me apresuré a volver al compartimento. Por el camino vi, a través de las ventanas, que a ambos lados había policías vigilando las vías.

Anna dormía profundamente. La zarandeé un poco. Protestó levemente pero no se despertó. ¿Por qué habría de molestarla?, me pregunté. No había nada que hacer, excepto esperar. Volví al vagón restaurante, que en aquel momento estaba lleno de viajeros frustrados y aburridos.

A las tres y cuarto de la madrugada el tren empezó a retroceder entre sacudidas. Los soñolientos pasajeros, con las cejas cubiertas de brillantes gotas de sudor, levantaron la vista esperanzados. En un instante, una avalancha de preguntas hechas a gritos arreciaron sobre el encargado.

—No lo sé —repetía insistentemente—. No sé nada.

Nos estaban desviando hacía la vía principal. Cuando nos pusimos otra vez en marcha y empezamos a ver la estación bajo la débil luz de la mañana, los viajeros prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Me apresuré a volver al compartimento. Anna estaba exactamente en la misma posición en que la había dejado, tan profundamente dormida como una niña a quien sus padres trasladan a altas horas de la madrugada, desde un coche hasta la cama, tras un largo viaje. Valoré las posibilidades. ¿Habría confesado Lychev? ¿Habría revelado los detalles de nuestra fuga? ¿O aquella demora se debía simplemente a cuestiones del estado del tren, del rendimiento del motor o a ajustes en el horario? En Rusia era frecuente que los trenes se retrasaran. No quise preocupar a Anna. Lo que tuviera que ocurrir ocurriría.

El tren se paró en la estación. Los pasajeros fueron a buscar su equipaje y en un par de minutos el vagón restaurante quedó desierto. Me encontré otra vez a solas con el encargado.

Un hombre entró por el otro extremo del vagón. No llevaba sombrero, pero si no lo reconocí en el primer momento fue solo porque era la última persona que esperaba ver.

Grigori Petrov se dejó caer en el asiento frente a mí y me ofreció un cigarrillo.

—¿Qué está haciendo aquí, Grigori? —pregunté.

—He venido a proponerle un trato en nombre de una tercera persona.

—Muy interesante —dije—. ¿Y quién es esa tercera persona?

Petrov se pasó la lengua por los labios.

—Peter Zinnurov.

—No sabía que fueran amigos.

Los ojos de Petrov expresaban tristeza y cansancio.

—Detesto todo lo relacionado con Zinnurov. Todo.

—Pero aun así viene usted en su nombre —dije—. Por encargo de él.

—Permítame explicarle algo sobre mi hermano —dijo poniéndose un cigarrillo en la boca y encendiéndolo—, el que arrestaron conmigo cuando yo era un crío.

—Me dijo que se había inventado esta historia.

Petrov dejó escapar una nube de humo e inhaló.

—Desgraciadamente, no la inventé: es una historia real. —La sonrisa frívola que hasta aquel momento había exhibido fue sustituida por una expresión más sincera y melancólica—. El agente encargado de nuestro caso cumplió su palabra. Iván y yo fuimos enviados a prisión acusados de subversión. Aún éramos unos niños. Yo tenía dieciséis años. Iván era un año más joven, pero en lo más profundo de mí… sabía que yo iba a sobrevivir. Iván era diferente; estaba aterrorizado. Los guardas se comportaron despiadadamente, la celda era fría y oscura. A veces, cuando él se echaba a llorar, yo me enfadaba y le decía que se comportara como un hombre. Entonces se quedaba callado. Era tan delgado… Tenía los brazos flacos y menudos, las mejillas hundidas, y unos ojos enormes. Era muy pequeño.

El encargado nos trajo *brandy*. Petrov se bebió el suyo de un trago y pidió otro. Sonó el primer aviso en el andén: faltaban quince minutos para salir.

—Al final no podía soportar estar en la misma celda que él; ya no lo podía soportar más. Sentimiento de culpa, supongo. —Se le humedecieron los ojos y se mordió el labio inferior—. Soborné con cigarrillos a un guardia para que me trasladara a otra celda. Era un sábado por la tarde. A la mañana siguiente, el guardia vino a mi nueva celda: «Tu hermano ha muerto», me dijo. «Se ahorcó la noche pasada». Tenía quince años. Faltaba un mes para que cumpliera los dieciséis.

Petrov se quedó mirándome.

—Esto puede servirle de lección, Otto. Nunca confiese. Si su hermano decide ahorcarse, es asunto suyo, no el de usted.

—Usted no cree esto, ¿verdad?

—Tengo que creerlo —contestó—. ¿De qué otra forma puede uno vivir en el mundo real?

Apagó su cigarrillo y apoyó los codos sobre la mesa, entrecruzando los dedos.

—A menudo me pregunto: «¿Qué habría pasado si Iván no se hubiera matado de esa forma?». Mi vida habría sido muy diferente. En aquel momento me desprecié por seguir vivo. Quería matarme como Iván. Quería ahorcarme. Alguien se acercó a mí. Un ser omnipotente. Tal vez cualquiera pueda parecerle omnipotente a un preso, pero déjeme decirle, Otto, que en cuanto posé los ojos en él sentí su poder, un poder absoluto. Él estaba de pie, apenas movía un músculo y me miraba con aspecto tranquilo. A veces nos encontramos con gente que sabe todo de nosotros; que conoce los más profundos secretos de nuestra alma. Él era así. Yo era incapaz de discutir con él. Dijera lo que dijera, él podía más. Le dio la vuelta a lo que había pasado con Iván, hasta hacerme creer que el responsable de que mi hermano acabara colgando de los barrotes de la celda de una prisión, con una soga hecha con su propia camisa, no era yo sino el Partido. El Partido había matado a Iván. El hombre me convenció de ello. Nunca creí que pudiera odiarme tanto como me odié cuando Iván murió.

—¿Usted también, Grigori? —pregunté.

Petrov asintió lentamente con la cabeza.

—El coronel Gan sabe cómo encontrar el punto débil de uno y, una vez lo ha encontrado, no lo suelta jamás.

El Petrov que yo conocía era un hombre con una inquebrantable adicción a la vida más descarnada y enérgica; un paciente atormentado y con un enorme sentimiento de culpa; fatigado en cuerpo y alma por la misma fiereza y el mismo ímpetu que, como todo el mundo sabía, lo habían convertido en el que era. Siempre había notado en él una necesidad desesperada de desahogarse, pero nunca llegó a abrirme su corazón. En una ocasión me brindó una analogía: un hombre casado que amaba a su mujer y sentía devoción por sus hijos, pero que, sin embargo, se apasionaba por otra mujer. Ese hombre se sentía destrozado y confuso. ¿Cómo pude pasar por alto lo que me había contado? Me lo había repetido una y otra vez. Petrov no estaba atado a su mujer y a una amante, sino a dos amos: Gan y Lenin, la Okhrana y los bolcheviques.

Sonó el segundo aviso: faltaban cinco minutos para la salida. El tren emprendería la marcha inmediatamente después del tercer aviso.

—Gan y Zinnurov están muy enfadados, Otto —dijo con una sonrisa—. ¿Tiene idea de lo complicado que resulta matar a un zar? ¿Tiene alguna idea del trabajo que se tomó Gan para conseguir que el asesinato pareciera perpetrado por terroristas judíos? Era un truco de magia, un auténtico juego malabar. Y justo cuando tenía todas las bolas en el aire, va usted y, de un tiro, le hace caer de las manos la más importante. Lo subestimaron, Otto. Les advertí que no lo hicieran, pero no me escucharon. Cuando encontraron a Kopelzon, no podían creer que usted lo había matado. ¡Usted era su mejor amigo!

Movió la cabeza con aire divertido y luego suspiró.

—Desgraciadamente, ni Gan ni Zinnurov comparten mi sentido del humor. Gan ha dado órdenes para que lo asesinen, Spethmann.

Petrov saboreó el efecto que la noticia había provocado en mí.

—No pasa nada, Otto. Intercedí por usted. Los convencí de que le dejaran vivir.

—¿Cómo?

—Les dije que, si le pasaba algo a usted, me presentaría ante la delegación bolchevique de la Duma, confesaría haber estado espiando para la Okhrana todo el tiempo y dimitiría. Gan es un hombre sensato. Enseguida se dio cuenta de que King es mucho más valioso que su muerte, Spethmann, la cual, después de todo, no sería más que un simple ajuste de cuentas.

—¿Por qué se tomó usted tanto interés en salvarme la vida?

Petrov se quedó callado un momento y luego me miró con una expresión ligeramente irritada por mi falta de comprensión.

—Usted me ayudó, Otto —dijo quedamente—. De no ser por usted, me habría matado.

Oí que alguien me llamaba. Anna se acercó a la mesa.

—Vuelve al compartimento.

Petrov se puso en pie y se inclinó cortésmente ante ella.

—¿Qué hace él aquí? —me preguntó Anna mirando a Petrov con una mezcla de inquietud y desagrado—. ¿Sabías que iba en el tren?

—La verdad es que no iba en el tren —dijo Petrov—. He llegado con el siguiente.

—Vuelve al compartimento, Anna —repetí—. Estaré contigo dentro de un minuto.

—Será mejor que se quede. —Petrov me miró con aire de disculpa—. Por lo que a mí respecta, Otto, yo estaría encantado de dejarlos marchar a los dos.

Moví la mano hacia el arma que llevaba en el bolsillo del abrigo.

—¿Ha visto la cantidad de policías y soldados que hay ahí fuera? —dijo Petrov—. ¿Piensa dispararles a todos? Haga el favor de sentarse y escuchar lo que tengo que decirle.

Ni Anna ni yo nos movimos.

—Por favor —insistió Petrov.

Lentamente tomamos asiento, uno al lado de otro. Anna posó la mano sobre la mía.

—La Montaña quiere recuperar a su hija —dijo Petrov mirando a Anna.

Agarré con fuerza la mano de Anna.

—No —dije—. De ninguna manera.

Petrov escudriñó por la ventana, como si buscara a alguien. Vimos al jefe de estación, con galones rojos y plateados, examinando su reloj de bolsillo.

—Mire hacia allá —me dijo Petrov.

Anna y yo miramos hacia el andén. Entre los pasajeros, la policía y los mozos de la estación, había dos hombres altos y de cierta edad; uno iba vestido con abrigo y sombrero; el otro, con el uniforme de la Caballería Real.

—¡Dios mío! —gritó Anna—. ¡Tienen a Catherine!

Me puse en pie de un salto. Petrov me sujetó por la muñeca y dijo rápidamente:

—No hay nada que temer, Otto. Confíe en mí. A Catherine no le ocurrirá nada malo si usted hace lo que le dicen.

Zinnurov empujó a Catherine hacia delante. Parecía pequeña, comparada con aquellos hombres. Tenía la cabeza al descubierto y la mandíbula rígida.

Me desasí de Petrov de un tirón y apoyé las manos en la ventana.

—¡Catherine! —grité.

Intenté salir hacia el pasillo pero Petrov se levantó y me cerró el paso.

—Tendrá usted a su hija, Otto —dijo—. No habrá ningún problema; la tendrá usted. Lo tengo todo arreglado.

Me quedé mirándolo sin comprender lo que me estaba diciendo. De repente lo entendí todo, y un horrible estremecimiento me sacudió de la cabeza a los pies.

—¡No! —exclamé.

Corrí hasta el final del vagón restaurante abriéndome paso a empujones entre pasajeros que forcejeaban con su equipaje, y llegué a la puerta.

—¡Papá! —gritó Catherine dando un respingo hacia delante, pero Gan la sujetó.

—¡Déjela ir! —grité.

—Mi hija por la suya, Spethmann —dijo Zinnurov.

Petrov estaba detrás de mí.

—Iban a matar a Catherine y rescatar a Anna por la fuerza —me susurró Petrov con apremio—. Le he conseguido un buen trato, Otto. No me falle ahora. No se puede pedir más, dadas las circunstancias.

El jefe de estación empezó a recorrer con la mirada todo lo largo del tren, para comprobar que todos los pasajeros se encontraban a bordo.

Me metí la mano en el bolsillo y acaricié con los dedos la culata de la Mauser.

—No cometa ninguna estupidez, Otto —dijo Petrov endureciendo el tono de voz—, o usted y Catherine morirán.

Tras embarcar el último de los pasajeros, los guardas empezaron a cerrar las puertas del tren. Dirigí la mirada hacia el vagón restaurante, pero no vi a Anna. Entré a toda prisa. Anna no estaba.

El jefe de estación dio el último aviso. Anna estaba en el andén.

—¡Anna!

Volví corriendo hasta la puerta en que Petrov esperaba. Anna caminaba, a paso muy lento, hacia su padre.

Un guarda se acercó para cerrar la puerta, pero Petrov la mantuvo abierta.

—¡Catherine! ¡Venga! ¡Ahora!

Petrov dio un grito e hizo un ademán mientras el tren empezaba a avanzar con lentitud. Zinnurov soltó a Catherine, que se puso a correr hacia nosotros. La ayudé a subirse al tren. Se agarró a mí con todas sus fuerzas.

—Adiós, Otto —dijo Petrov saltando al andén.

El tren fue aumentando la velocidad. Miré hacia atrás, por encima de los hombros de Catherine. Los ojos de Anna y los míos se encontraron, y ella movió los labios. Poco a poco levantó una mano: fue una despedida muy triste. Entonces Zinnurov rodeó a su hija con el brazo y se la llevó.

El encargado cerró la puerta. El tren aceleró y las luces de la estación empezaron a desvanecerse. Llevé a Catherine al vagón restaurante.

—Dicen que matarán a Mintimer si contamos algo de lo sucedido —dijo Catherine una vez conseguí calmarla.

—¿Y si no lo hacemos?

No era una pregunta intencionada. No importaba lo que hiciéramos o dijésemos: Gan y Zinnurov no tendrían su castigo. Y para satisfacer sus ambiciones destruirían tantas vidas, culpables e inocentes, como fuera necesario.

Rodeé a Catherine con los brazos y la besé. Ella reposó la cabeza en mis hombros y nos quedamos en silencio. A media mañana cruzamos las grandes

llanuras de Polonia. Aldeas desoladas iban pasando, una tras otra, ante nuestros ojos. Esa era la clase de penuria que había hecho llorar a Kopelzon. Kopelzon era un hipócrita, pero es probable que sus lágrimas fueran de verdad. Era un hipócrita, pero el interrogante que había planteado persistía: ¿qué hay que hacer cuando se nace sumido en la miseria y la privación? ¿Cómo se puede mirar al hijo recién nacido sin maldecirse uno mismo por haber traído carne de su carne a ese lugar? Y para aquellos de nosotros que no hemos nacido como ellos, que no sabemos qué es el valle de lágrimas, ¿no es igualmente válida la pregunta? ¿Qué hacer? ¿Qué podemos hacer, sabiendo que llegará el día en que padres y madres no aceptarán que sus hijos se vean forzados a vivir como ellos han vivido? La ira y las masas decidirán la cuestión. Es algo inevitable. No hay nada que el coronel Gan, Zinnurov, Maklakov, el zar o ninguno de sus ministros pueda hacer para impedir un ajuste de cuentas. Pueden apretar las cadenas arrestando, encarcelando, persiguiendo y denunciando; o pueden aflojarlas con pactos, disculpas y promesas, pero el resultado será el mismo. Están en *zugzwang*. Cuando la situación llega a esos extremos, todos estamos en *zugzwang*. Las injusticias del ayer no serán perdonadas. La ira y las masas lo demostrarán.

SPETHMANN-KOPELZON

San Petersburgo, 1913-1914

1. e4 c5; 2. Cc3 Cc6; 3. g3 g6; 4. Ag2 Ag7; 5. d3 d6; 6. Cge2 e5; 7. h4 h5; 8. Cd5 Cce7; 9. Cec3 C×d5; 10. C×d5 Ae6; 11. c4 A×d5; 12. c×d5 Ah6; 13. b4 A×c1; 14. T×c1 b6; 15. Ah3 Ch6; 16. Dd2 Rf8; 17. 0–0 Rg7; 18. f4 e×f4; 19. T×f4 Te8; 20. Db2+ Te5; 21. b×c5 b×c5; 22. T×c5 g5; 23. h×g5 D×g5; 24. Tc2 Rh7; 25. Tg2 Tg8; 26. Df2 De7; 27. Tf6 Rg7; 28. Tf4 Rh7; 29. Af5+ C×f5; 30. T×f5 T×f5; 31. D×f5+ Rh6; 32. Df4+ Tg5; 33. g4 h×g4; 34. T×g4 Rh5; 35. Tg2 T×g2+; 36. R×g2 Dc7; 37. Df5+ Rh6; 38. Df6+ Rh7; 39. Rg3 Rg8; 40. Rh4 Db6; 41. Rh5 Rf8; 42. Rh6 Re8; 43. Rh7 Dc5; 44. Dg7 Re7; 45. Dg5+ Re8; 46. Rg8 Dc7; 47. Dh6 De7; 48. Dg7 a6; 49. a3 a5; 50. a4 Rd8; 51. Df8+ De8; 52. Rg7 1–0.

Los lectores más atentos habrán notado que la partida guarda una notable similitud con la disputada entre King y Sokolov en el Campeonato de Suiza del año 2000.

AGRADECIMIENTOS

He dicho más de una vez que cuando surge un conflicto entre los hechos históricos y las necesidades de un relato el novelista suele inclinarse a favor de lo segundo. Es cierto que se celebró un gran torneo en San Petersburgo entre abril y mayo de 1914 (las partidas fueron anotadas por Siegbert Tarrasch en el libro de registro del torneo, reeditado por Caissa en 1993), pero no hubo ningún participante llamado Avrom Chilowicz Rozental. Los amantes del ajedrez tendrán probablemente su propia opinión sobre la identidad de la persona en quien está basado este personaje. Debo la interpretación de «la mosca de Rozental» a un artículo del gran maestro Nigel Davies para el *Jerusalem Post*.

Se habrán encontrado también similitudes entre el Grigori Petrov que aparece en *Zugzwang* y el personaje histórico y militante bolchevique Román Malinowski, cuya extraña trayectoria aparece descrita en parte en *Lenin*, de David Shub (Pelican, 1976), en *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, de Stephen F. Cohen (OUP 1980) y, más recientemente, en *Young Stalin*, de Simón Sebag Montefiore (Weidenfeld & Nicolson, 2007).

Para el trasfondo sociopolítico de la última época de la Rusia zarista, las obras más destacables en que me he inspirado son: *Russia Under the Old Regime*, de Richard Pipes (Penguin, 1979); *First Blood: the Russian Revolution of 1905*, de Sidney Harcave (Bodley Head, 1964); *In War's Dark Shadow: the Russians before the Great War*, de W. Bruce Lincoln (Dial Press, 1983); *Religion, Revolution & the Russian Intelligentsia, 1900-1912*, de Christopher Read (Macmillan, 1979); *Life Under the Tzars*, de S. Stepniak (Downey, s.f.); *Apostles into Terrorists*, de Vera Broido (Maurice Temple, 1977); *Terrorists and Social Democrats*, de Norman M. Naimark (Universidad de Harvard, 1983); *The Russian Revolutionary Movement of the 1880s*, de Derek Offord (CUP, 1986); *A Year in Russia*, de Maurice Baring (Methuen, 1907); *An Ambassador's Memoirs*, de Maurice Paléologue (3 vols., Octagon, 1970); *The Keys to Happiness: sex and the search for modernity in fin-de-siécle Russia*, de Laura Engelstein (Cornell, 1992).

Para San Petersburgo: *St Petersburg: Portrait of an Imperial City*, de Boris Ometev y John Stuart (Cassell, 1990); *The Architectural Planning of St Petersburg*, de I. A. Egorov (Universidad de Ohio, 1969); *Leningrad: history, art, architecture*, de Nigel Gosling (Studio Vista, 1965); *Mapping St Petersburg*, de Julie A. Buckler (Universidad de Princeton, 2005); *Sunlight at Midnight*, de W. Bruce Lincoln (Basic Books, 2000); *St Petersburg Between the Revolutions*, de Robert B. MacKean (Universidad de Yale, 1990).

Para la Okhrana: *The Russian Secret Police*, de Ronald Hingley (Hutchinson, 1970); *Russian Police Trade Unionism*, de Dimitri Pospielovski (Weidenfeld & Nicolson, 1971); *Fontanka 16*, de Charles A. Ruudy, Serguéi A. Stepanov (Sutton, 1999); *The Ochrana: the Russian Secret Police*, de A. T. Vassiliev (Harrap, 1930); *Undercover Agents in the Russian Revolutionary Movement*, de Nurit Schleifman (Macmillan, 1988).

Para la cuestión judía y polaca: *Poles, Jews and the Politics of Nationality*, de Joshua D. Zimmerman (Universidad de Wisconsin, 2004); *History of the jews in Russia and Poland*, de S. M. Dubnow (3 vols., Jewish Publication Society of America, 1946); *Memoirs of a Jewish Revolutionary*, de Hersh Mendel (Pluto, 1989); *The Jews of St Petersburg*, de Mijáil Beizer (Jewish Publication Society, 1989); *Yiddish Civilization*, de Paul Kriwaczek (Weidenfeld & Nicolson, 2005); *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia*, de Hans Rogger (Universidad de California, 1986); *The Shtetl: Image and Reality*, de Gennady Estraikh y Mijáil Krutikov (eds.) (Legenda, 2000); *Yiddishland*, de Gerard Silvain y Henri Minczelles (Gingko Press, 1999); *The Complete Book of Jewish Observance*, de Leo Trepp (Simon & Schuster, 1980).

Para el psicoanalista Spethmann: *The Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. James Strachey (Vintage, 2001), especialmente los volúmenes IV (*The Interpretation of Dreams I*), V (*The Interpretation of Dreams II*), VII (*A Case of Hysteria*), X (*Two Case Histories: «Little Hans» and the «Rat Man»*), XXII (*New Introductory Lectures on Psycho-Analysis and Other Works*); *The Discovery of the Unconscious*, de Henri F. Ellenberger (Basic Books, 1970); *The Psychology of the Chess Player*, de Reuben Fine (Universidad de Dover, 1967); *Freud: a life for our times*, de Peter Gay (Dent, 1988); *Psychoanalysis: the impossible profession*, de Janet Malcolm (Knopf, 1981).

Para asuntos diversos relacionados con el ajedrez: *Rubinstein's Chess Masterpieces: 100 selected games*, de Hans Kmoch (Universidad de Dover,

1960); *Best Games of Chess*, de Frank Marshall (Universidad de Dover, 1960); *Emanuel Lasker: the life of a chess master*, de J. Hannak (Universidad de Dover, 1991); *The Praxis of My System*, de Aaron Nimzowitsch (Universidad de Dover, 1962).

La tendencia generalizada entre los novelistas de competir con los ganadores de los Oscar en expresar a todo el mundo sus más sinceros agradecimientos, ha sido justificadamente criticada. Algunas deudas, sin embargo, son demasiado importantes para no ser mencionadas. Así, de forma breve pero sincera, me gustaría expresar mi gratitud a Alexandra Pringle, Karen Rinaldi, Roger Alton, Marc Quinn, Ruth Rogers, Paul Simon, John Mulholland, John Saunders, Tim y Hector Moss, Daniel King, Maeve Magee, Sharon Smithline, Jojo Tulloh y Vince Stevenson.



RONAN BENNETT nació en Belfast en 1956 y en su juventud fue militante del IRA: se crio en una sociedad donde la muerte y la violencia formaban parte de la vida cotidiana. A los dieciocho años fue encarcelado durante dos, acusado de haber participado en un delito atribuido al IRA, y en 1978 volvió de nuevo a la cárcel. Un año más tarde salió absuelto. Tras su estancia en la cárcel decidió cambiar de vida y fue a la universidad, donde se doctoró en Historia.

Es autor de las novelas *The Catastrophist* (finalista del premio Whitbread Novel) y *Havoc in Its Third Year* (ganadora del premio Irish Novel of the Year y finalista del Booker Prize y el IMPAC). *Zugzwang* es el primero de sus libros que se traduce al español.

ÍNDICE

San Petersburgo, marzo de 1914
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30

Spethmann-Kopelzon

Agradecimientos